



1900-1910

LAKLA RTINE

JO JOELYN

1910-1920

1920-1930

1930-1940

1940-1950

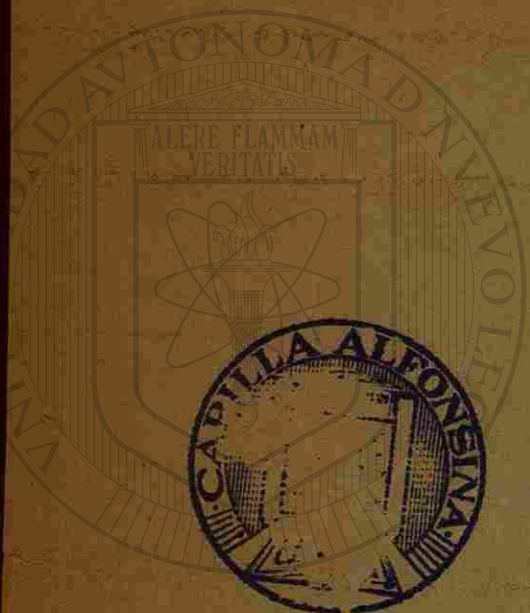
PQ2325

.J6

S6



1020026623



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Covarrubias

JOCELYN

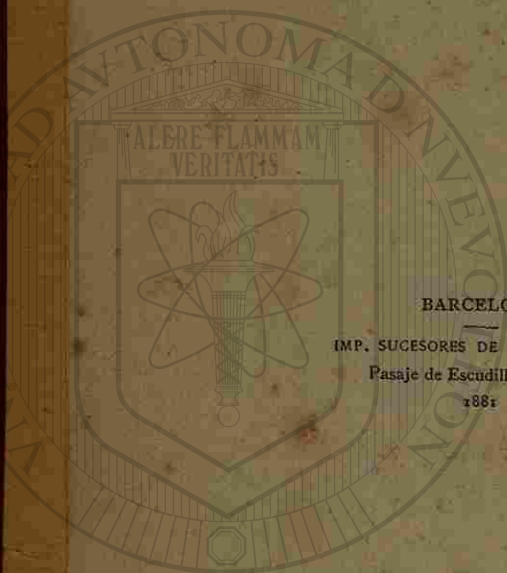
EPISODIO

DIARIO ENCONTRADO EN CASA DE UN CURA DE ALDEA



099509

30405



BARCELONA

IMP. SUCESORES DE RAMIREZ Y C.^a

Pasaje de Escudillers, núm. 4

1881

N
Núm. Clas. _____
Núm. Autor L 272
Núm. Adg. 30405
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó [Signature]

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YÉS"
Apto. 1625 MONTERREY, MÉXICO

BIBLIOTECA AMENA É INSTRUCTIVA

JOCELYN

episodio por

A. DE LAMARTINE,

traducción de

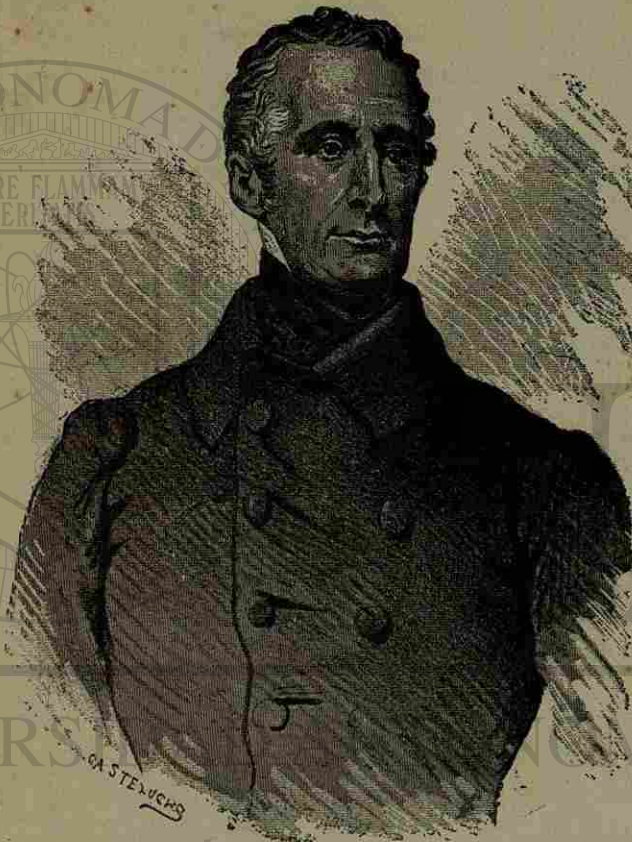
MANUEL ARANDA Y SANJUAN



BARCELONA

ADMINISTRACION

NUEVA DE SAN FRANCISCO, 11 Y 13
1881



A. DE LAMARTINE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

843 PG2325
J6
L. 56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



ADVERTENCIA
DE LA PRIMERA EDICION.

Los anuncios publicados en algunos periódicos me obligan á dirigir la palabra al lector. Esos anuncios han podido hacerle formar una idea falsa de mi obra, la cual no es un poema, sino simplemente un episodio.

Sus páginas, muy numerosas tal vez, no son, sin embargo, más que fragmentos de la obra poética que ha sido la idea fija de mi juventud, y que será la de mi edad madura, si Dios me concede los años y el ingenio necesarios para realizarla. Compréndese tanto por instinto como por racionio, que el tiempo de las epopeyas heroicas ha pasado. Su forma poética

es la de la infancia de los pueblos, de aquel tiempo en que, no existiendo todavía la crítica, se confundía la historia con la fábula, esto es, lo imaginario y lo verdadero, y los poetas eran los maravillosos cronistas de las naciones. También entonces los pueblos, que, para nacer y para engrandecerse, tenían que acogerse á la tutela de los grandes hombres y de los héroes, manifestaban naturalmente su interés y su agradecimiento á aquellas poderosas individualidades que les habían emancipado ó civilizado. Consagraban su memoria en los cantos populares, que, al escribirlos posteriormente, se convirtieron en poemas, de suerte que la epopeya es individual y heroica.

Más adelante, hoy todavía, las individualidades desaparecen, ó figuran con toda su verdad en el drama de la historia. En esta es donde se las busca. El movimiento de las cosas es tan rápido, el drama de la historia presenta tantos personajes en escena, la crítica estudia todas las figuras del tiempo con tan escrupulosa sagacidad, que el prestigio de la imaginación queda en breve destruido, no dejando á los grandes hombres más que el de su poder ó de su genio, porque el de la poesía ya no les pertenece. Por otra parte, la mirada humana se ha dilatado por efecto de una civilización más elevada y más amplia, por la influencia de las instituciones que exigen el concurso del mayor número, cuando no de todos, en la obra social, por las religiones y filosofías que han en-

señado al hombre que no era más que una parte imperceptible de una inmensa y solidaria unidad, y que la obra de su perfección es colectiva y eterna. Los hombres no se interesan ya tanto por las individualidades, las toman por lo que son: medios ú obstáculos de la obra comun. El interés del género humano se cifra en la humanidad únicamente. La poesía se convierte en sagrada por lo verdadera, como lo fué en otros tiempos por lo fabulosa; se transforma en religiosa por la razón, y en popular por la filosofía. La epopeya no es ya nacional ni heroica; es mucho más, es humanitaria.

Penetrado por convicción y por instinto de esta transformación de la poesía, amante de escribir, sin embargo, en el lenguaje rítmico del verso que da sonido y color á la idea, y que vibra algunos días más que el lenguaje vulgar en la memoria de los hombres, buscaba el asunto épico más apropiado á la época, á las costumbres y al porvenir, que permitiese al poeta ser á la vez local y universal, maravilloso y verdadero, inmenso y único. Este asunto se ofrecía por sí propio, pues que no existían dos: es, la humanidad misma, el destino del hombre; en una palabra, el conjunto de fases que el espíritu humano debe recorrer para llegar á su fin por la vía de Dios.

Pero asunto tan vasto y del cual cada poeta, cada siglo tal vez, no han podido escribir más de una

página, debía tener su forma propia, que era preciso buscar y encontrar, como su drama y sus tipos individuales. Esto es lo que he intentado; si lo termino algún día, ó si, ántes de morir, puedo al ménos bosquejar un número de páginas bastante para que el diseño aparezca en su variedad y en su unidad, podrá juzgarse si este pensamiento encerraba algún gérmen de vida, y otros poetas más inspirados y más completos podrán fecundarlo despues.

La obra es inmensa. Ya he llevado á cabo varias partes de ella en distintas épocas de mi vida: descontento de algunas, las he arrojado al fuego; he conservado otras y algunas no esperan para nacer más que el alivio de otros trabajos é inspiracion. Las distracciones del pensamiento, los viajes, la política y el cúmulo de sucesos exteriores han interrumpido á menudo mis trabajos y me los interrumpirán sin duda todavía. No se debe considerar estas obras de esparcimiento del ánimo sino como fruto de los ratos que me dejaban libres los deberes de la familia, de la patria y del tiempo; son recreos de la imaginacion, y no producto del trabajo asiduo del hombre. En el poeta no está contenido todo el hombre, del mismo modo que la imaginacion y la sensibilidad no constituyen el alma entera. ¿Qué se diría del hombre que, durante su vida, no hubiese hecho más que rimar sus ensueños poéticos, miéntras sus compañeros combatian con toda clase de armas, en la gran

lucha de la patria y de la civilizacion; miéntras que todo el mundo moral se agitaba en torno suyo en el terrible palenque de las ideas y de las cosas? Deberíasele considerar como una especie de bufon propio para divertir á los hombres serios, y para relegarlo al sitio de los bagajes entre los músicos del ejército; hay, por más que se diga lo contrario, una gran impotencia ó un grande egoísmo en ese aislamiento contemplativo que se aconseja á los hombres pensadores en los tiempos de esfuerzos y de luchas. El pensamiento y la accion deben completarse recíprocamente. Así se comprende el hombre.

De todos modos, yo he escogido, entre las diversas escenas de mi drama épico ya terminadas, una de las más locales y más contemporáneas, para darla al público, y para pedirle su dictámen sobre un género de poesía que yo no habia sometido aún á su crítica. Es un fragmento de epopeya íntima; no es, como se ha creido, el tipo sacerdotal: el sacerdocio aquí no es más que el cuadro, y no el sujeto. El sacerdote, moral y políticamente concebido, tiene otra talla distinta de la de Jocelyn. Jocelyn es un hombre sensible y apasionado, al cual ciertas circunstancias y virtudes empujan al santuario, y que llega á ser cura de aldea. El cura de aldea es una de las más patéticas encarnaciones del Evangelio, una de las figuras más pintorescas de nuestra moderna civilizacion. Yo no he tenido más que hacer sino hilvanar

sobre él un prólogo y un epílogo, para hacer de este episodio una especie de pequeño poema con su principio y su fin.

El lector se equivocaría si creyese ver en este asunto algo ajeno á su parte poética. No hay en él intencion oculta, ni sistema, ni controversia en pro ó en contra de tal ó cual comunión religiosa; no hay en él más que el sentimiento moral y religioso sacado de esa región en la cual todo lo que se eleva á Dios se encuentra y une, y no de aquella en que las especialidades, los sistemas y las controversias dividen los corazones y las inteligencias.

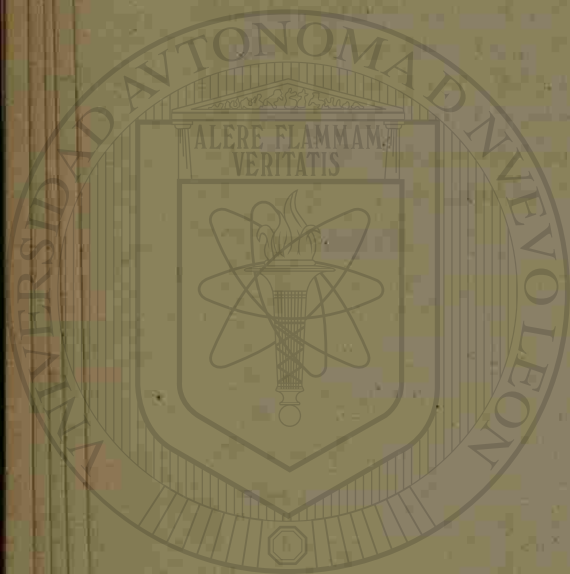
Pero este episodio no se me ha ocurrido por casualidad; no es pura invencion del pensamiento, es casi un relato. «Hay siempre algo de verdad en lo que se inventa», dice el poeta. Aquí, casi todo lo es, ménos el lenguaje. Que el lector sustituya mi nombre al del botánico, y se hallará bien cerca de una aventura enteramente positiva, de la cual se ha limitado á ser historiador el poeta, amigo de Jocelyn. Esta anécdota es bien sencilla, y el estilo muy diferente de la atmósfera de ideas que nos envuelve hoy. No se dirige más que á las imaginaciones juveniles. Debe ser leída como fué escrita. Es el sueño de un corazón de diez y seis años.

Si el público acoge con interés y benevolencia este fragmento, publicaré otros sucesivamente. Si le desdefía y olvida, no por ello dejaré de continuar

en silencio mi trabajo que desearía legar, siquiera incompleto, á la posteridad. Pero yo no exhibiré nada más, y me limitaré á pedir de vez en cuando su indulgencia al lector, para algunas de esas inspiraciones líricas que el tiempo y el pensamiento hacen brotar del corazón ó de la inteligencia del poeta, y que no tienen la pretension de sobrevivir á la impresion que las produjo.

LAMARTINE.





CUATRO PALABRAS

AGREGADAS A LAS NUEVAS EDICIONES.

He de añadir cuatro palabras sobre cuestiones más graves.

Algunas personas han creído ver en *Focelyn* un libro con dos intenciones sobre las cuales el autor debe explicarse: una invectiva contra el celibato de los sacerdotes, y un ataque á la religion. Esas personas están en un error. En cuanto al celibato de los sacerdotes, cualesquiera que sean por este concepto las opiniones del autor, opiniones que ni siquiera serían una herejía, puesto que la Iglesia romana reconoce el matrimonio de los sacerdotes católicos del Oriente, la idea de hacer de un poema una controversia en verso en pro ó en contra de tal ó cual punto de disciplina, no se le ha ocurrido siquiera.

Considerarlo como un ataque al Cristianismo católico, sería desconocer el instinto del poeta y el tacto moral del hombre, suponer intencion de polémica hostil en una obra de pura poesia, cuyo único mérito,

si tiene alguno, es el sentimiento moral y religioso de que cada verso está impregnado.

Si en el mundo hay algo libre é inviolable, es el pensamiento y la conviccion: el autor no necesita hacer aquí profesion de fe; pero si hace profesion de veneracion, de reconocimiento y de amor á una religion que ha traido consigo ó resumido en sí todo el misterio de la humanidad; que ha encarnado la razon divina en la razon humana; que ha hecho un dogma de la moral y una legislacion de la virtud; que por espacio de dos mil años ha dado un alma, un cuerpo, una voz y una ley al instinto religioso de tantos millones de séres humanos, un idioma á todas las oraciones, un móvil á todos los sacrificios, una esperanza á todos los dolores. Aun en el supuesto de que el poeta disintiese por lo que respecta al sentido más ó menos simbólico de tal ó cual dogma de esa grande comunion de los espíritus, ¿podria jamás sin pecar de ingrato ó de criminal manifestarse hostil á una religion que fué la leche nutritiva de su infancia, que fué la religion de su madre, que le ha enseñado cuanto á las cosas divinas se refiere? ¿podria llenar de arena y de lodo este pan de vida que alimenta y fortalece á tantos millones de almas y de inteligencias? Jamás se le ocurrirá tal pensamiento, ni se inspiró en él al escribir este libro. El poeta no tiene más que una idea: inspirar la adoracion á Dios, el amor al hombre, y el gusto de lo bello y de lo

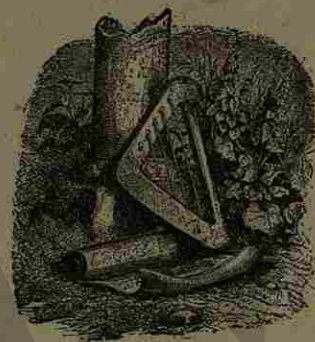
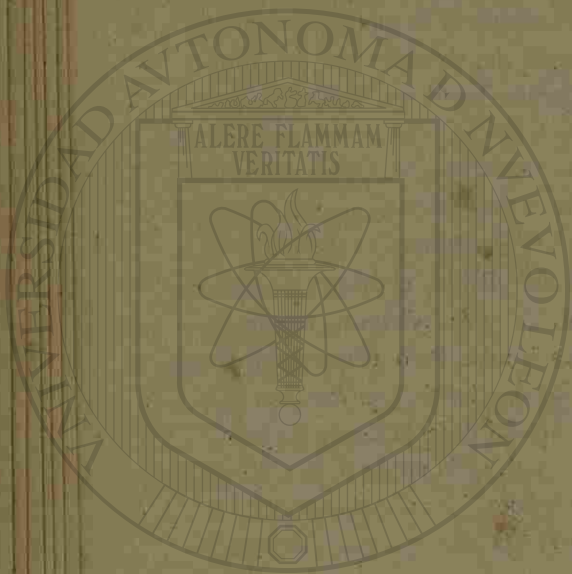
honesto á todos los que sientan tan nobles y divinos instintos. Las controversias engendran siempre disputas, y la inteligencia debe tener tambien su caridad.

Se me ha acusado ó elogiado de panteismo: tanto valdria que me acusaran de ateismo, de esa gran ceguedad moral de algunos hombres, privados, por no sé qué aficcion providencial, del primer sentido de la humanidad, del sentido que ve á Dios. Porque el poeta ve á Dios en todas partes, se ha creido que en todo le veia. Se ha tomado tambien por panteismo la frase de San Pablo, el primer comentador del Cristianismo: *In illo vivimus, movemur et sumus*. Esta frase es la mia. Pero negar la individualidad suprema, la conciencia y el dominio de sí mismo á aquel que nos ha dado la individualidad, la conciencia y la libertad, seria negar la luz al sol y la gota de agua al Océano. No: mi Dios es el Dios del Evangelio, el *Padre que está en el cielo*, es decir, en todas partes.

Observo que me he extendido demasiado sobre un insignificante libro que no debe suscitar cuestiones tan espinosas, ni tocar objetos tan elevados, y pongo punto final.

LAMARTINE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

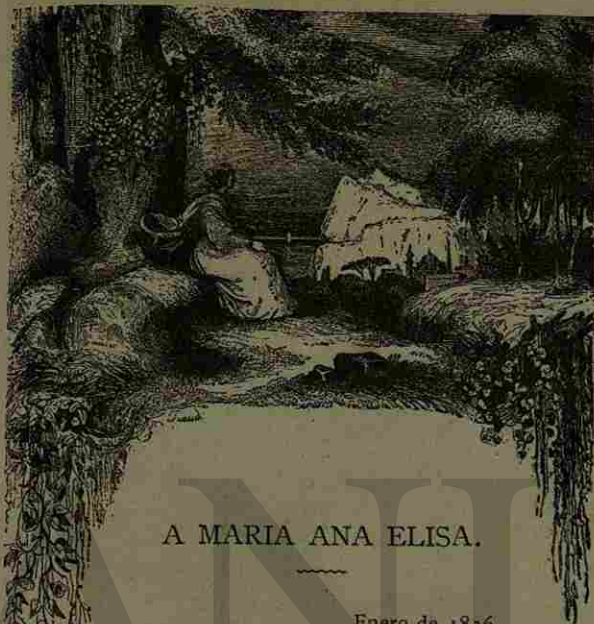
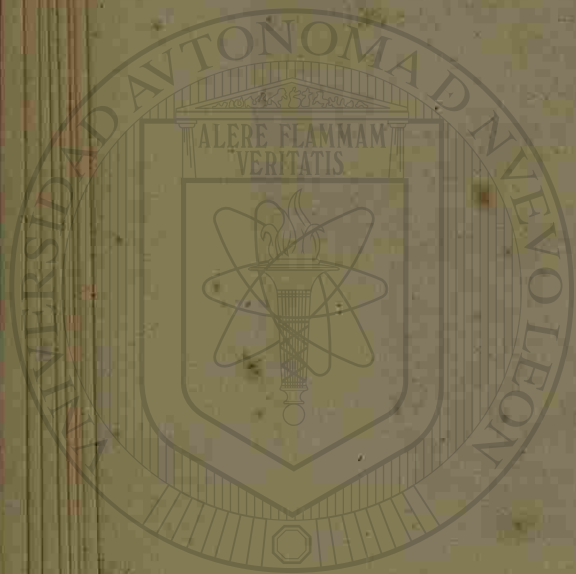


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A MARIA ANA ELISA.

Enero de 1836.

Dulce nombre de mi dicha: si pudiera inscribir alguno con caracteres indelebles en el zócalo de mi lira, mi corazon estamparia el tuyo ántes que el mio, ¡oh nombre en que vive mi vida y que dilata mi alma! mas para conservarle toda su casta sombra de mujer, no lo escribiría sino para tí!

Lecho de sombra y de flores, en que la oleada de mi vida corre secretamente medio agotada, y cuyos bordes he entristecido con harta frecuencia; si algun rincón del cielo aparece en él visible por momentos,

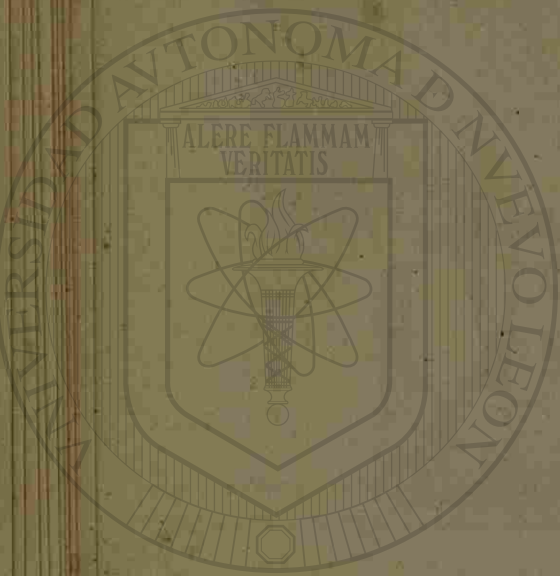
si alguna onda canta en él arrastrando consigo una
estrella, que ese murmullo suba hasta tí!

Abrigo en la tormenta, junto al cual vegeta os-
curamente el árbol del poeta bajo un cielo ya som-
brio, y cuya savia asciende y mana todavía en mí,
si alguna verde reliquia de mi pálida corona llega a
florecer de nuevo en sus ramas y cae al soplar los
vientos otoñales, que estas hojas caigan sobre tí!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRÓLOGO.

Yo fui el único amigo que tuvo sobre la tierra, excepción hecha de su pobre rebaño; siguiendo mi costumbre me dirigí, por la fiesta de San Juan, á la casa rectoral, á pié, por la senda que recorren las gamuzas, con la escopeta debajo del brazo y mis dos perros atraillados, y así subí encorvado por aquellos montes cuya altura se va reduciendo á cada paso. Mas pensando en la alegría que por la tarde tendría cuando llamara á su puerta, cuando subiera y me sentara junto al hogar donde ardería un buen fuego de arce, cuando viera

el blanquísimo mantel extendido sobre una mesa cubierta por sus manos de frutas y legumbres, cuando nos entretuviéramos en sabrosas pláticas hasta una hora algo avanzada de la noche, parecíame que llegaba ya á mi oído el acento trémulo y cariñoso de su insinuante voz, y á falta de palabras y frases rebuscadas, parecíame también sentir que todo su corazón me hablaba al estrecharme la mano, porque, cuando la amistad no tiene ya otro lenguaje, la mano acude en su ayuda siendo elocuente testimonio de lo que dicta el corazón.

Tan luego como llegué á la cumbre desde la cual podía divisar, sin que nada lo estorbase, el tejado de su casa, dejé mi escopeta sobre una piedra gris y me enjuagué la frente, cuyo sudor contribuyó á secar la brisa; fijando en seguida la mirada, sorprendíome no ver su negro traje vagando por la huerta de árbol en árbol.

Era la hora sublime y santa en que, libre y solitario, solía leer su Breviario á los rayos del sol poniente; pero todavía me sorprendió más no divisar la acostumbrada humareda de su hogar vespertino, remontándose desde el tejado sobre el cual la veía yo flotar con tanta frecuencia. Al advertir también que su ventana estaba cerrada, no dando paso á la luz del sol, asaltóme una vaga tristeza, un presentimiento funesto; sentí en mi corazón un estremecimiento glacial, y sin indagar la causa de mi repentino ter-

ror, proseguí mi camino, acelerando el paso cuanto pude.

Buscaba con la vista á alguien á quien interrogar; pero en aquellas desiertas campiñas no se veía siquiera un pastor con su ganado; tan sólo un mulo pastaba la escasa y polvorienta yerba á orillas del camino; la reja del arado yacía en el suelo que él labraba, medio adormecida en mitad de un surco; y únicamente se oía á lo lejos el monótono canto del grillo, en vez del animado rumor de esas mil voces que todas las tardes suben al espacio desde el fondo de los valles.

Llego y llamo en vano; ni siquiera acude el guardián del hogar, su perro, ladrando al oír mis golpes; levanto el picaporte con rápida y temblorosa mano y penetro en el patio, mudo y vacío también.

¿Vacio digo? ¡Ah, no! Al pié de la escalera que iba desde el patio á la rústica meseta, veíase una negra figura sentada á la sombra como un pobre acurrucado junto al pórtico de una iglesia; estaba inmóvil, con la frente descansando en las rodillas, y el rostro oculto entre los pliegues de su delantal. No profería ayes ni murmullo alguno, y tan sólo el movimiento leve, convulsivo, continuo, del enlutado pañuelo que cubría su rostro, daba á conocer que su seno estaba henchido de mal reprimidos sollozos.

Aquel mudo emblema me hizo adivinar la muerte; la criada estaba llorando á su querido señor.

—¡Marta! le dije, ¿será cierto?

Levantóse al oír mi voz, y me contestó, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano:

—¡Ah, demasiado cierto! Subid, todavía le podeis ver; no le enterrarán hasta mañana al amanecer; al menos su pobre alma se irá más tranquila si la acompañais con vuestros últimos votos. Ha estado hablando de vos hasta su hora postrera. «Marta, me decía, si Dios quiere que muera, díle que su amigo le deja cuanto tiene para que cuide de tí, de los pájaros y del perro.» ¡Cuánto tiene! ¡Si todo su afán consistía en no guardar nada! De seguro que no se llenará con ello el estante de un armario. Lo poco que le quedaba se ha ido sueldo á sueldo, convertido en ropa y víveres, Dios sabe á dónde. Miéntas ha durado su penosa enfermedad, lo ha dado todo, señor, hasta su vida, sí, porque confesando día y noche á unos y á otros, ha encontrado la muerte.

—¡Y también el cielo! le repliqué.

Subí.

La estancia estaba desierta y sombría; dos solos cirios disipaban la oscuridad, mezclando sobre su frente sus fúnebres reflejos con los dorados rayos del sol poniente que atravesaban las vidrieras, cual luchan entre sí, en la santa agonía, la esperanza inmortal y la noche de la vida.

Tenia el rostro tranquilo y agradable á la vista: sus apacibles facciones parecían conservar aún la impre-

sion de los éxtasis iniciados, pues sin duda había vislumbrado el cielo en su mente, y el júbilo que debió sentir el alma al emprender su vuelo, se veía aún retratado en su divina sonrisa. Una blanca sábana cubierta con su negra sotana adornaba su lecho mortuario; en sus manos cruzadas sobre su dormido seno descansaba un crucifijo de marfil, cual amigo que reposa en el seno del amigo; y su perro blanco, echado á los piés de su amo, mirándole é inquieto ya por tan prolongada guardia, gruñía al percibir el mas leve rumor, y cansado de velarle, escuchaba si su aliento le despertaría.

A la cabecera del lecho había una rama seca de boj metida en agua bendita, conforme al rito sagrado; mi mano la sacudió tres veces respetuosamente, trazando sobre el cuerpo la señal de la cruz.

Luego besé los piés y las manos; el rostro llevaba ya impresa la imágen de la inmortalidad, y en aquella frente donde se leía su sino, mi mirada reverente veía ya un elegido. Despues me puse á recitar las santas preces con el acólito y sentéme para llorar junto á tan caras reliquias; y rezando y cantando y llorando alternativamente transcurrió la noche y ví asomar el alba.

Cerca del umbral de la iglesia, en un rincón del cementerio, depositamos el ataud en la tierra de los muertos; todos los campesinos fueron echando uno tras otro sobre el féretro un puñado de tierra santa en

señal de luto; todos lloraban al pasar, todos miraban cómo iba hundiéndose lentamente la tumba bajo la tierra que caía, y cada vez que ésta resonaba al caer, brotaba un sordo gemido del seno de la silenciosa muchedumbre.

Cuando me llegó la vez, exclamé:

—¡Oh santo amigo! ¡Duerme en paz: no es mi corazón, nó, el que se aflige, sino mis ojos. En vano será que cierre el lecho en que yaces, pues harto sé que mi amigo no está ahí, sino donde sus virtudes han encendido su pura llama! Está donde sus suspiros han sido precursores de su alma!

Dije; y toda la noche los gimientes sonidos de su campana lanzaron sus lamentos al espacio, entristeciendo aquellos desiertos, mientras su perro le llamaba, mezclando con el fúnebre tañido sus ladridos quejumbrosos y aullando en las tinieblas.

Y yo, solo con Marta en aquella tétrica mansion, iba y venía del jardín al patio, buscando y encontrando en todas partes sus huellas; viéndole, hablándole, dejándole su sitio, hojeando algun libro piadoso que había quedado abierto, leyendo algun párrafo y enjugando mi llanto.

—¿No escribía nunca?

—Algunos domingos, me contestó Marta, se ponía á trabajar sobre una página blanca; cuando estaba ya negra, la arrojaba al fondo de un cesto viejo, y yo la barria á la mañana siguiente, arrinconán-

dola en el granero. Allí puede ser que haya todavía algunas hojas respetadas por las ratas.

Subí, y hallé aquellas páginas trazadas por su mano sin órden ni plan fijo, semejantes á esas frases que un pensador solitario escribe misteriosamente con la punta de su baston, caracteres azotados por la lluvia y el viento y cuyo sentido ha de desentrañar la vista trabajosamente.

Muchas fechas faltaban en aquel diario sin ilacion, ya porque hubiera desgarrado la página luégo de escrita ó porque Marta hubiera encendido las luces con ellas y el viento dispersara los restantes fragmentos por el tejado. Lamentando á mi vez la pérdida de tantas hojas, mi vista trazaba de nuevo el cuadro de su vida con aquellos restos, á la manera que los ojos, halagados por un rayo nocturno, y perdiéndose en el horizonte que parece huir en lontananza, ven las sinuosas, curvas de un rio de brillante agua, desplegando á oleadas su resplandeciente sábana, desapareciendo momentáneamente bajo alguna oscura loma para reaparecer más puro en el llano y rompiéndose de nuevo en los prados regados por él; pero siguiendo con atencion el surco que suponen trazado por el agua y adivinando sus rodeos por entre los oscuros oteros, de mil curvas rotas recomponen un solo curso.

Así es como yo, á través de confusas imágenes, he logrado coordinar las páginas de ese diario des-

trozado. Si alguna sombra oscurece el texto con frecuencia, aclárese éste leyendo todas las páginas, que son las siguientes.



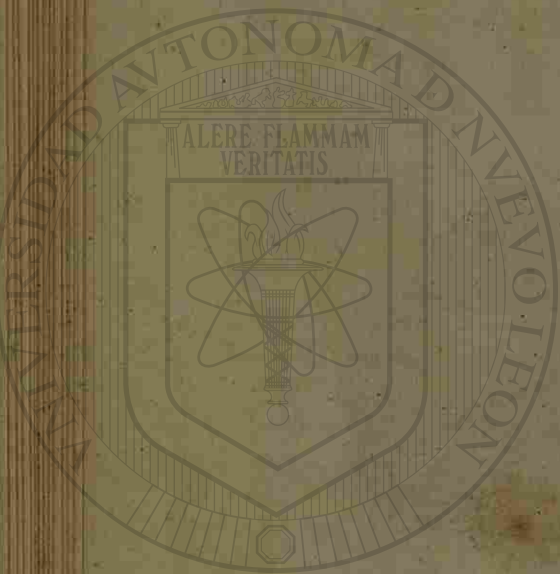
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



PRIMERA ÉPOCA.

1.º de Mayo de 1786.

El día ha trascurrido del propio modo que se deshace en la boca una fruta deliciosa, sin dejar tras sí más que buen gusto y grato aroma. ¡Oh Dios mío! ¡Cuán llena de felicidad está la tierra! Hoy es el 1.º de Mayo, fecha que forma época en mi corazón, fiesta también del caserío paterno y aniversario del día en que mi madre me dió á luz; su dulce beso ha resonado en mis mejillas al cumplir

yo diez y seis años. ¡Diez y seis años! ¡Ojalá que el campanario de mis padres repique largo tiempo con la misma alegría en tan dulces aniversarios!

¡Qué serena ha asomado la aurora en el valle! ¡Cada hogar parecía revivir á su primer rayo, cada ventana abierta, al rayar la alborada, parecía atraerla como un amigo; de cada humilde morada veíase salir una columna de azulado humo, remontándose al puro firmamento; los ligeros tañidos del piadoso esquilon corrían saltando al través de los valles; al oír las muchachas del pueblo tan gozosos sonos, entreabrían su ventana restregándose los ojos, saludábanse desde léjos con sus sonrisas y sus ademanes, é inclinando su modesta frente sobre los altos barandajes, peinaban sus largas cabelleras, que colgaban fuera de ellos, como madejas cuyas orillas se alisan; en seguida bajaban descalzas, medio vestidas con esas ropas transparentes que en las estatuas parecen pegadas, y cogían en el seto ó en el jardín los claveles y las lilas bañados de matinal rocío; y las gotas de las flores, cayendo sobre su seno, corrían cual otras tantas perlas sueltas: en todas las floridas veredas que descenden de los bosques resonaban pasos, murmullos, voces, y se veía circular por ellas amarillos sombreritos de paja y corpiños de púrpura ceñidos al talle. Por todos aquellos senderos llegaban al caserío de hora en hora variados grupos que se confundían al pié del olmo, y todo eran allí abrazos,

besos, escenas de familia, blanquísimas canas tocando las frentes de las doncellas, entrevistas de amigos, recuerdos lejanos, huéspedes atraídos á los rústicos festines, vírgenes arrodilladas en torno de la capilla y piadosos grupos que acudían á los sonidos de la campana, con el rosario en la mano y la frente inclinada para consagrar á Dios el día que á Él solo debemos.

¡Cuántas danzas amenizaban el prado por la noche! Cuanto más retiraba el día su luz celosa, tanto más se animaban, como para recuperar el tiempo que las fugaces horas escatimaban al placer. Cada árbol del verjel tenía su campestre coro, su orquesta colocada sobre añosos troncos de haya; el pífano de sonidos agudos, el oboe de claras vibraciones, la gaita vaciando su odre lleno de aire; el uno jugueteo y alegre, la otra tierna y quejumbrosa, concordando, excitándose, uniéndose para difundir á la vez ó alternativamente con sus diferentes acentos, el delirio ó la embriaguez en nuestros jubilosos corazones.

Todos los ojos se buscaban, todas las manos enlazadas procuraban con afán responder á las cadenciosas notas. Un torbellino de amor arrebatada en su bulliciosa esfera á las enamoradas parejas: los piés, los ojos, los corazones, atraídos por un mismo instinto, volaban impulsados por el delirio general, y se encadenaban, se rompían para encadenarse de nuevo, á la manera que, en una tarde de estío, cuando el sol

asesta sus rayos de oro sobre la arena caldeada que brilla en la playa, se ven esos torbellinos de átomos levantados por él, subir, bajar, vagar, enlazarse sucesivamente cual si obedecieran al oculto atractivo de un amor invisible, erguir arremolinándose su brillante columna y entregarse á la danza en la esfera donde irradia el sol.

Y más tarde, cuando el violín, el pífano y el oboe empezaban á languidecer, cual si ya les faltara la voz, cuando los cabellos mojados y sueltos por el sudor caían en lisas trenzas pegadas á las mejillas y los grupos indolentes se iban despacio por el césped hablando en voz baja, ¡qué murmullos tan placenteros llegaban al oído! Tiernas despedidas, frases de sentimiento, besos, palabras entrecortadas, rumores que apenas podía amortiguar la noche, cariñoso y postrer suspiro de un día que se extingue: mi alma se turbaba al percibirlos, y mi oído, extasiado, aspiraba con languidez esas primicias de la vida. Yo seguía con la mirada, con mis pasos, con mi corazón á las doncellas que trascurrían con los ojos impregnados de languidez; me arrobaba al oír el suave ruido de su traje de seda; y cada una de las que se marchaban me cercena un placer. Por último, cesó la danza, el ruido, todo; la luna había traspuesto la cresta de los montes, y apenas se veía alguno que otro amante, olvidado en demasía de la hora, que regresaba lleno de ilusiones á su lejano hogar, ó ciertas pare-

jas rezagadas que, cogidas de la mano y largo tiempo entretenidas en una revuelta del camino, oían resonar dos veces la hora adelantada y sombría, desapareciendo por fin entre la sombra de los castaños.

Ahora me encuentro solo en mi estancia. Es de



Cierro los ojos, pero sigo viendo la fiesta.

noche; todos duermen en la casa; ya no hay luces; ya no hay ruido; ¡durmamos pues! Imposible; no puedo cerrar los párpados. ¡Oremos! Tampoco; mi imaginación no secunda mi plegaria. Aún resuenan en mi oído las músicas de las danzas que los ecos del día hacen llegar de nuevo á mis sentidos: por

fin cierro los ojos, pero sigo viendo la fiesta; todavía da vueltas en mi cabeza el vals con sus arrebatadores giros; mil sombras de beldades, fantasmas graciosas del terminado baile continúan danzando ante mis ojos. Veo brillar una mirada en la oscuridad de la noche; pareceme sentir que estrechan mi temblorosa mano otras dos manos suavísimas, que una blonda cabellera, impelida sobre mi frente por el movedizo círculo, se desliza por ella como un dulce céfiro; veo caer de las frentes mil rosas ajadas, y oigo que repiten mi nombre unos labios adorados. ¡Ana, Blanca, Lucía! ¿Qué me queréis? Si tan grato es soñar en el amor, ¿qué será el amor en sí?

Pero en mi vida todavía no ha germinado el amor, astro de fuego cuya aurora es la hora presente. ¡Ah! Si el cielo llegara alguna vez á arrojar en mis brazos uno de esos sueños vivientes unidos á mis pasos; si yo pudiera traer aquí una vírgen de purísimo corazón, lánguida y enajenada, primer rayo de vida, mi alma viviera mil años en un solo día; porque, así lo siento esta noche, mi alma es toda amor!

Nó, nó; desechemos de mi corazón estas tres livianas imágenes: abramos de nuevo las usadas páginas de mis amigos los libros: hélos ahí, abiertos siempre sobre mi mesa; pero mi vista fluctúa en vano sobre la prosa y los versos; las palabras inanimadas caen muertas de mi lira; mi espíritu no lee y deja que mis ojos lean. Una sola palabra veo trazada en ellos,

y esa palabra es de fuego: amor, tan sólo amor.
¡Oh Dios mio, Dios mio!

Entre tantas beldades ¡cuán bella estaba mi hermana! Pero ¿por qué lloraba esta noche al recogerse?

6 de Mayo de 1786.

¡Ah! Ya poseo el secreto de las lágrimas de mi hermana! ¡Ojalá que mi sacrificio pueda comprar su felicidad! Estaba hace poco en el jardín paseándome al azar, pensativo y solitario, por la alameda de Poniente que hay á lo largo de la casa; mis pasos, que se imprimían sin ruido en el césped, no producían más rumor, al pisar la yerba, del que producen el ave al posarse ó la gota de lluvia al caer: llevaba yo en la mano ese libro en que brota tanto llanto de los ojos de Pablo y de los ojos de los lectores, cuando al alejarse la lancha de la orilla, cada golpe de remo se lleva á Virginia y arranca el alma al alma; sentía mi pecho lleno de compasión y no podía acabar de leer aquella página. De pronto percibí algunas palabras pronunciadas en voz baja, que, llamándome la atención, me obligaron á detenerme. Aquel ruido inusitado en el silencioso jardín, aquellos sonidos entrecortados de tímidos sollozos, crecían y menguaban á

intervalos, para extinguirse al fin ahogados en un melancólico silencio.

Sobresaltado, avancé con discreto y firme paso hacia la ventana que había junto al ángulo de la casa, y apartando los pámpanos del emparrado y aplicando el oído á la celosía, dirigí la mirada al oscuro retrete, y ví y oí. Un solo rayo crepuscular, amortiguado por las barras y las oscuras hojas, apenas alumbraba la estancia y los que en ella había. Mi madre estaba sentada en el fondo, en el borde de su lecho, teniendo la vista fija en un papel que parecía leer; la sombra de sus cabellos me ocultaba su rostro, pero yo percibía el ruido de las lágrimas que caían sobre la página. Mi hermana, sentada á su lado, teniendo un brazo echado al cuello de nuestra madre, que estrechaba con fuerza, la frente sobre su hombro y ocultaba entre el vestido para ocultar el rubor que el pudor engendraba, hacia vanos esfuerzos por ahogar sus pesares; los mechones de cabellos, que goteaban abundantes lágrimas, sueltos y pegados á las mejillas, la agitacion de su seno sacudido por los sollozos, y el entrecortado rumor de aquellas dos voces, todo atestiguaba que allí había otros dos corazones destruidos y que se derramaba amargo llanto.

—¿Conque es cierto, Julia? decía mi madre; ¡te ama! Y tú, ¿le amas también?

—¡Más que á mí misma!

—¡Ah! Demasiado comprendo esa tierna y triste

confesion! Mi aspiracion más grata hubiera sido veros unidos algún día; pero Dios, que fué demasiado avaro de sus dones para con nosotros, os une con una mano y os separa con la otra. Aun cuando te diese, hija mia, todo cuanto poseo, tu dote apenas equivaldría al suyo, y ya lo ves, un padre inflexible á vuestro llanto, no tiene para nada en cuenta á su hijo, ni tu desesperacion, ni tus atractivos, si juntamente con tanta inocencia y tanto amor, no llevas también á su familia oro. ¡Oro!... ¡Ah! Si mis lágrimas pudieran convertirse en él, pronto se vería cuánto hay en los ojos de una madre, bien lo sabe Dios. A este precio desearía adquirir un esposo para mi hija, y una esposa para mi hijo; pero no poseo más que este campo, herencia mezquina, repartida por mi ternura entre tu hermano y tú: ¡ea, hija mia, sepamos olvidar y sufrir!

—¡Olvidar! Nó, jamás, madre mia; ¡sino morir!

Después ya no oí más que un confuso rumor de besos y lamentos, luego, la voz de algún ángel me habló al corazón, y con vacilante paso me alejé de allí llorando y sin que me oyeran.

.....
17 de Mayo de 1786.

He pasado todo el día dando vueltas en mi mente á una idea, pero ya ha cesado la angustia que me causaba mi sacrificio.

.....
.....

18 de Mayo de 1786.

Hoy he hablado á mi madre en estos términos:

—Conozco que Dios me apremia y me llama á sí. La tierna piedad, la fe viva y profunda, esa divina y ardiente sed de los bienes de un mundo mejor de que nutristeis mi alma cuando niño, da hoy sus frutos, quizás amargos para vos y también para mi juventud, pero gratos al alma. La sombra del sagrado átrio me atrae y me reclama; deseo consagrar á Dios mi vida mortal, como un vaso puro todavía reservado para el altar. No me tienta nada de cuanto se agita en este bajo mundo; no quiero plantar mi tienda á todos los vientos; ni manchar mis piés en esos caminos en que el rebaño humano se encenaga en su marcha. Prefiero apartarme de las sendas terrestres y seguir desde muy temprano mi solitaria ruta. Prefiero cobijarme bajo el techo de los santos lugares, y descansar en Dios desde mis primeros pasos. Por otra parte, no me siento con fuerzas para tomar parte en la lucha en que se revuelve esa muchedumbre entregada á tantos cuidados; entraria en el combate con armas desiguales, con demasiada piedad en el alma y con un corazon que el menor soplo deshace, y, ó sobrado orgulloso ó sensible en demasía, pereceria en la lucha, si vencedor, por efecto del triunfo, si vencido, de resultas de la derrota. Mi corazon apasionado aventuraria mucho ó muy poco en esa lotería en que se juega la vida, y puesto que la vida es

pesada y áspero y escabroso el camino, vale más llevarla sola y sin esa onerosa carga de cadenas, pesos, cuidados, ambiciones, amores, vínculos rotos, hijos, aflicciones. Sea cualquiera el camino que se siga para dirigirse al cielo, se llega más pronto á donde Dios quiere que se llegue; en el lecho de polvo se acuesta uno ménos tarde, y se tienen ménos preocupaciones y se vierten ménos lágrimas al emprender la marcha. ¡Oh! No resistais á mis ruegos, madre mia: si lo reflexionais bien, algun día os mostrareis orgullosa de haber pronunciado esa palabra que os parece un doloroso adios. ¿A qué renuncia uno cuando se echa en los brazos de Dios? ¿Qué más podeis desear para el hijo que os suplica, sino la paz en la tierra y el cielo por patria? ¡Que es humilde el nombre de sacerdote! ¡oh! no os avergonceis de él, madre mia, porque no hay otro más noble en la tierra. Dios, que es el único conecedor de sus misteriosos designios, ha asignado su tarea á cada uno de los hijos de la tierra; á unos les ha dado suelo que abrir y campos que sembrar; á otros hijos, mujeres á quienes amar; á estos la satisfaccion de fundar un monumento; á aquellos el estrépito de sus pasos por el mundo. Pero ha dicho á los corazones dispuestos á suspirar y á creer: «No tomeis nada ahí, todo lo tendreis en mí.» El sacerdote es la urna santa suspendida de la cúpula, en la cual no se vierte nunca el agua turbia del pozo, y que no enrojece jamás el néctar de los humanos, los

cuales no se la pasan llena de mano en mano; ántes al contrario, en ella se evapora en todo tiempo la olorosa yerba, el incienso de la aurora quemado en el fuego del sacrificio. El sacerdote es, en su silencio, comparado con el resto de los mortales, lo que el órgano de los santos altares comparado con los demás instrumentos; jamás se oye su voz profunda y solitaria mezclada fuera del templo con los vanos ruidos de la tierra. Las vírgenes no encadenan sus pasos á sus sonos ni el profano eco los repite; sino que en el retiro de su iglesia eleva á Dios su majestuosa voz, que se dilata y corre como una brisa, dirigiendo á la Divinidad con beatíficos trasportes el himno de la naturaleza y de la humanidad.

» Mas tal vez me direis: «El sacerdote vive solo, y su alma, que no recibe jamás el benéfico calor de una mujer, de una compañera, se seca y empequeñece viviendo en semejante aislamiento; como no tiene familia, se endurece su corazón.» No, madre mia; decid más bien que todo hombre constituye su familia, que los pobres son para él madre, hijos é hijas. Jesucristo trasmite á su corazón su amistad inmensa: la piedad hace que considere como propios el llanto y el sufrimiento ajenos. No, no temais que en mis pensamientos halagueños y recogidos llegue á olvidar mi amor. ¡Ah! El Dios que me llama no es un Dios celoso: los votos que habré de pronunciar me entregarán á Él, sí, pero sin arrancarme á vues-

tro cariño. Cuanto más nos inunda el océano de su caridad, tanto más le pertenecemos, y tanto más pertenecemos al mundo, á sus piadosos deberes, á sus relaciones lícitas, á los dulces vínculos de parientes y amigos. Ante ese Dios de amor cuyo apóstol deseo ser, ningun nombre podrá borrar el vuestro en el altar, y en cada suspiro de los que exhale en mis santas pláticas con la divinidad, ¡subirá al cielo ese nombre juntamente con el mio! No cerréis así, por piedad, esos labios, no me mireis tan tristemente; ántes bien decidme: «¡Cúmplase en tí la voluntad del Señor!» ¡Decidme como Sara, madre mia, y bendecidme!

.....
.....

20 de mayo de 1786.

Mi madre ha estado llorando siete dias, como la hija de Jefté, cuando seguida de sus compañeras, ascendió á las montañas para pedir al Señor enojado que le concediera algunas noches de vida con objeto de llorar su juventud y su virginidad, y despues, reuniéndose cual inocente corderilla con su nodriza, fué á presentar ella misma su garganta al sacrificio. Del propio modo lloraba mi madre; pero luégo pronunció el esperado «¡sí!» Este sí llenará de alegría á

un corazón, y tan luego como haya bendecido el júbilo de mi hermana, emprenderé mi camino, sin volver atrás la vista.

.....
1.º de Junio de 1786.

Dios me ha recompensado: ayer fué el día en que el Señor bendijo la inocencia y el amor. ¡Santo día que ha confundido en manos del Omnipotente los destinos de mi hermana y de Ernestol ¡Ya se poseen ambos en paz! ¡Qué dicha tan esplendente irradiaba en torno suyo! No parecía sino que todos los felices días de una bonancible y prolongada existencia, todos los castos goces de una pura unión, presentándose anticipadamente ante el altar, añadian un rayo de luz á la antorcha de himeneo, y concentrando sus primicias sobre sus serenas frentes, prodigaban en un día todo un siglo de delicias.

¡Qué vida tan nueva animaba la casa ántes de la hora en que despunta el primer albor matutino! Todas las ventanas que estaban cerradas desde el triste momento en que mi padre salió para ocupar otra morada, todas las puertas que guardaban todavía luto por el que fué su dueño y cuyo umbral se llenaba de flores desde muy temprano, parecían adquirir un alma, y como si se sintiesen animadas de ella, estremecerse sobre sus goznes y abrirse por sí mis-

mas para dar paso á la dicha, como á un huésped esperado que regresa tras largo destierro. A intervalos resonaban los gratos acordes de la música; los criados iban presurosos de sala en sala; los parientes, los amigos llegaban de dos en dos con las manos llenas de regalos y el corazón de sinceros y entusiastas parabienes; los delicados primores de los regalos del esposo, puestos de manifiesto sobre el lecho, rebosaban de las canastillas; las jóvenes se agolpaban en torno para verlos, tocándolos, designándolos, prorumpiendo en continuas exclamaciones: una arreglaba el velo sobre la frente de la desposada, otra trenzaba perlas en sus cabellos, y todas con su frente virginal llena de gracia y de rubor, contemplaban con afán los preparativos del fausto enlace, tocándolo todo, del propio modo que se las ve tocar los collares, los anillos, los secretos talismanes de un rico joyero oriental, cuyo brillo agrada sin comprender bien su significado.

Siguiéronse por la tarde las danzas en el prado, y la ronda que arrastra en su círculo giratorio á todo el mundo, ménos á los novios, que desdeñando estos placeres por otros más dulces, aguardaban impacientes la llegada del crepúsculo, que debía ahuyentar á la muchedumbre y contaban las horas y llamaban á la noche, buscándose, reuniéndose, dándose el brazo, esquivándose entre los árboles y hablándose en voz baja; pues la verdadera felicidad, que huye

del bullicio, necesita silencio y soledad. ¡Y cómo trascendía esta dicha aún á través de su misma impaciencia! ¡Cómo se la conocía en todo su vago embeleso! Aquellos suspiros, aquellas miradas que penetraban en lo más profundo de su corazón, aquel mudo lenguaje, más elocuente que el nuestro, aquella marcha indolente ó sus frecuentes paradas, que les hacían parecer abrumados bajo el peso de tanta felicidad, aquella esquivez para con la muchedumbre y la necesidad de concentrarse en sí mismos, todo contribuía á hacerles sentir la realidad de ese ensueño de amor que se tiene toda la vida, y que no se saborea más que un día!

Y yo, entre tanto, solo, meditabundo, siguiéndolos sin ser visto, observaba su júbilo con la mirada y con el corazón: todo el día, á cada momento, iba en pos de ellos; me encontraban en todas partes, pero no me veían; y gozándome á lo ménos en la imágen de la ventura de ambos amantes, bendecía mi obra en su felicidad, y exclamaba entre mí con el corazón satisfecho: «¡Esa felicidad es mía, porque yo soy quien la ha labrado.»

.....
3 de Junio de 1786.

Más de una jóven de aquellas cuya conversacion me deleitaba no há mucho y cuya dulce mirada me

obligaba á bajar los ojos, decía ayer á menudo durante el baile y en la cena de familia, señalándome con el dedo: «Dios mio, ¿será creible que él, tan jóven y apuesto, prefiera á nuestro amor una sotana negra? El mundo le da miedo: ¡pobre muchacho!» Y luégo, pasando por delante de mí, me dirigía una mirada abrumadora y triunfante, exclamando: «¿Acaso no somos ya bellas?» Y todas procuraban contener la risa. Yo me fingía insensible á aquel burlon sarcasmo; sin embargo, vos, Dios mio, leiais la verdad en mi corazón!

.....
6 de Junio de 1786.

Ayer fué: el día, sombrío y melancólico, parecia envuelto en la sombra de mi tristeza; tan brumoso estaba el cielo, tan sin aliento el aire que dejaba inclinadas la hoja y la espiga sobre la llanura, tan dormido el riachuelo que contenia su voz, tan calladas las avecillas ocultas en la enramada, que no parecia sino que el alma de aquel ameno lugar queria simpatizar á su vez con aquel día de despedida. Tampoco se oia el más leve rumor en la cerrada casa: nadie se atrevia á mirar á un rostro amado; nadie osaba hablar al encontrarse con otro, por miedo de que el sonido de la voz diese á conocer el sollozo oculto tras la tierna sonrisa, é hiciese estallar el co-

corazon destrozado por una palabra. Todos iban y venian, mi madre y mi hermana preparaban arrodilladas en el suelo los efectos de un viaje, y cada una de ellas, al meter las manos en el cofre, guardaba en él, á la vez que sus regalos, uno de sus pensamientos. Sentóse la familia á la mesa, pero inútilmente; las lágrimas brotaban de los ojos y caian sobre el pan. Así trascurrió el dia, y cuando la noche, noche suprema que debia separar para siempre lo que se ama, tendió sobre nuestra vista su espeso manto:

—Id, dije á mi madre, y descansad en paz; dad tregua á las lágrimas y suspiros de vuestro corazon; bendecid á vuestro hijo, y dormid sin cuidado; que este sueño postrero que voy á disfrutar á vuestro lado descienda sobre vuestros ojos tranquilo y dulce todavía: no anticipéis la hora de nuestra larga despedida. ¡Ah! ¡Harto pronto llegará esa interminable noche en que se llora! Pero entónces el espíritu que alienta y consuela y el ángel de las despedidas oirán mis ruegos y acudirán á enjugar vuestro llanto; y me vereis emprender más ligero mi camino, porque lo que á Dios se ofrece, debe dársele con alegría. ¡Dormid! quiero estar al pié de vuestro lecho, ántes que el nuevo dia derrame su luz sobre la iglesia, y si entónces asoma alguna lágrima amarga, ¡que Dios nos la perdone! El hombre no tiene más que una madre.

Imprimió en mi frente un prolongado beso y no pude comprender lo que me respondió, porque, hen-

chido el corazon del llanto que ocultaba mi rostro, y no siéndome posible contenerlo más tiempo, salí presuroso de su aposento y busqué las sombras de la noche para llorar con toda libertad.

Las brisas de la montaña, llegadas con el crepúsculo, habian barrido las nubes, dejando el cielo claro y despejado: era una de esas noches cuya serena calma habla al alma de paz, de amor, de eternidad; en que, ostentando la luna su redondo disco y como sentada en el anchuroso espacio, difunde por los bosques su indeciso fulgor, haciendo resaltar los pálidos contornos de los objetos, semejante á un mudo recuerdo de la vida y del día.

Penetré llorando en las umbrosas alamedas, en las que aparecian marcadas todavía las huellas de mi madre, y me puse á recorrer el campestre recinto donde se habia abierto mi alma á la vida como tantas de las flores que allí crecian: oía murmurar el agua en la taza de mármol, tocaba cada pared, hablaba á cada árbol, pasaba de tronco en tronco y los abrazaba; les comunicaba la causa de mi afliccion, y, tanta es la fuerza y vehemencia de nuestra alma, que me parecia sentir cómo palpitaba debajo de cada corteza un corazon amigo. Descansaba un momento en cada banco de piedra donde solia sentarme, donde habia visto á mi madre sentada con su hijo, y volviendo el rostro hácia el sitio en que mis ojos creian ver su imágen, le hablaba del alma y ella me res-

pondía: su voz, su propia voz resonaba en mi corazón, y de este modo iba pasando yo del haya al sícomoro, haciendo revivir mi pasado para llorarle de nuevo. Desde el palomar hasta la caseta del perro, lo visité todo de nuevo, sin olvidarme de nada, dando á todo un simpático adios; y llevándome de todo alguna cara reliquia, me llenaba el seno de hojas enroscadas, de arena del patio pisada por mi madre, de musgo arrancado de las verdes paredes de las torrecillas, y del plumon caído del nido de las tórtolas; cuando hube completado mi doloroso tesoro, para invertir en algo lo que aún quedaba de noche fui al parterre, al pié de la ventana del aposento donde quizás velaba también mi madre, y me dejé caer sobre el césped junto al pilon del agua corriente donde proyecta su temblorosa sombra el abedul; incliné la frente sobre el cristalino líquido, que me pareció que sollozaba al correr como el paso amortiguado de un amigo que nos deja, y allí, cogiendo puñados de tierra y yerba, besé aquella tierra donde yo habia arraigado y de la cual me arrancaba tan jóven una fuerza divina, abrí mi corazón en demasía henchido de llanto, y derramé el torrente de lágrimas que deseaban mezclarse con el suelo.

Ignoro cuántas horas pasé así, ni cuántos pensamientos agitaron mi cerebro; sólo Dios puede contarlos con su mirada infinita, y sólo el corazón puede confiarlos en su lenguaje al corazón. Hay noches bor-

rascosas en que la oleada de las ideas, semejante á un caudaloso río que se desborda, rueda con furia demasiado impetuosa para que nuestra alma tenga siquiera conciencia de ellas; en nuestra cabeza hiérve un vértigo confuso, y hasta el corazón cesa de latir, próximo á estallar. Hallábame entonces, sin ver ni oír, en ese estado que es más bien anonadamiento, abrumadora pesadilla de desesperación, y sólo de vez en cuando me despertaba el llanto que caía á raudales en el sonoro mármol de la fuente.

Por fin coloró el alba con una matizada franja el limbo de los cielos, cual repentina antorcha que vino á herir mis ojos. Entonces quise decir á mi madre, pero sin ver su rostro, una palabra en la que fuese envuelta mi alma; me aproximé temblando y de rodillas al pié de su ventana, la toqué con mi frente inclinada; pasé mis dedos al través de las persianas, y creí sentir el contacto de otras manos que encontraban las mías. «¡Adios!» exclamé; quise añadir alguna palabra más, pero no pude; mi corazón, ahogado de angustia, apenas logró exhalar un sollozo, y me escapé corriendo y sin volver la cabeza, como el hombre receloso de que algun remordimiento le detenga.

Fuí atravesando campos sin senda ni vereda, temeroso de encontrar, de oír un sér humano, hasta que llegué á la árida cumbre desde la cual comienza la sombría montaña á descender hácia otra campiña.

Sobre una roca gris elevase allí una cruz de granito, tapizada de musgo en el que anidan las aves, bendiciendo á la vez las dos vertientes como un hombre que extiende entrambos brazos sobre dos cabezas.

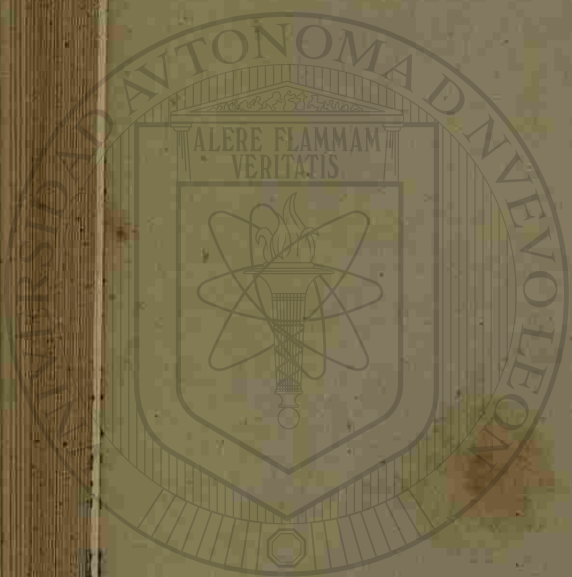
Allí me volví por última vez y me senté en la piedra al pié de la cruz; desde allí ví cuál se desarrollaba á mis piés el paisaje; cómo verdeaba el jardín junto á las tapias del pueblo; cómo blanqueaban las palomas el tejado y cómo iba disminuyendo poco á poco la sombra que proyectaba la casa sobre el césped. Ví elevarse al espacio su primera blanca humareda, distinguí una mano que entreabría la ventana. Mi alma entera voló á aquel dulce sitio envuelta en un suspiro, y cayendo de hinojos sobre la yerba, exclamé: «¡Dios mio: vos que os llevais el hijo, quedaos con la madre: haced que la hora de mi partida no esté llena de amargura! No me alejo, ¡oh Dios mio! de esa morada y de esos corazones sino para depararles más paz y más amor; sustitúyanme ahí el amor y la paz, y que mi sacrificio atraiga al ménos vuestra gracia. ¡Velad en lugar mio por esas caras prendas: bendecid día y noche todas sus acciones, y sed vos mismo, ¡oh Dios mio! ¡oh padre celestial! para la madre el hijo, para la hermana el hermano; colmadles de vuestros dones; llevadlos de la mano por una larga vía y por un camino fácil al término en que deberemos daros gracias juntos, y haced que ya desde esta baja tierra nos reunamos en vuestro seno!»

Dije, y el horizonte paterno desapareció para siempre tras las arboledas de aquellas últimas cumbres.



EN AQUEL ALTAR DE LÁGRIMAS, UN NEGRO PEDAZO DE PAN FUE LA
IMÁGEN DE DIOS.....



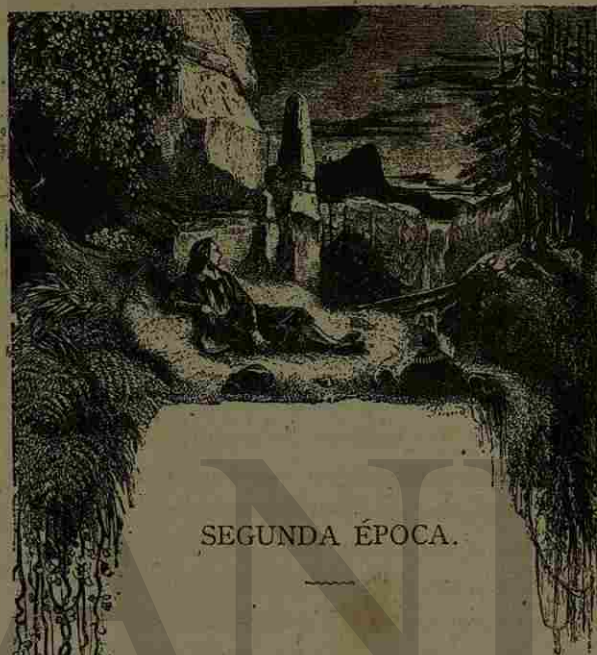
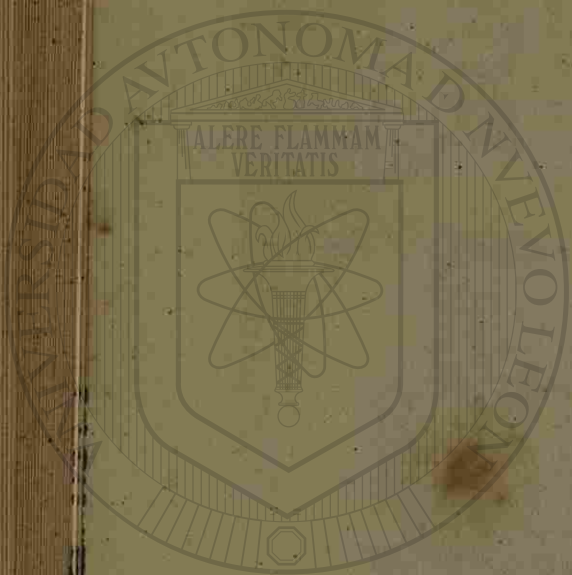


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

30405



SEGUNDA ÉPOCA.

Seminario de*** 1.º de Enero de 1793.

Han transcurrido seis años de mi juventud sin haber dejado huella alguna de su paso. Los días, las noches, las mañanas, las tardes, todos los días en fin, fueron otros tantos pasos iguales dados por un mismo camino, y sólo he conocido que trascurrían al calcular su número. El claustro con sus ennegrecidas columnas me ha ocultado en su sombra; las baldosas han contado mis silenciosos pasos desde mi elevada celda

al melodioso coro; la meditacion, el rezo y el estudio han acabado por atrofiar mis sentidos en fuerza de una glacial costumbre; esos oscuros corredores, esas naves, esos gruesos muros han derramado profusamente sobre mi frente su silencio y su paz; durante mis interminables veladas apenas han penetrado hasta aquí los incitantes recuerdos, los sentimientos del bien perdido, las imágenes de libertad, de amor, de risueños paisajes; aquí todo se impregna por grados de la paz del Señor cual se estampan en las naves los matices de la aurora al atravesar los ventanales pintados de vistosos colores. ¡Cuán dulce es depositar en Dios el corazón entero, como se guarda un perfume en un pomo de oro para conservar su aroma! ¡Cuán grato haber puesto á tanta altura las miras, tener el camino ya trazado, y acariciar seis años el mismo pensamiento! Así es que la página en que anoté mis días está en blanco. ¿Qué podía haber escrito? El Dios á quien he servido constantemente, el cuidado de sus altares, la adhesión á su morada, han alimentado por igual todas mis horas, y su mano, abierta siempre á la mía, me ha guiado sin tropiezo ni percance alguno. ¡Ah! ¡Ojalá fuera toda mi vida una página en blanco, merced á los esfuerzos del corazón que sabe reprimir mis pasiones!

.....

Febrero de 1793.

Muchas veces, cuando las nocturnas tinieblas que van creciendo de pilar en pilar, invaden todo el claustro, cuando despues del toque de la oracion y de la cena, los seminaristas diseminados van á sentarse en los bancos y buscando cada cual á su amigo predilecto entre ellos, le abre su corazón en voz baja y á la sombra; yo, que todavía no he encontrado aquí amigo alguno, porque un corazón sobrado lleno no sabe amar á medias, me esquivo, y yendo en busca de ese confidente supremo cuyo amor es siempre igual á lo que ama, penetro en su templo por la puerta excusada, y deposito á sus piés toda mi alma.

¡Osian! ¡Osian! Cuando en mi primera juventud soñaba con las brumas y los montes de Inisture; cuando, con tus versos en el corazón y tu arpa en la mano, penetraba durante el invierno en bosques sin senderos y escuchaba entre las malezas el soplo de la brisa como si fuera el alma de los muertos, y los cabellos azotaban mi frente, y los torrentes, bramando de horror al borde de los devoradores abismos, lanzaban á mi rostro su espuma y sus mugidos, al precipitarse desde el cielo sobre las humeantes peñas; cuando los troncos de los abetos temblaban como débiles cañas y sacudían la nieve de sus copas, sobre las cuales revoloteaba el cuervo, y una bruma helada, rasando esos agrestes picachos, me rodeaba de tormentas como á un hijo de Morven; si llegaba

á rasgar algun súbito relámpago la espesa niebla, y el sol reanimado me lanzaba una mirada y con uno de sus húmedos rayos, que luchan y se disipan, alumbraba á mis piés el abismo del espacio, exaltados entónces todos mis sentidos por el aire puro de los altos lugares, por aquella soledad y aquella celeste noche, por los sordos estruendos que la borrasca arrancaba á los pinos, y por las glaciales escarchas que blanqueaban mi cabeza, elevábase mi alma hasta el tono de un sonoro instrumento de cuyas vibraciones brotaban arrobamientos y éxtasis; y mi corazon palpitaba comprimido en el pecho; y mis lágrimas corrían como emanadas de un manantial divino; y aplicaba el oído y extendía los brazos; y, cual un insensato, me ponía á andar á grandes pasos; y parecíame alcanzar en la sombra de la nube la sombra de Jehová llevada en alas de la tormenta; y creía percibir en el aire los sonoros ecos de su voz que la tempestad se llevaba al caos; é inundado de júbilo y de amor por todos los poros de mi cuerpo, habria deseado tener un alma y acentos á propósito para contemplar mejor la naturaleza y fundirme aún más en ella, y crearme nuevos sentidos para entregarme á nuevos y enajenados arrebatos!

Momentos son esos de inefables delicias, cuyo cáliz no permite Dios que apuremos; relámpagos de luz y de ventura que confunden la vida con la eternidad. Nuestra alma los recuerda como se recuerda una idea

pasajera que cruzara por ella en sueños. ¡Ah! cuando yo los gustaba, ¡cuán léjos estaba de creer que en la tierra brotaban también de un manantial eterno!

Pues bien; cuando traspuse el umbral del oscuro templo, cuyas sombras me rodearon la segunda noche; cuando veo interpuestos entre el mundo exterior y yo esos anchos muros amasados por los siglos y por la fe; cuando vago con silencioso paso por este profundo asilo, soledad de piedra, inmóvil, inmutable, imágen de la mansion habitada por el mismo Dios, en la que todo es profundidad, misterio, eternidad; cuando los rayos del sol en su ocaso extinguen su postrer destello en los ventanales; cuando escintila en el fondo del santuario una luz oscilante, parecida á un ojo abierto en medio de la noche; cuando la voz de la campana se disipa en sonidos ténues, y apoyado yo contra un pilar sonoro, lo oigo vibrar como la clave de un celeste instrumento, conmoviéndome su resonancia, y la inmensa catedral, con sus muros, sus torres, su bóveda sepulcral, parece estremecerse desde la cúspide hasta sus cimientos como un sér animado al oír la voz que sale, armonizando con ella en mútuo trasporte; y cuando, al alzar la vista del pavimento á la cúpula, siento que en este vacío me escucha un oído, y que un amigo invisible, difundido por la nave, me atrae y me habla un lenguaje convenido, y se comunica conmigo en íntimo silencio, y me envuelve y abisma en su anchuroso seno; en-

tónces, cayendo de rodillas sobre las duras losas y cubriéndome los ojos con un pliegue de mi traje cual hombre sorprendido por la tempestad del alma, deslumbrada la vista por mil fulgurantes relámpagos, me cobijo silencioso en el seno del Señor y le escucho y le oigo confundiendo con los suyos mi corazón y mi voz: no hay lengua humana capaz de expresar lo que entónces ocurre en tan piadoso deliquio: el alma experimenta un instante lo que experimentan nuestros ojos cuando, fijándolos en la orilla del mar junto á un escollo, se proponen contar las oleadas cuya espuma chispea á los rayos del sol, corre, brota y humea, y cegados por los relámpagos y por aquel hervor, al fin no ven sino olas, luz y movimiento; ó bien lo que sienten los oídos cuando, adquiriendo cuerpo en los picos del monte Blanco una onda sonora que rueda, repercute y muge, se esfuerzan en vano en medio de tan estruendoso ruido, por distinguir un sonido del sonido que le sigue en los choques sucesivos que estremecen la tierra, acabando por no percibir más que la vibración de un interminable trueno.

Y luégo ese ruido se amortigua, y el alma, adormeciéndose, flota en el infinito, sin alas, sin esfuerzo, sin afianzar su vuelo en ningún pensamiento, ántes bien inmóvil y muerta y vagamente mecida, con el sentimiento que se experimenta cuando soñamos que un torbellino de estío nos arrebatara y, prestándonos

el viento por un instante sus impalpables alas, nos cerremos en el éter sembrado de centellantes astros, y recibiendo más dulces rayos, cobramos nuevo calor en el foco de los soles que se van acercando á nosotros. Así es que en vano resuenan para mí una tras otra las horas de la noche, y cuando vienen á cerrar la divina morada, y las macizas puertas de bronce giran sobre sus goznes estremeciendo la bóveda subterránea, me alejo con mesurado paso, y mi helada mano enjuga la gota de celeste lluvia, tibia todavía!....

.....
Seminario de *** 15 de Febrero de 1793.

En tanto que vivimos en el fondo de un mundo aparte, en Dios sólo, por él sólo y bajo su sola mirada, el otro mundo, animado de muy distinto espíritu vital ó de un hálito de muerte, de cólera y de envidia, rebrama en torno nuestro, y hasta en este sagrado asilo persigue con sus furores á los servidores de Dios. Un gran pueblo, agitado por el espíritu de la destrucción, derrumba sobre sí todo cuanto le domina: y proponiéndose renovar trono, altares, costumbres y leyes, lo abisma todo á la vez en pólvora y sangre. ¡Oh! ¿Por qué he nacido en esta procelosa época en que el hombre no sabe dónde reclinar su cabeza ni dónde termina su camino, y en que el es-

píritu de los humanos busca, tantea, vacila entre mil opuestos rumbos, no pudiendo permanecer sobre un pasado que se desmorona, ni echar de una vez el porvenir en el molde de su vida? ¡Metal extravasado que hierve y se escapa, corre, destruye, derriba, y devora y asuela, y consumiendo la mano que se acerca á su cráter, desarraiga de la tierra al hombre y al siglo! Venturoso yo, al ménos, puesto que el esplendor de la fe vive aún en mí y guía mis pasos, y apartándome de la impetuosa multitud, traza una ruta aparte á mi pobre pensamiento, ruta que conduce á un punto muy distinto que la de la tierra, que el mismo Dios alumbra y que no tiene fin.

Dícese que el poder se rompe en manos del rey y que el pueblo lo reduce á menudos fragmentos: ¡el pueblo, niño caprichoso y cruel que goza destruyendo, que jamás ensaya sus fuerzas sino para romper, y que obedeciendo al instinto de su genio brutal, no comprende el poder sino convirtiéndose en tirano! ¡Fuerza ciega á la que Dios suelta el freno de vez en cuando, así como al alud, así como al vendaval, para dar una corriente más rápida al éter, descargar un terrible golpe y producir un gran vacío!

.....
23 de Febrero de 1793.

¡Oh qué días! ¡Qué días de dolor, de silencio y de espanto! La tierra del reino ha bebido la sangre del

rey; y la sangre de los súbditos exterminados á centenares corre por los arroyos como el agua de las fuentes. Cuantos llevan un nombre esclarecido, ó se distinguen por su genio ó su virtud, caen al punto bajo el nivel del crimen: el dedo del delator hace una seña al verdugo: ¡la única ley del pueblo es la sentencia de muerte para los más dignos! ¡Su hacha prefiere al justo y escoge al inocente! ¡La inocencia es su crimen! ¡Oh pueblo ébrio de sangre, tú destruyes con tus manos el error que nos ciega, y tu ejemplo sirve de disculpa á todos los tiranos!

.....
28 de Febrero de 1793.

Día y noche me dedico á profundizar en mis reflexiones ese sangriento abismo de las revoluciones, remedio ó dolencia del gran cuerpo social, que rompe ó rejuvenece la entorpecida máquina; esfuerzo incalculable de la naturaleza que obliga á la vida y á la muerte á trabar en su seno una lucha tremenda.

Para equilibrar los platillos de la balanza en que se las quiere pesar, es preciso acallar las pasiones y los intereses del siglo; tiembla la mano del que se propone juzgarlas muy de cerca, del propio modo que al juez que da principio á su carrera, el polvo mundanal le oculta con frecuencia el fin á que desea llegar. Pero yo, jóven, sepultado en la sombra del

santo asilo, apartado del siglo y viéndolo todo únicamente á través del prisma divino, tal vez juzgo desde una altura sobrado elevada ese problema, ese proceso eterno del tiempo contra sí mismo, esa lucha fatal en que el pasado vencido, dice, como única razón para continuar viviendo: «He vivido.» ¿Quién puede sondear los insondables juicios de Dios? ¿Quién será capaz de decir dónde termina su obra comenzada? ¿Quién usurparle el cuidado de los mundos futuros? ¿Decirle como al mar: «No pasarás de aquí!» ¿Colocar su grano de arena ante ese océano, y agotar con una palabra el abismo inagotable? Méenos insensato sería el que dijese al sol: «¡Aguarda á lucir para cuando yo despierte: limita á mi horizonte tu fecunda luz, y cuando mis ojos se cierren, extínguete para el mundo!»

No: Dios no ha confiado á nadie sus propósitos; la naturaleza y el tiempo no le comprenden, y si deja traspasar algo de sus misterios, busquémoslo sólo en él, ¡porque en él se basa todo! Él, tan sólo él levanta una punta del velo que tiene sumidos en la duda nuestros espíritus, y dice: «¡Ved!» ¿Qué anuncia la naturaleza en su marcha eterna? ¿Dónde detiene su carrera? ¿dónde descansa? ¿Cuál de esos mil soles que giran á la vista de Dios, centellantes rayos de su celeste eje, duerme en medio de su inflamada órbita? ¿Qué ruta de los cielos hay cerrada ante ellos? ¿Qué oleada de los aires se entrega á indolente reposo?

¿Qué gota de los mares duerme en el lecho del pié-lago? ¿Qué océano, reclinado en eternas riberas, cesa de devorar ó de engendrar playas? ¿Qué montes han sofocado su crisol subterráneo? ¿Qué era ayer lo que será mañana? Y desde el grano de arena hasta la roca, desde el alma hasta la materia, desde el abismo de los cielos hasta el átomo de polvo, ¿puede alguien, sino Dios, reconocer en semejante movimiento una forma, un elemento, un sér? ¡En ese trabajo que cambia, rompe y procrea, se adivina que fermenta en el Universo una levadura eterna, que la mano creadora está siempre atenta á su obra, que la carrera del Sér eterno es eterna, que el tiempo nace del tiempo, la cosa de la cosa; que si una forma perece, es para que otra salga á luz; que en todo sér, el fin es principio; el padecimiento, trabajo, y la muerte, alumbramiento!

En vano el hombre, orgulloso de esa nada fundada por él, se cree él sólo exento de esa ley del mundo, cierra su símbolo y dice por milésima vez: «Ese Dios será tu Dios, esas leyes tus leyes.» A cada cosa que juzga y proclama eterna, responde al punto el estrépito de una caída, y el tiempo, cuya marcha no le es posible detener ni acortar, se encarga de confundirle y desmentirle á cada paso: á cada siglo, á cada hora arrebatada convertidos en polvo esos deleznales refugios de la sabiduría, esos imperios, leyes, altares, dioses, legislaciones, tiendas que plantan las naciones para un sólo día, y que derriban las que las si-

guen para elevar otras nuevas, bagaje que al huir dejamos á nuestro paso, y que el porvenir menosprecia sin dignarse recogerlo.

Desde aquellos tristes días, cuya tardía historia nos ha conservado trabajosamente hasta estos momentos alguna memoria, ¿con cuántos cielos ha jugado el tiempo? ¿cuántas veces ha sacudido la tierra las leyes, las creencias, los dioses de otras épocas, como sacuden los árboles su seco follaje en la primavera? Tanto valdría preguntar cuántas hojas marchitas han abonado el suelo formado con sus restos, ó cuántos arroyos ó gotas de tempestuosa lluvia han henchido los mares sin límites ni orillas.

Sí, el espíritu del Señor trabaja sin cesar por el espíritu de los mortales, su ciego instrumento; ha dado por vida al pensamiento humano ese flujo y reflujo que le lleva y le arrastra, y si cesara de girar en ese círculo divino, si algún día se paralizara, ese día sería el de su fin. Mas para el espíritu humano siempre hay una idea delante de otra en el camino trazado á sus pasos; cobra impulso, llega al término del sendero, crea un mundo entero á su imágen, y no bien entra en la obra comenzada, cuando anhela ya correr tras otra idea. La realiza y pasa adelante, y de impulso en impulso, llega á otro horizonte para trasponerle también; de este modo va legando sus quimeras de siglo en siglo: las verdades son para él madres de verdades, y Dios, al mostrárselas un día tras otro,

paso á paso, le conduce hasta donde se propone que llegue en nuestra baja tierra, límite que él solo ha fijado en su sabiduría, y al que jamás se alcanza, por más que sin cesar nos acerquemos á él.

Mas si el espíritu de Dios, trabajando por nuestras manos, ha condenado á los humanos á esos cataclismos, ¿cómo es que sella las revoluciones, ese solsticio de los crímenes, con la pura sangre de las víctimas? ¿Cómo es que el espíritu de amor, de justicia y de paz se presta á servir á la iniquidad, al odio y los desmanes? ¡Ah! Consiste en que, en su obra, trata con el hombre; la virtud las concibe, el crimen las consuma; el obrero es divino, el instrumento mortal; uno quiere cambiar de Dios, otro allana el altar, otro aspira á fundar la justicia sobre la libertad, otro hace que se derrumbe el edificio sobre todos los derechos: llega luégo la noche fatal en que el combatido espíritu no acierta á discernir el crimen de la virtud, y en que cada partido toma horribles represalias. Las revoluciones son otros tantos campos de batalla en los que chocan en el tiempo dos derechos violados; cualquiera que sea el vencedor, ¡ay de los combatientes! El uno, poseedor celoso de inícuca herencia, convierte en legítimo y sagrado título una injusticia inveterada, pretende que la opresión consagre al opresor, y cree vengar al cielo defendiendo el error: el otro, con el corazón agriado por antigua ofensa, no ve sino una venganza en la razón que luce, y armándose á su voz

de un derecho ensangrentado, quema, saquea y mata á golpes de verdad; el abismo atrae de esta suerte á otro abismo más profundo; pero ¿qué remedio? la razón tan sólo tiene la elección del crimen; ¿es forzoso que el bien ceda y retroceda para siempre? ¿es forzoso vencer el mal á copia de maldades? Ante tales mudanzas, el corazón del justo titubea: ¡desdichado el que las hace, feliz quien las hereda!

.....
Seminario de *** 2 de Marzo de 1793.

¡Pobre madre! ¡pobre hermana mía! ¡Oh Dios! ¡También la tempestad desciende hasta tan humilde sitio! La morada de paz, de oración y limosna, donde únicamente la caridad tenía modesto trono, no ha podido hallar gracia á los ojos de las facciones, y han entregado á las llamas ese techo donde habían llovido sus bendiciones, ese umbral donde se socorría siempre su miseria, y por el cual entraban la viuda y el huérfano como en la iglesia, ese aposento en que mi madre, con benéfica mano, curaba sus lacrados piés y les distribuía el pan! ¡Han expulsado á su providencia, se han entregado á horribles danzas en torno de sus muros humeantes, mientras que mi madre y sus hijos huían á los bosques guiados por el fatídico resplandor que salía de esos techos!

Así pues, todo cuanto amo ha sido arrancado de

la tierra, y si buscase la casa de mi padre, mis ojos no verían ya sino un lienzo de pared ennegrecido, y únicamente algún mendigo me diría: «¡Aquí estuve!» ¡Ah! ¡Ante esa horrible imagen de mi madre huyendo de las incendiarias teas del pueblo, siento en mí mismo que sólo Dios es capaz de otorgar el perdón á los humanos, y, si yo no hiciese pedazos mi corazón entre sus manos, sacrificaría cien veces mi vida á mi sed de venganza, ó mejor dicho, de justicia; con tal de castigar á sus verdugos con un puñal en cada mano, me entregaría á los dioses infernales, y vengando cada partícula de esa morada, iría á apagar cada chispa con una gota de sangre!

.....
Seminario de *** 6 de Marzo de 1793.

¡Perdonadme, Dios mío! Sólo á vos corresponde la venganza. ¡Ah! Para desarmarla me postro de hinojos ante vos. ¡Que la falta y el horror de estos tormentosos días caigan sobre la época, y no sobre sus cabezas!

.....
Seminario de *** 8 Marzo 1793.

Un desconocido me ha entregado esta tarde un rollo cubierto con un pergamino: al punto he conoci-

do el carácter de letra, aún cuando por toda firma tenía una lágrima, y mientras leía su contenido, he basado mil veces, oh madre mía, esas palabras que me parecía oírte pronunciar, y besaba también esos doce luisés, tu último recurso, dádiva que tu mano me entrega todavía en señal de despedida. ¡Oh! que no se separe de mí ese oro sagrado, ó, ya que es prenda de tu amor, inviértase tan sólo en hacer beneficios!

.....
Seminario de*** 9 Marzo 1793.

¡Héme solo, huérfano en este mundo! Mi madre, acompañada de mi hermana, va errante por el anchuroso piélago, á merced de los vientos y del mar, en busca del pan amargo que pueda ofrecerles un pariente desconocido, y á cambiar de cielo, de amigos, de corazon y de costumbres, en un continente poblado de soledades!

«¡Huye, parte, ven, hijo mio, me dice mi madre; envíete Dios todo el amor que arde en esta despedida! No disfrutaré un solo día de calma durante tu ausencia; aléjate de un suelo devorador que proscribela inocencia y en que hasta la misma oracion es un crimen mortal. ¿Para qué necesita sacerdotes el que no tiene ya altar?...»

¡Ah, madre mía! La ternura que por mí sientes te

extravía. ¿Acaso deja de soplar el espíritu cuando las chispas son escasas? Aún cuando no pudiésemos encender otra vez aquí más que una, aún cuando sólo tuviésemos una lágrima que enjugar en unos ojos turbios, eso bastaría para no alejarnos de esta tierra, para alimentar en nuestros senos el fuego del santuario, para continuar en el templo, y para vestir la túnica del levita ó la del mártir. Sí, me quedaré...

.....
Gruta de las Aguilas, en la cumbre de las Alpas del Delinado, 15 Abril 1793.

Grabemos, al ménos para recuerdo mio, la historia lamentable de estos dos meses tan abundantes en acontecimientos.

El pueblo, amotinado dando crédito á una noticia falsa, allana el umbral sagrado, nos hiere y nos persigue; embriégase de vino en el oro de los santos cálices, entona mofándose los cánticos de los sacrificios, y como si no se atreviera á destruir el altar, por ser novel aún en tales desmanes, lo viola ántes de socavarlo. Los sacerdotes, defendiéndose únicamente con las armas de la oracion, son arrastrados por el polvo; los unos tiñen con su propecta sangre aquellas queridas losas; á los otros se les destina al patíbulo; algunos como yo, á quienes su misma juventud sirve de escudo y cuya tersa frente excita interés y com-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

pasión, logran escapar dispersados á tiros, y van á buscar más léjos el suplicio ó el destierro; una mujer me ase de la mano entre la muchedumbre, me conduce fuera de los muros á favor de las sombras, me



Una mujer me dice: «Huid, hijo mio.»

muestra en lontananza estas brillantes cumbres y me dice: «Hijo mio, huid, aquí teneis pan.»

Yo estuve huyendo siete noches por los campos encaminándome siempre hácia las montañas; y dormitando de dia en los trigos y acelerando de noche mi perturbada marcha léjos de todo sendero tri-

llado, llego al pié de los montes, cruzo á nado torrentes cuyas oleadas me arrojan á la orilla opuesta; un cazador me descubre por los ladridos de sus perros, y movido á compasion trueca su traje por el mio. Empiezo entónces á trepar por esas colinas escalonadas en las que introducen sus raices los Alpes del Norte, inmenso pedestal abrumado por su propia masa, que parece haberse hundido por el peso de los montes, y que en el encajonamiento de sus peñas derrumbadas oculta lagos profundos y oscuros valles. Sigo andando contra la corriente de sus mil riachuelos, que corren lanzando humo en vez de agua; avanzo tembloroso bajo el arco de las cascadas; más arriba, los pinos me abren sus enhiestas columnatas, los traspongo, y llego á esos prados suspendidos sobre el dorso de los montes, verdes y dilatadas alfombras, én donde las cabañas de madera orlan los precipicios.

Allí estaba un anciano pastor guardando un rebaño de terneras, con la vista fija en el sol poniente y pasando por sus dedos las cuentas de un rosario de madera. Aquel espectáculo me infunde aliento á la vez que me enternece: estoy cierto de encontrar un amigo en todo hombre que reza, y me acerco al pastor de pronto, sin recelo é invocando el nombre de Dios: él se turba al ver un sér viviente en aquel sitio; al pronto me toma por un criminal, pero le tranquilizo; escucha llorando mi conmove-

dora aventura, y extendiendo la hojarasca que le sirve de lecho en su cabaña, parte conmigo su pan negro y su leche. A la mañana siguiente me dice:

«Tranquilizáos, no despediré al que Dios me envía. Viajamos con arreglo al estado de la yerba y según la estación, y mis vacas han acabado ya de pastar la de estos prados. Mañana me trasladaré á otras verdes montañas. Pero cuando, trascurrido el invierno, subimos aquí desde las campiñas, al partir nos dan pan para todo el verano; todo ese pan es para vos, ya que lo habeis probado; los pastores, á quienes más de una vez he socorrido en su miseria, me indemnizarán del pan que os dejo; pero no podeis seguirme á donde ellos están, porque extrañarían que seamos dos. Las tempestades no han curtido aun vuestra tez, y la blancura de vuestras manos os delataría: tampoco podeis continuar en esta cabaña, porque desde el bosque se ve el humo que despediría. Los soldados del verdugo conocen perfectamente estos senderos, y á veces suben hasta la region de las nubes para espiar, desde mayor altura, á los proscritos, que caen sorprendidos en sus garras, parecidas á las de las aves de rapiña. Pero venid; sé de una gruta profunda, que nadie sino yo conoce en este mundo, y á la que no puede llegar nadie más que el viento, el rayo y el águila, cuyo nido solía yo robar, acechándola desde esas cumbres, cuando en mis juveniles años mis piés y mi vista se burlaban

de los abismos; todavía puedo subir hasta allí con la ayuda de Dios, cuya mano me ha descubierto ese sitio en obsequio vuestro; allí vivireis muy frugalmente, pero sin sobresaltos, si vuestro ángel custodio basta para acompañaros en esa soledad. Allí tendréis que beber el agua en el hueco de la mano, y cuando yo calcule que careceis de pan, cada dos ó tres meses, os traeré de larga distancia el que necesiteis para vivir, sin que nadie pueda seguirme. Fijaos bien en la hendidura de esa peña; venid de vez en cuando á registrarla cuando el tiempo esté brumoso; pues cuando yo acuda á traerlos lo preciso para vuestro sustento, no pasaré de aquí por temor de que me espíen.»

Nos ponemos en marcha, fijando nuestra atrevida planta donde ningun cazador montañés se arriesga á fijar la vista; agarrándonos con los dedos crispados á las hiedras, á los tallos y raíces de las plantas y á las salientes de las rocas; apenas llega á nuestros oídos el rumor sordo y profundo que produce alguna que otra oscilante peña al derrumbarse á nuestro paso; y las aguas del glaciár, que impulsadas por el viento se elevan á modo de menudo polvo, nos hieren la frente cual la helada hoja de una espada. Ante el abismo que aquellas aguas han hendido detiéndose mi pié como si el horror lo hubiera clavado en el suelo. La columna de espuma se precipita desde la negra mole de la montaña en aquella humeante sima, vol-

viendo á saltar al choque, brama al deshacerse con todos sus arroyos, se remonta en blancos copos, cae de nuevo en verdes jirones, y llena todo el vacío, en cuya profundidad flota su cólera, de viento, estruendo, oleadas, polvo y vértigo. Un sólo fragmento de roca horadado por el torrente, estremeciéndose á los continuos embates de las ondas y anegado en espuma, muestra erguida su inmensa bóveda á la manera de un descomunal arco iris apoyado entre dos cimas, y cruza de una á otra parte el abismo. Mi guía hace la señal de la cruz sobre aquel puente natural; tantea con dudoso pié sus frágiles paredes, y se lanza por él yendo yo en su seguimiento: bajo aquel arco profundo, vemos á cien piés de profundidad la huracanada corriente que pasa como una saeta á la que no puede seguir la vista; el puente, sócavado, vacilante, resuena bajo nuestros pasos; nuestra mirada oscila, nuestras manos buscan algo, nuestros piés resbalan; pero nuestro ángel nos oculta el precipicio, y poco despues hallamos en la orilla opuesta un valle lleno de yerbas en flor regadas por la espuma.

La naturaleza, más propicia y galana en aquel sitio, festonea las rocas de arbustos y de musgo; trepamos por sus terraplenes con más sosegado paso: á nuestras miradas se abre un nuevo horizonte, y bajamos las inclinadas cuestas de colina en colina, de loma en loma, hasta esa hueca cañada que la natu-

raleza redondea á propósito para ostentar únicamente á la mirada de Dios sus divinos atractivos.

Detiéndose allí mi guía y me enseña el asilo que la Providencia depara á los que el hombre destierra; me indica el rumor que produce el manantial al brotar en el bosque, me enseña á ahuecar cortezas de árbol para beber aquella agua, á secar al sol los musgos que han de servirme de lecho, á juzgar por el gusto de la madurez de los frutos, á apoderarme en el hueco de la roca del huevo recién puesto que el águila oculta en él; á conservar un fuego lento entre los troncos de leña, á plantar trampas para los pájaros, á lanzar en el lago el sedal que agita la onda al contacto del pez, á sorprender en su camada al cervatillo que acaba de nacer, á robar el corzo mientras está mamando para que su madre, llevada de su ternura, acuda al oír el famélico quejido del hijuelo para amamantarle en la mano; y luego, recomendándome á esa Providencia que nutre sin trabajo y guarda sin prudencia, me dice:

«¡Rogadla, hijo mio, aquí todo lo llena!»

Rezamos, le abracé, partió y me quedé solo.

.....

Gruta de las Águilas, 17 Abril 1793, por la noche.

¡Oh noche majestuosa! Bóveda inmensa y profunda en que se columbra á Dios como se columbra el

fondo de un riachuelo al través de las ondas! ¡En que tantos astros refulgentes, llevando inscrito su nombre, van á iluminar con ese nombre esplendoroso el horizonte, siendo portadores de sus ojos, de su mano, de su sombra, de sus pensamientos, hasta el espacio infinito por donde trazan sus interminables órbitas! ¡Y tú, luna límpida y clara, en la que me parece ver la imagen de estas montañas reflejada como en un espejo, para que dos universos, brillante el uno, sombrío el otro, se pusiesen en relacion á la sombra del Dios que los ha creado; y vosotros, vientos que palpitaís durante la noche en estos elevados parajes, acariciando la tierra y perfumando los cielos; estruendosos torrentes; pálidas nubes, que cruzais sin empañaros por estas radiantes playas como al través de la vida, en la que luce un casto cielo, cruza la sombra de las pasiones por un corazón puro: misterios de la noche que sólo es dado contemplar al ángel, también esta hora alza para mí un velo del templo; esos picos aéreos me han acercado á vosotros, os veo á todos, me postro de hinojos, y contemplo arrobado la noche como el espectáculo divino que Dios ofrece á los espíritus en su santo tabernáculo!

¡Cómo se sumergen las miradas en ese purísimo firmamento! ¡Qué azul tan suave, y sin embargo, qué deslumbrador! Parece al agua de los mares cuando una débil brisa hace que las olas lancen des-

tellos al romperse en ellas un rayo de luz! Hé ahí la estrella que descende por el horizonte. La sombra de los negros abetos me oculta el disco de la luna; su inquieta blancura parece, á través de esa nube, una nevada que se derrite en el follaje. ¡Qué inmenso suspiro han exhalado sus copas al recibir el suave viento que apenas ha percibido mi mejilla! Nace este, muge, se acalla... muere; es la tempestad que pasa con sus voces y sus embates sobre mi cabeza; es el velamen en que el viento sopla y resuena durante la noche, cuando las ondas lo persiguen por los tenebrosos mares; pero no, es un soplo muerto con que la noche pasa rozando sobre ellos. ¡Oh! con qué ternura llora aquí en este momento la brisa! ¿No será el suspiro de algún espíritu amigo, que se revela á medias en esos sonidos tan dulces, y que viniendo á prestar á esos vientos su suave voz femenil, acude á llorar con nuestra alma, compadecido de nosotros?

¡Arboles armoniosos, abetos, arpas de los bosques, en que todos los vientos del cielo modulan una voz: sois el instrumento en que todo llora y todo canta, en que la naturaleza se embelesa con sus mil ecos, y en que, á los suaves acentos de un soplo aéreo, todo hombre lanza un suspiro al unísono con él! ¡Arboles santos que sabéis lo que Dios nos envía, cantad, llorad, deparadme tristeza ó júbilo; tan sólo él sabe si los sonidos con que nos encantaís, son llanto que derramais por nosotros, ó cánticos de alegría.

Gruta de las Aguilas, 18 de Abril de 1793.

El sueño me ha sorprendido bajo la celeste bóveda; la a'ondra ha cantado al despertarme; mi reino se ha ofrecido á mi vista en un esplendente dia de florida primavera y lo he estado recorriendo desde la mañana á la tarde. ¡Qué verde es! ¡Y para quién creó Dios en estos altos precipicios un valle tan delicioso, cerrando su acceso y su vista á los humanos con una triple muralla elevada por Él!

Allí, la tonante sima en que el glaciarse vierte, y que cruza, á través de la muerte, el puente de rocas; aquí esos blanquíssimos picos, cuyo hielo no se derrite jamás, rodeándolo á medias con sus nevadas crestas; más abajo, en el sitio donde su tortuoso lecho parece ganoso de unir su pendiente con la de los montes, la roca lo intercepta y contiene de pronto, sosteniéndole con una aérea escarpadura; en sus ribazos tersos y desgastados por el agua de los barrancos, no pende de sus raíces ninguna yerba, ninguna flor; y la voz de los pastores, á los que apenas diviso, se pierde en la distancia sin llegar hasta mí. Resguardado por los torrentes, por las rocas y por las nieves, sin temer sorpresas ni lazos tendidos por los mortales, encuentro, como el águila, en mi elevado refugio, todo cuanto puede apetecer el deseo de un poeta: árboles nacidos de su simiente, encorvados bajo el peso abrumador de las tempestades, pero cuyas cabezas nadie, sino el rayo, se atreve á

desmochar; bejucos que serpentean desde su pié hasta su frente y cuyas flotantes redes mecen flores y nidos; rayo dorado del dia que juguetea bajo su oscuro ramaje, temblando sobre la yerba, á merced del viento que los sacude; altos musgos sobre los cuales revolotean las mariposas, y en los que tan sólo los vientos dejan impresas sus huellas en verdes surcos; yerba que cada brisa inclina en blandas oleadas, y que despide mil olores al ser hollada por mi pié; agua que duerme en la hoja donde la sombra la oscurece, ó que llena hasta los bordes sus copas de granito; espuma de los arroyos sobre sus pendientes floridas, que se pierde cual lácteo surco en las verdes praderas; lago límpido y durmiente, que semeja un fragmento de cielo desprendido de la bóveda azul del firmamento, cuyo trasparente álveo se divisa hasta el fondo, en el que la oscura noche se refleja tachonada de estrellas cuando la luz del dia se extingue, y en el cual no se ve flotar más que la flor del loto, caída sobre las ondas á causa del peso del rocío, y el argentado plumon que el cisne silvestre ha dejado en la orilla al bañarse en sus tersas aguas; golfos estrechos, escondidos en los repliegues de los valles; paisajes sin límites, de dilatado horizonte; abismos en que el oído percibe el estrépito del alud; cumbres que introducen su blanco picacho en el azulado éter; grandes sombras de los montes que oscurecen sus flancos; rayo repercutido de las cimas centellantes; aire elástico y

tibio, en que el seno que lo absorbe cree aspirar un alma siempre nueva; ruido que se oye en lontananza ascender ó descender; silencio en que el alma se adormece y se oye soñar; por do quiera, con la paz, el movimiento que la anima; manadas de gamuzas que vuelan sobre el abismo, corzos que roen la corteza de los árboles, ardillas en los bosques, cantos de millares de pájaros que confunden sus voces, vuelos de dorados insectos y zumbidos de alas, que van sembrando las chispas de sus prismas flotantes; flores profusamente esparcidas á mis pasos y aromas en los aires: hé aquí lo que el cielo ha hecho en obsequio de estos desiertos.

.....
La misma fecha, por la tarde.

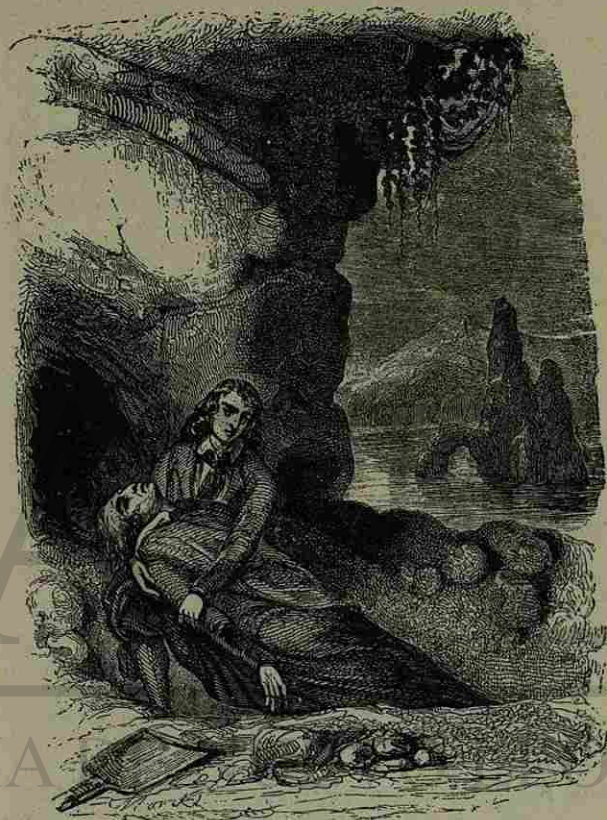
Pero la obra maestra de estos sitios encantadores es la bóveda de la roca, cuyo camino tan sólo el águila ha encontrado; al oriente del lago y á lo largo de sus aguas, la montaña se ha roto en mil pedazos al derrumbarse, y sembrando sus peñascos en confusas ruinas, ha amontonado en las colinas sus disgregados fragmentos. Esas rocas acumuladas, hendidas de resultados de su caída, han quedado suspendidas al azar; los años trascurridos han cimentado su rara estructura, y cubierto de verdor sus flancos y el suelo. Ándase por do quiera sobre un cerro aplanado, al

que la hojarasca y el musgo han comunicado un color amarillento; sólo que cuando se da algún golpe, se oye resonar todavía el terreno bajo las plantas. Cinco robles añosos, que han germinado en sus concavidades, inclinan en todos sentidos sus troncos huecos y abovedados; con sus vacilantes raíces reúnen los espacios vacíos que quedan entre las bases colosales del granito; entrelázanse bajo el suelo á modo de negras serpientes, y con sus rastreros nudos retienen los peñascos: el más viejo, suspendido sobre una de las barrancas, la cubre como un puente con sus desmesuradas raíces; luégo, para ocultarla mejor á la luz del día, extiende un brazo descomunal dejándolo caer en seguida, y bajo este doble abrigo de ramas y follaje vela á todas las miradas su angosta abertura, de suerte que para descubrir aquel antro subterráneo, es forzoso arrastrarse separando las hojas con la mano. Apénas se ha logrado penetrar bajo el arco verde y sombrío, encuéntrase un oscuro y estrecho pasadizo, siendo preciso andar algo encorvado bajo húmedas bóvedas y dar continuos rodeos, percibiendo el profundo rumor de las aguas que, abriendo un canal en la piedra, corren murmurantes hasta el lago por su sólido conducto. En aquel cavernoso sendero se divisa ya una pálida y lejana claridad que parte del fondo; la bóveda se agranda, la roca se retira, el pecho se dilata y respira con más libertad, el terreno sube, tres peñas sirven

de gradas, y por fin se penetra en la roca vacía.

Veinte fragmentos de peñas, suspendidos de sus agudas aristas, sostienen su cúpula cual gigantesca ojiva; sus ángulos de granito rotos en otros mil ángulos, sus flancos cogidos entre sus flancos y plantados uno sobre otro, han resaltado á consecuencia del peso como blanda arcilla; el agua que la piedra destila todavía gota á gota, ha bruñido los contornos de aquellas moles pendientes; la húmeda estalactita se ha formado en sus denticulaciones, y adelgazándolas á modo de inmensas espirales, las esculpe como si fueran esas arañas que penden de las bóvedas de las catedrales. Reuniéndose las gotas por efecto del declive del terreno, han abierto en un ángulo un estanque de granito en el que se oye llover de minuto en minuto el agua sonora que llora y canta al desprenderse; alguna golondrina de vuelo bajo y rasante se cierne siempre sobre él, ó se posa en sus bordes para beber, y luego, remontándose á la bóveda en que anida el ave nocturna, se suspende de uno de los nidos que festonean la cornisa.

Aquella roca pelada rodea por todas partes á la gruta envuelta en tan sombrías murallas; más hacia la parte del lago hay una salida secreta, angosta, invisible, hendida entre dos peñas, que renovando el aire tibio que reina en aquel lugar subterráneo, da paso á los rayos del sol de medio día. Desde la parte de fuera no es posible descubrir aquel intersticio,



ALLÍ ABRIERON MIS MANOS LA HUESA DEL POBRE EXTRANJERO.

porque la roca está tan inclinada, por minar continuamente el lago su flanco escueto y hueco, que parece próxima á derrumbarse; además, por cima de la gruta ha arraigado una hiedra, que dejando colgantes sus festones y su follaje, los extiende como verde cortina, tréñzase á modo de celosía, y cruzando sus tallos, espesa sus ya compactas mallas sobre la oblonga hendidura. Separando á mi gusto aquella verde cortina de hiedra, puedo graduar á mi vista la oscuridad ó la luz, amortiguar el calor ó el resplandor del sol, ó bien, abriéndome con la mano un inmenso horizonte, contemplar todo el espacio hasta perderse de vista, desde el fondo de mi retiro, suspendido en aquellos montes.

Junto á la abertura hay un banco de piedra, donde puedo á mi albedrío sentarme ó tenderme, leer á la luz de los flotantes rayos que tiemblan sobre mi Biblia, ó, contemplando la sombra de Dios, mas visible desde aquí, con los ojos fijos en la naturaleza, elevar al Señor en silenciosos arrebatos el himno ardiente de mi corazón.

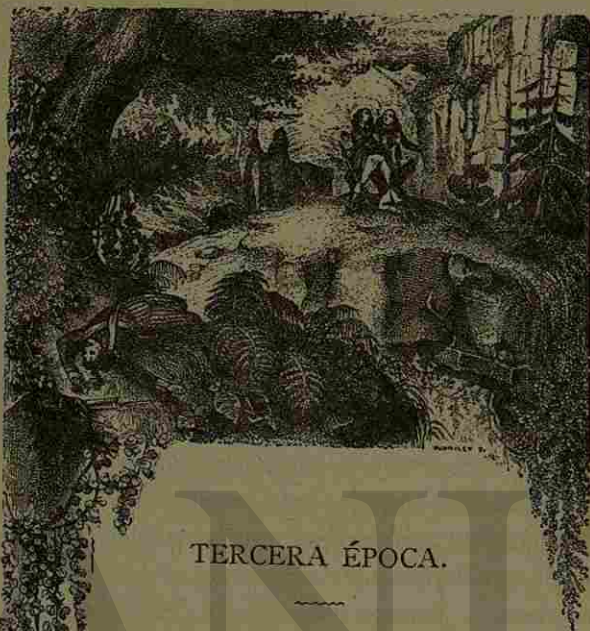
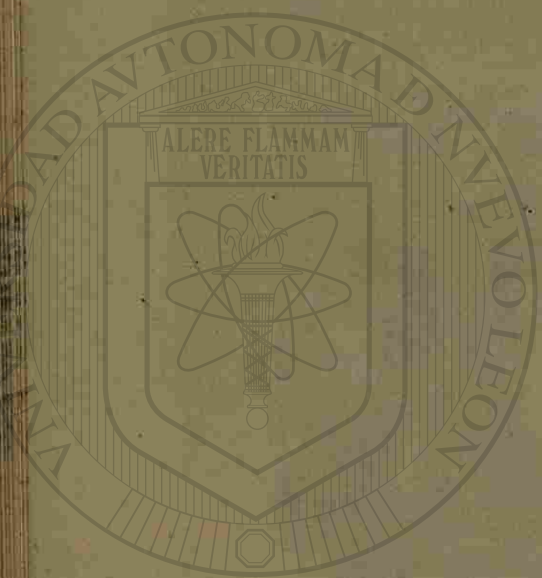
Un aire igual y suave, tibio hálito de la onda, reina aquí cuando el cierzo hiela ó muge fuera; ningún viento penetra, y ni de día ni de noche resuena en este nido de mi alma otro ruido sino los gorjeos de las golondrinas, el vuelo de alguna mosca de invisibles alas, el tenue roce de la hiedra sobre la peña, ó los sordos golpes del lago, cuyas cerúleas ondas, su-

biendo casi al nivel de mi verde ventana, renacen para caer y caen para renacer, y desde el borde que lamen blandamente, suspenden sus guirnaldas de espuma de las paredes de la roca.

.....
20 de Mayo de 1793.

Así pues, cuando mi tienda ha sido derribada en otra parte, encuentro aquí otra ya plantada: he arreglado ya mi lecho sobre la roca con hojarasca del bosque y blando musgo: he colgado también en mi abrigada vivienda mi báculo de viaje y mi reloj; he amontonado leña para mi hogar, he visto ondular en la gruta el resplandor del fuego, y pasado en alegre soledad un día, precursor de otros tantos iguales.





TERCERA ÉPOCA.

Grueta de las Aguilas, 3 de Julio de 1793.

Quando ese sol de estío, foco flotante de vida, me obliga á bajar mis deslumbrados párpados, y ofuscándome todavía al través de este velo ardiente, traspasa mis pestañas con sus tibios reflejos de oro; cuando sus rayos, hiriendo esas nieves eternas, reverberan en el suelo en haces de chispas, y hacen que esos picos y ese azul firmamento semejen al mar que blanquea sobre una espumante roca; cuando en ese cielo pare-

cido á un lago sin orillas veo tan sólo el éter diáfano en el que nada flota, excepto la negra águila que, semejante á un punto oscuro, parece dormir clavada en el espacio inmóvil, ó, mecida allá arriba sobre sus oblicuas garras, desciende trazando círculos concéntricos, y sumergiéndose en los rayos del sol, despide vivos y plateados reflejos de sus bronceadas alas, y al verme tendido junto á su dominio lanza un grito de asombro en el cual vibra su cólera; cuando el árbol ó la roca difunde en torno su fresca sombra sobre el césped; cuando muellemente reclinado sobre este verde lecho cubierto únicamente por el pabellon de los cielos, desaparezco enteramente entre las espesas masas de altas yerbas, que se doblan bajo el peso de sus flores; cuando me rodea el perfume del heno seco, y cuando no oigo otro rumor sino el del aire cálido que susurra, ó el de mi aliento que se mezcla con el aire vírgen de los cielos, ó el de los latidos que dan mis sienas en mi silenciosa frente; entonces siento en mí tan viva voluptuosidad, olvido de tal modo las fugaces horas, que mi alma, escapándose á veces de mis sentidos, deja ya de notar el peso del cuerpo desprendido de ella, del propio modo que el cisne, al probar sus alas nacientes, no siente ya el leve peso del ala que le sustenta en los aires.

Gusto de mecarme en este silencio, no sentir que vivo ni que pienso, creer que el espíritu, llamado en vano por el cuerpo, se ha desprendido para siempre

de su envoltura mortal, y voga en los rayos del sol como la mosca de la miel en los rayos estivales. En ese estado, en que el hombre se trasfigura en Dios, huye y renace el tiempo sin que nada mida sus horas; se tiene conciencia de la inmortalidad; pero cuando un soplo, el vuelo de un insecto, me hace por fin recobrar los olvidados sentidos, me reconcentro en mí mismo sintiendo un placer amargo; conozco que si bien Dios me escucha en ese cielo del que torno tan cansado, en cambio no me responde; busco en derredor, en ese ínfimo mundo, algo que sienta conmigo, que responda á mi afán; tengo el corazón demasiado henchido para que no rebose, y si la suerte quisiese concederme siquiera otro corazón, vacío y mudo todavía, en el que acabasen de brotar la vida y el amor, este ardor, que el mío es impotente para contener, bastaría para comprimirlo y abrasarlo; derramaría en él el excedente de mi alma; su llama serviría de alimento á la mía, y multiplicando en mí esta doble existencia, haría que yo fuese ¡oh Dios mío! ¡como una sombra tuya! ¡Siento en mí que sería posible infundir en ese otro yo lo que me oprime y duplicar lo que amo, abrasarme á mi vez en el espejo de mi corazón, crear el alma del alma y el amor del amor, y del propio modo que tu mirada se ve en tus obras, consumirme con mis ardores y amarme en mi imagen!

Entonces me parece esa bóveda azul un magnífico

sudario; en vano es que abra mis brazos al viento, porque mi corazón continúa solo; en vano busco algo con los ojos en esta vida árida; en vano lanzo un nombre al azar en este vacío: ¡ah! ¡el desierto, sólo el desierto me rodea y me responde! Voy del lago al pico y de la gruta al puente, vuelvo sobre mis pasos, me siento, me levanto; mi propio seno me pesa, y no hay nada que lo levante; pareceme que me falta una mitad de mi ser, objeto de casto amor ó de santa amistad. ¡Cuán á tuestas ando! ¡No soy en este mundo más que una voz sin eco que la responda, un ojo que no se refleja en otro ojo, un cuerpo sin sombra; y á pesar de ese cielo y de este sitio encantador, vivir solo es languidecer, es esperar que llegue el momento de vivir! De esta suerte toda mi dicha se convierte en vago tedio; ¡oh soledad, únicamente un Dios es capaz de llenarte de sí propio!

.....
Gruta de las Águilas, 6 de Julio de 1793.

Impulsado por ese instinto que me atrae hácia el hombre, he traspuesto esta mañana el umbral de mi imperio; he medido con la vista la caída del torrente, tocado con la mano el transparente arco-iris, y cruzado con atrevida planta, que adquiere costumbre con la audacia, la roca temblorosa bajo la bóveda de espuma.

Cuidando de ocultarme entre la yerba al percibir el ruido más leve, y andando descalzo por temor de que alguien me oyera al avanzar por los contornos de la sinuosa barranca, he bajado paso á paso por la pendiente de estos montes hasta el borde de un desfiladero donde he oído alguna vez mugir los bueyes del pastor y cantar una voz; allí, agachado entre la maleza y oculto tras los troncos de los castaños que circundan el descampado, he visto sin ser descubierto y pudiendo columbrarlo todo, lo que mi corazón se recreaba en concebir, una escena de paz, de amor y de inocencia, en la que se sueña de noche y en la que, despierto, se piensa; ¡imagen ¡ay! innata de un tiempo que ha huido de nosotros y que todo hombre lleva en sí como un recuerdo!

Una porción de cabras, de ovejas y de robustas terneras, aquellas pendientes de las flores de los precipicios, y estas enterradas hasta las rodillas en la yerba, rumiaban pastando entre los acebos, mientras que unos cuantos toros, triscando en el prado, bajando sus cabezas y sus amenazadoras astas y empinados sobre sus jarretes, chocaban como dos duras masas sus frentes sonoras y pesadas, que resonaban á sus golpes.

En el ángulo de un matorral y al pié de un tronco de ojaranzo, estaban sentados en la misma raíz un jóven montañés y una doncella: hallábanse solos, sin más compañía que el cielo y los bosques; apac-

taban sin cuidados aquellos ganados cuya esquila resonaba de roca en roca como lejana llamada, y dejando que su perro velase por ellos, cantaban de vez en cuando para que algun cabrito descarriado se guiase por su voz. El pastor con los codos apoyados en las rodillas, tenía inclinada su frente poblada de negros cabellos sobre los restos de una hoguera, y con la vista fija en el suelo, parecía trazar al azar algunas letras en la ceniza; su ensimismamiento tenía algo de tierno, y cuando levantaba la frente, y abría á la viva luz del dia sus ojos límpidos y serenos, veíase sonreír la idea que le preocupaba en el gracioso pliegue de sus fruncidos labios; y cuando aquella mirada se impregnaba del amor que sentía, escapábase de su pecho un suspiro contenido; suspiro que era tan solo un desahogo sin tristeza, un peso de que aliviaba su corazón comprimido por la dicha.

La jóven estaba dotada de esa belleza en flor que ningun rayo de estío ha madurado todavía, de ese trasparente y tenue vello en las mejillas que la menor impresión suscitada por una mirada tiñe de ruboroso carmin; en sus ojos azules y húmedos se veía retratada la tranquila voluptuosidad de un mútuo amor; sus párpados, adornados de larguísimas pestañas, jamás habían tenido que bajarse para disimular ni la sombra de una acción vergonzosa ni un pensamiento indigno; antes al contrario, su mirada se posaba confiada, firme, como se posa una mano en la mano de

un amigo. Una negra redecilla oprimía sus cabellos entre sus mallas; y escapándose de ellas dos trenzas que le bajaban por la espalda y en las cuales había entrelazadas algunas blancas florecillas de los prados, bían á descansar en blondos bucles sobre la yerba que detrás de ella había; un estrecho corpiño encarnado comprimía su talle; una saya de pesados pliegues y de color oscuro que le llegaba á media pierna, dejaba ver sus piés blancos y desnudos, apoyados en el musgo donde reflejaba el sol, como en las ruinas de que la tierra está cubierta brillan dos piés de mármol sobre la verde yerba; sus dedos tejían mimbres, mientras que fijaba una mirada abstraída en la pradera.

De esta suerte trascurrían una tras otra las horas sin variación alguna; la sombra iba dando la vuelta en derredor de los nudosos troncos de los arces; el buey, harto ya, se tendía sobre la yerba, el cordero se acercaba á las adormecidas ovejas, sin que los dos amantes, ébrios de soledad, cambiasen de postura, de mirada, de dicha. En el sosiego de su lenta conversacion adivinábase que no estaban sus corazones tan vacíos como el mio; apenas brotaban de sus labios, de vez en cuando, algunas palabras que interrumpían el silencio, del propio modo que el agua que se escapa de un estanque transparente huye gota á gota y corre murmurando.

Cuando el sol, que se remonta acortando la som-

bra, hubo llegado á la mitad de su carrera, el jóven se tendió para dormir sobre la blanda yerba, y como si descansara su frente en una almohada, dejó caer su codo y su cabeza dormida sobre las dobladas rodillas de su compañera. Esta no dormía mientras él descansaba, sino que se entretenía en enjugarle la frente bañada de sudor, ó introduciendo sus ebúrneos dedos entre sus cabellos, enrollaba y desenrollaba sus negros y espesos bucles.

Llegó la hora de comer y comieron; su mano ordeñó la misma leche, partió el mismo pan: sus rodillas unidas les sirvieron de mesa; hicieron uso de la misma horterá para comer las fresas; se repartieron las uvas y el panal de miel, y en la misma copa bebieron el agua del cielo.

Pero el rayo del sol vespertino, que aspira las tormentas, iba atrayendo las nubes sobre el valle, difundiendo por él cierta oscuridad; el follaje, que al medio día no agitaba el menor soplo de viento, empezó á estremecerse en los bosques murmurantes, y la bruma descendió sobre la yerba, convertida en finísima lluvia; entónces ambos jóvenes buscaron abrigo al pié del negruzco tronco del haya, donde se iba reuniendo también el rebaño, y como, al ruido del viento que sacudía su copa, las hojas iban destilando la lluvia gota á gota sobre ellos, pasaron á guarecerse bajo los tenebrosos flancos de un peñascoso arco, en los cuales se cobijaron también las avecillas mojadas,

y dejaron que la nube se agotara, mientras los ocultaba á mi vista un manto de sombra.

Al escuchar desde léjos su ingenua y sencilla conversación, comparé envidioso su suerte con la mia, y de vez en cuando el viento hacia llegar hasta mí alguna alegre carcajada, en la que se mezclaban las voces de la doncella y del mancebo.

Me alejé de aquel sitio, llevando impreso en mi retina, cual ensueño celeste, aquel cuadro de tranquila felicidad, más y más devorado por el ardor de mi desasosiego, más solo en mi pensamiento y en mi soledad, firmemente resuelto á no volver á acercarme á aquellas aguas que daban pábulo á mi sed sin poder apagarla.

.....
Gruta de las Aguilas, 24 de Agosto de 1793.

Está descansando: escribamos. ¡Qué día! ¡Qué semana! ¡Cuán llena está para mí de luto y de ventura! ¡A qué costa he adquirido ese niño, compañero de mi adversidad!

Declinaba el día; habia yo pasado una y otra hora vagando de sitio en sitio en torno de mi morada, y acababa de sentarme sobre la inclinada roca que la cascada ha socavado al caer desde las alturas; mis piernas y mi frente estaban pendientes sobre el abismo, y seguía con la vista aquel movimiento su-

blime que, embriagándome con su estrépito atronador, me quitaba hasta la conciencia de mis propias cavilaciones; desde allí dominaba yo la profunda abertura en que la nieve del verano rueda con las ondas convertida en polvo, así como el puente natural que se muestra erguido sobre sus dos ribazos, é intercepta el terrible acceso á mi lago. Mi alma, indolentemente mecida, se dejaba llevar de las oleadas y de sus pensamientos, y perdiéndose en el seno de las obras de Dios, estaba muy lejos de apreciar cuanto tenía en derredor; cuando de pronto resuena un tiro repercutido por el eco, y cuyo estampido se sobrepone al sordo estruendo de la cascada. Vuelvo en mí sobresaltado, me levanto, y veo dos soldados persiguiendo de cerca á dos proscritos: los fugitivos, que llevaban escasa delantera, apenas podían abrigar esperanza de escapar; los perseguidores volvían á cargar sus armas sin dejar de correr; los dos proscritos llegaban ya á las márgenes del torrente, y como era forzoso que perecieran ó que encontraran un paso, se detuvieron transidos de horror sobre el ribazo: tenían el abismo á sus piés y la muerte á sus espaldas. Al verlos abrazarse, no reflexiono que el menor ruido puede descubrir el misterio de mi morada, y lanzo un grito repentino, penetrante, involuntario: me oyen, corro á ellos, les señalo con la mano el aventurado paso que hay sobre la humeante sima: el proscrito de más edad se lanza al punto por él dando

la mano al otro, que estaba aún en la infancia; acudo á mi vez para sostener sus vacilantes pasos; ya llegan á la cúspide del puente, y el más anciano me tiende desde lo alto del arco al niño pálido y tembloroso, al que me veo obligado á sostener.

«Salvad, salvad, me dice, oh jóven generoso, á ese niño á quien voy á defender ó á vengar: á lo menos arrastraré á sus verdugos en mi caída: huid, y que mi muerte os depare un minuto de ventaja.»

Ya los dos soldados, llevados de su ardor, sin detenerse á sondear la inmensa profundidad del barranco, y suspendidos sobre aquellas peñas más bruñidas y tersas que el cristal, avanzan tras las huellas de los fugitivos apuntádoles sus fusiles. Cuando el proscrito los ve en el paso más crítico y horrible, amartilla el suyo dispuesto á quitar dos vidas; brotan del pedernal cuatro relámpagos á la vez, y los cuatro disparos no producen más que una, pero formidable, detonacion; los dos soldados, heridos por aquella doble muerte, caen como una sola masa, ruedan, resbalan, y en vano es que sus manos crispadas y sus dientes convulsivos se aferren, muerdan los bordes del puente sin pretil; la cascada los precipita al abismo ondulante; sus piernas y sus brazos se sumergen agitando con desesperacion: todo su cuerpo no es ya otra cosa sino un punto oscuro en el polvo blanco de la roca triturada por la avalancha.

El proscrito, que los ve caer miéntras él se man-

tiene de pié, siente por fin que su sangre mana de dos heridas que tiene en el pecho, y que se escapa á borbotones de su camisa abierta; intenta dar un paso, mas sus piés no le sostienen; va á despeñarse, pero mi brazo ha logrado sostenerlo, y le arrastro espirante hasta la yerba de la orilla. El júbilo y la agonía luchan en su rostro; besa con placer su fusil triunfante, y su voz devuelve la palabra y el alma á su hijo. Atajamos su sangre, le lavamos la herida, y en seguida, formando presurosos unas parihuelas de ramaje, le conducimos á mi gruta, donde por fin le depositamos moribundo.

.....
25 de Agosto de 1793.

Tendido en su lecho de musgo ensangrentado, descansaba la cabeza sobre el brazo de su hijo; sólo tenía fuerzas para mirarle, y á veces parecía dormirse y soñar, y su mano desprendida de la mía, parecía buscar á tientas sobre su lecho un hilo que la retuviera. El pobre niño se esforzaba inútilmente por ocultarme los sollozos que á pesar suyo se escapaban de su pecho, y cuantas veces levantaba su pálida é intranquila frente, veía yo brotar de sus ojos gruesas lágrimas que caían cual lluvia sobre la frente de su padre apoyada contra su corazón, y que enjugaba con un tímido beso; luego interrogaba mis ojos, como si

quisiera leer en ellos la terrible verdad que no me atrevía á confesarle, y cuando, á pesar mio, se la revelaba mi turbación, estrechaba á su padre con más fuerza entre sus convulsos brazos, me lanzaba en la oscuridad una mirada de enojo, y cubriendo con su cuerpo el del herido, parecía lanzar un reto al cielo y á la muerte, desafiándoles á que lo arrancaran de sus brazos. Cayendo entonces sus blondos cabellos sobre su rostro, mezclados con las canas de su padre, ocultábanme sus facciones, y yo tan sólo percibía besos, sollozos, un confuso murmullo, dos alientos confundidos en uno solo, ora fuerte, ora apenas perceptible, en el cual parecían reanimarse y extinguirse á la vez los postreros impulsos de dos corazones y de dos voces.

En tanto, mi antorcha difundía en aquellas téticas tinieblas su luz rojiza y sus fúnebres vapores; yo, de pié en un rincón de la gruta, me mantenía aparte, temeroso de profanar aquel dolor inefable con una mirada, y ora reanimaba la moribunda antorcha, ó bien refrescaba al herido con agua de la corriente para despertar en él alguna señal de vida, ó calentaba con mi aliento los piés del moribundo, ó ya en fin, arrodillado en el lugar más oscuro, con el crucifijo en las manos y trayendo á la memoria los cánticos sagrados, murmuraba los himnos con que la fé acompaña á la muerte, para que á lo ménos una plegaria de esta tierra precediese en el cielo á aquella alma solitaria!

Así trascurrió la mitad de la noche; al despuntar la aurora, pareció recobrar vida el moribundo; contempló á su hijo; dirigió á la bóveda una mirada en la que parecía oscilar alguna duda, y luego, contemplándome con esa fijeza propia de la agonía, y haciendo un esfuerzo supremo para recoger sus sentidos, murmuró:

«Me muero: el cielo os confía ese hijo, mi único pesar, mi segunda vida; velad por su destino, que entrego en manos de Dios; sed para él un padre, un hermano. ¡Adios!»

Aun acudía la palabra á sus labios; pero sus apagados sonidos no podían ¡ay! brotar de ellos: su imaginación se extraviaba por momentos y murmuraba frases incoherentes; hablaba á los ausentes, á los difuntos, á su familia y, mirando á su hijo, llamaba á su hija. Finalmente, cuando se extinguió el brillo de su mirada, llevóse un dedo á la boca con cierto misterio, y llamando aún á su Laurencio con la escasa voz que le restaba, exhaló el postrer suspiro haciendo un ademán en que le recomendaba el silencio!...

.....
26 de Agosto de 1793.

He pasado todo el día como en una tumba; el muerto envuelto en su ensangrentada capa; el pobre

niño, echado junto á él en el suelo, con la frente sepultada en el sudario de su padre, tan pronto parecía dormir en la misma almohada, como escuchar con atención el sueño del difunto; á veces levantaba la capa que cubría su rostro, tomando algun leve soplo de aire por el aliento de su padre; entónces aplicaba el oído á su boca, y permanecía largo tiempo conteniendo sus anhelantes sollozos, hasta que desengañado al fin, clavaba en la frente del difunto una mirada impregnada de indecible tristeza y larga como aquellas horas, una de esas intensas miradas que parecen concentrar el alma entera en un solo sentimiento, y que sería capaz de devolver la vida á la muerte misma, si el amor solo pudiera reanimar lo que ama!

.....
27 de Agosto de 1793.

Mientras un pesado sueño, más fuerte que nuestros pesares, se apoderaba del niño en medio de su llanto, desprendí sus brazos del cuerpo de su padre, y esta noche dí sepultura al cadáver.

A la orilla del lago hay una ribera á cuyo nivel no puede llegar el agua ni aún en invierno, pero las olas, azotando día y noche las guijas, las convierten en finísima arena que se va amontonando en forma de médanos. Allí, la pared de rocas cubre con su concavi-

dad un altozano más verde, cobijándolo con su sombra; la roca parece por su forma en aquel punto el coro oscuro y bajo de una antigua capilla cuando la naturaleza ha revestido sus escombros de plantas trepadoras y floridos arbustos.

Allí, mis manos abrieron durante la noche la huesa del pobre extranjero, que regué con mis lágrimas; y en las palabras que consagré á este adios postrero encomendé su descanso y su despertamiento á Dios; luego, para santificar aquel sitio con alguna señal, haciéndolo para siempre digno de su sagrado depósito, derribé desde lo alto cinco grandes pedruscos, gigantescos fragmentos de aquellas rocas hendidas; y agrupándolos en cruz sobre la capa de arena, fijé en el suelo aquel signo imperecedero. El girasol y otras verdes plantas no tardarán en cubrirlos de ramas y flores, y el cisne, santo y encantador presagio, acudirá á cambiar de plumaje en ellos cuando salga del lago.

.....
Gruta de las Águilas, 28 de Agosto de 1793.

Hoy nos hemos abierto mutuamente nuestros corazones; mi joven compañero me ha confiado esta noche su historia y su nombre; es hijo de un proscrito y se llama Laurencio; su madre falleció, joven aún, al darle á luz; no tiene hermana ni hermano; ha

cumplido diez y seis años, y durante su infancia jamás ha conocido otros cuidados, otro amor, ni otro rostro, sino los cuidados, el amor y el rostro de su padre. Feliz con él solo, y á su lado siempre, había pasado sus días hasta estos tiempos de matanza en una casa solariega de una árida campiña, situada en las procelosas playas del mar de Bretaña.

Quando la guerra civil estalló en aquella comarca, su padre combatió por su Dios y por sus leyes; vencido, obligado á huir de sus posesiones, ocultando bajo un falso nombre su nombre y sus miserias, había cruzado la Francia con su hijo; sus ojos veían ya de cerca los campos de Italia desde lo alto de esas cumbres, llenando su alma de grata esperanza, cuando, descubierto en las orillas del Isère, salieron en su persecucion los soldados, instigados por viles delatores; iban ya á escapar merced á la oscuridad de la noche, ¡noche funesta!... al llegar aquí sus lágrimas le ahogaban; pero yo sabía ya lo demás.

.....
En la Gruta, 16 de Setiembre de 1793.

Ya me lo había dicho el corazón: toda alma es hermana de un alma: Dios las creó por parejas y las hizo hombre y mujer; el mundo puede separarlas algun tiempo, pero en vano: su sino hace que tarde ó temprano se reunan, y cuando esas hermanas del

cielo se encuentran en la tierra, un instinto invencible las obliga á darse mutuamente á conocer; cada alma atrae con su fuerza á su mitad, y este encuentro es amor ó amistad, union que es siempre la misma por más que lleve diferente nombre segun el sér y el sexo en que Dios la consume; pero que no es más que un relámpago que revela á cada cual el sér que lo completa, y que de dos hace solamente uno.

Cuando este relámpago llega á brillar, el rayo no es tan rápido como él; los ojos no buscan ya nada; en el alma no hay ya vacío; el corazon, advertido de pronto por el infalible instinto, no recela ya tener que arrepentirse ni haber incurrido en error, nótese lleno de un encanto que nó ha sentido nacer; ántes de hablarse esos dos séres, creen haberse conocido ya; dan al olvido todo el tiempo pasado, y únicamente se lamentan y gimen por haberse visto tan tarde, están de acuerdo en todo antes de responderse; y el alma aspira más y más á confundirse. Es el rayo del cielo, reverberado por el agua, que remonta al mismo rayo para duplicar su esplendor; es el sonido que vuelve, despues de repetirlo el eco, cual segunda y misma voz, que lo emite; es la sombra que el sol ve acompañándonos, hermana del cuerpo, que no es posible desprender de nuestros pasos.

.....

17 de Setiembre de 1793.

¡Oh Dios mio! A vos os debo este complemento de vida; por fin queda satisfecha mi sed de amar. Desde el día en que ese niño llegó á mi gruta he conocido todo cuanto soñaba en otro tiempo. Yo, cuya alma aislada jamás se habia confundido hasta aquí con otras, yo, que encontraba siempre en cuanto se acercaba á mí cierta cosa de ménos que no buscaba mi corazon, he conocido por primera vez en el rostro, en la mirada, en la voz, en el ademán, en la emanacion de ese rayo divino, en las primeras dulzuras del primer coloquio, en el corazon de ese niño, he conocido, repito, mi propio corazon. Mi alma, corroida por su vaga soledad, se ha derramado en la suya en toda su plenitud, y mi corazon alucinado, que no cuenta ya los días, cree haberle amado siempre, cuando sólo le ama desde ayer.

.....

En la Gruta, 20 de Setiembre de 1793.

Ya no siento el oneroso peso del tiempo; el vuelo de las horas orea mi rostro al deslizarse con suave y acompasado aleteo. Todas las noches quisiera que el día apenas acabara de comenzar; mejor dicho, ya despunte ó termine el día, ya esté radiante ó sombrío el cielo del valle, ya cante ó enmudezca la alondra al despertarme, mi corazon ha cesado de depender

de un rayo de sol, de la estacion que trascurre, de la nube que pasa; tiene cifrada en él su ventura: cualquier hora, lugar, estacion y cielo son buenos cuando no se está aislado.

¿Qué les importa á dos corazones unidos lo que pueda sufrir mudanza en su derredor, si el uno es el tiempo, el cielo, el mundo del otro? La hora que trascurre vuelve más llena y fecunda; su corazon inagotable, abierto el uno para el otro, es para ambos un firmamento jamás empañado por nube alguna, en el cual penetran sin hallar sombra y en el cual leen sin que les estorbe ningun velo. Sin cesar aparece ante ellos un nuevo horizonte; la resonancia de la voz de cada amigo despierta en el seno del otro un mismo sentimiento; la palabra con que el uno expresa su pensamiento, está á punto de brotar de los lábios del otro; el ademan viene en auxilio de la palabra, la mirada sirve de intérprete al corazon; el alma mana de continuo y ya no languidece; la mútua impresion de un universo nuevo vibra á la vez, se refunde y se reduce en breve á una sola; nos vemos vivir, nos oímos sentir en ese otro yo, en el que todo encuentra eco; nos explicamos fácilmente, nos creamos una lengua desconocida al emitir una idea franca y cordial. Se comprende uno á sí mismo, se sueña, se dice: «¡Soy yo!» ¡Encontramos nuestro emblema en nuestra viviente imágen; admiramos el mundo á través de lo que amamos, y teniendo apoyo

la vida, y sirviendo de apoyo á su vez, es ya una carga sagrada que soportamos con placer!

.....

En la Gruta, 25 de Setiembre de 1793.

Cuando regreso al anochecer de mis lejanas cacerías, con los piés lastimados, los dedos desgarrados por el hielo, llevando á cuestras el corzo ó la gamuza, y desde lo alto de un picacho diviso en lontananza mi lago azul que parece un poco de agua recogida en el hueco de la mano de un niño, y veo el verde feston que rodea su copa de granito, y la cabeza amarillenta de mis inclinados robles, y allá en el fondo de la gruta la vacilante claridad del fuego que enciende Laurencio; cuando reflexiono un momento, y me digo: «Allá abajo, en ese punto luminoso que un lince no divisaria, tengo la mejor parte, la otra parte de mí mismo, una mirada que me busca, una sonrisa que me ama, un amigo cuyo corazon latirá con más fuerza al oír el ruido de mis pasos, un sér del que me ha constituido protector el cielo, que lo es todo para mí y para quien yo lo soy todo en la tierra, pátria, amigos, parientes, madre, padre, hermano y hermana, que cuenta todos mis pasos en su corazon palpitante, y para quien el día no tiene más que un momento cuando me hallo ausente, el momento en que, viéndome bajar de estos montes,

acude presuroso á echarme sus brazos al cuello, y brincando despues como un cervatillo, me conduce á nuestra morada corriendo delante de mí; entónces, acelerando la marcha por el nevado camino, busco de una ojeada el sendero que más lo acorta, siendo en vano que el glaciár suspendido me oponga su muro, pues yo me deslizo por sus azuladas pendientes: encuentro á Laurencio al pié de la montaña, pues todavía no permito que me acompañe en mis excursiones, apoya en el mio su débil brazo, le cuento cómo he pasado el día, él me dice lo que ha hecho; penetramos en la gruta, y una vez allí prosigue haciéndome saber cuántos huevos han incubado las tortolillas por la mañana y se han abierto bajo sus alas, cuánta leche ha dado nuestra cabra negra ó cuántos peces han caido en la red; me enseña el monton de musgo y de hojarasca que recoge para alfombrar la cueva antes que llegue el invierno, los frutos que ha probado y traído del bosque y cuyas agudas espinas han ensangrentado sus dedos, la rama de parra ó de hiedra que flotaba suelta, y que ha sujetado á las paredes de la gruta, lasavecillas que ha atrapado echándoles grano, y los corzos domesticados que comen en su mano, porque, ya sea por preferencia ó por hábito, los gamos, los corzos de la montaña y las aves del bosque, todos esos dulces compañeros de nuestra soledad, acuden al verlo y vuelan al oír su voz.

Comemos en la mano lo que da de sí el día, la leche, los sencillos manjares que el contento sazona; probamos uno tras otro frutos desconocidos, ó exprimimos su jugo para refrescarnos, cuidando de reservar para el invierno los que el sol seca y no se echan á perder; á cada cosa que inventa el uno, aplaude el otro; prevemos, combinamos, y si nos sale mal nuestra combinacion, reimos; de este modo pasamos las largas veladas agradablemente entretenidos, y cuando en el mortecino hogar arde el último tizon, salimos á pasear junto al lago, espejo de nuestras noches, donde con frecuencia vemos salir la estrella de la madrugada.

Entónces nos arrodillamos mirando á la ventana en que oscila un resto de claridad, y desde la cual Laurencio dirige con frecuencia la vista hácia la cruz de la tumba, inclinando su frente grave y piadosa; y cuando, despues de bendecir el día trascurrido, que devolvemos á Dios tal como nos lo ha dado, despues de rogar por que nos conceda muchos días semejantes al que termina, despues de rezar por cuantos viven, elevamos tambien nuestras plegarias por el reposo eterno de los difuntos. Laurencio no puede contestar muchas veces á los versículos por ahogar su voz el llanto, y á menudo inundan sus manos cruzadas las lágrimas no agotadas aún que brotan de sus ojos.

De esta suerte termina el día, y en seguida cada cual se va á dormir en paz en su lecho de espeso fo-

llaje, hasta que la voz del primero que despierta viene á halagar el oído del otro juntamente con el canto de la alondra.

.....
En la Gruta, 23 de Octubre de 1793.

Desde que el tiempo va mitigando su dolor, ¡qué hermoso y apuesto se vuelve Laurencio! ¡Cómo crece! Hay momentos en que su rostro irradia sobre el mio, y el esplendor de su frente me deslumbra y maravilla; no puedo resistir el brillo de su belleza, y cuando mi mirada se fija extática en la suya, pareceme sentir á veces lo que sintieron las mujeres que encontraron junto al santo sepulcro al hombre sentado, el cual les dijo: «Idos, ya no está aquí;» al oír estas palabras turbóse su corazón, y creyendo hablar al hombre, cosa extraña, acabaron por comprender que estaban en presencia de un ángel!....

.....
En la Gruta, 24 de Octubre de 1793.

Miraba yo esta noche á Laurencio á la claridad de la flameante hoguera que se reflejaba en su frente, mientras él, sentado en el suelo, contemplaba á su vez cómo jugaba entre sus piés su cervatilla predilecta; jamás se ha ofrecido á mi vista un cuadro tan

dulce y tan gracioso como el que presentaban el mancebo y el animal.

La cierva, doblando sus blancas patas bajo el vientre, á la manera que se tiende de día sobre la blanda yerba, se acomodaba sin recelo entre sus rodillas, fijaba en él su suave é inteligente mirada, cogía de entre sus dedos tiernos retoños de sauce, estiraba el cuello descansándolo sobre su hombro, y lanzándome desde allí una mirada triunfante, lamia y mordiscaba los cabellos del niño.

.....
28 de Octubre de 1793.

¡El niño! Ya no puedo llamar así á Laurencio: sus diez y seis años le hacen entrar ya en la adolescencia; su frente llega casi á la altura de la mía; mi pié apenas puede competir con el suyo á la carrera; únicamente su voz tierna, angelical, argentina, conserva aún el timbre de la infancia, y sus inflexiones, vibrantes de dulzura, me traen con frecuencia á la memoria la voz de mi hermana. Entónces, hallando eco momentáneamente en mi corazón esos sonidos, parece escaparse del pecho para retroceder un tanto al tiempo pasado, y me vuelve á los días en que llegaban á mi oído los tiernos acentos de mi madre y de mi hermana, acentos que de tan sublime atractivo rodeaban al hogar doméstico, y que constituían la

suave música de mi infancia: yo los busco, mi corazón se pone en comunicación con los ausentes, y se agolpan las lágrimas á mis ojos. Laurencio se acerca, se sienta en mis rodillas, me contempla silencioso, me pregunta por qué lloro, en qué pienso: le hablo de mi infancia, llora al escucharme y dice: «¡Cuánto te amaban! Pero yo no te amo ménos. ¿No soy yo para tí como un hijo de tu madre? ¿No has reemplazado en mi corazón hasta á un padre?» Luego, apoyando nuestras frentes en la misma piedra, uno delante de otro, lloramos juntos.

Pero cuando torno en mí al oír su voz, y levanto la cabeza para enjugar mi llanto, cuando se disipa la sombra de mi frente, y veo aquel rostro encantador, inundado de lágrimas, levantarse también, y que las sombras que lo anublan se desvanecen al par de las mias, cual viviente espejo en que se refleja mi propio rostro, cual sombra animada en que todo cuanto siento palpita en otro corazón, y se imprime en otros sentidos; cuando pienso que Dios me devuelve, en ese solo sér, todos aquellos entre los cuales me hizo nacer su bondad, que ese pobre huérfano no tiene más apoyo que el mío, que existe en mí solo como yo existo todo en él, que mi brazo es su brazo y mi vida su vida, y que el mismo Dios ha creado la amistad que nos une, ¡ah! entónces no tardan en secarse mis lágrimas, y mi corazón halla cumplida ventura en un solo sentimiento!

En la Gruta, 29 de Octubre de 1793.

¡Belleza! Secreto celestial, rayo, emblema divino, ¿quién sabe de dónde descendes? ¿quién sabe por qué se te ama, por qué te sigue la vista, por qué el corazón amante se precipita hácia tí como se precipita el hierro hácia el iman que lo atrae; adhiriéndose á tu sombra con incontrastable adherencia, abrasándose al acercarse á tí y muriendo cuando se le arranca de tu lado? Ya sea que, difundida por la tierra y por el espacio como primero ó quinto elemento, se de á conocer tu fuerza bajo diferentes aspectos, atraiga nuestras miradas á los rayos de la estrella, á la agitación de los mares, á la bóveda del firmamento, á los flexibles riachuelos, á los graciosos árboles; ora impresa en nuestros ojos con caracteres más elocuentes y estampando tu sello en la naturaleza animada, des al leon su mirada terrorífica, al caballo la ondulacion de sus abundosas crines, al águila la longitud y la sombra de sus alas, ó su airosa curva al cuello de las tortolillas; ó ya en fin reflejándote en el rostro humano, espejo de tu poderío, compendio de tu mano, reflejes en las facciones, en los colores con que tu mano lo adorna, en la frente del hombre ó de la mujer á donde asomas, ese rayo de gracia y donosura, que no puede sostener la vista sin impregnarse de él; nadie conoce tu secreto, todo está sometido á tu imperio; arrancas suspiros ó exclamaciones de toda alma, y este impulso, engendrado por la fascinacion

que causas, parece la revelacion de nuestro instinto.

¿Quién sabe si eres en efecto algun trasunto del mismo Dios, que pasa á través de esa nube, ó si ha vaciado en su divino molde esa alma, á la que dotó de tan hermoso cuerpo? ¿No habrá modelado el Hacedor la encantadora armonía de ese rostro en la belleza suprema, infinita, inefable? ¿No se habrá apropiado al nacer, y en virtud de secretas relaciones, sus facciones y su forma? Y en ese esplendor que la forma revela, ¿no nos dice tambien: «Aun es más bella el alma contenida en ella?»

Algun día lo sabremos, más adelante, en mansion más elevada; en cuanto á mí, sólo Dios es testigo, y sólo El sabe por qué, de que, ya brille la belleza en la naturaleza, ó en los cielos, ó en una yerba, ó en un rostro, mi corazon, nacido para amar y admirar, vuela á ella espontáneamente como la vista vuela hácia la luz, la abarca de una ojeada, se posa en ella con deleite, dejando siempre en ella algo de sí mismo, y mi alma inflamada lanza sobre ella sucesivamente una ó dos chispas de su amoroso foco.

Con frecuencia me he inculpado por estas simpatías, sobrado repentinas en mí, sentidas con demasiada vehemencia, por esos instintos nacidos de la primera ojeada, por esos movimientos súbitos que una sola impresion convierte en sentimientos. A menudo me he dicho: «Quizás Dios censura en mí esas inclinaciones que profanan la pura llama del co-

razon; más ¡ay! á pesar nuestro los ojos no pueden menos de fijarse en esa antorcha. ¿Acaso será un crimen, Dios mio, amar en demasía lo bello?

En la Gruta, 1.º de Noviembre de 1793.

Tales fueron los pensamientos que acudieron á mí mente el otro día contemplando á Laurencio, porque siempre pienso en él. Jamás ha impreso la mano de Dios en un rostro de quince años ni en un alma humana rasgos más seductores; jamás ha combinado más bellezas, haciendo dudar de si lo que se contempla es un niño ó un ángel. Cuanta pureza puede encerrar un alma en sus albores, cuanta limpidez puede haber en unos ojos inmaculados, cuanta embriaguez en la aurora de la vida, cuanta ternura grave y formal en un corazon más formado, reunido todo ello en sus facciones risueñas ó serias, forma un conjunto armoniosísimo, y segun el rayo que el pensamiento difunde en esas facciones, la sombra que las recorre, el relámpago que las atraviesa, así brilla en ellas cual esplendoroso fulgor, ó colora sus mejillas con las tintas de la candorosa rosa, ó flota en sus párpados cual lágrima trasparente, ó nada en sus miradas como vago ensueño, se frunce entre sus dos cejas formando reflexivas arrugas, se recoge oculto bajo sus sedosas pestañas, ó se esparce sobre sus la-

bios á modo de lánguida sonrisa; por do quiera que el adolescente pasa parece que va dejando en pos una viva claridad, que emana de él una penetrante luz.

Muchas veces, al espirar un dia moribundo y sombrío, cuando todo está ya envuelto en tinieblas, en torno suyo reina todavía la luz, refléjase su brillo en cuantos objetos le rodean, alumbrando la noche con un resto de claridad, y su mirada semejante á esos encendidos rayos con que Rafael ha orlado la frente de sus celestiales vírgenes, me obliga á bajar la vista. Quizás no sea un símbolo ese fulgor; tal vez el alma tenga ya en la tierra su aureola.

Por más que esfuerzo mi memoria, no hay nada en cuantos rostros he conocido que se parezca al suyo; ninguno de los compañeros de mi infancia, ni los discípulos de mi adolescencia, estaba dotado de facciones tan puras, ninguno tenia esa frente, esa languidez, ese timbre de voz conmovedor que hace vibrar las fibras más profundas del corazón, esa piel que colora con azuladas tintas la sangre de sus venas, esa mirada que se esquivo y que no obstante penetra en lo más íntimo del alma, esas negrísimas pupilas, parecidas al oscuro firmamento cuando el alba naciente lucha en él con las nocturnas sombras, pupilas de las que brota el rayo húmedo del alma, como una estrella sobre fondo enebroso; esos cabellos, cuyos blondos y sedosos rizos emulan las ondulaciones y las curvas de un río: al contemplar esa

forma, en que todo es gracia y donaire, creeríase que ese sér celestial ha nacido de otra raza, y que sólo tiene de comun con los séres humanos la amistosa mirada que le adhiere á mis pasos.

Y cuando le veo sobre esas alturas, con sus hermosos piés descalzos, con su corbata ceñida en derredor de la cintura, con su blusa sin pliegues abrochada hasta el cuello, comprimiendo apenas su seno, con su garganta desnuda y erguida la cabeza como la de un arrogante corcel al que se halaga y acaricia, con sus cabellos que há más de un año no han sentido el contacto de las tijeras y que caen en luengos bucles á uno y otro lado de su cuello, y con su frente, bañada de sudor ó de lluvia, levantada al cielo para que la orece un rayo de sol; cuando le contemplo así corriendo en lontananza y apareciéndoseme de pié sobre un pico del glaciar, experimento una turbación indecible, y creo ver su celestial figura como un sér ideal superior á la naturaleza, que se desprende de la tierra y se transfigura, y á veces estoy á punto de adorarle; pero la suave resonancia de su dulce voz me hace volver en mí, y me lo presenta tal como en sí es.

.....
En la Gruta, 1.º de Diciembre de 1793.

El sol ha retirado por seis meses sus cálidos rayos de los témpanos de hielo cuyo blanco resplandor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.

MAR 11 1931

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

ilumina estos montes, estando casi siempre sumergido en el piélago de nubes que se estrella noche y día contra estas altas playas, y en cuyas cimas y vertientes arroja, en vez de espuma, espesos copos de nieve empujados por el cierzo.

El día apenas tiene ahora un rayo de luz roto por los temporales, que se extiende un momento por estas cúspides impregnado de humedad, y que la presurosa sombra acude de improviso á disipar, á la manera que el viento barre las hojas al pié de los álamos. No parece sino que la suprema cólera de Dios deja entregadas al caos estas cimas de la tierra: el eterno huracan las tortura de continuo, jamás descansan en ellas las oleadas de brumas; un sordo mugido, acompañado de un quejido, retumba en el aire y sale de los huesos de la montaña: es la lucha de los vientos en el cielo, es el choque de las nubes impelidas contra los peñascos escollos; es el áspero crujido del seco ramaje, que bajo el peso de los carámbanos se retuerce, estalla y gime; es el disonante graznido del cuervo que descende de los aires; el fatídico silbido que lanza el ábrego al engolfarse en las peñas; los saltos irregulares del enorme alud que se despeña y que el viento hace rodar convirtiéndolo en blanca polvareda; el eterno golpe de rechazo de los torrentes que se precipitan en raudas cascadas, surcando las rocas con sus saltos destructores, y que arrancan bramidos al abismo en que retumban las

aguas con su soplo subterráneo continuo, monótono, que se parece oído de léjos á los sordos estremecimientos de la cuerda de un arco que estuviera vibrando sin cesar.

En esas cimas veladas ya no presenta el cielo sus maravillosos cuadros, ni ofrece auroras centellantes ó noches estrelladas; ya no penden de mi roca guirnalda de flores, ni acuden á ella las avéculas para cantar ó anidar; la corneja extraviada recorre sin tino sus negros contornos; los carámbanos de hielo son los únicos festones que engalanan la gruta en la cual estamos como sepultados; la luz no llega á nosotros sino al través de los témpanos; pero rodeados del templado ambiente que allí dentro reina, calentándonos á un buen fuego de alerce que alimenta el hogar, pasamos sin tedio el mal tiempo, y ocupamos tan bien los días, que nos parecen cortos; nuestras conversaciones interpoladas con algunas horas dedicadas al estudio nos acostumbran plácidamente á nuestra gruta, recogiéndonos en ella con un placer análogo al del ave que se refugia en su nido cerca de la cueva y que, bajo un cielo lluvioso ó en la blanca llanura, se mece abrigada en su rama á impulso de la impotente furia del vendaval.

Cuanto más horribles son los bramidos de los vientos desencadenados, cuanto más resuena el estruendo de alud que se despeña en mil fragmentos, cuanto más se amontona la nieve al rededor de la

caverna, más agreste placer é íntimos arrebatos nos causan esos aullidos, esos terrores del exterior, más nos concentramos en la temblorosa roca y más reconocemos la mano de Dios que nos reúne. Y si por acaso vemos al despertar que algún tímido rayo del sol de invierno penetra por la ventana, salimos presurosos de la roca como el corzo escapado de su guarida, para gozar de su grato calor, prorumpimos en exclamaciones de júbilo al ver los cristales de hielo que forman torres, muros, castillos transparentes, arcadas de zafiro, grutas en que la aurora se matiza al pasar con los verdes reflejos de las ondas, troncos resplandecientes en los que la escarcha amontonada adhiere al rededor de las ramas un follaje congelado, y nieve sin límites cada una de cuyas partículas, al rechinar bajo nuestras plantas, brilla como una chispa.

En esos movedizos desiertos abrimos al azar senderos cuyo polvillo blanco deslumbra la vista, nos revolcamos alegres en esos lechos helados del propio modo que el corzo se hunde entre las floridas yerbas; nos reimos á carcajadas al ver nuestros cabellos blancos, espolvoreados de escarcha y chorreando nieve; nos tiramos puñados de nieve cuyo helado contacto nos entorpece los dedos, y nuestros piés transidos saltan y brincan de contento, porque Dios, que nos confina en esta áspera morada, hasta en lo más crudo del invierno depara un halagüeño aliciente á cada día.

En la Gruta, 16 de Diciembre de 1793.

Cuando por casualidad me despierto de noche y pienso que dentro y fuera todo está tranquilo y silencioso, y olvidando que Laurencio duerme cerca de mí, mi corazón mal despierto se cree sólo un momento; si entónces percibo su respiración que sale con regularidad de su pecho, hálito armonioso de un niño dormido, me incorporo apoyándome sobre un codo, cual madre que vela á la cabecera de su hijo, y aquel aliento sosegado me tranquiliza; bendigo á Dios en voz baja por haberme otorgado la compañía de ese ángel á quien guardo y que me guarda, y en la dulce voluptuosidad de que están llenas esas horas siento que mi alma respira y vive en dos alientos. ¿Qué música podría tener para mí semejante melodía? Escucho largo tiempo cómo duerme, y vuelvo á conciliar el sueño.

.....

6 de Enero de 1793.

¿Cómo podré pagar al Señor los bienes que me otorga? Mientras la tempestad resuena á nuestros piés, y cada día se vierten lágrimas y sangre á raudales, en estos elevados lugares reina una paz inalterable, y la tierna amistad, que huye del bullicio, convierte en un universo nuestra soledad.

¡Cómo se adhiere ese niño á mi sombra! ¡Cómo

se confunde su corazón con el mío sin notarlo! ¡Oh! ¿Quién será capaz de separar estas alturas que el cielo y la tierra unen con tantos vínculos? Más fácil sería arrancar una á otra esas dos hayas gemelas que parecen ligadas con un nudo y que enlazándose cada día con más fuerza, crecen del mismo tronco y bajo la misma corteza. Pero en esto no hay comparación posible; recuerdo haber tenido en mi infancia por amigo un perro, una galguita blanca de hocico de gacela, pelaje ondulado como seda, cuello de tortola, y mirada profunda y dulce como la de una persona; siempre había comido en mi mano, respondido á mi voz, seguido tras mí, dormido á mis piés y olfateado mi sitio; cuando yo salía solo dejándola en casa, pasaba llorando todo el tiempo que duraba mi ausencia; para verme ir ó volver á la mayor distancia posible, se ponía de un brinco en la ventana, y con los dos piés plantados en las frías vidrieras se estaba todo el día mirando por los cristales; ó bien recorriendo mi cuarto, buscaba al ménos el rastro, la sombra de su querido amo, la última ropa que me había puesto, mi pluma, mi capa, mi libro abierto todavía, y enderezando las orejas en la dirección del viento para oírme mejor, tendiéndose de lado, pasaba las horas aguardándome. Al percibir el rumor de mis pasos, el fiel animal salía á mi encuentro corriendo, se echaba á mis piés como sobre una presa, trazaba en torno mío círculos de júbilo, me seguía á mi

apoyado hasta el pié del sillón, y pareciendo dormido, no dejaba de mirarme; y el sonido de mi voz, un suspiro entrecortado, el más leve movimiento de mis piés sobre la alfombra, mi respiración más ó ménos fuerte, el entornar de los ojos medio adormecidos sobre el libro, el ténue roce del dedo en la página, una sombra, un vago pensamiento que trascendiera á mi rostro, parecían pasar también por su sueño y con su golpe de rechazo le hacían estremecerse bruscamente, y mi alegría ó mi tristeza, retratada en sus ojos, no venía á ser sino un rayo de un doble pensamiento.

¡Murió, sin apartar sus bellos ojos de los míos!
¡Cuántas lágrimas derramé! ¡Le quería tanto!...

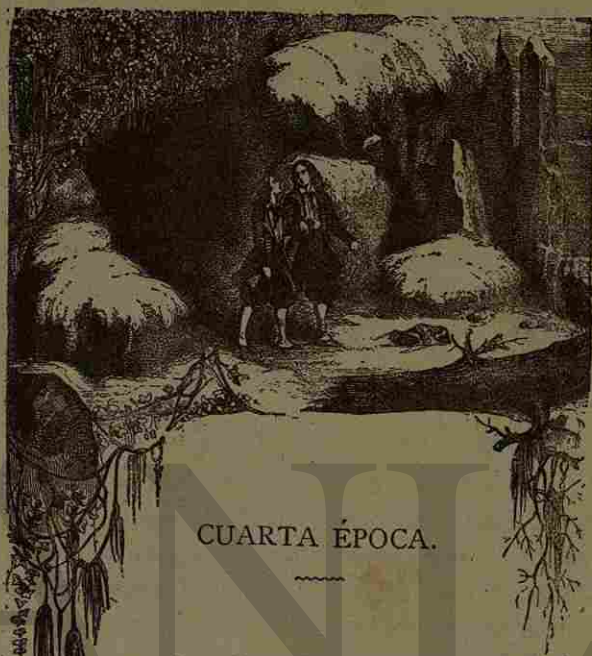
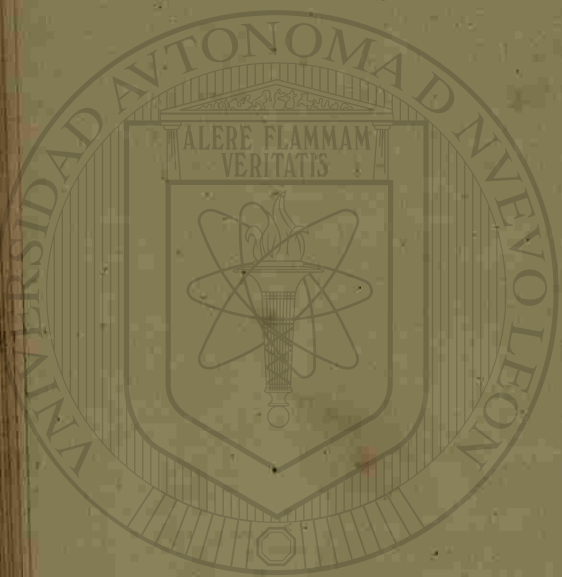
Pues bien, aunque mi pluma vacile al correr sobre esta página, temerosa de empañar en mi corazón la amistad con una imagen, porque cualquier comparación entre el alma y el instinto es profanar la naturaleza y mentir á la razón, acude á mi mente ese grato recuerdo de mi dichosa infancia cuando pienso en Laurencio. Ese amigo de mi raza no me quiere ahora ménos que entonces mi perrilla; no puede pasar un momento lejos de mí; una hora de ausencia le entristece, le hace languidecer; anda cuando ando, piensa cuando pienso; su mirada sigue la mía, como si el rayo de nuestros corazones no pudiera dirigirse más que á un mismo punto; lo propio que mi pobre perra ó que la golondrina que no se alarma ya al ver-

nos cerca de ella, se ha domesticado paso á paso, dia por dia; se enoja cuando me voy, brinca cuando vuelvo; mas para cualquiera otra persona, ese hijo del desierto se volvería salvaje!

¡Oh! ¿Cómo es posible no amar á quien nos ama así? ¿Quién podría igualar lo que yo encuentro aquí? ¿Qué puede echar de ménos el corazon nutrido con tales ternuras? ¡Dios mio! Vuestros dones exceden siempre á vuestras promesas, y en mis más halagadores ensueños de amistad, mi corazon no habia siquiera adivinado la mitad de lo que esta es!

El manuscrito estaba roto al llegar aquí, y faltaban algunos pliegos. Debe presumirse por lo que sigue que Jocelyn habia continuado consignando los mismos sentimientos y las mismas circunstancias de su vida feliz durante aquellos meses de soledad.





CUARTA ÉPOCA.

Grua de las Aguilas, 15 de Abril de 1794.

Esta mañana he encontrado en el hueco de la roca el pan que el anciano pastor viene á esconder en él todos los meses, ¡piadosa providencia de ese hombre de bien! También he hallado dos líneas en que me decía: «Sed más prudente que nunca; ¡desdichado del que baja á nuestras ciudades! ¡El caldoso de los mártires está siempre sediento de sangre!»

¡Romped, romped, Señor, esas espadas coléricas:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS

"ALFONSO RIVERA"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

abreviad en obsequio de los justos de la tierra esos dias de desesperacion y de convulsiones, en que vuestro nombre se eclipsa á los ojos de los pueblos! ¡Ojalá descienda á ellos en breve el ángel de paz! Yo, por mi parte, Señor, sólo tengo gracias que tributaros, y si este tiempo no fuese una era de maldades, diria: «¡Ojalá no tengan término estos dias!»



En la Gruta, 6 de Mayo de 1794.

Hay dias amenos y bonancibles cual no otros, que son como las flores precoces de la vida, azules, matizados de esplendentes colores, empapados de rocío y llenos de olores fragantes, dias que asoman tras una noche tempestuosa, que se saborean un instante, que se respiran una aurora, y que, despues de embriagarnos con ellos como con el aroma de las flores, hacen que nos preguntemos: «¿Los he respirado yo? ¿tanto perfume hay en esos estrechos cálices? ¿tantas delicias en doce momentos tan cortos?»

El de hoy ha sido para nosotros uno de esos dias escogidos: despiertos á los rayos del más risueño de los meses, al himno ensordecedor de la vivaz alondra, cuya voz de poeta no sabe prorumpir sino en gritos de júbilo, y al murmullo de las rizadas aguas del lago, nos hemos levantado con el corazon ya henchido, no pudiendo contener el impaciente afan que

nos incita á presenciar las sonrisas de la naturaleza, y hemos estado todo el dia por esos montes espiando paso á paso la llegada de la noche.

La nieve, que se derretia al contacto de los sonrosados rayos, antes de ir á blanquear las pendientes que riega, destilaba de las rocas y del ramaje de los bosques, como la estalactita del borde helado de los techos; y cada gota al caer volvia á subir á modo de polvo sobre la yerba, por la cual rodaba en lucientes esferillas. Todos estos prismas, heridos por los rayos del sol, llenaban los ojos de deslumbradores destellos, semejantes á mil enjambres de zumbadoras abejas que difundieran la luz con sus alas errantes y sus coseletes de fuego, azules y rojizos, susurrando en torno de un rayo de sol. Reunidas luego esas gotitas en mil hilos de agua, iban á buscar su lecho en el hueco de los valles, corrian al azar por las pendientes de sus laderas, desplegaban sus sábanas ó sus largas cintas blancas, gorjeaban en compacta muchedumbre con sus mil leves voces, como bandadas de avecillas ocultas entre los helechos, y encorvaban la yerba y las flores, como un céfiro suave, dejando al pasar copos de espuma, que la brisa venia luego á enjugar, del propio modo que arrebatava una pluma al ave que está mudando.

El aire tibio y lleno de balsámicas emanaciones parecia caer con los celestes rayos, impregnado todavía de sávia y de alma nuevas, como el aire virgi-

nal que vino á derretir los rios del globo sepultado en su primer invierno, cuando la vida y el amor se respiraban en el aire; exhalaba suspiros, traía consigo nubes de aromas, de perfumes, de languideces desconocidas; acariciaba la tierra con tales halagos, estrechaba á los montes con tal enajenamiento, sacudía la nieve y los troncos y las copas con movimientos y rumores tan sublimes, que parecía oirse palabras de amor y besos entre los elementos, y el agua, la tierra, el cielo y el éter responderse en los apasionados arrebatos que parecían confundirlos!

Todo cuanto el aire tocaba se despertaba para reverdecer; la hoja matinal parecía crecer á la vista; y como si el estío se hubiera reducido para él á una aurora, lo aceleraba todo con su hálito, hacía que las plantas se apresurasen á germinar, y las yerbas, las flores, los bejucos de los bosques se extendían á modo de alfombras, se redondeaban como bóvedas, se entrelazaban á los troncos, se suspendían de las rocas y salían de la tierra en racimos, en encajes, en campanillas; interceptaban nuestros senderos con sus redes de flores y deslumbraban nuestros ojos con oleadas de colores! La sávia, rebosando fuerza y abundancia, manaba cual goma de oro de las grietas de la corteza, pendía del ramaje formando pámpanos extraños, redes de follaje y tejidos sutiles, donde se les enredaban las alas á los mirlos silbadores, á los grajos, á las tórtolas, al huir entre las hojas;

entónces todas aquellas redes, anudadas por sus extremos de árbol en árbol, temblaban á las sacudidas de las aves y derramaban una lluvia de plumas y de flores al pié del tronco que les servía de sustento.

Todas esas cúpulas de los bosques, que se estrechaban á impulso de los vientos, ondulaban como un lago de verdes y movedizas ondas; y en ellas flotaban nidos de avecillas; mecidos al balanceo de las plantas trepadoras, y llenos de huevos moteados y diáfanos, frágil y dulce tesoro de las madres que huían, como se mece en la red la perla húmeda todavía!

Siempre que nuestros ojos, penetrando en esas sombras, iluminaban los oscuros doseles del tenebroso ramaje, descubrían misterios de amor y de fecundidad bajo esos lechos de hojas en los que duerme el verano. Siempre que nuestros piés acertaban á pisar la verdura, las yerbas nos llegaban hasta la cintura, difundiendo sobre nosotros oleadas de aire perfumado: de nuestras piernas parecían brotar nubes aladas, insectos, mariposas, enjambres flotantes de moscas, que parecían formar las capas de un éter viviente; subían en columna, cual ondulante torbellino, llenaban el aire, nos ocultaban uno á otro un momento como oleada de polvo levantado en un camino, se arremolinaban, y por fin, esos polvillos vivientes iban á caer más léjos, en el agua, en los prados, en el heno, pareciendo cada uno, enajenado de existencia, agotar la felicidad en su gota de vida, y el aire que

animaban con sus estremecimientos trasformábase en melodía y en alegres zumbidos.

¡Oh! ¡quién no habría participado de la embriaguez universal que el aire, el día, el insecto conducían en sus alas! ¡Oh! ¡Quién no habría aspirado ese aliento de los aires que entibiaba la nieve y derretía los inviernos! ¡La sávia de nuestros sentidos, como la de los árboles, habría fecundado troncos, animado mármoles, y la vida, palpitando con fuerza en nuestros senos, parecía afanosa de brotar y desbordarse de ellos!

Corríamos: cruzábamos las hendiduras de las grandes peñas, nos echábamos á rodar por las yerbas de las cuestras; nos columpiábamos en dos ramas enlazadas de un abedul, mientras nuestra cierva, sorprendida, saltaba á nuestros piés; prorumpíamos en fuertes gritos para agitar las bóvedas de los árboles, de los cuales se desprendía la sávia en gruesas gotas; nos extraviábamos adrede para tener el gusto de volver á encontrarnos; pasábamos algunos ratos silenciosos, forjándonos ilusiones, y luego, como si un mismo resorte diera impulso á nuestra imaginación, echábamos á correr brusca y simultáneamente hácia otro punto, y corríamos por correr y para ver quién de ambos era más ágil.

En toda la montaña celebraba la naturaleza la misma fiesta; las nubes de estío que pasaban sobre su cumbre no eran otra cosa sino un cálido plumon, que

los rayos del sol arrancaban del glaciar, cardándolo á modo de blancos vellones. Las desmesuradas sombras que proyectaban los troncos sobre la verdura se destacaban cual húmedo bordado sobre la yerba en algún angosto valle, cuna ya durmiente, difundiendo en él más misterio y recogimiento; y cada hora del día, viniendo en su magnificencia acompañada de su color, de su ruido ó de su silencio peculiares, agregaba un acorde á la gran armonía, á nuestra vista un nuevo espectáculo y á nuestros sentidos un enajenamiento. Finalmente, como si ya no pudiéramos con tan íntimas emociones, nos sentamos uno junto á otro en una baja loma que, cual un promontorio de flores, se introducía en el lago, más profundo allí que en cualquier otra parte, y cuya superficie, oscurecida por la sombra, ceñía con un azulado abismo aquella eminencia. Desde allí abarcaba la vista todo aquel hermoso horizonte; un musgo amarillento hacia las veces de césped, y la sombra errante y ligera de los verdes avellanos, luchando con los rayos solares, flotaba en el suelo.

Tan henchidos estaban nuestros corazones que habíamos enmudecido; nos entreteníamos en deshojar sobre el agua algunas ramas; no sé qué atractivo tenía para nuestros ojos aquel trasparente líquido, que nos obligaba á observar y seguir con la vista cada arruga de la superficie, á reflexionar, á suspirar, á ensimismarnos sin pronunciar una palabra, y á

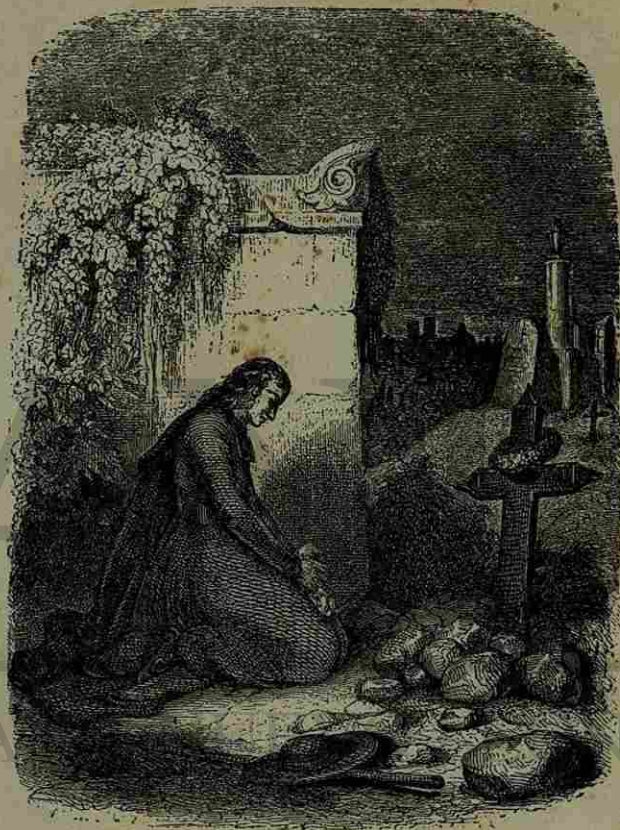
perder y á encontrar nuestra alma en cada oleada.

Ninguno de los dos se atrevía á ser el primero en romper el silencio; mas, fijando por casualidad mi mirada en Laurencio, ví que tenía el rostro encendido, que sus labios temblaban y que de sus pestañas se desprendían dos gruesas lágrimas parecidas á esas húmedas gotas de rocío que un rayo purísimo colora y que una tibia brisa enjuga.

—¿Qué tienes, Laurencio? ¿Tambien te abruma, como á mí, algun peso secreto?

—¡Oh! exclamó; siento que mi corazón está próximo á estallar; mi alma busca en vano palabras para expresar sus sensaciones; quisiera crear una lengua de fuego para prorumpir en exclamaciones de júbilo y de ventura dignas de la naturaleza y de Dios.

—Explícame, amigo mio, le dije, en virtud de qué influencia pensaba mi alma en el mismo instante lo propio que tú piensas. A los dulcísimos rayos de este día, sentía en mi corazón arrebatos de deseos, abrazos de amor capaces de estrechar con ellos á Dios, al tiempo y al espacio, mas para expresarlos, mi lengua era de hielo. Sin embargo, la naturaleza es un himno incompleto, y Dios no recibe en ella el homenaje que más le place, cuando el hombre á quien creó para ver en ella su imagen, no eleva hasta El la voz de su obra; la naturaleza es la escena, nuestra alma la voz; procuremos, pues, amigo mio, como el ave de los bosques, como el viento en



—¡OH TIERRA, BEBE MIS LÁGRIMAS,...

el árbol ó las ondas en la playa, depositar á sus piés el peso que nos abruma, gorgear nuestro himno á la naturaleza, á Dios: convirtámonos, por virtud del amor, en sacerdotes de este hermoso lugar! En estas ardientes cumbres su sol le proclama; proclamémosle tambien nosotros en ellas y dediquémosle el cántico de nuestra alma! La soledad será la única que oiga nuestros acentos: escucha los latidos de tu corazón, y dí lo que sientes.

LAURENCIO.

¿De dónde venís, oh brisas nuevas, llenas de vida y de suavísimos perfumes, que al sólo viento de vuestras alas haceis brotar, cual chispas, hojas y flores de estos montes palpitantes como nosotros? ¿Dónde impregnais de gratos aromas vuestras áureas alas?

¿Acaso hay montes, valles y llanuras, donde os bañais en esos perfumes flotantes, donde todo mes es una nueva primavera, donde todo viento tiene ese tibio hálito, donde las flores están siempre llenas de néctar y los corazones siempre palpitantes de éxtasis?

¡Ah! Si así es, dulces soplos de la aurora, llevadnos á donde todas las almas son hermanas. Así rogaremos mejor al Dios á quien adoran los astros, porque el alma tambien ansía el cielo para abrirse, y la oracion es el perfume de los corazones.

Yo.

¿Ves allá arriba en el valle, por donde el día se desliza paso á paso, donde la nieve amontonada á modo de alfombra, se aja, humea y no se derrite; ves el arco iris en su lecho, estremeciéndose al contacto del rayo, como dormida serpiente que en su mil pintadas escamas refleja á la vista las triples tintas del agua, el aire y el sol?

Es el nido en que esa serpiente del cielo viene á mudar en la montaña. ¡Mira cómo se agitan sus escamas á medida que avanza el día! ¡Mira cómo enlaza, concentra y ostenta, en cambiante espiral, sus anillos azules y anaranjados! ¡Repara cuál levanta erguido su cuello como una espada al acercarse la bruma y le vibra su dardo de fuego!

Sube aspirado por la aurora: ¡oh! ¡cómo se va desprendiendo insensiblemente cada anillo adormecido del glaciár que se decolora! ¡Ya se desenrosca, se cierne, traza desde el monte al cielo su vasta curva, y su cabeza corresponde con sus piés! ¡Oh Dios! ¡Qué arcada de mundo á mundo! ¡Qué Océano podría cegar con sus ondas ese celeste puente?

¡Oh tú! que permites á nuestros ojos contemplar esas extrañas maravillas, ¿es ese un puente para que pasen tus ángeles? ¿Es un puente para ir á los cielos? ¡Si me fuera dable, oh Laurencio, subir á donde ese arco comienza, trepar por esas esplendentes gradas! ¡Y para que un ángel me sostenga en ellas, con la

vista fija en el cielo, y mi mano en la tuya, pasar sobre la muerte y sobre el tiempo!

LAURENCIO.

¿Ves en su nido á la callada hembra del ruiseñor que está incubando sus huevos, cómo el amor la induce á ahuecar sus alas para que el frío no los perjudique?

Su cuello, un tanto erguido por su continuo recelo, es lo único que sobresale del hoyo donde duerme su fruto, y sus hermosos ojos, apagados de cansancio y cerrados por el sueño, vuelven á abrirse al menor ruido.

El cuidado de sus hijuelos la consume, su blando plumon se ha estremecido al oír mi voz; vése cómo palpita su corazón bajo su plumaje, y el nido tiembla á su adormecido aliento.

¿Qué fuerza la encadena á tan dulce cuidado? ¡Ah! ¡Es que resuena en el bosque el canto del macho, que, posado en la copa de un roble, lanza á chorros las oleadas de su voz!

¡Oh! ¿Oyes cómo destilan gota á gota sus lentos suspiros despues de sus vivos arrebatos, para volver en seguida á atronar la bóveda del árbol con las espumosas cascadas de sus penetrantes gorjeos?

¡También en sus acentos palpita un corazón! ¡El alma se mezcla en ellos con la embriaguez de los sentidos, y lanza al cielo el himno de presuroso

compás, ó humedece sus acentos con una lágrima!

Y á él, ¿qué es lo que le tiene adherido á esa rama?
¿Quién le obliga á consumirse de languidez? ¡Es que
su voz vibra en lo que ama, y que su canto va á pa-
rar á un corazón!

Su hembra, embelesada al escuchar sus acentos,
vela atenta olvidando las horas; la estación huye, el
huevo se abre, y toda su vida no es más que prima-
vera, música y amor!

¡Dios de bondad! ¡Cuán bella es esta vida! ¡Ah!
¡Hoy siento en mi seno bastante amor para reposar
como ella, y suficientes arrobamientos para cantar
como él!

Yo.

¿Ves deslizarse entre dos hojas ese rayo que cae
sobre el musgo por donde todavía se arrastra la
sombra, y que hiriendo oblicuamente la yerba que
tú coges, se apoya en ella por un extremo como una
gran palanca de oro? El estambre de las flores que
agita la luz, sube por él girando cual esfera de polvo;
el aire es visible en él, y en ese mismo rayo se ven
millares de chispas arremolinadas en raudos tor-
bellinos.

¡Cuán cadenciosamente gravitan, enlazando y des-
haciendo sus bandadas armoniosas! Parece que se
contempla la danza de los mundos de Platon al so-
nido de músicas celestiales! La vista deslumbrada

no acierta á discernir su innumerable muchedumbre;
necesitaríase todo un mundo de ellos para componer
un grano de arena; tan sólo la mirada infinita podría
contarlos; y todavía cada partícula se subdivide en
otras mil impalpables partículas. ¡Ah! Ahí está la re-
fulgente escala que el infinito ve subir desde el áto-
mo hasta Dios.

¡Y sin embargo, cada átomo es un sér! ¡Cada gló-
bulo de aire un mundo habitado! ¡Cada mundo,
para quien el fugaz relámpago es una eternidad, rige
tal vez otros mundos! En su destello de tiempo, en su
gota de espacio, tienen sus días, sus noches, sus des-
tinos y su puesto prefijado. El pensamiento y la vida
circulan por ellos á oleadas, y mientras nuestros ojos
se pierden en esos éxtasis, millares de mundos han
efectuado sus fases en el brevísimo intervalo que
media entre el pensamiento y la pa'abra!

¡Oh Dios! ¡Cuán inmenso es el manantial del que
brota tanta vida, al que vuelven tantos muertos!
¡Cuán penetrante la vista que llega á semejante dis-
tancia! ¡Cuán infinita la mirada que vela por tantos
destinos! ¡Cuánto amor hay en tu seno para abrazar
esos mundos, para incubar desde tan léjos esos fe-
cundos polvillos, para descender tan potente desde
los soles al diminuto arador! ¿Cómo soportar el res-
plandor de que te circundas, cómo contemplarte á la
luz de tus estrellas, ¡oh Dios mio! si te manifiestas
tan grande en un solo rayo?

LAURENCIO.

¡Oh! ¡Llegue á nosotros su mirada como llega ese rayo, ya que Él se digna descender desde tan alto á estas profundidades!

Yo.

¡Ah! ¡Escuche su oído el humilde balbuceo de dos corazones emanado de mi boca, escúchelo Él, que en el seno de sus esplendores, oye el ténue aleteo de la mosca anegada en el cáliz de las flores!

LAURENCIO.

¡Consérvenos en este lugar para que podamos saborear juntos los tesoros que su mano reúne en el desierto!

Yo.

¡Y como dos ruiseñores salidos á luz en el mismo nido, enseñémonos mutuamente á modular estos himnos; seamos para Él los postreros ecos de la voz de la tierra que espira en estas cumbres!

LAURENCIO.

¡Que salga para Él un solo aliento de dos pechos; que nos depare un solo destino, y disponga de ambos al mismo tiempo!

Yo.

¡Y perfumemos sus manos divinas, como dos azucenas nacidas de un mismo tallo que vienen á formar una sola, que tienen las mismas raíces en la roca, y que se cogen á la vez en la misma colina, impregnadas de idéntico aroma!

¡Las lágrimas ahogaban nuestra voz: yo contemplaba á Laurencio, y nuestros espíritus se absorbieron largo tiempo en silenciosa plegaria!...

.....

25 de Julio de 1794.

Cuando niño pasé en algunas ocasiones días enteros en el jardín, en los prados, en los verdes senderos abiertos en las lomas por los bueyes de la aldea y llenos de ojia cantos y morales silvestres, llevando mi perro al lado, un libro en la mano, deteniéndome sin estar cansado, y andando al azar, ora leyendo, ora descortezando alguna rama, ó siguiendo con distraída mirada al insecto que revolotea, al agua que se desliza á la luz del sol cual raudal de diminutos diamantes, ó prestando oído á cualquier zumbido ó murmullo.

Luégo, escogiendo un abrigo guarecido por algun seto, cual liebre agazapada á la que ha asustado un ladrido, ó tendido en el prado cuyas gramíneas

en flor me sepultaban en un lecho de misterio y de aromas, é inclinaban sobre mí sus cortinas de oscura sombra, volvía á fijar la vista y el corazon en la lectura. Daba siempre la preferencia á algun poeta de simpático acento que revela al espíritu lo que presiente el corazon; hombres predestinados, misteriosas vidas, cuyos sentimientos brotan trasformados en melodías; que nos agrada llevar con nosotros á los bosques como agrada oír un eco que responde á nuestras voces: ó bien era mi libro alguna conmovedora historia de amor y desventura, triste y dura de creer; Virginia arrebatada á su hermano, emprendiendo su desastroso viaje, y el mar arrojándola muerta al corazon que con afán la espera! Yo regaba aquella historia con mis lágrimas, dejando su huella impresa en el libro, y cerraba los ojos y me escuchaba vivir; sentía que por mi seno subía como una oleada de sensaciones dulces, enérgicas, tristes, amorosas y amargas, de imágenes de la vida y de vagos pensamientos indolentemente mecidos en las olas de mi alma, dulces fantasmas de amor de que yo era creador, dramas misteriosos en los que yo era actor; luégo, todos esos dramas concebidos y desempeñados en mi cabeza, se confundían, se mezclaban y se borraban mutuamente como esas brumas que suceden á las tempestades; mis ideas, hinchadas como procelosa ola, se aplanaban; secábanse mis lágrimas en el borde de los párpados, mi alma trasparente absorbía

la luz, y, serena y brillante con la hora y el lugar, de un arranque espontáneo elevábase hasta Dios. Todo terminaba en Él así como todo comienza, y mi corazon sosegado se perdía en su inmensidad.

¡De esta suerte pasaba sin notarlo todo un largo día de verano, desde el alba hasta el crepúsculo, sin que la menor cosa íntima, exterior, me indicara la marcha del tiempo, sin conocer la hora sino por el sol que cambiaba de horizonte, por la luz que palidecía en mi libro ó en mis ojos, ó por el relente que humedecía los cálices de las flores; porque un día tan largo no era para mí sino una hora de delicias!

Pues bien, este dulce estío que toca ya á su fin, no ha durado para mí más que uno de esos hermosos días: sólo que no veo ya esas vagas imágenes que el alma vacía atrae y colora de nubes, esas lágrimas del instinto que sentía agolparse á mis ojos, sin adivinar quién las hacía brotar; todo eso se ha desvanecido como una niebla del alma absorbida en la llama de un rayo más poderoso. ¡Ah! Bástame ahora leer en un corazon, ver cuál se abren en él sentimientos en flor, estudiar su alma en cada impresion que cada hora engendra en ella, y verme en él reproducido por completo, contemplar otro yo, aunque seis años más jóven, con facciones más candorosas, más dulces, más seductoras, con ese ingenuo asombro que produce al pronto cualquier cosa en el alma apenas nacida á la vida, con la limpidez del

agua en ese estanque en el cual no ha caído todavía ninguna rama seca.

Así es que ya no leo. ¿Yo leer? ¿Qué poema puede equivaler á la voz de lo que se ama? ¿Qué historia conmovedora sería capaz de apoderarse de mi corazón en una ficción igual á mi presente ventura? ¿Qué versos valdrian para mí lo que su alma? ¿Qué página disputaría á mis ojos su rostro encantador, cuando ocultándolo entre sus blondos cabellos, lo tiñe la amistad de vivo rubor como otros se ruborizan de amor, y para esconder esta vergüenza pueril, me abraza descansando la frente sobre mi pecho?

Así es que desde que un corazón palpita al fin sobre el mío, todos mis instintos son puros y me guían al bien; mi alma, que con frecuencia llega á secarse en la oración, flota ahora siempre en oleadas de luz, y me presta calor en sus ojos tal claridad, es tan melodioso para mí el timbre de su voz, irradia tan divinos destellos ese candoroso rostro, que el esplendor de Dios me circunda noche y día. ¿Quién puede negar la luz al recibir un resplandor de las alturas? ¡Ah! ¡Cuánta verdad se encierra en un rayo de amor! ¡Cómo me conmueve su acento cuando ruega á Dios! Parece que el Señor me escucha mejor por su boca.

.....

15 de Octubre de 1794.

Los únicos sucesos que interrumpen la monotonía de nuestra soledad son el cielo más clemente ó la estación más ruda, la flor que tarda más en abrirse en las hendiduras de la roca, un ave roja y azul que viene á posarse en el roble y prepara un abrigo para su familia, el águila que ha roto el cascarrón, alguna lucha trabada en el lago entre el halcón y el cisne, de cuyas resultas vuelan por los aires ensangrentadas plumas; bandadas de negros cuervos que se reúnen á sus propios gritos haciendo temblar el ramaje seco con la agitación de sus alas de azabache; la cierva que empieza á echar su largo pelaje de invierno; una aurora de fuego que cruza de noche los aires: tales son nuestras únicas distracciones aquí abajo; pero nuestra alma es un mundo completo en el que se desarrolla un gran drama, que siempre es el mismo, pero que se renueva sin cesar, porque la amistad es bastante para variar su argumento, con nuestros coloquios continuos, las quejas fugitivas, las vagas perspectivas del dudoso porvenir, los planes que forjamos de pasar juntos la vida y labrarnos un mismo destino, esta fraternidad de dos seres en uno, la esperanza de abrigarnos bajo un mismo techo, de estar animados de un solo pensamiento en la tierra, y, pareja solitaria, atravesarla sin mezclar con ella nuestros corazones, como una pareja de avecillas cuyo albergue está en otra parte.

Cuando por casualidad insisto en trazar estos planes para lo futuro, Laurencio me presta ménos atencion, el porvenir le contrista, como si presagiara mal de él, y estuviera siempre temiendo que huya el presente. ¡Oh! ¡Es que un corazon juvenil se recrea en lo presente; es que una gota acercada á sus labios es un mar de júbilo! ¡Tambien la mosca se enoja y huye, cuando el dedo disipa sobre la flor la perla que bebe!

1.º de Noviembre de 1794.

El dulce soplo del cálido viento del mediodía barria esta noche la cumbre templada de nuestros montes: ¡cuán triste y tierno es el suspiro que este viento nos trae, postrer beso de despedida de una estacion muerta! El cielò estaba sereno y profundo como un mar, y en sus profundidades iban encendiendo los focos de soles de plateadas luces, como la hoguera del pastor brilla de noche en las colinas: la luna resplandecia sobre un pico como un tímpano y rielaba en las aguas del lago á modo de blanco escalofrío: los esqueletos de los robles despojados de sus pobladas copas erguían sus largas ramas desnudas; las hojas, que las sacudidas del viento hacian rodar, ondulaban á nuestros piés cual movedizo pantano, y el ramaje seco crujía en el suelo como las osamentas que un sepulturero desentierra.

Al oír esos chasquidos sordos de las cimas, esos estruendos de las tempestades, se nos encogía el corazon á pesar nuestro, y nos acercábamos paso á paso y silenciosos á la roca en que yacia el padre de Laurencio. Cuando estuvimos junto á ella, no sé qué



Me condujo al pié de la tumba de su padre.

idea salió de aquella tumba y cruzó por mi mente: —Pobre Laurencio, dije; al privarte Dios de tu padre, hizo que en mí solo hallases de nuevo padre y madre; mientras yo viva, todo el amor que te tenían, aumentado con el mio, se cierne sobre tí, ro-

deándote en mí; pero ¿y si Dios, llamando al único ser que te ama, te arrebatara tu amigo?... ¿Y si yo muriese? ¿Qué sería de tí?

—¿Qué sería de mí? ¿Y te atreves á preguntármelo? ¡Oh! ¡Si tú llegases á morir!...

Y tapándome la boca con irritada mano, me condujo sin responder al pie de la tumba de su padre:

—Él me puso en tus brazos como sagrado depósito, exclamó: tú estás en el deber de devolvérselo allá arriba: él vela desde el cielo por tu doble existencia, y yo creo en tu apoyo como creo en su providencia. Pero al creer en el Dios que tu voz me da á conocer, ¡ah! ten por seguro que en quien creo es en tí; y si destruyera al destruirte su imagen más sensible, si yo dejara de ver su cielo en tu rostro, si no iluminase ya mi corazón con tu mirada, entonces, tan sólo creería en la desventura, en el azar, y muriendo á mi vez, iría á interrogarle, para saber si en la otra vida se duerme ó se ama!

Y como si se recobrase de su pasajero extravío, añadió:

—Perdóname; conozco que me he excedido, y que tal vez he pronunciado palabras ofensivas á Dios; pero la muerte ¿no es una ausencia eterna? Si me amases de veras, no me hablarías de ella. ¡Tu muerte! ¡la mía! ¡oh! ¡jamás pienso en ello!

Y luego separándose de mí bruscamente como si quisiera alejar una idea de su imaginación, corrió

hasta el borde de un abismo sin fondo donde había dos peñas encorvadas como el arco de un puente, las cuales, dejando entre sí un inmenso vacío, cubrían toda una ensenada del lago que mugía á sus pies: una vez allí, tomó impulso como para arrojarse en él y le cruzó de un salto que me heló de espanto.

—¡Ah! Te estremeces, dijo con risa extraña: ¡mejor! ¡me has hablado de la muerte, y me vengo!

Quise reñirle, pero había huido ya. ¿Qué lívido relámpago ha brillado en el corazón de ese niño? ¡Cuánto amor y espanto infunde esa alma profunda en los ojos que la contemplan! ¡Y cómo se necesita precaverse de ella!

6 de Noviembre de 1794.

Háse presentado ya aquí el precoz invierno. Por do quiera se ve extendido el blanco sudario de la tierra: los vientos amontonan sobre nosotros colinas de nieve: ¡oh! ¡bien haya de la roca cuyo antro nos protege! Porque fuera del oscuro abrigo que oculta nuestro destierro no podríamos dar un paso sin arros-trar grandes peligros.

No se distinguen ya los valles de sus cumbres, los torrentes de sus orillas, los picos de sus abismos; el diluvio ha cubierto con un océano helado las gargantas y las cimas, todo está nivelado, y los vientos,

revolviendo las nevadas superficies, hacen que todas las noches cambien las colinas de sitio: hasta la cierva tiembla, no se aparta de nosotros y vacila en andar por la falaz llanura. El arco que pone en comunicacion estos montes con el valle ha quedado cegado por una enorme avalancha, y nos tendrá encerrados, como en una isla inaccesible á la vista, hasta que lleguen meses lluviosos.

¡Oh! ¡Cuánto amo estos meses durante los cuales el corazon se caldea y se concentra en sí mismo como esta tierra, y recoge su sávia en esta especie de muerte para manar con más abundancia y fuerza al llegar la primavera! ¡Con cuánta voluptuosidad se repliega durante ellos el alma, rodeándose de paz y de melancolía, mezclando hasta con la dicha un no sé qué de amargo que realza su gusto como la sal marina, goza sintiéndose amar, pensar y vivir, en tanto que todo tiembla y muere bajo la nieve, y se circunda á su albedrío, en estos dias sin sol, de sus más predilectos ensueños como si se preparara á adormecerse!

7 de Diciembre de 1794.

¡El rayo ha rasgado el velo de mi alma! ¡Ese niño, ese amigo, Laurencio, es una mujer!.... ¡Esta ciega amistad no era otra cosa sino insensato amor! ¡Som-

bra de estas rocas, ocultad mi vergüenza á la luz del dia!...

La misma fecha, á las once de la noche.

Duerme: no tiene ya tan oprimido el pecho; la calentura extravía su mente, haciéndola prorumpir en incoherentes frases: «¡Mi padre! ¡Jocelyn! ¿dónde están? ¡Muertos!» Sus piés quieren correr: ¡oh, duerme, pobre criatura, duerme! Jocelyn vive aún para devolverte la vida; más ¡ay! ya la recobres ó la pierdas, él vive con el alma pendiente entre dos desventuras: ¡muerto para tí si vives! ¡moribundo si mueres!

La misma fecha, á media noche.

La noche ha deparado su calma á su adormecida frente: sus piés están menos helados entre mis manos! ¡Qué velada, y qué dia, y qué noche, y mañana, y siempre! ¡Qué reposo y qué despertar! ¡qué noches y qué dias! ¡Habré estado un año entero soñando entre estas sombras? ¡Mi corazon fluctúa incierto como en un mar proceloso, no pudiendo tocar el fondo ni ver la orilla, entre la desesperacion, ó el crimen, ó la

muerte! ¡Ah! ¡Recojamos un poco mi mente que se extravía! Del día de ayer á esta noche me separa un siglo. Reunamos nuestros recuerdos; sepamos al ménos representarnos la horrenda sima que hemos atravesado en un instante; describamos una á una todas las circunstancias del día fatal que de un solo golpe ha roto dos existencias: marquemos la hora en que Dios me ha precipitado desde la cúspide de mi felicidad en un abismo sin fondo!

Los rayos matinales, colorados por la nieve, brillaban como cebo puesto en un lazo para las aves: el aire ambiente y puro parecía más benigno; algunos pájaros se posaban en la nieve endurecida. Aquel día de muerte tenía el esplendor de uno de fiesta, y la cierva impaciente alargaba al viento su cabeza. Yo me sentí ganso de tomar vuelo á mi vez: Laurencio dormía aún en su lecho de musgo: la cierva, que se acuesta de noche á sus piés, no osaba levantarse por temor de despertarlo, y mirándome salir con inquieto ademán, parecía recomendarme la prudencia como si tuviera algun presentimiento.

Salí. La montaña me deslumbró: todo el horizonte congelado irradiaba intensísima claridad; de cada átomo de aire destellaba un fulgor. Aventuréme á dar algunos pasos; sólo pisaba nieve, la cual crujía bajo mis plantas como un pedazo de cristal que se aplasta con los piés. Me estremecí de placer y seguí adelante: mis sentidos tenían imperiosa necesidad de

movimiento y de aire. Corrí hasta el puente formado por la avalancha, atravesé el barranco sobre aquella blanca costra cuya bóveda temblaba y mugía bajo mis piés, ocultándome las aguas que bramaban más abajo. Quise aprovechar aquel arco helado para descender de dos saltos hasta el valle, y ver si el pastor habria acudido á llevar algo al depósito convenido. Sólo encontré allí estas palabras: «¡Guardaos de bajar!» palabras dictadas por su caridad.

Volví á subir presuroso, cuando ya se habia empañado el cielo matinal, asemejándose á una bóveda de estaño, apagando el día que pugnaba por asomar y trayendo de nuevo la noche una hora despues de haber despuntado el alba: el viento, que parecia encerrado entre brumas, las agitaba como oleadas de un pesado mar; á veces, al chocar entre sí las tempestuosas nubes, resonaba un fragor parecido á un cañonazo disparado en el cielo, y aún cuando retumbaba á gran altura, la montaña lo presentia sin duda, y sus vastas ramificaciones de granito y de mármol crujían y se retorcian como los brazos de un árbol.

Yo veía que la montaña despedía humo por mil puntos, y éstos vapores ablandaban la corteza de nieve: mis piés no encontraban ya un camino sólido, sino que, pesados y sin apoyo en aquel terreno movedizo, á cada paso que daban iban hundiéndose más. Eché á correr temeroso de que la nieve derretida hiciese que se derrumbara el puente de hielo

suspendido antes de llegar yo al otro borde del barranco. ¡Ah! ¡Antes hubiera preferido millones de muertes! ¿Qué sería lejos de mí del único ser que me esperaba?... ¡Ah! ¡Tal vez habría valido más! Dios no lo permitió; en el momento supremo en que el puente se precipitaba en el espumante abismo, en que la avalancha reducida á polvo, hundiendo su enorme masa se deshacía como fragmentos de ruinoso montaña, atravesé de un solo impulso la sima y el arco; mas apenas puse el pié en la orilla opuesta, cuando se desencadena el huracan, haciendo volar al fondo desde todas las crestas la espuma de las tempestades; las lanza reducidas á polvo, en oleadas inmensas, arremolinadas; ciega el estrecho barranco con sus peñascos ondulantes, amontonándolos hasta la boca del puente: y el estribo de granito vacila bajo tan enorme masa, se precipita y rueda, dejándonos en estas negras cumbres separados para siempre de la mansión de los vivos.

Procuré aferrarme con las manos á los ángulos del barranco, que temblaban como un promontorio que el mar desarraiga: la roca cóncava y hueca me guardaba, y sus rebordes preservaban mi cuerpo del choque del alud. Abracéme á aquel punto de apoyo, mientras la tormenta se acelera, adquiere cuerpo con sus propios destrozos, y pasa sobre mi cabeza con sus vientos, sus oleadas y su piélagos de brumas que flotaban en su caos. Allí, perdido el aliento y parali-

zada la mente, cual hoja seca balanceada en la rama, aguardaba que la nieve, amontonando sus capas, me hubiera sepultado vivo bajo su helado sudario; desde mi refugio veía cómo se desarrollaban á lo lejos, al soplo de impetuosas ráfagas, las colosales oleadas, cómo abrían altos surcos que se desmoronaban en sus flancos, cómo aglomeraban sobre las cumbres otras cumbres blancas, cómo chocaban, se rompían, se hundían silenciosas, ó brotaban cual inmenso haz hasta el tenebroso cielo, girando á modo de nube para caer en seguida; y cada vez que la oleada al despeñarse me hundía bajo su peso, con piés y manos aplastaba el polvo para arrancarme al abismo y tornar á ver la luz, y retardando así el fatal instante, levantaba un nuevo pedestal contra la roca.

¡Oh! Cuando alguna claridad me devolvía la perdida esperanza, ¡cómo bendecía á Dios por estar allí sin Laurencio, sabiendo que mi amigo, dormido aún en la gruta, se hallaba al abrigo de la muerte con la que á la sazón luchaba yo! ¿Qué lejos estaba de figurarme que su cariño hacía mí le había precipitado también en tan inminente peligro! Y sin embargo, en medio de aquel caos de ruidos, de movimientos, á través de los embates, de los golpes y de los bramidos, y entre una pausa y un silencio aterrador, parecióme oír dos veces gritos agudos mezclados con los gritos del viento, aunque apagados

por la distancia; creí percibir mi nombre pronunciado entre espirantes sollozos. Estremeciéose mi corazón... Pero no, ¡era imposible! ¡El mismo ángel de Dios no hubiera osado pasar con sus alas de fuego al través de la horrible lucha de la nieve y el viento que pugnaba por amontonarla!

Ignoro cuánto tiempo duró esta agonía: una hora es de infinita duración cuando la muerte la mide, y para medir la hora y contar los momentos, sólo disponía yo de los pesados latidos de mi corazón.

Por fin el huracán cedió; la luz tiñó las nubes, y su claridad me permitió ver parajes desconocidos; un soplo agudísimo del viento norte, que circulaba como un escalofrío, endureció la polvorienta nieve y convirtió la lluvia en hielo: helados los movedizos abismos al contacto de aquel hálito glacial, transformáronse en sólida llanura; la esplendorosa luz del sol me sirvió para orientarme, y me precipité en la cueva jadeante y gritando: «¡Laurencio!» ¡Tan sólo el eco me respondió! ¡Mi corazón petrificado quedó horriblemente sumido en aquel silencio!

De pronto me asalta una idea horrorosa: ¡ha desafiado la muerte por salvar á su amigo! Lánzome al punto fuera de la cueva vacía: busco en la nieve una huella, una arruga: llamo, nada contesta. Sigo andando al azar: hubiera deseado sondear el espacio de una sola ojeada, mientras mi oído aguardaba la

respuesta á mis gritos, como un reo que espera su sentencia: y entre aquel espantoso silencio y el eco de mi voz, mi corazón murió cien veces en un solo latido.

Caí, en el momento en que la cierva, acudiendo á mis clamores, se puso á dar saltos en torno mio: me estremecí al verla; el pobre animal me lamió las manos y echó á andar, volviendo la cabeza para ver si la seguía; luego, cruzando de un salto una blanca colina, desapareció de mi vista en el fondo de un barranco. Fui presuroso en pos de ella por el resbaladizo reborde, y sondée de una ojeada todo el precipicio; la ví volar hasta el hueco lecho del abismo por la pendiente de las peñas erizadas de agudas puntas de hielo; la ví apartar con el hocico la nieve espesa del fondo, y dejar descubierto, en su congelada fosa, el cuerpo inanimado de Laurencio!

No cruza la mente un espacio ideal con tanta rapidez como yo llegué al fondo del abismo. Allí estaba Laurencio sobre la nieve enrojecida por su pura sangre, desmayado, herido, pero conservando todavía algún calor, con los cabellos llenos de sangre y de nieve, y luchando con el estertor de la muerte. Arrojéme sobre él, le cogí, le levanté, y me lo llevé insensible y leve como un ensueño, como una madre lleva á su hijo en los brazos, sin sentir su peso ni dar un paso en falso: ¡no parecía sino que alguna fuerza interior, íntima, me hubiera ayudado á salir del abismo!

Poco despues estábamos ya al abrigo de la gruta, en donde deposité aquel cuerpo que continuaba sin movimiento: encendí fuego, acerqué á la llama los piés de Laurencio, y apoyando su frente cadavérica sobre mis rodillas, procuré volverle á la vida con mi voz, con mi aliento, con mis manos; mas ¡ay! pasé mucho tiempo sin conseguirlo! Mis labios no podian comunicar el necesario calor al aliento extinguido de su boca; le puse en mi lecho, y restañé la sangre que se congelaba en su frente. Tambien brotaba de su pecho, y los desgarrones de su manchado traje me indicaban que debia tener otras heridas en el cuerpo.

Para facilitar su respiracion y para reconocer dichas heridas rasgué con los dientes la ropa harto lenta en desabrocharse... ¡oh cielo! ¡bajo la ensangrentada camisa aparece á mis ojos un seno de mujer! ¡Mi mano retrocede helada y se nubla mi vista! ¡Mi cerebro gira y zumba y mis sienas laten sin sentimiento! ¡Ah! ¡No sé cuánto tiempo duró aquel espantoso instante!

Sin embargo, lo inminente del peligro hizo que me repusiera: la sangre, que el frio hiela en el borde de la herida, vuelve á penetrar en el pecho y parece ahogarle: ¡y no tengo nada para refrescar sus labios, nada para darle calor! Me inclino sobre aquel seno desgarrado y sin aliento, y lo caliento y contengo la sangre con mis ardorosos labios: ¡ya brota más liquido... ella recobra la vida... ve su seno descubierto, se

ruboriza, cierra los ojos... y no los ha vuelto á abrir! Apodérase el delirio de sus sentidos debilitados; la fiebre ó el dolor la hacen desvariar; increpa ó bendice, muerde ó besa mi mano, y por fin se duerme!.... ¡Oh! ¡qué sucederá cuando despierte mañana!

.....

8 de Diciembre, por la mañana.

He pasado esta interminable noche teniendo entre las mias su mano siempre helada, procurando de continuo atraer la sangre y el calor á la planta de sus piés que abrigaba sobre mi corazon, reteniendo á la cierva junto á su lecho de musgo para que el suave y sano calor de su pelo se comunicase mejor con el contacto de sus cuerpos y reanimara por grados sus miembros casi insensibles; mojando con un poco de agua entibiada á la llama del hogar su cabeza ensangrentada ó sus sienas que apenas latian; escuchando al amanecer su aliento mientras dormitaba y reteniendo el mio por temor de despertarla: luégo, cuando la postracion subsiguiente al delirio, se ha dejado conocer en la igualdad de su respiracion, he aprovechado instintivamente este momento de reposo para limpiar la sangre coagulada; he desgarrado alguna tela, y hecho una porcion de hilas para curar sus heridas;

levantándola luego suavemente entre mis brazos, he separado los rizados bucles de sus cabellos y lavádole la frente; con una larga venda de lino puro he cerrado la herida más grave de su costado, y en seguida he vuelto á poner cuidadosamente el cuerpo en el lecho, temblando, como si mi mano hubiese tocado una criatura dormida envuelta en sus mantillas, ó como un vil mortal que tocara los ángeles!

8 de Diciembre, por la noche.

Ella ha dirigido en torno suyo una vaga mirada, y luego me ha dicho con tierno y apagado acento:

—¡Con que es cierto! ¡sabes ya!... ¡ah! si sólo me queda una hora de vida, perdóname, Jocelyn, y no importa luego que muera! Te he engañado: así lo quiso mi padre: yo debía respetar mi juramento absoluto! En sus últimos momentos, me prohibió revelar á nadie mi sexo, y hasta á tí mismo; y ya fuese porque creyera ménos expuesta la vida de su hija bajo este traje que debía protegerme, ó por cualquier otra prevision que ignoro, yo debía prestar ciega obediencia á sus órdenes. ¡Ah! ¡Cuánto me ha costado ocultarme á tí! Yo debí pensar que así ultrajaba tu lealtad, que no éramos dos, que mi alma y la tuya han de vivir unidas y pertenecerse mútua-



A MENUDO PASO ALLÍ DIAS ENTEROS MEDITANDO.

mente. ¿Debería confesártelo? Muchas veces he pensado en ello, muchas estuve ya resuelta á hacerlo y otras tantas lo pensé de nuevo; pero siempre, en el momento de revelar mi misterio, no sé qué mano sellaba mis labios; sin embargo, ya habia esperado demasiado; ya no podia ni me atrevia á esperar más; mi frente, cubierta de rubor, estaba enrojecida y confusa; además, yo conocia tu vida y tu piadosa infancia, y temia el efecto de esta revelacion; me daba miedo la mirada que me dirigirias, el acento de tu voz, las glaciales palabras que saldrian de tu boca. Y estas palabras eran la vida ó la muerte para mí! ¡Habria muerto á tus piés si me hubieras despedido de tu lado! ¡Oh! ¿Podría yo arriesgar en tan terrible alternativa, cien veces más que mi vida al hacerte una confesion prematura? Antes hubiera preferido echarme en brazos de ese mismo destino que me habia conducido á tu lado desde tan léjos, gozar del bien que cada dia me deparaba y dejarlo todo para más adelante, esperarlo todo de Dios, de las circunstancias, de la casualidad. ¡Ay! Cuán pronto se ha presentado esa fatal casualidad. Pero si tu mano se cierra, si tu corazon vacila, al ménos no lo sabré, Jocelyn!... He buscado la tempestad y la muerte siguiendo tus pasos! He corrido con alegría al encuentro de la muerte por ir en tu pos; de mí sola se apodera el abismo, y á tí te deja con vida. Ya lo sabes todo; pero me muero! Dí, ¿me perdonas?

¡Oh! ¿Tienen esta virtud los ángeles del cielo? ¿Pueden mostrarse despiadados para consigo mismos y desgarrarse con sus propias manos en el corazón que los ama? En cuanto á mí, débil mortal, hecho de sangre y carne, no pude atentar contra mí propio atentando á la vez contra un sér tan querido, y haciendo refluir el amor al seno que de tal modo me expresaba el suyo, le dije:

«¡Oh sí! Te perdono el amor que en tí deposito y el que me has entregado; niño ó hermana, pobre sér desamparado; te aplico todos los nombres sagrados con que se adoran los hermanos... te amo, é invento todavía otros. ¡Ah! Vive para oírlos y repetirlos todos! ¡Qué Dios nos ilumine y disponga de nosotros en este cielo al que tan precozmente nos habia conducido su mano; vivamos en su presencia cual dos espíritus puros, y dejemos á él solo el cuidado de dar nombre al amor ó á la amistad con que deberemos amarnos!»

9 de Diciembre de 1794.

Hubiérase dicho que su vida manaba de mi boca, y que su corazón levantaba la ropa de su lecho.

—¡Cuánto bien me has hecho! exclamó! ¡Oh qué felicidad! ¡Oh sí! ¡Si hasta aquí no éramos más que

amigos, en adelante seremos hermano y hermana! ¡Hermano! ¡Hermana! ¡Si hay otro nombre más tierno todavía, déjame buscarlo para hacer que resuene en tus oídos! ¿De veras me sigues amando después de la fatal revelación?

—¡Siempre á tí!... Y sin embargo, Laurencia, hiciste mal en engañarme: se debe decir la verdad á aquel á quien se ama: con tu silencio me exponías á engañarme á mí mismo; á tomar sin saberlo, un día y otro á tu lado, por santa amistad algun culpable amor: á aspirar en tus ojos y en esta soledad la embriagadora costumbre de gozar de una dicha sobrehumana, y cuando me hubiera sido forzoso huir y no verte más, á morir de vergüenza ó de desesperación; pues aún cuando todavía no me liga ningun voto á los altares, bien sabes que he consagrado á ellos mi vida: la promesa que he hecho al Señor me destinaba á servirle, y ¿quién sabe si puedo faltar á ella? ¿Quién sabe si puedo abandonar con honra su causa cuando como hoy la riega la sangre del martirio, apartarme del seno de la Iglesia donde he entrado y pertenecerme á mí mismo, sin que Dios me haya devuelto mi libertad? Para saber qué decisión debo esperar del cielo, necesito oírla de boca de los obispos. Mas por ahora no pienses sino en vivir: la roca se ha derrumbado, nadie puede acercarse aquí antes que el próximo estío, vaciando el agua del precipicio, haya reunido de nuevo el valle á la cima; tan sólo el águila

puede cruzar el abismo, y el Señor nos condena á la felicidad por espacio de meses enteros.

—Viviré, Jocelyn, lo conozco, dijo ella; ¡oh! tu voz me hace volver desde el seno de la muerte: viviré dichosa siempre, siempre, siempre! ¿Qué me importan los votos que pueden encadenar tus días, tu trabajo en este mundo, el pan de que vivas y el camino por donde vayas? Si Dios me permite que te siga por él, si en cualquier parte te veo y te oigo como aquí, si marchó al amparo de tu sombra y me despertó á tu voz, si soy por do quiera tu hermana ó tu servidora, todo lo demás me place ó me es indiferente: tú me amas, y esto me basta: tú lo has dicho! Poco me importa que pertenezcas por entero al universo, con tal que tu corazón sea mio!

.....
La misma fecha, mas tarde.

—Pero tal vez ignoras, insistí yo, que Dios condena el corazón del sacerdote á eterna viudez, que le veda los dulces nombres de amante y esposo, y que no puede pertenecer á nadie exclusivamente para que pueda ser de todos: que si Dios me quisiera enteramente para su santo servicio, tendría que beber mi sangre en ese cáliz, y sería preciso que nos acostubrásenos algun día á vivir el uno sin el otro!

—¡En ese caso, escucha, me contestó; vale más matarme! Pero ¿en qué piensas? Ese Dios que nos reúne, ¿no nos ha puesto aquí juntos, solos, perdidos, uniéndonos en comun destierro más de lo que nunca unió dos corazones, ó confundió dos destinos en uno? ¿No me ha arrojado á tus piés, á la manera que se encuentra un niño abandonado, al cual se le comunica el calor maternal que le falta y se le cuida? ¿Me dejarás entregada, fria y muerta, á mi suerte? ¿Le diras: «Señor, mi único hermano ha muerto»? ¿Le ofrecerás á modo de incienso mi vida y la tuya? ¿No maldiceará tan abominable ofrenda? ¿No suscitará en tí remordimientos en nombre mio? ¡Oh, no! Su voluntad no es un vano problema. Yo fío en la sentencia que él mismo ha pronunciado, en el completó aislamiento en que nos deja en este desierto, en el solo corazón que su mano me ha abierto en la tierra, en este trastorno de las cosas terrenales que hace involuntaria nuestra misma felicidad. ¡Ah, sí! Gracias á ese Dios, mi dicha es tu ley: sin mí, ni ventura ni virtud en este mundo.»

Yo vacilaba: entónces ella puso dos dedos sobre mi boca, y atrayéndome á sí con la otra mano, me dijo:

—Júrame, júrame, oh Jocelyn, á mí, á tu pobre hermana, á tu huérfana, jura ante Dios depararme esa felicidad dispuesta por él! Yo á mi vez juro morir si me abandonas! Presiento que mi vida ó mi muer-

te, ahora en suspenso, van á salir de tu corazon en la palabra que aguardo!

Y sus ojos, fijos en los míos, su boca entreabierta, imploraban, aspiraban su triunfo ó su pérdida. ¡Ah! Todo mi corazon intercedia por ella en mi pecho; una mirada le sirvió de prenda de mi fé, y mis labios, aplicados á su mano, la retuvieron á la vida con una sola palabra!

.....
12 de Diciembre de 1794.

Desde entónces se va restableciendo por momentos; hoy ha dejado el lecho por primera vez, y con vacilante paso, apoyada en mi brazo, ha querido andar por la nieve seca: ¡oh sol de Diciembre! ¿alumbraste alguna vez en estas cumbres una flor de invierno más pálida?

¡Cuánto me halagaba sentir el peso de su debilidad, llevar sobre mi seno ese hermoso cuerpo extenuado, pensar que sin mí sus pasos, sus débiles pasos no hubieran podido sostener lo que se apoyaba en mi brazo, allanar el camino, romper el hielo ó la nieve endurecida, por temor de que su hermoso pié, blanqueado por ella, tuviera que levantarse demasiado para cruzarla! ¡Y cómo me embriagaba su mirada, su sonrisa, la dicha que trascendía á sus facciones, el

suave latido de su corazon que percibia en mi brazo á pesar de su ropa, tierna compensacion de los solícitos cuidados que mi cariño me dictaba y que venian á ser otras tantas caricias para mí!

.....

6 de enero de 1795.

El contento, el reposo, la renovacion de su sangre, y la naturaleza, han cerrado en breve su última herida: su rostro, un tanto pálido, ha recobrado sus colores; el hálito de la vida ha bebido de una vez su llanto, como en la rosa, donde flota todavía la lluvia, un rayo hace brillar la gota que enjuga. ¡Ah! Si no hubiera sido por lo que sufría ese ángel, mi corazon echaria de ménos, aún en medio de mi felicidad presente, las interminables noches que he pasado á la cabecera de su lecho contando tembloroso los soplos de su aliento, y los latidos del pulso levantados por el corazon, pasando mi mano por su sudorosa frente, dando vuelta á su cuerpo postrado por la fiebre, humedeciendo sus labios con agua fresca vertida gota á gota, volando á su lado si la oia gemir, viendo cómo se cerraban sus ojos, oyéndola dormir; ó cuando el sueño abrumador, rebelde á mis súplicas, huía de sus párpados agitados por algun ensueño, acudiendo á la voz de aquella criatura asusta-

da, apoyando mi codo en el borde del lecho, y á fin de adormecerla un poco, buscando en mi memoria ó en mi corazon alguna conmovedora historia de amantes olvidados del mundo como nosotros, haciéndose de sí mismos y de sus corazones un mundo suficiente, perdidos bajo la mirada de Dios en su vasta naturaleza, llevados por el azar á alguna isla sin nombre, como las que un amante ve en matinales sueños ó como las que canta una madre meciendo á su hijo: viendo luego pasar por su frente el terror ó el júbilo que humedecian con el llanto sus sedosas pestañas, mientras yo me entretenia enlazando entre mis dedos los suaves rizos de sus blondos cabellos.

.....
 Febrero de 1795.

¡No sé qué timidez, parecida al sentimiento de nuestra desnudez, se apodera á veces de mi alma en su presencia, y sella mis labios pensando que es una mujer! Pero ella, en su casto candor, no siente esta vergüenza de los sentidos que me sube al corazon; su ingenuo sentimiento ha cambiado de nombre, pero no de naturaleza, en aquella alma tan pura: siempre es el ardiente cariño del niño, sin más que un pensamiento y una pasión, y sin sospechar, en su sencilla ignorancia, que ante Dios el amor no sea siempre

inocencia! Por el contrario, desde que nos hicimos nuestras mútuas promesas, está mas cariñosa y menos reservada que ántes: la virgen se confía con menos abandono que ella al hermano que adquirió en el mismo seno la vida; no comprende por qué soy yo ménos franco desde aquel dia teniendo más amor, y por qué rechazo con temblorosa mano la impresion, halagüenia en demasia, que sus labios producen en mi frente.

Por mi parte, no puedo sostener como antes esas miradas con que el corazon penetra en el corazon, ni sus brazos enlazados á mi cuello, ni su encantadora cabeza dormida como otras veces sobre mis rodillas, ni el contacto de sus cabellos empujados por el viento sobre mi rostro, haciendo que se estremezca como el viento hace estremecer el agua, ni esas palabras cariñosas en que se recrea su amor, ni su mano en mi mano, ni su frente sobre mi mejilla. ¡Y cuando, como un niño que juega con fuego, retiro mi cabeza y le riño un poco, cuando salgo agitado para respirar el aire puro de la montaña, llora y dice que ya no la quiero, ó se enoja, ó se empeña con obstinacion en seguirme: una sonrisa la tranquiliza y nos reconcilia, y yo la dejo amar y decir, y todo se olvida!

Marzo de 1795.

Para conservarnos puros durante la noche, ante la mirada de Dios, nos despedimos despues de rezar, y cada cual se retira á su solitario lecho, ella sobre la roca, yo fuera, en el suelo, en un oscuro abrigo de musgo y de follaje, que he abierto en un reborde de la peña. Allí, como un perro fiel en el umbral de su asilo, guardo su vida y su sueño, de modo que nada podría llegar á perturbarla sin despertarme antes y pasar sobre mi cuerpo. ¡Oh! Cuánto me halaga sentir, bajo la lluvia ó la nieve, que este abrigo la preserva de los rigores del aire; que custodio á este precio á ese ángel del Señor, á esa doncella sagrada para mí y toda para Él hasta el venturoso día, hasta la hora en que su mano, que bendice lo que se ama, la deposite por sí mismo en mi afanoso seno! ¡Qué dulce pensamiento! Sí: pero tambien, qué lucha!.... Saber que ella está allí, tan cerca, que duerme, qué vela quizás, y que, mecida por el amor, da vueltas cien veces en su mente á la misma idea! ¡Que únicamente el ángel de Dios ve sus castos atractivos! ¡Que entre el cielo y yo no hay más que un paso!

¡Oh! ¡Cuántas veces, levantándome de mi lecho abrasador, ahogando en mi boca el grito de mis deseos, como un insensato que se levanta á media noche, y huyendo por la nieve de la imagen que me persigue cual ciervo extraviado que busca á su compañera, vago por la montaña para cansar mi cuerpo,

aspiro el viento helado en mi inflamado pecho, estrujo los cristales del glaciár entre mis dedos, hasta que rendido de fatiga y de desvelo logro dormir un momento en mi rústico lecho! Pero, despierto en breve por amorosos ensueños, aguardo impaciente la llegada del nuevo día, el momento en que Laurencia, despierta á su vez, y vestida en la oscuridad de la gruta, salga, con sus hermosos ojos soñolientos todavía, á darme como buena hermana su abrazo matinal, á llamarme para que me refugie en nuestra abrigada vivienda, y conduciéndome al grato hogar, coja entre las suyas mis manos para calentármelas, junto á un fuego que se conserva durante la noche entre las cenizas!

.....
16 de Marzo de 1795.

No acierto á comprender qué respeto hácia ella se mezcla en mi alma con tanto amor, creciendo diariamente; temeria tocarla con un dedo, como si fuese un Dios; á veces me asaltan deseos de postrarme á sus piés, para que ese sér, rey de toda la naturaleza, me hollara con los suyos como á su humilde siervo; cuanto más tierna es su sonrisa y más dulce me parece su mirada, mayor necesidad siento de caer de hinojos ante ella, de consagrarle mi corazón tribu-

tándole el debido homenaje, y de adorar á mi Dios en esa obra divina. Sin embargo, en su presencia me contengo temblando para no ofender sus sentimientos cristianos; pero cuando ella se baja ó vuelve la cabeza ó anda un momento delante de mí, me detengo, y contemplo su figura con recogimiento, como si fuese un sér etéreo caído del cielo, cuya emanación ilumina hasta á la misma luz y cuya celeste planta honra el polvo que pisa. Sigo con mis piés las huellas de los suyos, como si este contacto los santificara; me recreo ocupando su puesto en el aire en que estaba, como si su paso por él hubiera consagrado el espacio, andando tras su sombra, recogiendo las florecillas de la yerba cuyos colores ha rozado con su cuerpo, respirando el viento que agita sus cabellos, cuando su frente erguida los sacude como una oleada, y el aire que su pecho ha respirado ya, como perfume del corazón aspirado por mi alma. Paréceme que el contacto con lo que adoro me incorpora, á mí, simple mortal, en ese sér divino y que una mirada de sus hermosos ojos podría, si quisiera, elevarme desde la nada hasta los altos cielos! ¡Amor, cuyo misterio tan sólo conocen los amantes, tú haces más todavía, tu mirada pone su cielo en la tierra!

Abril de 1795.

¡Oh! ¡Qué planes forjábamos esta mañana al pié del árbol! ¡Cuánto cree que ha de durar todavía este presente! ¡Cómo me recreaba en verla, con su aspecto enajenado, con sus ojos llenos de ilusiones, que parecían leer en lo futuro, edificar y derribar para levantar de nuevo mil ilusorias sombras de ventura, mil ensueños dorados, para el tiempo en que, saliendo del desierto en que estamos, descendamos del cielo á las moradas de los hombres; ya logremos hallar algún noble resto de sus bienes paternos en su querida casa solariega, donde, en el seno de una suntuosa holgura, podamos difundir el amor de nuestros corazones convertido en benéficas obras; ó ya, desheredados de todo bien en la tierra, labremos un pequeño campo con nuestros brazos, y construyamos una humilde choza en nuestro reducido dominio para albergar en ella nuestros amores; ó bien nos veamos obligados á ganar nuestro sustento en las ciudades, viviendo de un salario fruto de nuestro trabajo; cual pobre pareja que, oculta en alguna desmantelada estancia, bajo cuyo techo anida una alegría desconocida, gana durante el día el dulce reposo de la noche, se retira á descansar al ponerse el sol, y manifiesta á Dios su ardiente gratitud por aquella ignorada felicidad oculta en la indigencia, por poseer aquel casto lecho en que el amor los bendice, por aquellas aves enjauladas que cantan en su nido, por aquellos

hermosos niños que juegan desnudos en el suelo entre sus cunas y los piés de su madre...

.....
 Mayo de 1795.

¡Un hijo! ¡Ah! Este nombre extiende un velo sobre los ojos! Un sér que sería ella y yo, nuestra imágen, nuestro amor celestial elevándose del suelo, nuestra union visible en un amor viviente, nuestros rostros, nuestras voces, nuestras almas, nuestros pensamientos condensados en un cuerpo en un arranque de vida, diciéndonos á cada momento mientras jugara delante de nosotros: «Ambos estais mezclados en mí; miradme, yo soy la esencia de vosotros! Soy la dulce hoguera en que vuestras dos llamas han podido crear un alma con sus rayos vitales!» ¡Ah! Este sueño, que sólo Dios podia inventar, el amor únicamente era capaz de realizarlo en la tierra!

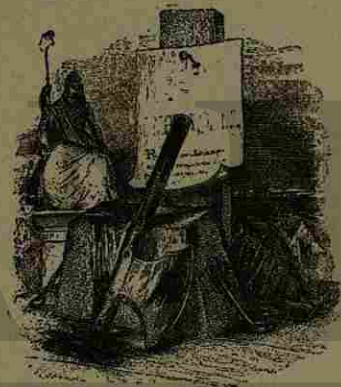
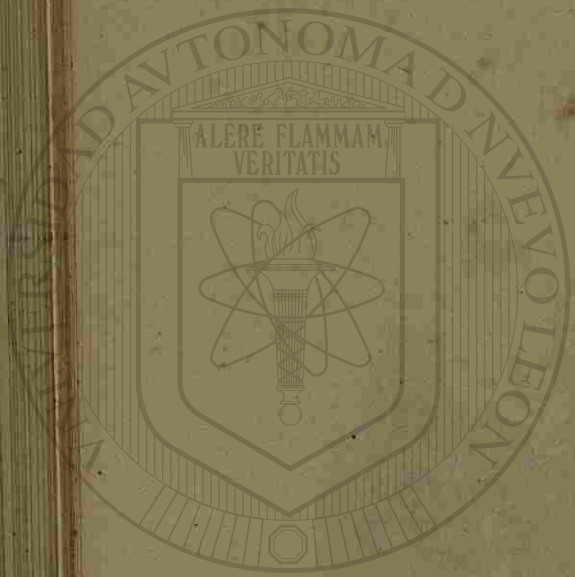
.....
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 Mayo de 1795.

Los días, los meses se suceden unos á otros, y el año rueda ya arrastrado por su pendiente de flores.

Dios mio, á cada momento me prosterno ante vos: ¿por ventura hay soles más dulces en vuestro cielo?



®

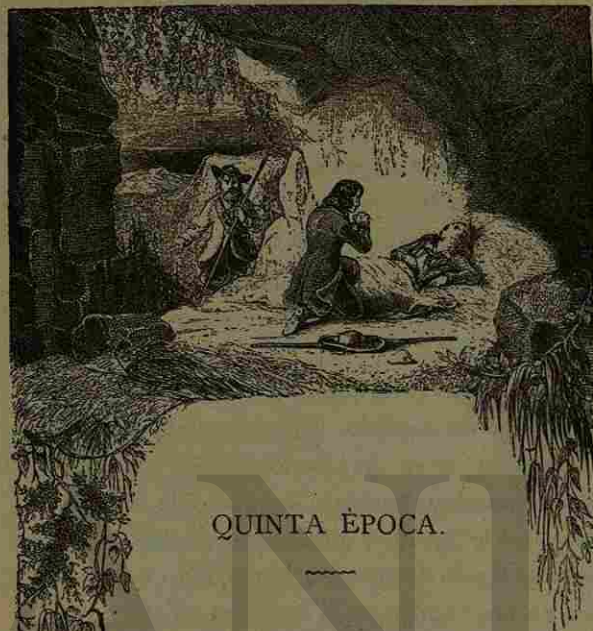
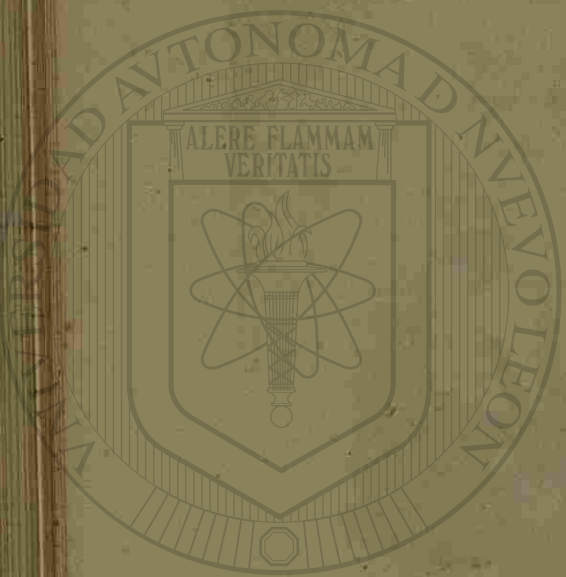


UAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





QUINTA ÉPOCA.

Grenoble, 2 de Agosto de 1795, por la noche,
oculto en casa de un pobre carpintero.

¿Soy yo? ¿Estoy aquí?... ¡Dios mio, velad por ella! ¡Angeles del Omnipotente, cobijadla bajo vuestras alas! ¿Y he podido dejar á Laurencia bajo la sola custodia de una roca? ¿No tiene nada por que vituperarse mi destrozado corazon?

.....
Pero, Dios mio, ¿podia yo cerrar mis oidos á la

súplica de un moribundo que me llama en su hora postrera? ¿Podía resistir á la voz del pastor, que fué el protector de mi indigencia, que me acogió, siendo aún un niño, entre los santos alumnos, que me distinguió entre todos, no tanto por mis méritos cuanto por el abandono en que me veía, y fué en el santo asilo, mi maestro, mi amigo, mi padre según Dios?

.....

Quando en la tierra tiene hoy por palacio un calabozo, cuando el sagrado carácter episcopal de que está revestido es su único crimen y su sentencia de muerte, cuando el cadalso levantado le anuncia el destino que le espera, y no teniendo ya más que apurar sino el fondo de su cáliz, busca allá en su memoria un nombre amigo, y se despierta en ella y se presenta á él el mio, y me llama en su auxilio y reclama mi apoyo; cuando una casualidad prodigiosa, que sólo puede dimanar de Dios, hace que llegue hasta mí el clamor del mártir, ¿podía yo, siendo hombre, dejar de acudir á su llamamiento? ¿Dejarle morir sin que escuchara una voz amiga? ¡No nó; habría sido perjuro, ingrato ó vill! ¿Cómo habría podido borrar de mí tan fea mancha? ¡Laurencia misma me hubiera aconsejado el sacrificio de mi corazón!

.....

¡Oh divino encadenamiento de las cosas terrenales! ¡De qué medios tan sencillos se vale Dios para

dirigir el destino, en que la mirada de los mortales no ve más que casualidades y prodigios!

.....

Durante el invierno, un pobre saboyano baja de sus montañas y sirve en la cárcel, lleva agua, parte leña; para contentar á los rígidos carceleros, desempeña las faenas más rudas que son de incumbencia de estos, y cuando ha hecho la sopa de los presos, váse, satisfecho de sí mismo, á dormir en su desvan. Este hombre es sobrino del único pastor que conoce el misterio profundo de la cueva en que nos ocultamos. Sube á su aldea y dice al viejo pastor que el obispo está preso y que se le va á juzgar; que él le vé á menudo, y que su mano cargada de cadenas se posa todos los dias sobre su cabeza inclinada para bendecirle; que espera con ánimo sereno la corona del martirio, cual justo que ve con el corazón la eternidad; que no pide á sus verdugos una hora más de vida, sino tan sólo que le otorguen la merced de volver á ver antes de morir á uno de sus hijos á quien debía imponer su mano las sagradas órdenes, por tener un secreto divino que confiarle, y que llama á menudo con acento lleno de ternura al mas jóven de ellos, á Jocelyn. ¡Oh! Si este pudiera oírle.... ¡Oh! ¡Este al ménos no dejaría que subiera las gradas del patíbulo sin una mano en que apoyarse!

.....

El pastor, al oír mi nombre, cree que Dios le or-

dena revelar el paradero del hijo á quien llama el obispo, y dice dónde está situada la gruta á la que él mismo me ha conducido. Aquellos dos hombres de bien suben á ella de noche; para atravesar el barranco por donde el torrente se desborda, echan una cuerda á la orilla opuesta sujetándola á un tronco; se acercan; oigo el rumor de sus pesados pasos: Laurencia, que estaba durmiendo, no me ve salir.

Los pastores me transmiten en pocas palabras su sagrado mensaje, y al punto se entabla en mi interior una terrible lucha: el amor pugna en mi ánimo con la abnegacion; pero la muerte no aguarda; ruégoles que esperen un momento; vuelvo á la gruta, arranco una hoja del libro de oraciones de Laurencia, y trazo en ella estas palabras: «¡Duerme en paz, amor mio: no estaré más que un dia ausente de tí!» En seguida pongo con temblorosa mano á la cabecera de su lecho aquel papel empapado en mi llanto. ¡Ah! ¡No puedo pensar sin estremecerme en el terrible efecto que le producirá al despertar!

Contemplo un momento aquella frente dormida y pura: siento que se me parte el corazon al ver la apacible sonrisa que la engaña en su sueño mientras yo me encamino al martirio. ¡Si la despertase, no tendria valor para marcharme!

Oigo resonar los pasos del guia impaciente, me hincó de rodillas al pié de aquella cama, aplico á sus plantas mi frente, mis ojos, mi boca; invoco en mi co-

razon á todos los ángeles del Señor rogándoles que custodien al ángel dormido en aquel sitio; le bendigo con la mirada, con mis lágrimas, con el ademán: al fin mis piés logran desprenderse de aquel suelo donde queda mi corazon, y los pastores me arrastran léjos de la gruta: bajo en pos de ellos por la nudosa escala; llegados á la desierta cabaña, trueco con el pastor mis ropas usadas por un capote blanquizco, me calzo zapatos de gruesos clavos; mis largos cabellos que caen sobre mis hombros, mi rostro curtido, mis dedos grieteados por el frio, me dan el aspecto de un jóven montañés, y disfrazado de tal suerte desciendo por los caseríos pasando desapercibido de los transeuntes: mi guia me conduce por la ciudad, me aloja en su albergue como á un compañero suyo, y penetrando con él en la prision, debo echarme hoy á las plantas del santo mártir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

Hospital de Grenoble, 5 de Agosto de 1795, por la noche.

¿Dónde estoy? ¿Dónde me sepultaré? ¿Dónde podré distraer mi mente?... ¡Oh Señor! ¡Perdonad á esta alma insensata! ¡Pero no, no; descargad el peso de vuestro enojo sobre este corazon vacilante, agitado, que no ha sabido distinguir entre el crimen y la vir-

tud, y que, en los accesos de una noche de delirio, no sabe ya si el cielo le detesta ó le admira!

.....

Sí, me aborrezco: ¡oh! ¡ocultadme donde yo mismo no me vea! ¡El obispo!.... ¡Me bendijo!.... Pero ¿y tú, y tú, Laurencia? ¡Asesino y verdadero apóstol á la vez, he salvado con una mano matando con la otra!

.....

Pero ¿dónde estoy? ¿á qué sitio me han traído moribundo? Todo lo que veo es extraño y nuevo para mí: ¿este no es el albergue del pobre montañés! ¿Qué significan estas camas, cuya numerosa fila se prolonga en la sombra y corresponde con la mía? ¿Qué significa ese emblema del cristiano puesto en el techo? ¿Qué esos velos blancos, esas mujeres ó esas sombras que se cruzan silenciosas por esos oscuros corredores, entreabren las cortinas, y se inclinan sobre los lechos, cual jóven madre sobre la cabecera de la cama de su hijo? ¡Oh! A la dudosa claridad de sus lámparas, columbro la maravilla de la caridad, esos albergues del pobre donde se bendicen sus pasos, esos refugios de Dios, esos lechos de los que carecen de él, esas esposas de Jesucristo á la cabecera de las miserias, madres de todos los hijos y hermanas de todos los hermanos!

.....

En el mismo sitio, 6 de Agosto de 1795, por la mañana.

¿Qué ha ocurrido en el mundo en un solo día? ¿Cómo es que estoy aquí conocido por mi nombre? ¿De qué procede ese respeto, esos cuidados que me prodigan, esas demostraciones de dicha que veo en sus miradas? ¡Dicen que París ha dado muerte al tirano, que por fin ha terminado en Francia este largo año de matanza, que los calabozos vaciados se abren en todas partes por sí mismos, que se restablece en los templos el emblema de Dios, que la muchedumbre ha hecho pedazos sus instrumentos de muerte y lleva al pié de los altares su júbilo ó sus remordimientos; que el asesinato de ayer fué el último suplicio, que me han traído aquí desde el lugar del sacrificio empapado en la sangre del mártir, moribundo, sin oír resonar en mi pos á través de mil clamores el grito de libertad que parecia resucitar á la Francia en su tumba, y que el carcelero, al abrir la prision, ha revelado mi nombre á las hermanas del hospital!....

.....

En el mismo sitio, igual fecha, por la noche.

Todo duerme..... á la cabecera de mi lecho vela una santa mujer..... mi mente comienza á iluminarse; recojámonos, alma mía! El sueño huye de mis ojos:

mis pasos quisieran encaminarse á donde está siempre mi corazón, pero no tengo todavía fuerza para darlos; aguardaré á la aurora de mañana. Estas hermanas no se opondrán á que me levante para correr... á donde tiemblo llegar, ¡oh Dios mío! ¡Oh! En este insomnio perpetuo y abrasador, acuden á mi mente cual vago y lejano recuerdo las escenas de la víspera y de mi agonía, como hilos rotos que procuro reunir, y que se reanudan atropelladamente en mi imaginación; ante mis ojos se despliega el espectáculo ofrecido por mí mismo, y al fin me comprendo, me siento, me veo y vivo por segunda vez en ese terrible día!

El tribunal popular, en su saña, había votado la muerte del obispo cautivo; y yo oía al pasar los sordos martillazos que clavaban durante la noche las tablas del cadalso. Entré en la prisión: la bajada por aquellas escuetas escaleras era larga y sus peldaños estaban húmedos; al resbalar por ellos los pies, entre el glacial y brumoso ambiente, parecían pegarse en sangre; bajo aquellas bóvedas creía percibir olor como de lágrimas, figurábame que de aquellos muros brotaban anchas gotas de sudor y que en ellos estaban retratadas las angustias del hombre: cada piedra exhalaba allí prolongados gemidos. Hubiérase dicho que aquellas paredes, aquellas heladas ge-

monías, sudaban sus angustias como condenados.

En lo más profundo de aquel tenebroso embudo había un negro corredor en el que estaba el horrible calabozo, agujero abierto en la roca, excepto la angosta puerta cuyos pesados goznes sellaban la reja baja y robusta. El carcelero descorrió los cerrojos y la puerta giró rechinando: la sombra palideció á la luz de la linterna que difundió por las paredes una claridad lívida y macilenta, y entonces divisé al anciano que, deslumbrado por ella, miraba sin ver desde el fondo de su mazmorra: aquel tenue resplandor, concentrado en su rostro, hacia que éste se destacase sobre la oscura pared, como si una aureola santa hubiera iluminado su frente, para borrar la afrenta de su prisión.

Sus cadenas, remachadas en el muro, le abrumbaban con su grave peso, haciendo que pareciera de ménos estatura; al través de los jirones de sus hábitos asomaban sus enflaquecidos miembros; con una mano sujetaba alrededor de su cintura la mísera manta de los pobres prisioneros, y con la otra sostenía el enorme haz de hierros que pendía en eslabones de sus brazos desnudos; sus pies descalzos, ó con un resto de sandalias, estaban amoratados de frío y temblaban sobre las baldosas; un montón de paja húmeda corroida por las orillas, en la cual se veía aún la impresión de su cuerpo, una escudilla de madera para recibir la sopa, una gota de vino en el

fondo de una copa, eran todo el mueblaje de su palacio de lodo, lecho, bebida, vasija y alimento; pero las enjutas facciones de su pálido rostro, sus cabellos escasos, sucios, blanqueados por los años, que á modo de corona ceñían su frente casi calva ó caían ensortijados sobre sus huesosos hombros, su barba, sin cortar há más de un año, diseminada cual espuma por los cóncavos hoyos de sus mejillas, sus ojos hundidos, rodeados de un azulado círculo, que brillaban como ascuas en su órbita oscura, su mirada, debilitada por aquella sombra eterna, buscándonos sin vernos desde el fondo de su pupila; la energía, retratada en sus espesas cejas, la apacible sonrisa de sus entreabiertos labios; la resignación en medio de la agonía, impresa en sus facciones llenas de santa conformidad, la humanidad vencida y sujeta á la fé, ¡todo resplandecía en él!... ¡Y creí estar en presencia de uno de esos campeones de las nuevas verdades á quienes los ángeles del Señor servían y cobijaban bajo sus alas y que, nutridos ya con el oculto pan de los fuertes, se regocijaban ante el suplicio y vivían de su muerte!

Deslumbrado al entrar por aquella frente radiante de claridad, caí temblando de rodillas sobre las losas, como si alguna mano me hubiese obligado á prosternarme y sin atreverme á avanzar ni á retroceder. El carcelero le dijo:

«¡Dios os depare una santa noche! He cumplido mi

promesa: aquí teneis á ese jóven.» Y así diciendo, dejó á mis piés la linterna, y salió cerrando trás sí la pesada y retumbante puerta.

«Sois vos, hijo mio? ¡Venid, que yo os vea! ¡Oh! Tenga yo al ménos en mi hora postrera la inmensa satisfacción de estrechar contra mi pecho á un hijo de Jesucristo, á un hermano en mi fé, nutrido en las mismas ideas. ¡Bendito seais, Dios mio, cuya bondad infinita me tenia reservado en secreto este don para la hora de mi agonía! He apurado hasta el fondo mi cáliz de hiel, pero en su gota postrera se saborea ya el cielo!—Hijo mio, voy á morir: mi aurora eterna va á brotar muy en breve del seno de mi última noche. Mañana entonaré el Hosanna triunfante: hoy todavía soy hombre y pecador: y por eso, hijo mio, antes de entrar en el *Sancta Sanctorum*, necesito lavar mi alma en las puras aguas de un sacerdote; encargado del santo rebaño para santificarle; debo hacerle entrega, al partir, de mi divino redil; no puedo depositar mas que en su mano sagrada las llaves del Santo de los santos, cuya entrada custodiaba yo; al morir, sólo de él puedo recibir el perdón que yo tenía la facultad de otorgar y que hoy imploro. Pero cuantos están dotados de esa facultad divina vagan errantes por la tierra, fugitivos ó proscritos: el destierro, la cárcel ó la mortal cuchilla no respetan á ninguno de los que subían al altar; sólo quedais vosotros, jóvenes levitas, que todavía no teneis ligadas

vuestras manos benditas! Yo pedí al cielo de rodillas que me enviara uno de vosotros: Dios me inspiró, hijo mio, y pensé en vos! ¡Oh! Cómo presentía mi corazón el vuestro desde aquí! Tenía la seguridad de que vos, fiel al deber del apóstol, acudiríais á la prisión, al cadalso, seducido por el martirio y hasta ganso de morir, y de que cuanto más lleno viérais mi cáliz del horror del suplicio, con mayor afán os presentaríais á beberlo...»

Yo permanecía silencioso, apenas le oía, é inclinaba mi rostro avergonzado y confuso.

«Debo explicarme mejor? repuso: ¡Dios necesita un santo sacerdote; vos lo sereis, hijo mio! ¡La Providencia y yo os hemos designado para consumir aquí un doble holocausto: voy á consagraros al borde de mi tumba: bajad la cabeza, hijo mio, para recibir en ella la sagrada unción; y cuando el santo Espíritu haya penetrado en vos, yo, moribundo pecador, me postraré á vuestras plantas y recibiré de vuestra mano en el santo sacrificio, el pan del viático y el vino del martirio. Recibid, pues, de manos del mártir el augusto sacramento; morid para que Dios viva!...

—¡Un momento, padre mio, le dije apartando de mi frente el signo sagrado, esperad y temblad: soy indigno de él! ¡Mi alma pertenece á mi Dios, mi sangre á mi fé, pero mis días profanados no son ya míos, y Dios no puede exigir que yo le sacrifique dos muertes en una muerte, dos corazones en una vida!»

Sus ojos sondearon los míos, y anublóse su frente. Entónces, con balbuciente voz, le tracé la historia de los dos años pasados léjos de él, de mi fuga, de aquel niño conducido por Dios á mi desierto, de su triste abandono, de mi tierna compasión, de ese amor largo tiempo incubado bajo las alas de la amistad, de aquel traje falaz que, ocultando las formas de la mujer, acostumbraban mi alma á la seducción: de ese secreto fatal descubierto harto tarde, de nuestros mútuos juramentos, de mi furtiva salida, de su muerte que seguiría pronta é irremediamente á la mía, si arrancara de tal suerte mi mano de la suya, y si aún teniendo por premio el cielo, llegase yo á engañar á ese corazón que más valdría traspasar de una puñalada.

Guardé silencio, y me pareció advertir en sus facciones indignadas, ora el horror, ora una sonrisa desdenosa.

«En efecto, hijo mio; hé ahí un gran secreto del que se reiría cualquiera que no fuese un padre; ved qué vergonzoso y ridículo lazo os tendía el espíritu del mal para encaminar vuestros pasos al sacrilegio. ¡Insensato! ¡Benedicid la casualidad de mi muerte, que os alcanza al borde del abismo impidiendo que os precipiteis en él! ¡Cuán bien conocía el espíritu tentador, pronto á guiaros á esa sima, el corazón que se proponía seducir! Cuando se reconoce impotente para arrastrar al crimen á nuestros elegidos, también los

induce á él, hijo mio, valiéndose de sus virtudes. ¡Ah! Déstruid sus asechanzas y enrojeced de vergüenza! ¡Pues qué! Ese sueño de un alma sobrado pronta á inflamarse por una criatura que el azar ha atravesado en vuestro camino, esa agitacion de un corazon puro que no se conoce á sí mismo, esa amistad preludio de un peligroso amor, fruto nocivo de la soledad y del ocio, esos arrebatos, esos suspiros, esos apretones de manos que el viento de la vida se llevará mañana; esos juegos de dos niños, exentos de la vigilancia materna, que toman por amor sus candidas quimeras, ridícula puerilidad del corazon y de los sentidos, ¿eso no más bastaría para sobreponerse en vuestro corazon á la voluntad del cielo? ¿Y por ese aliciente, por causa tan fútil, os negariais á pronunciar el voto que esta época os impone? ¿Dejariais mi muerte sin auxilio, sin que pudiera despedirme de la vida, el templo sin ministro y el mundo sin Dios? Jamás hubiera creído que en estos días siniestros en que se riegan los altares con la sangre de sus ministros, en que cada uno de ellos se lanza como yo desde el fondo de los calabozos al cadalso por confesar su fé, en que el universo admira horrorizado la sangrienta batalla entre el juez y el mártir, ansioso de saber hácia qué lado inclinará su corazon, y quién resultará vencedor, si los verdugos ó nosotros; jamás hubiera creído que uno de los soldados de la Iglesia, luz y ejemplo en otra de sus época condiscipulos,

negándose á acudir con su ayuda al gran combate trabado en defensa de Dios, entregara su alma afeeminada á insensatos amores, y ofreciese sacrificios al Dios de extrañas mujeres al pié de los cadalsos donde perecian sus hermanos, pensando bajo qué escombros de los templos del Sér Supremo iria á ocultar su lecho juntamente con su deshonra!

—¡Oh padre mio, piedad! ¡Qué palabra osais pronunciar! ¡Dios sabe si mi corazon ha temblado ante la idea del martirio! ¡Dios sabe si para llegar hasta vos he vacilado en arrostrar esa muerte de la que me envanecería! pero vos, deslumbrado por vuestro celo y ménos hombre que apóstol, juzgais de nuestros corazon por el vuestro: creéis que si mi corazon triunfara del amor, tan sólo arrancaría un grato ensueño del seno de esa doncella; que el suyo me olvidaria, que yo mismo podria consagrar á los altares todo el amor que por ella siento; que absuelto por vuestra mano de un perjurio inocente, podria ahogar su recuerdo en lágrimas ó sangre; que este afecto arraigado en el corazon, esta doble existencia, es grata ilusion de un año; que ese rayo que nos hizo brotar á la vida al mismo tiempo, podria disiparse cual nocturno ensueño. ¡Ah! Conoced mejor el amor del hombre y de la mujer; este amor reúne sus dos existencias en una sola trama, y aunque culpable, sobreviviria á la vergüenza, al remordimiento, más vivo que la vida y más fuerte que la muerte!

—¡Silencio! exclamó: estais profanando esta hora solemne, estos momentos que son todos del cielo y para el cielo, estas cadenas, esta mansion en la que un indigno mártir del Dios tres veces puro jamás hubiera debido escuchar semejantes palabras. ¡Gran Dios! ¡Hablar de amor bajo estas mudas sombras! ¡Insensato, reparad en dónde estais! ¡Ved en los calabozos esos miembros enflaquecidos, esos brazos levantados al cielo y lacerados por las cadenas, ese lecho en que la Iglesia espira y siente entre sueños el beso del Esposo en el filo de una cuchilla; este sepulcro de los muertos habitado por la vida y que jamás se abre sino para la eternidad: estos hierros cuyos anillos enmohecidos en nuestros miembros han remachado á Jesucristo á cada uno de sus pastores, y ese pan de amargura, y ese vaso de hiel, delicioso banquete de estas celestiales bodas! Y aquí, delante de estos testigos del suplicio, ante este moribundo que se encamina al cadalso, ¿osais hablar de esos amores mortales, vos, destinado de antemano á nuestros dichosos altares, vos, á quien su sagrado luto, la sangre que hoy los enrojece os consagraban á ellos con vínculos mucho más fuertes? ¡Ah! ¡Cómo aumenta esta amargura la agonía de mi muerte! ¿Vos, vos traidor? ¡No, no; es imposible! Vos no manillareis una vida tan casta, no arrojareis á mi frente ese lodo, no dareis ese vinagre en vez de agua al anciano que pide una gota al verdugo! ¡No permitireis



ES EL MISMO CRUCIFIJO QUE MI MADRE APLICÓ Á LOS LABIOS DE MI PADRE
EN SU AGONÍA. ®

que parta de este mundo el alma de vuestro padre sin llevar consigo el perdón que espera, sin haber oído antes la palabra de paz y de despedida de un ministro del Altísimo!

» ¡Ah! ¡Cuánto he suplicado al divino Maestro que llegara esta hora! ¡Cuánto he suspirado por que un justo, un santo sacerdote, me recibiera, cual Dios, á sus piés, y me dijese antes de morir: «Vivid, yo os absuelvo!» ¡porque ofreciese por mí en la víspera del suplicio esa copa de sangre, ese fruto del sacrificio que mis dedos mutilados no pueden sostener ya, y me bendijera ese pan que yo no me atrevo á bendecir! Y cuando el ángel, atendiendo mi último ruego, os trae del cielo al padre que os implora; cuando para divinizar esta hora de la muerte, sólo necesito una palabra, ¿os negáis á pronunciarla? ¡Oh, hijo mio! ¡En nombre de estas lágrimas postreras que caen de mis párpados sobre vuestras manos filiales, en nombre de estos cabellos encanecidos en los calabozos, de estos miembros prometidos mañana á los cadalsos; en nombre de los tiernos cuidados que me he tomado por vuestra alma; en nombre de vuestra madre! ¡en nombre de esa mujer que si pudiera veros aquí con sus virginales ojos os incitaría con el ademán y con el corazón á cumplir vuestro deber y que, hija de Jesucristo, no querría sin duda comprar vuestra vida al precio que ella os cuesta, desgarrada la venda que cubre vuestros ojos; decid esa palabra,

hijo mío, para que la lleve conmigo á los cielos.....»

De mi frente brotaban gruesas gotas de sudor; avanzaba, retrocedía como hombre indeciso, y permanecía mudo, meditabundo, sin resolución.

La mirada del anciano lanzó un destello de sobrehumano enojo: irguióse su cuerpo, que entonces pareció tener un codo más de estatura, como si su pensamiento le hubiese levantado del suelo; extendió hacia mí su brazo cargado de hierro: el calabozo se iluminó con el resplandor de su fé. ¡Creí ver el rayo interior de su mente brotar serpenteando en la tenebrosa mansión; su voz adquirió la colérica vibración del profeta lanzando su maldición terrible, horroroso rugido de los leones de Judá!

—¡Pues bien! dijo: puesto que os mostrais insensible á mis lágrimas; puesto que la caridad para un padre espirante no puede reavivar en vos el fuego amortiguado, puesto que aún vacilais entre la salvación que el anciano implora y vuestro infame amor, no sois cristiano ni sacerdote de Jesucristo: apartaos de mí... ¡ya no os conozco! Salid de este calvario en que vuestro Maestro espira; no sois sino un verdugo más que le martiriza; no ecís sino un testigo vil, indigno de presenciar cómo el cristiano padece y muere por el deber, pero digno tan sólo de vestir en la calle el traje ensangrentado del licitor que le mata. Sí, retiraos de mi presencia y de este lugar sagrado;

salid, pero no tal cual habeis entrado: salid llevando la cólera divina sobre vos y sobre el objeto.....»

—¡Cesad, cesad, padre mío! ¡No la maldigais, deteneos: recaiga todo sobre mí!

De una sola ojeada leyó en mi rostro hasta dónde alcanzaba entonces su fuerza y mi terror, del mismo modo que el leñador ve el árbol que oscila.

—¡Escuchad! me dijo con acento solemne, como si hubiese hablado desde el otro mundo á hombres de carne que le escucharan desde este; hay en la vida una hora de luz, límite indeciso entre este y el otro mundo; hora en que el alma de los cristianos, pronta á desprenderse del cuerpo, ve ya las dos orillas del abismo de los tiempos; en que la atmósfera divina de la eternidad la ilumina en sus tinieblas con luz sobrenatural, y revelándole el sentido de las cosas terrenas, da una entonación profética á sus últimos acentos. En esa hora se habla y se oye sin temor alguno; porque Dios es quien habla por boca del moribundo. Pues bien: yo me hallo en ese instante, y siento en mi corazón ese Verbo del Altísimo que habla sin equivocarse. Me ordena que arranque, con mano sobrehumana, á uno de sus hijos del insidioso lazo que le tiende el mundo: comunica á mis acentos la autoridad del hado: acepto la responsabilidad de la sentencia que emana de mis labios; respondo con mi salvación de la santa violencia que os hace caer á

mis plantas sin oponer más resistencia: ¡obedeced á Dios, que truena en mi voz!

¡Creí sentir entónces la mano y el trueno de Dios que me abrumaban con su peso y con su estampido en la tierra; petrificado de horror, con todos mis sentidos como heridos del rayo, caí sin voz y sin aliento á sus piés: efectuóse entónces una trasformacion divina en todo mi sér, y cuando me levantó el anciano del suelo, era yo sacerdote!....

El anciano se arrodilló á su vez á mis piés, y confesó su vida al Dios que le escuchó; en seguida me hizo celebrar para él el santo sacrificio, sirviéndonos de Calvario una piedra saliente del calabozo; sobre aquel altar de lágrimas, un pedazo de pan fué la imágen de Dios que le partió mi mano; una copa de madera hizo las veces de divino cáliz, en el que el vino figuró la sangre del sublime sacrificio; y la linterna, despidiendo fúnebres resplandores, representó el cirio y el blandon de nuestras solemnidades.

Yo iba repitiendo las palabras que el anciano me dictaba: cuando llegué al momento en que, recordando el sacerdote la simbólica despedida de la última Cena, ve en aquel pan un cuerpo y en este cuerpo un Dios, el sitio, la emocion, aquellas tétricas paredes, el eco de las palabras sagradas que circulaba por las tinieblas, aquel moribundo á mis piés, pidiéndome con los ojos, en un éxtasis divino, el

alimento de su muerte, el sentimiento confuso de sacrificarme yo mismo á esa caridad cuyo emblema tenía en la mano, la resonancia de mis ideas en mi interior, todo, en fin, contribuyó á concentrar mi alma en un relámpago de fé; creí percibir al Dios que sufre y consueta, arrancado del mismo cielo por la palabra sagrada, descendiendo y trasformando en nueva sangre el vino, el pan del prisionero en divino alimento, y creí tambien humanizar al Verbo y divinizar al hombre en ese pan consumido por nuestra fé! Su labio le aspiró en un arrebato de amor; la lámpara se extinguió en la sombra... Era ya de dia.

¡El sordo rumor de la muerte nos hizo adivinar la hora! El carcelero vino á abrir la lúgubre mansion y á buscar al anciano para que se encaminase al cadalso; cayeron sus cadenas dejando una profunda huella en sus carnes; para que pudiese llevar á cabo el fatídico viaje hubo necesidad de sostener su cuerpo, minado por la edad; yo le serví de apoyo, vestido de carcelero; su brazo paralizado se afianzaba en el mio, y bendiciendo á sus verdugos con su aspecto y su sonrisa, se dirigia al martirio cual pudiera marchar al triunfo, sabiendo que, en estos combates de fé, la victoria es del que cae y muere por su ley!

Ayudé á su mano temblorosa y á su vacilante pié á subir las gradas de la fatal escalera; acompañéle hasta el mismo tablado, al pié del cual se agitaba y rugia un populacho vil; pero él, sin prestar atencion

á aquel estúpido blasfemo, buscaba en mi mirada amiga el adios supremo; lo leyó en ella, é inclinó la cabeza sobre el fatal pilar como si la hubiese reclinado sobre blanda almohada para dormir. ¡Entonces ví brillar la muerte en el relámpago de la cuchilla! Yo mismo caí teñido en sangre del mártir percibiendo un confuso rumor de gritos, ya porque el horror de la sangre hubiera paralizado mis sentidos, ó ya porque, animado por Dios de varonil entereza mientras no hubé cumplido sus mandatos, una vez consumada mi obra y muerto el anciano, no me fuese posible sacar nuevas fuerzas de mis esfuerzos, ó ya en fin porque viendo de nuevo la imagen de Laurencia momentáneamente borrada de mi corazón, desfalleciese herido por mi propio pensamiento!...

.....
La misma fecha, en el mismo sitio
y la misma noche.

¡Al fin respiro! ¡Oh divina Providencia, en todas partes se te encuentra solícita! He revelado el terrible secreto á una hermana del obispo, santa y amable señora, que vive enteramente consagrada en este recinto al servicio de Dios, y me ha contestado que mañana mismo irá en persona á la montaña á recoger á Laurencia, asegurándome que la amará como una hija hasta que avisada su familia por una carta,

venga á hacerse cargo de ella para ponerla en posesion de su nombre y de sus bienes que las leyes le devuelven.

.....
12 de Agosto de 1795.

Precedido de la hermana á quien acompaña el pastor, he subido esta mañana, débil y solo, á la montaña, deteniéndome, vacilando, retrocediendo, como hombre que duda ó que se encamina al suplicio. Al llegar á la orilla de la profunda garganta, cuyas ondas habian menguado tres días de sol, he visto dos abetos atados uno á otro, apoyados por sus respectivos extremos en ambas orillas, puente echado sin duda por los dos pastores para facilitar el paso de la pobre hermana. Acababan de atravesarlo, y sus voces llegaban á mi oído. Mientras ellos buscaban una salida, yo les tomé la delantera por ciertos barrancos que tantas veces habia cruzado en mis juegos, y llegué á la gruta ántes que ellos la hubiesen divisado. Anhelando y temiendo á la vez penetrar en ella, hube de reunir todas las fuerzas de mi corazón para seguir adelante. Aparté con una mano el follaje del haya, me afiancé con la otra á la hendidura que hacia las veces de ventana, y con el corazón destrozado, sin aliento y casi sin vista, sondeé de una mi-

rada hasta el fondo de la gruta. La ví, mi corazón gritó en mi seno: «¡Laurencia!» pero mis labios ahogaron silenciosos este grito.

Estaba de rodillas, sentada sobre sus talones, apoyando sus miembros vacilantes contra la roca: tenía la pálida y pensativa frente caída sobre el pecho, como si la abrumara un peso insoportable; sus desfallecidos brazos ceñían el cuello de la cierva, recostada en sus rodillas, y estrechaba inerte y convulsivamente al animal que enderezaba sus orejas y la miraba con ternura, esperando también al parecer á aquel á quien ella aguardaba. Los largos cabellos de la joven caían en espesas matas sobre las astas de la cierva; de vez en cuando alzaba la vista sin brillo y melancólica, como para dar paso á las lágrimas que sus ojos no sentían brotar de sus caídas pestañas: su respiración, que agitaba con desigualdad el seno, salía á intervalos convertida en suspiros y sollozos...

El rumor de los pasos que resonaron sobre la cueva despertó con sobresalto su oído y su alma; irguióse como un muerto á quien se llama, corrió con los brazos abiertos y exclamó: «¡Jocelyn!» La hermana se presentó en la sombra. «¡Oh cielos, no es él!» Vaciló, buscó un apoyo en la piedra, y con fulgurante mirada, fija como su alma, miró sin despegar los labios á la mujer y á los pastores.

—Hija mía, le dijo la hermana, venid, nada temáis. Vengo á recibirlos en mis brazos como una

criatura, y Dios que os dió y que os priva de un hermano, en lugar de él os envía en mí una madre.

Entonces se lo refirió todo en pocas palabras; cómo Dios había prevalecido en mi destino; en virtud de qué votos, arrancados á mi alma sorprendida, me había entregado la muerte, ensangrentado, en brazos de la Iglesia, y por consiguiente que debía borrar para siempre de su corazón mi nombre y todo aquel dulce pasado.

—Es un pueril ensueño que se echa de ménos y se llora, pero que un rayo de luz disipa en un momento, y del cual no quedará más que un agradable recuerdo, y un amigo invisible que rogará á Dios por vos.

Laurencia escuchaba á la hermana inmóvil, abstraída, con la diestra extendida hácia ella, como si quisiera rechazar con la mano y con los ojos cada golpe con que la herían aquellas palabras y que en vano procuraba parar: tenía los ojos desmesuradamente abiertos, pero vagos, perdidos en el vacío, los labios convulsos, entreabiertos, lívidos, y la boca sin palabras para expresar su dolor: parecía una estatua de mármol, cuya palidez tenía.

De pronto subió desde su corazón á sus descoloridas mejillas una repentina idea; su frente recobró vida y se enrojeció un poco; la cólera animó sus ojos con un sombrío fulgor; sus cabellos, aplanados por la angustia en su cabeza, ondularon semejantes á las

olas de un mar proceloso, y sus labios, frunciéndose bruscamente con enojo, reunieron al horror la sonrisa del desden, hasta tal punto que la hermana juntó temblando las manos, y los pastores retrocedieron de espanto ante su furibunda mirada.

—¡Ah, mentís! exclamó; quienes quiera que seais, idos solos á reuniros con los que os han enviado: ¿creáis sin duda que yo era una niña fácil de engañar? Idos, mi corazón no caerá en tan groseros lazos. ¿Queríais aprovecharos de un día de ausencia para arrancarme del sitio donde aguardo su regreso? Si así es, desengañaos, señora: antes arrancaríais el cuerpo al alma, ese fragmento á la roca endurecida por los siglos, que mi corazón de su corazón y mis piés de aquí...»

Su sonora voz vibraba conmoviendo la roca, y su mano convulsa, adherida á sus paredes, parecia aferrarse á los ángulos con tanta energía que se hubiera creído que sus dedos se empotraban en ellos. La hermana le dijo:

—¡Pobre jóven insensata! ¡Oh Dios mío! ¿Cómo desvanecer esa idea de su corazón?

Y enterneciósese su voz, y su mano enjugó lágrimas que no pasaron desapercibidas de Laurencia.

—¡Lágrimas! ¡lágrimas! exclamó con sobresaltado acento: si no creo en sus palabras, ¿deberé creer en su llanto? Si mintieran, ¿me demostrarían esa compasión?

Pareció que se abría paso en su corazón la terrible duda, y luego, apretándose la frente con su mano rígida y helada, como el que desea librarse de una abrumadora pesadilla, replicó:

—¡No, no! ¡No creo á nadie más que á él! ¿Acaso puede huir como un vil perjuro? ¿Me habría por ventura sacrificado cual otro Cain, cuando Dios y mi padre me confiaron á él? ¿Me habría abandonado en este espantoso desierto, cual corderillo encontrado al que se acaricia y se olvida despues? ¡A mí, á su hija, á su hermana, nutrida por espacio de dos años con la misma leche que él! ¿Se habría inmolado sin remordimiento á su Dios? No! ¡Hubiérase derrumbado ya esta cueva sobre mi cabeza! ¡Ese corazón, en el que jamás tuvo entrada ni la sombra de un crimen, se habría abierto bajo mí como un abismo, tragándome viva en su muerte! No, no puede ser verdad. ¡Habéis mentido! Sí, vuestra vil mentira es además una blasfemia, y aunque él mismo me lo dijera, no daría crédito á sus palabras.

Luego, con voz más baja y con más abatido aspecto, añadió:

—¡Ah, Jocelyn! ¡ah, hermano! ¿en dónde estás? ¡Ah! Si pudieras oírlos desde el pié de los montes, ¿cómo volarías á defenderme con tu mirada vengadora! ¡Cómo los desmentirías con tu sola presencia! ¡Cómo los abrumarías con tu sola vista! ¡Jocelyn! ¡Jocelyn! ¡Acude á través de la distancia! ¡Ven á

arrancar de sus manos á tu Laurencia! ¡Ven á devolvirme ante ellos, en tus brazos abiertos, ese asilo en el que mi corazón desafiaria al universo entero!....

No pude resistir más los impulsos de mi alma, y me lancé desde la sombra en medio de aquella escena; resonó en la gruta un prolongado grito de alegría, y en su gozoso enajenamiento se precipitó de un salto sobre mi corazón; ciñóme el cuello con sus manos enlazadas; con sus helados labios rozó mi frente y mis ojos; se plegó á mi cuerpo como una culebra, y oprimióse contra mi seno cual si quisiera hundirse en él; me estrechó, me sofocó con tan vehementes abrazos, que todavía siento en mis manos la impresion de las suyas; por último, enlazándome el cuello con el brazo como en otro tiempo, se quedó suspendida de él con todo su cuerpo, arrogante y altiva.

—¡Atreveos á arrancármele! gritó: ¡preguntadle si me ama! aquí le teneis para responderos: habla, Jocelyn, diles si es cierto que tu corazón ha vendido á tu amigo, á tu amante, á tu hermana; diles si me has precipitado á sus piés desde ese seno en el que Dios me habia depositado: diles si has renegado, aún á la voz de Dios, de este amor, nuestra vida en este sitio.

Dibujábase en sus labios una sonrisa áspera y soberbia, y todo su continente parecia desafiarnos mientras proferia aquellas palabras.

—¡Pero habla, Jocelyn, habla á esos hombres: véngate, vénganos, y diles quiénes somos!

En el primer momento, el instinto ciego del corazón me tenia allí como clavado, sin vista, sin voz, sin movimiento, como un insensato que, caido en un precipicio, no siente el golpe hasta llegar al fondo, en la roca que le abisma. La sacudida que su grito causó en mis sentidos me rodeó de pronto de horrible claridad; sentí que mi propio brazo se condenaba á profundizar más el puñal en el único corazón que me ama. Traté de huir por sorpresa, de desprender su brazo que parecia anudado á mi hombro; mas como si fuese un nudo corredizo que se aprieta más y más á cada esfuerzo, cuanto más procuraba desprenderme, más sujeto me tenia. Por fin dando un brusco salto, me escapé de sus brazos.

—¡No, le dije de rodillas, no, no me toques; no, no soy el que te figuras; soy!....

—¡No prosigas! exclamó.

—¡Un sacerdote! ¡Por debilidad, ó más bien por abnegacion, he hecho traicion á mi hija, á mi amor, á mi ventura, á mi juramento; por ofrecer al cielo mi espantoso sacrificio, he bebido en mi primer cáliz tu sangre y la mia! ¡Huye de mí, no me des siquiera el adios postrero; no bajas tus ojos sobre un miserable como yo; pisotéame como á un vil gusano; al pasar sobre mi cuerpo aplástame con tu pié: maldícame sin remordimiento, sin piedad; echa con tú

menosprecio un velo sobre mi memoria eclipsada y ni siquiera vuelvas á pensar en mí!

¡Y con la frente postrada en el polvo, envilecido, prosternado, me arrastré hasta sus plantas, para que al pasar colérica sobre mi cuerpo, pudiera estrujar mi vida y mi frente contra el suelo; mas ella, desviándose paso á paso de esta frente rastrera como se huye á la vista de una serpiente, con las manos extendidas y abiertas con horror, las pupilas fijas y petrificadas, lanzó un grito, uno tan solo, como si todo su corazón, herido de un solo golpe, hubiera estallado de horror! Grito terrible y postrero del alma desfallecida, eco del golpe que derrumbó una vida y que resonará en mis oídos hasta la tumba; luego se desplomó sobre las puntas de la peña, que su frente tiñó de sangre, sus miembros cayeron inertes sobre mis miembros y sus manos al tocar las mias las helaron.

Yo comunicaba el calor de mi corazón y estrechaba entre mis brazos, á aquel cuerpo, á aquellos miembros fríos disputándolos á la muerte; me increpaba á mí mismo prodigándome los epítetos más crueles; llenaba de besos, ¡oh ángeles, perdonadme! aquella frente ensangrentada, aquellos ojos, mientras decía: «¡Laurencia, despierta! ¡Oh! ¡Vuelve en tí á mi voz! ¡Si vives, abjuro mis infames virtudes y mi sagrado perjurio! ¡No he pronunciado nada! ¡No más altar, no más separación! ¡Ah! ¡Mi Dios está en tu cora-

zón, en tus brazos! ¡En ellos no tendré más llama que tu llama, más cielo que tus ojos, más alma que tu alma! No, no, han mentido; vuelve á la vida; el infierno es imposible con semejante amor.»

La hermana y los pastores se acercaron, helados de terror; arrancáronme á la fuerza de los brazos contraídos de Laurencia, cuyo seno, reanimado sobre mi corazón, recobraba por grados vida y calor; ví los blondos cabellos de su blanca frente, que oscilaba sobre las parihuelas, arrastrando al sacarla de la gruta, como se ve el último repliegue del ala de un ángel; mientras que, postrado por el horror y el delirio, sin poder dar un paso para disputar mi vida, con la mirada fija en la puerta por donde la he visto desaparecer, permanecí tendido en la roca, donde estoy..... ¿desde cuándo? ¡Lo ignoro; todos los días son noches para mí!

.....
Gruta de las Águilas, 15 de Agosto de 1795.

.....
¡Oh Jesucristo! ¡Cómo tú, he sudado mi agonía en estas tres dobles noches de horror y de insomnio! ¡Ah! ¡Por qué no me dice también esa voz en mi Gethsemani: «Todo está consumado?»

Después de haber vivido dos años del pan de la vida, del amor rebosante que tu cielo nos envía, ¿podría vivir aquí abajo de esa hiel mezclada con agua? ¿Podría soportar la onerosa carga del pasado, seguir día tras día, sin soñar, sin esperar lo que cada uno de ellos sueña y ninguno debe devolverme, y andando todas las noches sin rumbo y sin objeto, decirme: «Nada aquí, nada allí, nada mañana?»

Mi vida es una tumba donde Dios mismo condena el recuerdo; corazón muerto, semejante á la lámpara profana que no debe arder ya en la paz del sepulcro, es forzoso también que extingas tu antorcha: es forzoso que, si tu fuego arde latente ó tu sangre mana, lo apague ó la estanque siempre la mano de hielo! ¡Oh alma mía, vivir así es un esfuerzo sobrado rudo! ¿Por qué despertarme? ¡La muerte, Dios mío, la muerte!

.....
 ¿La muerte? ¡Sí, si tal vez fuese hombre todavía!
 ¡Perdonadme, Dios mío, olvidaba que soy sacerdote!
 ¡Sacerdote consagrado por la sangre en un calabozo!
 ¡Hombre inmolido ya y ya regenerado, víctima humana ofrecida al Dios que el holocausto adora, cuya carne palpita y humea todavía en el altar, y que se ofrece por sí misma, ántes de atreverse á ofrecer la oración de un mundo en que rogar es sufrir!

.....
 ¡Dios me priva para siempre del néctar de sus de-

licias; pues bien, apuraré la copa de los suplicios, y en los vasos de hiel en que el hombre bebe sus lágrimas absorberé con él las gotas de sus dolores. Prorumpiré en el grito de todas sus alarmas, probaré la amargura y la salobridad de su llanto: todos sus gemidos gemirán en mi voz, como en los del Justo inmolido en la cruz, y desde el apogeo de mi dolor como él desde su Calvario, abriré mis ensangrentados brazos á la tierra para abrazar, llevado de santa amistad, á todos mis hermanos desterrados, víctimas de la miseria y dignos de conmiseración!

Mi amor fué mi vida; al purificar su llama, préstame, ¡oh buen Jesús, tu caridad por alma! ¡Haz que ame al mundo con el mismo amor que sentí por el ángel ausente que tan sólo un día columbré! ¡Haz que cada hijo del hombre sea á mis ojos otra Laurencia! ¡Sí, hazme vivir así de amor y de esperanza! ¡De esperanza! ¡oh Dios mío! no condeneis esa gota de agua del cielo caída en la tierra que el hombre bebe en su mano sin detenerse para beber: ¡la esperanza mía, oh Señor, es mi memoria! Sí, cuando hayan sido contados nuestros días de ausencia, cuando nos hayamos remontado por distintos caminos al seno creador del que bajaron aquí nuestras almas gemelas, ¿volverán á conocerse? ¡Yo me olvidaré á mí mismo, oh Laurencia, antes que á tí! ¿Acaso no soy yo ella? ¿Ella no es yo? ¡Renacer sin verse ni conocerse, sería volver á morir, oh Señor, pero no renacer!

Sí, tu cielo entero no está en tu seno, Dios mio, si no está tambien el eterno regreso despues del breve adios, la mirada sin fin, el prolongado grito de júbilo que el alma envía á su hermana el alma al encontrarse, el inmortal abrazo en que todo lo que se amó halla de nuevo el dulce nombre con que lo nombró el amor! Sí, en las profundidades del cielo en que te velas, en esos espacios azules, en esos estrellados senderos, hay, oh Padre, una mansion suprema, que tu mano prepara como un nido para el santo amor; hay desiertos en tus cielos velados de misterios, cimas como aquí, grutas solitarias en que las almas se refundirán en tí para amarse, y á las cuales apenas se acercarán tus ángeles.

¡En tu magnificencia, oh Padre, fio! Tú devuelves cien mil veces lo que se te sacrifica; mas yo no deseo nada en la tierra. ¡Otros sueñan con su cielo; yo he visto ya el mio!....

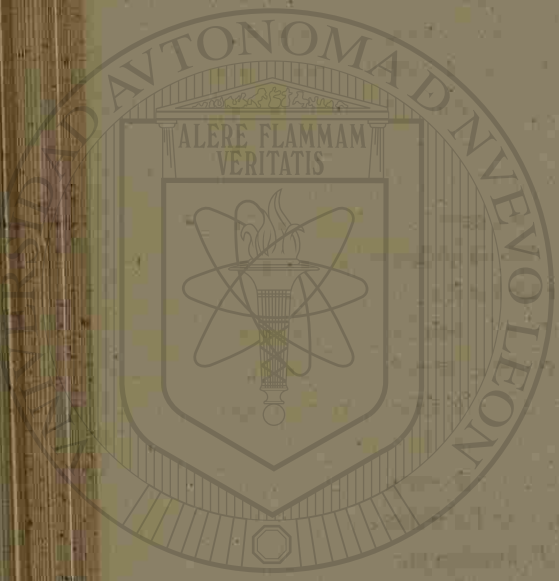
.....
En la Gruta, 16 de Agosto de 1795.

¡Entre tanto, abrumado bajo esta árida roca, ciérrate, corazon mio, como un sepulcro vacío, ó como engañosa carne que, despues de la herida, cubre por algun tiempo la bala ó el hierro, presentando exteriormente la apariencia de la vida, mientras que bajo

la carne todo es muerte y sufrimiento! ¡Unico suspiro de mi corazon, duerme en su más profundo repliegue, que tu nombre subsista para siempre sepultado en él! ¡No subas jamás desde el fondo de mis pensamientos á mis ensueños desvanecidos, á mis labios helados! ¡Que los hombres no adivinen jamás que al amarlos era á tí á quien en realidad amaba! ¡Que el alma de mi caridad era un misterio, que vivia del cielo mientras andaba por la tierra!.... ¡Que la divina llama de esa caridad consuma y devore tu nombre en mi lengua; que ninguna boca humana lo sepa; que hasta el día de mi muerte mi pecho oculte á todos, excepto á Dios, ese nombre, secreto idolatrado, como un tesoro que aparece visible al secarse las olas!

Pero ¿y ella? ¡Oh! ¡Que viva á costa de mi vida! ¡Sí, yo quiero, Dios mio, que Laurencia me olvide! ¡Por el amargo recuerdo de nuestro amor, os suplico, Señor, que no emponzoñeis la copa de su ventura, y que dichosa sin mí!.... ¡Pero que se acuerde de mí en la tumba á donde mi alma irá á buscar la suya!



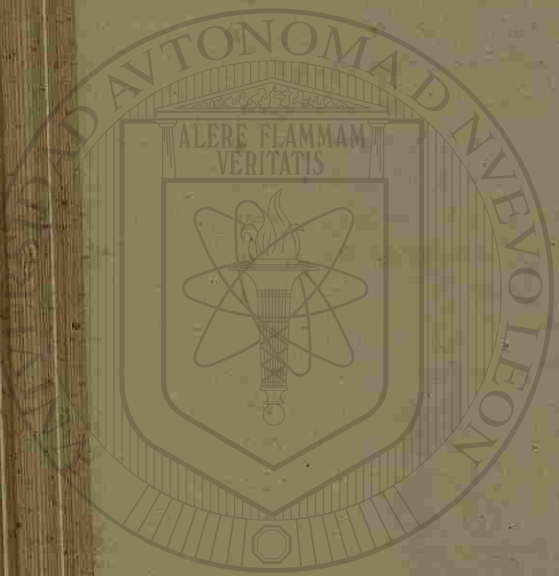


UAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



SEXTA ÉPOCA.

26 de Marzo de 1796, en una casa de retiro eclesiástico, en Grenoble, durante el delirio de la fiebre.

He salido para siempre de ese Eden de mi vida, en el que otra Eva fué presentada y arrebatada á mi corazon, como el primer hombre salió de su Eden. Pero, ¡cuánto peor es mi destierro! Sus pasos iban seguidos de otros pasos al alejarse de las cerradas puertas del Paraíso; ahogaba sus sollozos en otros labios amados, y la áspera conformidad de dos corazones

destrozados convertía dos desdichas en una felicidad. Pero yo, sólo toda la vida, sólo en mi hora postrera, aborrecido del único corazón á quien mato y á quien amo, obligado á sofocar mis lamentos sin eco, y á ahogar mi corazón en sus propios sollozos, forzado á arrancar al alma su idea fija como se arranca un arma de las manos de un insensato; habiendo diseminado á mis piés toda mi dicha, sin poder siquiera dirigir sobre ella una mirada que me está prohibida, con el corazón vacío y manando sangre hasta que muera, y no atreviéndome siquiera á nombrar á Dios lo que causa mi llanto, tengo que vivir y marchar sin sombra, siempre solo, muerto entre los vivos y llevando este hábito por sudario; ¡muerto! más bien precipitado rebotando vida entre esos muertos cuya alma está ya helada! ¡Ahogándome sin poder morir, y nutriendo con mi sangre más caliente el gusano de mi tumba!

¡Oh! ¿Qué hice yo, justicia eterna, para merecer tan jóven un suplicio como este? ¿Habría yo encontrado este amor, como lazo preparado para mi corazón, á no ser por tí, por tus designios? ¿No había huido, ardoroso y lleno de juventud, del peligro desconocido, amparándome en el ayuno y la oración? ¿No puse un robusto muro entre el mundo y yo, para conservar la castidad de mi corazón y la pureza de mis miradas? ¿Acaso he sido yo quien lo ha derrum-

bado sobre mi cabeza? Y cuando para guarecerme de la rugiente tempestad, fui á sepultarme en el hueco de una roca, ¿iba á buscar allí á ella ó á vos, Señor? ¿Fui yo quien, encargándome de esa criatura desconocida, la llevé, la encerré conmigo en la nube, y á causa de mi ignorancia y de su disfraz, me creé el peligro de experimentar un doble sentimiento? ¿Fui yo quien, alimentando la llama de nuestros dos corazones, hice que viviésemos dos años con una sola alma, para que al separarnos bruscamente y sin compasión, se llevase cada cual la mitad del alma del otro?

Si es Dios quien lo ha hecho, ¿por qué he de expiarlo yo? ¿Ha de pagar á sus ojos el inocente las culpas del impío? ¿O más bien se propone en sus sagrados designios que los que él ha escogido por santos en la tierra, sean los primeros que le sirvan de víctimas en el altar, ántes de quemar al hombre en sus sublimes aras?

¡Oh Dios celoso! Yo me sometería sin murmurar á tu ley, si tu cuchilla no segara otro cuello más que el mio. ¡He querido, he intentado abrazar tu ministerio; sabré soportarlo y callarme, aún á costa de mi sangre! Pero que ella, que ese sér apenas descendido á la tierra, pobre ángel caído en el lazo tendido al hombre solamente, tierna criatura confiada á

mi seno por tí mismo, sacrificada, oh Dios, por mi mismo amor, proscrita de estos brazos abiertos para sostenerla, venga á tropezar con mis piés en su caída, á arrastrar en las languideces de una viudez eterna la imágen indeleble del rostro que adoró, ó á sufrir, jóven y muerta, en los brazos de otro esposo, los precoces disgustos de un corazon calcinado.... á acusarme para siempre del frio que la consume y á blasfemar de su Dios á causa del nombre que adora: ¡ah! eso es superior á cuanto puede tolerar un mortal, lo que seria forzoso redimir aún á costa de perder el cielo, lo que yo redimiria con mi vida eterna, con mi inmortalidad, que maldigo sin ella!...

.....
 ¡Oh Laurencia! ¡Piedad! ¡Vuelve, perdóname! Yo te sacrificué á Dios: ¡mi solo Dios eras tú! De tí únicamente sacaba esa fuerza suprema que me elevaba desde el suelo por encima de tí misma y que, para protegerte mejor, hacia que todo sacrificio me pareciese llevadero y toda carga leve. ¡Yo me creia un Dios!... Pero no, no era más que un hombre. ¡Ah! ¡Maldigo mi triunfo ántes de conseguirlo! ¡Me arrepiento cien veces de mi falsa virtud! ¡Ah! Si todavía es tiempo, ¿me escuchas, Laurencia? Yo me postro á tus piés, y te abro para siempre estos brazos para que vuelvas á arrojarte enajenada sobre mi seno: sí, estos brazos, que al estrecharte, oh hija, oh hermana mia, se cerrarán de nuevo sellándote sobre mi

corazon. ¡Oh! ¡me oyes! Ven, ven, viva ó muerta; ven para que te conduzca á nuestro propio cielo! Derribemos la roca; corramos sin escuchar lo que brama allá arriba, lo que maldice aquí abajo; no demos oidos á esas voces que mienten á la naturaleza; el oráculo es, en el corazon de cada criatura, la irresistible voz que convida á la felicidad; es mejor que la virtud, la inocencia y el honor; es el grito del cielo que resuena en la tierra. ¡Amémonos, vida mia! Vamos á ocultar á las miradas humanas, rodeándonos de misterio, nuestros inefables amores, que no tendrán fin sino con nuestra vida. Apuremos las delicias de nuestra doble existencia; cuando la muerte viene á romper la copa en nuestros dientes, ¿quién sabe cuál es el sabio y cuál el insensato, si aquel que la ha bebido tal como Dios la ha escanciado, ó el que rechazándola por tener apagada su sed, sacrificó su vida al sueño de la muerte? Si esta duda existiera, desearia padecerla! La vida contigo, y despues morir para siempre! ¡La vida contigo, y luego el infierno y sus llamas! ¡La vida contigo, y la muerte para nuestras almas! ¡Porque esta horrible vida es un infierno sin tí; la nada eterna comienza en ella para mí! Sí, estoy resuelto, huyo, te arranco de este mundo y te llevo al cielo....

(Resuena la campana de la capilla, que da el toque de oraciones, y llama á los jóvenes sacerdotes al coro.)

¡Ah! Bronce sagrado que vibras; grito del cielo que me llama á las gradas de mi cruz. ¡Mi corazón extraviado vuelve á su puesto al oírte!

¡Cual angélicas alas agitadas en mi cielo, ahuyentas las vergonzosas ideas de mi mente! Rechazas el crimen junto con la desesperación á lo más recóndito de este seno que renace á los acentos del deber. No parece sino que lloras con mis propios sollozos. ¡Oh! ¡simpático instrumento de estas santas moradas! ¡de qué peso tan oneroso has aliviado á mi grávido corazón! ¡Cuántas almas apenadas han meditado al escuchar tus vibraciones! ¡Cuántos buenos impulsos, cuántos fervorosos ardores han confiado los ángeles á tus sonidos! ¡Cuántos pesados suspiros se han remontado á Dios sobre tus alas desde la sombra del santo lugar! ¡Y por cuántas y cuán sublimes agonías has doblado, una vez terminadas las angustias por el camino de la virtud! ¡Tú anuncias á los mortales el alba y el crepúsculo de cada día; tú sabes cuán cortos son los momentos más largos, y cuán poco puede compararse con la hora eterna lo que la vida se lleva sobre sus alas! ¡Oh, alma mía! ¡Absorbe todavía un poco de hiel, y tus horas sonarán en el cielo!

¡Marchemos mientras tanto, marchemos con la ca-

beza inclinada, cual hombre abrumado por el peso de sus ideas! Vamos á confiárselas al Dios consolador. ¡Ah! Cuando todavía podemos orar el uno por el otro en el vasto seno de Dios cuyo amor nos reúne, ¿al encontrarnos en él, no vivimos juntos?

.....

.....

En mi celda, Grenoble, 14 de Mayo de 1797.

Para templar mi alma en el fuego del sagrado atrio, há dos años que vivo con estos hombres de Dios; pero su aspecto de paz y de beatitud no puede sossegar la intranquilidad de mi espíritu.

¡Cuán leve parece para ellos la carga de los días! ¡Cómo se echa de ver que su vírgen corazón se seca, mientras cumplen todos sus deberes con gozoso semblante! Siempre aparece en sus labios la sonrisa del justo: nada hay que arranque un suspiro de su seno. ¡Ah, corazón mío! ¡Si pudieras también someterte como ellos! ¡Si la aparición del pasado que se levanta de continuo pudiera borrarse de mi vista hasta en sueños! ¡Si la sombra de estos muros pudiera ocultármela! ¡Pero siempre parece seguir la huella de mi paso; siempre la estoy viendo descender, subir, irradiar de cada artesonado, de cada columna, y si para

librarme del fantasma adorado, quiero cerrar los ojos, al punto penetra en mi alma!....

¡Oh montañosas cumbres, aire puro, oleadas de luz! ¡Vientos sonoros de los bosques, malezas ondulantes! ¡Tranquilas superficies de los lagos, cascadas polvorosas de los torrentes, en que el éxtasis extrañaba mis ojos y mis sentidos errantes, en que abrazaba llorando con brazos convulsivos, en vez de esos fríos mármoles, las raíces de árboles corpulentos; y pegándome al suelo como para escuchar, parecíame sentir á Dios palpitando en mi corazón! Desierto en que resuenan los ruidos de la naturaleza, ¡cómo llora mi alma, comprimida en este recinto oscuro, su magnífico y primer horizonte, y rompe con sus ardientes suspiros las paredes de su cárcel!

¡Páreceme, oh Dios mío, que este techo que me abruma hace más pesada la vida y comprime el éxtasis, que respiraría con más libertad en otra parte, que el viento secaría la acritud de mis lágrimas, y que el aire me ayudaría, como ayuda á las águilas, á elevarme hasta Dios, mucho mejor que estas frías y severas reglas!

Y sin embargo, esos hombres son dichosos con estas leyes, y siguen su camino sin rodeos. ¡Ah! lo comprendo; no han respirado el aire abrasador de las tempestades; la sombra de estos pórticos ha cobijado siempre sus cabezas; su memoria está llena de Dios

solo, de su ley; no han tenido que alimentar una hoguera en su seno, ni que matar su pensamiento, ni engañar, ni sonreír, ocultando en su mano el áspid que la desgarró; en su vida no hay una sombra ni en su corazón una arruga; pero ¿y yo, Señor, y yo?.... Dios mío, ¡el olvido! ¡el olvido!

.....

En la misma casa, 24 de Julio de 1797.

¡Ah! Con razón suponía yo que una falsa apariencia mancillaría nuestra inocencia hasta la tumba; que nadie creería jamás que dos corazones que han vivido en el desierto en una misma morada, alimentando dos años el amor, se hubieran conservado puros, solos, sin más guarda que la mirada de Dios que los contemplaba; veo esta sospecha impresa en todas las frentes; la caridad de mis compañeros les induce á no sonrojarme; mas, á pesar de la dulzura con que procuran hablarme, conócese que mi presencia es sospechosa á su virtud, que me temen, que me rehuyen, y que soy para ellos objeto de disgusto, como un pobre leproso. Donde quiera que me presento, al punto se hace la soledad en torno mío; me veo solo al pié de los altares, en las comidas, en el estudio, y todavía más en las horas dedicadas por la tarde al esparcimiento; tan luego como resuenan mis pasos

en el extremo de un corredor, cesan todas las conversaciones y las frentes se anublan; todos se hacen á un lado, se apartan, ceden el puesto á mi sombra; cada cual desvía al verme su mirada glacial, y no vuelve la animacion hasta que he pasado. Y yo, bajando la cabeza, y sin encontrar un corazon que me ame, paso esquivándome, avergonzado de mí mismo.

¡Y sin embargo, cuánto bien me haria una mirada amiga! ¡Tal vez mi corazon haya velado también la mia! ¡Tal vez la llama amortiguada en mi seno ha devorado toda la simpatía que pudiera inspirar; quizás mi mármorea mirada, incapaz de amar, extinga todo sentimiento que pretendiera encenderse en ella!

Grenoble, Agosto de 1797.

Al fin el obispo me ha dicho; «Abrevio el tiempo de vuestra prueba, hijo mio; mi pobre Iglesia está escasa de servidores; la vejez, el cadalso ó la infidelidad han limitado por desgracia el número de los pastores de mi pueblo, insuficiente ya para sus miserias; la yerba solamente crece en el atrio de todas mis iglesias; todos los dias acude á mí alguna aban-

donada parroquia, donde la infancia carece de padre y el difunto de honras fúnebres, para pedirme un sacerdote; podría daros á escoger entre mil; pero no ignorais, hijo mio, que el mundo tienen fijas, con razon, en nosotros sus celosas miradas, que para tocar á Dios exige manos tan castas como las de los ángeles, y que han circulado extraños rumores acerca de vuestra vida pasada. No quiero saber nada; si un dia fuisteis débil, vuestra fidelidad lo ha redimido todo; el arrepentimiento, semejante al fuego de Isafas, al consumir el corazon renueva la vida. Pero la sombra del pasado jamás debe empañar al ministro del cielo; en el sacerdote de Dios no debe haber ninguna memoria mortal que recuerde al hombre; es preciso que se le dé tan sólo el nombre de pastor; que el que llevó en la tierra desaparezca confundido en el otro; que parezca haber descendido del cielo al altar, y que el aislamiento, el misterio y la gracia hayan borrado las huellas de sus pasos por la vida.

»En la última zona habitada de los Alpes hay una aldea, solamente accesible en verano, porque la nieve amontonada por espacio de ocho meses cierra todos los senderos á los habitantes del valle. Allí, en algunas cabañas diseminadas por las vertientes, viven unas cuantas agrupaciones de pobres montañeses que, en los reducidos campos que disputan al águila, siembran entre castaños cebada y centeno, cuya cosecha apenas les permite recoger el pálido sol de

principios de otoño. El Dios del indigente os entrega ese reino; su altar es de madera y su techo de paja; pero Él acogió más benigno las oraciones del pueblo y del sacerdote unidos que las que se le dirigen desde un altar resplandeciente de riquezas; recuerda todavía que su humilde luz alumbró las chozas de los pastores antes que los soberbios templos; y os tendrá sin duda en cuenta allá arriba las almas de esos campesinos que cuideis, todas las cuales tienen el mismo valor para Él. Id pues, hijo mío.»

.....
17 de Setiembre de 1797.

Iré, haré que mi alma se apegue á la soledad, desollaré mis piés en los senderos más ásperos. ¡Benedicidme, Señor; que mi corazón, consumido de amor y castigado por haber amado en demasía, se apague y vuelva á encenderse en la hoguera del altar; mas para amar en vos, con vos y por vos, á todos en lugar de un solo sér, y á este sér en todos!

.....
CARTA Á SU HERMANA.

Siete meses despues.
Valneige, Mayo de 1798.

¡Hermana mía! ¡Oh, qué grata época me trae á la memoria este nombre! ¡Tierna pareja nutrida en el

mismo seno, á la que nuestra jóven madre, inclinándose sobre nosotros, sentaba y arrullaba en sus rodillas! ¡Hermana! ¡Oh, permite que borre para escribirlo de nuevo este nombre que mis miradas jamás se sacian de leer, y que estaria trazando mi pluma desde la mañana á la noche, si dejase que mi corazón corriese por mi mano! ¡Nombre que por espacio de tanto tiempo no ha resonado en mi oído, cuántas apagadas cenizas remueve en mi alma! Toda esta mitad fría y muerta del corazón, vuelve á encontrar ante ese dulce nombre su mundo interior, mundo de sentimiento, de amor y de inocencia, en que Dios mece nuestra infancia como en una cuna; cuyo recuerdo punzante nos persigue, y en que más adelante los ojos se llenan de lágrimas al dirigirle una mirada.

¡Mi madre! ¿Pero es cierto? ¡Dios nos devuelve nuestra madre! ¡Los vientos han mantenido sujetas las amargas ondas para que se deslizase seguro por ellas el buque que la traía! Y tú, y tu marido, y todos regresados felizmente, y además tres tiernas criaturas venidas á este mundo durante vuestro destierro, como esos pajarillos que, siendo niños, encontramos un día al pié de un árbol despues de la tormenta, que recogimos de la rama desgajada en que estaban y que te llevaste metidos en tu delantal.

Pero tú me has hablado muy poco de ellos y de ella ¡oh! de ella sobre todo. Mi memoria fiel la divisa perfectamente al través del lejano recuerdo; tal como

la ví bendecirme cuando mi partida, y tal como ninguna criatura ha dejado impresa en mi mente su celestial imágen, excepto otra solamente. Pero dime, ¿no han sufrido ninguna mudanza sus hermosas facciones? El tiempo, el prolongado destierro, sus cuidados, sus zozobras, la rudeza del clima, ¿han pasado sobre ese rostro sin dejar en él huella alguna como tampoco la dejan en el cielo? ¿Conserva su mirada ese tierno y dulce rayo que comunicaba á nuestras frentes una impresion de grato calor? ¿Se ve todavía en sus pálidos y amorosos labios esa sonrisa siempre moribunda y siempre naciente? ¿Tiene aún su frente esa ligera y pensativa arruga que besábamos ambos, oh hermana mia, para disiparla, cuando su alma, recogida de noche en el jardín, contemplaba melancólica nuestros juegos? ¿La ausencia y los prolongados sinsabores no han aclarado sus negros cabellos, ó encanecido sobre su frente esos dos sedosos bucles que ceñían sus sienas reflexivas? ¿Conserva todavía su voz ese grato timbre argentino, esos acentos halagadores que nadaban en sus labios, de los cuales brotaba y resonaba nuestro nombre con tanta ternura que mi mente cree oirlo á menudo? ¿Te estrecha aun contra su seno como solia cuando lo tenia demasiado henchido? ¿Te prodiga, hermana mia, sus caricias piadosas por mañana y noche con la misma vehemencia que ántes? ¿Sientes aun, al descansar tu frente sobre sus rodillas, esos celestiales éxtasis que á nosotros descendian?...

Mi cariño te interroga con inquietud, porque su letra, que estaba yo tan acostumbrado á leer, podría engañar el ojo de un hijo con las escasas palabras añadidas á tu carta; yo casi hubiera dudado, si la mano que trazaba los caracteres no se hubiera revelado en ellos. Pero tal vez me dirás: «¡Eso son aprensiones tuyas!» Podrán serlo; mas para la vista de un hijo tanto tiempo privado de contemplar á su madre, todo es aprension y miedo; quiere encontrarlo todo tal como era en una cabeza tan querida! ¡El menor trazo de la pluma ¡oh! todavía le representa á su madre, y si advierte en el escrito algun asomo de desfallecimiento, recela y teme que alguna mudanza haya alterado tambien el corazon; que esos caracteres vacilantes, que sus ojos estudian, revelen en el fondo tristeza ó achaques! ¡Asegúrame que esa alteracion de su mano no era más que la tierna emocion de la dicha!

.....

Ahora, menester es que mi pluma describa la morada agreste en que Dios quiere que yo viva. Me decís que necesitáis saber dónde podreis encontrarme cuando vuestro corazon désee pensar en un hijo ó un hermano, á fin de que, al buscarse, nuestras almas reunidas recorran los mismos senderos, vivan con la misma vida. ¡Oh ángeles ausentes! Seguidme con la vista: voy á daros una idea de la casa y de estos parajes.

En una de las verdes mesetas de los Alpes de Saboya, oasis cuyas vías interceptan por completo las rocas, donde la mirada aterrada del hombre no ve sino abismos sobre su cabeza y abismos á sus piés, la naturaleza extendió algunas estrechas pendientes, donde el granito retiene la piedra entre sus hendiduras, y á duras penas permite que germine en ellas algun árbol y que el hombre arañe y siembre algo en la tierra. Inmensos castaños de largas ramas encaraman sus troncos por las peñas hendidas, dejando pendiente su ramaje sobre oscuras simas, como suele pender el girasol de las paredes ruinosas; las doradas mieses, los bosques como un punto negro, y los lagos que reflejan el cielo como un espejo; el reducido prado protegido por su sombra, en el que pastan cabritos y asnos, rodea los troncos de corta y fina yerba, cuyas aterciopeladas matas humedecen mil intrincadas corrientes, y durante la primavera, que aquí no es más que una fugaz sonrisa, embalsaman con sus flores el viento que las respira. Circundan el horizonte grandes montañas de nevadas crestas, cual muro de cristal de mi elevada prision, y cuando sus picos serenos salen del seno de las tempestades, dejan ver un reducido espacio de cielo azul sobre nuestras cabezas.

En este aislamiento no resuena otro rumor sino el producido por las voces de algunos niños, el balido de alguna cabra ó el mugido de alguna ternera que

han descendido al barranco, y á cuyos pasos despiden sus vibraciones las esquilas suspendidas de su cuello; los sonidos del *Angelus* nocturno, que padres é hijos escuchan con la cabeza descubierta, y el sor-do resuello de las cascadas de espuma, al cual acaba por acostumbrarse el oido, y que, difundido entre estos ruidos del desierto, parece el incansable bajo de un concierto eterno.

Las casas encaramadas al azar bajo los árboles, están diseminadas por do quiera formando caseríos, y parecen haber brotado del seno de la tierra, juntamente con los árboles y las rocas, sin plan ni método alguno; los pobres habitantes, dispersados por el espacio, no necesitan disputarse ni el sol ni el terreno, y cada cual tiene la puerta de su vivienda mirando á poniente, bajo su respectivo roble y lo más cerca posible del campo que labra. De unas á otras hay sendas en las cuales se desgasta la pesada pezuña de los bueyes, y todas ellas convergen hácia la iglesia, cuyo camino han abierto el bautismo y la muerte á todos esos piés humanos de doscientos años á esta parte.

La iglesia descuella aislada al extremo del cementerio, con sus paredes gruesas y bajas, rodeadas de verde hiedra, y sus zarzas subiendo á modo de escalas y festones, hasta el espeso bálago que le sirve de frontispicio. Sólo se distingue esta santa cabaña por el mayor abandono en que se halla el pequeño cam-

po que la circunda, en el cual, el suelo de las tumbas, cultivado por la muerte, sólo presenta una ó dos ligeras eminencias elevadas todos los años, y cubiertas en breve de malvas y ortigas, primeras flores que brotan siempre de nuestras cenizas, así como por el humilde campanario que sobresale entre los demás tejados, y que da á los cuatro vientos para esparcir por ellos su voz.

Mi morada está junto á ella; es una casita aislada, velada al medio día por la sombra de la iglesia, y al norte por los troncos de los nogales que ocultan su acceso á los ojos de los transeuntes. Forman sus paredes trozos de granito sin labrar, tales cuales los han rodado las ondas; y estas piedras irregulares, ennegrecidas por la intemperie, están todavía cubiertas de su musgo nativo; la siempreviva, la menta, y esas flores parásitas, que la lluvia arraiga á las paredes decrepitas, suspenden en ellas por do quiera sus penachos flotantes, haciéndolas reverdecer como un prado al llegar la primavera. Tres ventanas cobijadas bajo la techumbre, dos de ellas abiertas á levante y la otra á poniente, practicadas en la pared como nidos iguales, dan paso á los primeros y á los últimos rayos del sol. El tejado, que sobresale de la pared lo menos una toesa, tiene por tejas pedazos y losas de pizarra, en cuyos rebordes se posan las palomas azules, y bajo los salientes aleros anidan las golondrinas. Para resguardar este tejado de los temporales, hay

puestas grandes piedras en su caballete, y haciendo ondear las tejas y las vigas, oponen su peso á los embates del huracan.

Aun cuando se halla situada á bastante elevacion en la cumbre de una sierra, su horizonte es muy limitado; adosada á la vertiente de un estrecho cerrillo, sólo se divisa desde ella una oblicua cañada que parece abrirse un momento como un lago de verdura para dar á la huerta espacio y vegetacion, y volviendo á adquirir en seguida su declive y estrechándose más y más, desciende con los montes de barranco en barranco. De suerte que todo cuanto veo se reduce á los oscuros troncos de los nogales, una pared de cenicientas rocas, la yerba de mi huerta, las desnudas paredes de la iglesia y el cementerio con sus hoyos y su cruz.

Pero ¡cómo compensa la naturaleza, á los ojos del poeta y del pintor, el espacio negado al horizonte, con la vida, con el movimiento de este paisaje! Una cascada cae cual frío y blanco manto al pié de la cascada y á lo largo de la roca, donde juega con el viento cuyo soplo la inclina y con la luz cuyos cambiantes rayos parecen desarrollarse entre sus plateadas redes, hasta que rota en su caída por las agudas puntas de las peñas, va á suspenderse á modo de rocío sobre las hojas del huerto. Siendo ligera, no produce ese ruido sordo y tonante del caudaloso torrente que rueda despeñado; tan sólo emite un quejido intermiten-

te y dulce, según que tropiece con el musgo ó con la piedra, que el viento suave ó impetuoso la azote contra sus paredes, le preste ó la prive ó le comunique más voz. En los sonidos desiguales que modula su onda, cada suspiro del alma se articula como una nota: arpa siempre vibrante, de cuyos acordes arrancan el viento y las aguas cantos siempre nuevos, y en cuyas extrañas notas se cree oír de noche el aire sonoro rozado por las alas de los ángeles. Ahora ya tienes á la vista mi horizonte; mañana traspondrás, hermana mía, mi pobre umbral.

CARTA A SU HERMANA.

(Continuacion.)

Valneige, 3 de Mayo de 1798.

Un patio le precede, rodeado de una cerca en la que hay una puerta de cañizo sin cerradura; gallinas, palomas, dos cabras y mi perro, portero de una vivienda abierta en la cual no custodia nada, que jamás embiste y que nunca ladra, sino que olfatea al pobre y le acoge con alegría; gorriones que suben y bajan del tejado; golondrinas que pasan rasando el pilon donde bebe el cisne; todos estos huéspedes, amigos del umbral que los reúne, familia del ermitaño, viven aquí juntos y en paz: los unos tendidos á

la sombra en un rincón de césped, los otros tomando el sol arrimados á la pared; estos lamiendo la sal junto á ella; aquellos picoteando en otra parte la yerba ó la paja; tres colmenas al mediodía bajo sus techumbres; al norte un ancho pozo cuya enmohecida cadena ha alisado el brocal y que una parra rodea con el verde encaje de sus pámpanos: hé aquí todo el cuadro. Una escalera de siete peldaños, sonora, vacilante, conduce á la meseta, resguardada por un cobertizo del viento y de la nieve y por las mallas de una añosa hiedra; allí, colgados durante el día de un clavo, mis pájaros domésticos cantan para recrearme.

Hasta aquí, gracias al paisaje, al cielo y á la naturaleza, tu dulce y fraternal mirada contempla con gusto esta pintura; tu tierna ilusion dura todavía; mas ¡ay! si quieres conservarla, ¡oh hermana, no entres!... Pero no, no quiero tener secretos para vuestros dos corazones: ¿acaso podré avergonzarme ante vosotras de mi miseria? Entrad, no lamenteis mi rica pobreza: ¡estas paredes no sienten su fria desnudez!

Ante todo, ved el asilo de nuestros quehaceres cotidianos, donde se enciende el hogar y Marta hila; Marta, mueble viviente de la santa casa, que siguió en otra época á su anciano amo á la cárcel; pobre criatura, arraigada á estas paredes por espacio de treinta años, participando de su próspero ó de su adverso hado; que me sirve sin salario y solo por honra

de Dios, cuidando á la vez de la casa rectoral y de la iglesia, y que viendo la imagen del Señor en su amo, cree acercarse al cielo viviendo cerca del sacerdote; algunas vasijas de barro, de madera ó de estaño, en las que se ve brillar la mano cuidadosa de Marta; en la mesa sobre un mantel blanco, un pan negro del cual se lleva cada mendigo una rebanada; racimos de uvas que Marta pone á secar y que adornan el techo con sus pámpanos verdes todavía, poniendo amarillos la savia, aun en el corazon del invierno, sus granos de ámbar.

De este salon rústico se pasa á mi aposento, cuyas paredes dan á occidente; ya sabes que yo siempre he tenido cierta predileccion por el crepúsculo, que mi alma un poco triste necesita luz, que el día entra en mi corazon por mi pupila, y que siendo todavía muy jóven me gustaba beber con los ojos esos postreros fulgores que se extinguen en los cielos. La silla en que me siento, la estera en que duermo, la mesa en que te escribo, la chimenea en que arde un tronco, mi breviario encuadrado de pergamino, mis gruesos zapatos claveteados, mi baston, mi sombrero, mis libros confusamente amontonados en su estante, y las flores con que adornamos el altar los domingos, constituyen todo el mueblaje y el adorno de este recinto.

¿Todo? ¡Oh, no! Olvidaba su mejor ornamento que descuella aislado en mi pobre chimenea; el crucifijo

con los brazos abiertos y la cabeza inclinada, esa imagen de madera del Señor á quien sirvo, amigo celestial, único que me puebla estos desiertos; que, cuando mi mirada le contempla á todas horas, me dice lo que puedo esperar en esta áspera mansion, y, recibiendo á menudo mis lágrimas á sus piés, enjuga mis ojos haciendo que resplandezca en ellos su paz. Tú conoces ese crucifijo; es el mismo que mi madre aplicó á los labios de mi padre en su agonía; el mismo que, más adelante, teñí á mi vez con la pura sangre de un mártir en un día memorable; aun conserva las huellas de otros labios, y ¡Dios sabe con cuánta piedad lo abrazo!

.....

 CARTA A SU HERMANA.

(Continuacion.)

Valneige, 4 de Mayo de 1798.

Tal vez desearás saber de qué vivo aquí: muchas veces lo he deseado saber yo tambien. Pero la Providencia es grande para el hombre y para el pájaro: la voluntaria ofrenda del pié de altar, esas almas que, buscando una voz para orar, á falta de ángel, nos entregan su humilde óbolo, los enlaces que bendigo, los niños que bautizo, esos diezmos de la prosperidad que

se destinan á la iglesia, algunos fondos que el obispo envia á sus curas, el jardin, la huerta, un pequeño prado, las castañas, las nueces, unos rinconcitos de tierra que labro yo mismo alrededor de mi morada, bastan ámpliamente para mí, para Marta y para el perro; en nuestra frugal mesa no carecemos de nada, la leche de mis ovejas, el vino blanco de mis parras, el fruto de mis manzanos, la miel de mis abejas, todo abunda; aquí amasamos el pan para el indigente, y Marta siempre tiene un poco de dinero en el armario. ¿Quién me habia de decir que un poco de oro me causaria tanto placer? Pero no lo necesito; tomadlo; os lo envío!...

CARTA A SU HERMANA.

(Continuacion.)

5 de Mayo de 1798.

¿Y ahora quereis saber, ángeles míos, en qué me ocupo de la mañana á la noche? ¿Por medio de qué insensible y monótona cadena se enlazan los dias formando la semana? ¡Ah! Cada hora lo sabe bien cuando ha terminado. Antes de rayar el dia la campana me arranca del lecho; al escuchar el sonido de su vibrante voz paréceme oír al ángel que ahuyenta el sueño de mi mente y le entrega la carga que ha de

llevar durante el dia; convoco ante el altar á los vecinos, ancianos, niños, algunas piadosas mujeres, en una palabra, los que sienten más sed de Dios en sus almas. Rodéanme de rodillas formando un reducido círculo, y el Dios de los humildes descende hasta nosotros. ¡Cuántos suspiros perciben la santa aurora y sus bóvedas divinas exhalándose del pecho, cuántas aspiraciones levantándose del suelo! ¡Y cuán dulce es, oh hermana mia, pensar que todos estos pesos del corazon aliviados por tan solemne hora, vuelan al cielo envueltos en sus propios suspiros; que á cuantos los exhalan deparan en su lugar un santo don, gracia, amor, misericordia, paz ó perdon; que uno mismo es el incensario en que arde todo este incienso y el canastillo lleno en que el pan que circula cual símbolo familiar del celestial alimento, va á nutrir á todo este pueblo con el trigo más puro!

En breves frases explico la palabra divina: á este pueblo campestre le gusta la parábola, poema evangélico, en el que cada verdad se hace imagen palpable por su sencillez. Cuando he celebrado el santo sacrificio, instruyo á los niños, convirtiéndome en su nodriza, pues les doy gota á gota la leche de una instruccion tierna y sencilla, que les agrada. Terminada mi ocupacion matinal, vuelvo á mi casa, y me siento un momento á la mesa coronada de frutos y de leche, como el viajero que se detiene á la mitad de la jornada para cobrar aliento; luego paso

el resto del día en mis campos, entregado á esos ejercicios corporales que esparcen el ánimo, ya abriendo con el azadon un terreno duro, ya sembrando la cebada cuya germinacion apresurará un breve estío; ya segando la yerba madura del prado para mi rubia ternera; ó bien extendiendo sus haces para que se ponga amarilla, ó regando cada planta á la hora oportuna; porque esta tierra reclama á la vez el sudor de la frente y el sudor del alma del hombre. Al anochecer, cuando cada pareja regresa de su trabajo, cuando el pastor reúne y cuenta su ganado, voy de puerta en puerta con el breviario en la mano, al azar y sin objeto determinado, segun me conducen mis pasos, deteniéndome más ó ménos en cada umbral, diciendo alguna palabra cariñosa á las mujeres y á los niños, llevando á todas partes un poco de bálsamo que alivie los sufrimientos, á los cuerpos algun remedio, á las almas la esperanza, un secreto al enfermo, un adios á los que parten, una sonrisa á cada cual y á todos una palabra de Dios.

De este modo paso el día sin que me parezcan largas las horas; pero cuando me recojo solo en mi pobre morada, cuando cierro la puerta y cuando la noche ha acallado todo ruido, excepto el de mis sienes, ¡ah, hermana mía! entónces es cuando mi alma lacerada siente todo su mal, y manando sangre da vueltas á sus pensamientos, como se da vuelta en vano á un calenturiento en su lecho; entónces es

cuando me asedia una imágen ú otra, cuando os aparecéis vosotras, madre y hermana mías, con todo cuánto contribuye á amargar la ausencia, con vuestras facciones tan dulces, con vuestras suavísimas voces, con vuestras palabras, caricias y besos de otro tiempo, siendo tan vehemente el recuerdo de ese pasado, que os tiendo los brazos, que mi alma me lleva hácia vosotras y al seno de otro fantasma querido, que creo volver á veros, á hablaros, á tocaros, y que al encontrar el vacío en mi derrador, mi corazón parece caer desfallecido y aplastarse contra el suelo. Entónces, para arrancar de mí á la fuerza esa ilusion, para desprenderme de los dientes de la serpiente que me muerde, abrasada la frente, pegado junto á mi mesa de roble, procuro sujetar mi espíritu como con una cadena á esos libros desgastados por mis ojos y en los que la luz de mi lámpara palidece al alumbrarme.

Cual espíritu de duda y de soledad, abrumo mi razon á fuerza de estudio y ciencia. Unas veces examino esos restos que la historia ha dejado, como pasos casi borrados de los siglos ya muertos, procurando encontrar en ellos los vestigios de un camino, ese hilo vano que se rompe entre las manos de la duda, ese prolongado designio de Dios que conduce á los humanos, que hace de sus movimientos el lodo de los caminos, disipa su imperio y su fé como un sueño, los eleva sobre su propio monton de escom-

bro, y convierte el dogma y el tiempo, que parece no ha de tener fin, en simple escabel del oscuro porvenir. ¡Pero este hilo se enreda entre mis manos á cada momento en el enigma de Dios que llena cada página; el eterno movimiento de las cosas y de los espíritus no es para nosotros más que polvo y ofuscación; el misterio del tiempo se consume en la sombra; la mirada infinita no es propia de los ojos humanos, y ante Dios, oculto en su fatalidad, nuestra sola ciencia es nuestra humildad!

Otras veces, cansado de sondear esas oscuras maravillas, entrego á los santos bardos mi alma y mis oídos; escucho con el corazón esos coros melodiosos que, rompiéndose en tierra al caer de los cielos, estallaron en las arpas á modo de suspiros inmortales y los cantaron para divinizar sus lamentos. ¡Oh! ¡Esos hombres son la voz de la humanidad! Las palabras armoniosas se coordinan á su elección, como á una señal de Dios se ordenan sus obras y vibran en música ó brillan en imágenes; sus versos tienen ecos ocultos en nuestro corazón; infunden en las mentes cavilosas esa muelle languidez, ese opio divino, que en vano pretende apurar en su vaso el soñador Oriente, siempre afanoso de éxtasis; en cambio, á ellos les lleva el ángel del Señor á los altares, para embriagarse de Dios, de ensueños inmortales! Ellos vierten gota á gota en mi alma enternecida su tierno deliquio cual celestial fantasía; mi ensueño, hijo de los suyos,

los sigue, y así como una voz que canta arrastra otra voz tras sí, mi labio apaga su sed en las oleadas de sus enajenamientos, y, sorprendido, canta con ellos tristezas.

Con más frecuencia aun, postrado por mi aflicción, me consuelo leyendo la *Imitación de Jesucristo*, libro oscuro y sin nombre, humilde vaso de arcilla, pero lleno hasta los bordes de los jugos del Evangelio; libro que en pocas palabras proporciona al corazón sediento caudalosos raudales de cordura divina y humana; al cual acude cada alma para aplacar su sed, se inclina y absorbe gotas del sudor de Jesucristo en su ruda prueba; encuentra en él, según la ocasión, la pesadumbre ó el esfuerzo, ora la leche del seno ó bien el pan del fuerte, y bebe su filosofía en las lágrimas del Redentor, al pie de la cruz en que el hombre ingrato le crucifica.

De esta manera, leyendo, orando y escribiendo alternativamente, ya con el corazón demasiado lleno y rebosando amor, ya golpeando mi pecho sin que brote de él onda alguna, no encontrando sino heces en el fondo de todo cáliz, mirando el humo que se desprende de mi vacilante lámpara, bañando con mis lágrimas las sábanas que estrujo entre mis dientes y comprimiendo mi angustia entre sollozos ahogados, llega un momento en que toda la sangre afluye de golpe al corazón, y fijando entónces en la cruz una mirada más llena de consuelo, abriendo las dos ven-

tananas para respirar á mis anchas las nocturnas brisas cuya frescura me sosiega, con la frente pálida y empapada de húmedo sudor, parézcome; ¡oh hermana mia! en mis interminables veladas, á ese Fausto embriagado con los filtros de la escuela, símbolo deslumbrador de la ciencia humana, cuando, encerrado en su sombría torre y rodeado de sus instrumentos, se le oía hablar con los elementos, y al rayar el día tan solo se encontraba un puñado de negras cenizas en su laboratorio.

¡Ah! Si no fuese por la gracia del Señor, ¿qué encontrarían mañana en mi corazón? ¡Sí, es Fausto, hermana mia! ¡Pero Fausto consolado en estas noches extrañas, no por espíritus impuros, sino por los ángeles! ¡Sí, es Fausto, hermana, pero Fausto con Dios! ¡Cuántas cosas me quedan por decirte todavía! pero la campana suena: adios.

Aquí faltaba un gran número de páginas en el manuscrito.



SÉPTIMA ÉPOCA.

En su pueblo natal, 3 de Julio de 1800.

Presentimientos secretos, desventura sentida de antemano, sombra de los días nefastos que con frecuencia los precede, instintos que me anunciabais la muerte de mi madre, y á los que no daba el debido crédito, ¡oh, no me engañabais! ¡Oh cielos, en qué estado la han encontrado mis ojos! La vida, reanimada un momento por mi presencia, al concentrar demasiado cariño en su corazón, parece ¡ay! haber diezclado los días de su languidez; esa alma, llena todavía de amor y juventud, se seca á cada aurora y

tiembla á cada aliento; ya va contando los días, y cuando por las mañanas al despertar besamos esa frente pálida, no acierto á separar de ella mis labios, porque siento que se me escapa, que la muerte me priva de ella, que va á romperse el último eslabon del corazon y que quizás este beso es lo único que la retiene á la vida!

Ha querido volver á ver el cielo de su infancia, morir en su país natal. Paris era para ella una residencia extranjera; en su concepto solo habia cambiado de lugar de destierro, y aquella frívola ciudad parecíale insoportable. ¡Ah! Para una madre no hay más patria que los sitios en que la sonrió, en que la amó su esposo, en que su primogénito creció en su regazo, en que esos ángeles custodios de la primavera de la mujer le dejaron al partir su rayo en el alma!

Y sin embargo, ¡qué angustiosos recuerdos tiene para ella esta morada! ¡Volver como extraña al hogar de sus abuelos, regresar pobre y desnuda al lugar en que su modesta riqueza era la providencia de las miserias del pobre! ¡Ver que aquellos á quienes se conocia bajan los ojos; que otros se desvian por temor de mortificarnos; que otros, nuevos en el país, se encogen de hombros, preguntándonos con indiferencia quiénes somos! Alquilar una cabaña en un extremo del caserío para respirar un tanto el aire que se respiró en la cuna; echar desde allí una furtiva mira-

da sobre la casa en que se nació, sobre la yerba ó el árbol que todavía llora nuestra ausencia; temer que se vitupere ó acrimine esta ojeada; alejarse por miedo de tropezar con su umbral, y no tener más jardín, más abrigo ni más sombra que las zarzas y espinos que se arrastran por los senderos del pueblo, ó el árbol sepulcral, el añoso olmo, cuya sombra, de la que todos huyen, solo pertenece á la tumba, y que todas las tardes ve sentados en el sepulcro de la familia á un hijo con una madre y una hermana: tal es su vida y la nuestra en este pueblo. ¡Oh! ¡Valor, corazon mio! ¡La verdadera patria está en Dios!

En el mismo lugar, 18 de Julio de 1800.

Si despues de haber llorado por muerta á la mujer á quien concedimos en nuestra juventud las primicias del alma, la hallamos, al volver á nuestro hogar desde apartadas regiones, viva aún, pero en los brazos de un desconocido, el corazon, oscilando entre el asombro, el dolor y el júbilo, se siente lacerado y comprimido, se ahoga en sus propias lágrimas, se interroga á sí mismo, y tiembla de llegar á conocer qué es más terrible, si perder ó encontrar. Así tambien, esa casa por la que he derramado tantas lágrimas creyéndola devorada por las llamas, está to-

davía en pié... mas para rechazarnos de su seno! No nos atrevemos á trasponer ese umbral que fué nuestro, y mi corazón desgarrado, á quien ese recuerdo asesina, no sabe si la prefiere intacta ó derribada!

En el mismo lugar, 20 de Julio.

Ayer ¡fatal idea! deseó visitar paso á paso todos los sitios donde trascurrió su vida, recorrer el jardín, la casa, todo; y revivir en ella un momento, aun á costa de su muerte! Mi hermana y yo, cediendo á su deseo por complacencia, espíamos la salida del nuevo poseedor, y aprovechando una coyuntura favorable, la acompañamos apoyada en nuestros brazos hasta la puerta del cercado. El guardian, enternecido por aquellas dos voces femeniles, abrióla furtivamente y penetramos en el recinto. Ya fuese por confianza en nosotros, ó por ese pudor que la desgracia inspira lo mismo que la inocencia, aquel hombre volvió á sus faenas campestres, pareció dejarnos dueños del jardín y de la casa. ¡Oh! ¡Sea bendito en su corazón tan digno sentimiento!

Mi madre, á cuyas mejillas habia asomado el color, mi madre, cuya fuerza, reanimada momentáneamente, sacaba nueva vida de aquella tierra amada, recorría con la mirada todo el cielo y todos aquellos

sitios, viendo aparecer ante sus ojos todo su pasado; y la nube de lágrimas que sobre ellos flotaba, dejaba traslucir á cada nueva cosa que veía la conmoción de su alma. Nos conducía á todas partes con pensativo ademán, señalándonos con el dedo cada árbol, cada flor; quería acercarse á ellos, tocarlos, cerciorarse de si se estremecerían ante los ojos que los vieron nacer, ver cuántos palmos habian crecido sus troncos, compararlos con la vista como á la sazón los comparaba con nuestras frentes, enroscar una hoja, arrancar una rama, llamar por su nombre á cada paloma blanca, que, remontándose desde nuestros piés para volar á los tejados, recordaba á su corazón nuestras torcaces de otro tiempo; escuchar si murmuraban como entonces el viento en la yerba ó las plantas y el arroyuelo en la acequia; probar si la pared de la adorada casa devolvía al sol sus rayos tan tibios como antes, ó si la sombra del tejado, dando en su verde umbral de musgo, se prolongaba con tanta suavidad al ponerse el sol!

A cada nuevo objeto prorumpía en una exclamación, en un suspiro y en una palabra de resignación, y nos estrechaba el brazo con más fuerza demostrando así el impulso convulsivo de su alma. Por último, de un repentino arranque traspuso el umbral de la abierta casa, nos arrastró con paso involuntario por todas sus habitaciones, que parecía pisar con tanto recogimiento como si estuviese en un santuario, sin

atreverse á respirar ni á hacer un movimiento, temerosa sin duda de que la imágen tierna y santa del pasado huyera de aquel recinto al menor ruido.

En aquella mansion de nuestra infancia no habia cambiado casi nada; el tiempo, tan lento para nosotros, lo habia respetado todo; era la misma sala que daba al jardín, el mismo aposento sombreado por la celosa enredadera; la estancia materna en que vimos por primera vez la luz del día; la de nuestro padre, contigua á ella, dando al patio; aquellos muebles familiares que parecian formar parte de nuestra juventud pasada bajo aquel humilde y primer techo, muebles que siempre hemos visto, conocido, recordado y tocado; el primer lecho en que Dios nos acostó, la mesa en que servia la madre de familia, la silla en que la hermana hacia alguna labor de aguja, junto al alfeizar de la ventana, cayéndole la suelta cabellera sobre su encantadora frente; los dos antiguos cuadros colgados de la vetusta pared y cuyas figuras parecian tener siempre la mirada fija en nosotros; y cerca del divan matizado de flores, el estrado donde solia mecernos mi madre. Todo estaba allí todavia, en el mismo sitio; advertianse aún los vestigios del lugar que habian ocupado nuestras cunas, cada uno de nosotros tocaba su mueble favorito, y al tocarlo prorumpia en una ú otra exclamacion.

Pero mi madre, abriendo la puerta de la estancia paterna y mandándonos con un ademán que penetrá-

semos en ella, nos dijo: «¡De rodillas, hijos míos! ¡Ese es el lecho en que murió vuestro padre!» Y á su vez se postró de hinojos junto á él, abrazó la columna de la cabecera, aplicó á ella sus labios llorando como nosotros, llanto que caia á raudales sobre aquel lecho; y nuestros sollozos reunidos resonaron en todos los ámbitos de la estancia...

De pronto oimos pisadas de caballos en el patio, sonó el aldabon y tras él las campanillas. Aquel ruido nos hizo volver en sí; como si fuésemos ladrones temerosos de que nos sorprendieran, cogí en brazos á mi madre desmayada y cuya vida peligraba de resultas de tan viva emocion, salimos furtivamente por la puerta del jardín, llegamos temblando á la del camino, sosteniendo sobre mi seno á mi madre medio muerta, y en el mismo momento en que mi hermana cerraba con cautela la puertecilla excusada, ví á los hijos del nuevo dueño que salian de la casa cual bandada de alegres pajarillos, y corrian de seto en seto, de alameda en alameda, resonando sus gritos de júbilo sobre los pasos de la muerte que de allí acababa de salir.

.....

El mismo día, por la noche.

¡Oh verdadera y lamentable imágen de la vida!
¡La alegría entra por donde ha salido el dolor! ¡La

felicidad ocupa el lecho del que huye la desesperación! A lo que nace durante el día, Dios le destina un puesto en la noche. La copa de la vida tiene siempre la misma dosis; pero una mano la coge cuando la otra la suelta, y si nuestros ojos pudieran á veces sondear el fondo de esas copas de las que parece rebosar la dicha, ¿no nos convenceríamos de que cada vía humana está siempre llena de lágrimas y cenizas de otra?

21 de Julio de 1800.

¡Todo concluyó! ¡Madre mía!... ¡Ah! Ese postrer esfuerzo ha roto los vínculos de su vida espirante! ¡Oh noche de agonía y de emancipación, imprímeme en mi alma con lágrimas de esperanza!

Velaba yo solo y rezando al lado de su lecho, cuando al aparecer la estrella matutina me dijo: — ¡Animo, hijo mio; conozco que os dejo; los últimos latidos de mi corazón son para vosotros; antes que la luz del día ofusque la de esa estrella, os abrazaré desde la mansión eterna! ¡Oh! Regocijáos; ahora empezará para mí la verdadera vida; no obstante, abracémonos todavía en esta tierra. Vé á despertar á tu hermana... pero no, te lo prohibo. Escucha: lleva un nuevo sér en su seno, y esta hora de agonía es

demasiado cruel para presenciárla; es menester evitársela por su fruto y por ella; es preciso dejar este velo entre ella y la muerte. ¡Tú te encargarás de darle mi último beso! ¡Harto conoces los sagrados deberes que este momento reclama, cúmplelos, hijo mio: te entrego mi alma! En este instante no eres para mí sino el sacerdote de Dios.»

¡Oh! ¡Bendito sea Él que dulcificó hasta tal punto la hora siempre amarga de la postrera despedida, permitiendo que el hijo abriese á la madre las puertas del cielo! ¡Angeles del Dios vivo, vosotros lo presenciásteis! ¡Ah! ¡Si mi débil corazón se sublevó á menudo, si, pareciéndome el yugo hartamente pesado y el deber austero, arrastraba como una onerosa carga mi sagrado carácter, aquel solo momento me indemnizó de cuanto habia sacrificado en la tierra, puesto que Dios permitió que este sacrificio endulzara el cáliz de la muerte de mi madre!

Encendí esos cirios de la última noche, doble imagen del día que empieza y que termina; á su voz saqué la hostia de los moribundos del vaso sagrado de la humilde Eucaristía, é inclinado sobre ella, le dí el pan celestial con temblorosa mano bañada en mi llanto. El esplendor de su fé radiaba en el aposento; toqué cada uno de sus miembros con el óleo santo de los moribundos, aquella frente en la que mis besos querían seguir á mis dedos, aquellos costados que me habian albergado nueve meses junto á su corazón,

aquellos brazos que enlazándose tiernamente á mi cuerpo en mi niñez, habian sido tantas veces para mí una cuna de caricias; aquellos piés que habian enseñado á andar á los míos, y de los que mañana no quedaria ya vestigio alguno! Absorbida en la contemplacion de cada gran símbolo, tomó de nuevo la palabra cuando todo hubo terminado, diciéndome:

—Jocelyn, tengo que pedirte otra merced.

—¿Cuál, madre mia?

—¡Oh hijo mio, tu perdon, no el perdon de Dios, que descende en toda su plenitud sobre mí, sino el del hijo á quien dejo en este mundo! ¡Una madre jamás hubiera debido consentir en tu abnegacion sublime, en esa inmensa prueba del amor que nos tenias, pobre mártir! ¡Tu vida es un desierto, tu corazón un abismo que únicamente puedes llenar á fuerza de virtud! Y yo soy quien lo ha abierto: dí, ¿me perdonas?

Apliqué silencioso mis labios á sus manos.

—¡Oh, que mi dulce muerte sea tu recompensa! Yo te he cerrado el mundo; en cambio, tu mano me allana el camino del cielo abierto por tí. A mi vez, voy á prepararte allí una mansion más duradera y mucho mejor! En la tierra se seca el corazón; la dicha más prolongada es efímera; tu alma tiene otra patria en la cual se ama siempre.

Y sintiendo que la muerte pesaba ya sobre sus párpados, añadió:

—Recita, hijo mio, esas divinas preces que acompañan el vuelo del alma cristiana, para que, al espirar, siga bendiciendo todavía.

Obedecí, y me puse á leer en su libro de oraciones, con la vista velada por el llanto, la tristeza del alma en sus horas postreras; sus labios, cuyo acento parecia amortiguarse, murmuraban los responsos de aquel piadoso suspiro, cual remoto eco de una voz debilitada que se aleja y responde ya desde la otra vida. De pronto cesé de oirla... ¡Estaba acabando en el cielo los cantos interrumpidos!... Escapóse el libro de mis manos, y el himno de la muerte... ¡lo concluyeron mis sollozos!

Noche del 1.^o de Agosto de 1800, en el cementerio,
junto á la tumba de su madre.

¡Oh noche! ¡Cúbreme con tu negro manto! Mañana... mañana me llevaré á mi hermana de aquí. Mañana me alejaré para siempre de esta tierra, de este sepulcro en el que penetra mi alma junto á mi madre! ¡Ah! ¡Noche que eres para mí el día, deja que me postre en este lecho de arcilla en que descansan sus restos, sin que haya entre ella y yo más que el velo de la muerte, esa capa de ceniza tan poco profunda que la levantaria un corazón y que separa un mundo! ¡Deja que me postre en el suelo removido

ayer, y que le toque! ¡Permite que me embriague de júbilo y de tristeza, que escuche lo que Dios envía desde allá al corazón, y que pegando la boca á ese suelo misterioso, le amase con mis manos y le riegue con mis ojos!

.....
 ¡Bendito seas, corazón, y tú, fé divina, que hablais á mi seno con tanta vehemencia! ¿Qué sería de mí, Dios mío, si vos no me hablarais en este momento en que mis ojos ven tan solo la muerte? ¿Qué sería de mí si la infalible esperanza de mi solo instinto no me dijese que todo es apariencia, que un poco de arcilla echada en la tierra no sepultó el alma y la inmortalidad? ¿Que la vida, momentáneamente desviada de su camino, no se aniquila al remontar á su origen, del mismo modo que el rayo que huye de nuestros ojos no se extingue allá arriba al remontar á los cielos? ¡No! ¡Tú vives, me oyes, me respondes, me amas; nuestros sitios han cambiado, pero nuestras relaciones son las mismas. ¡Alma que fuiste mi madre, háblame, ¡oh! háblame! ¡Mi coloquio contigo se sostiene en el cielo!

Únicamente en la tierra, separados por la ausencia, nuestros corazones que se buscaban lamentaban la distancia; mas ahora me oyes desde todas partes; tu mirada no conoce lugar, ni partida, ni regreso. ¡Tu amor no está concentrado en ese tierno corazón de mujer, sino que envuelve mi alma como una atmós-

fera! Por esto, si vengo á llorarte de noche á este césped que siente el peso de mi quebranto, no es por que mi corazón presuma que mi aliento podrá calentar esas cenizas ni que estas me oigan mejor; no: es que el instinto ciego del tierno dolor guía nuestros piés, sin que lo advirtamos, á donde se encamina el corazón, y en la ilusión que se enseñoorea del sentimiento, nos hace buscar todavía el pié allí donde dejó este su huella.

.....
 ¡Oh brotad, brotad! ¡Corazón mío, desahógate! ¡Oh tierra, bebe mis lágrimas, porque estas lágrimas son mi esencia! ¡Oh suelo de mi cuna! ¿Por qué no me será dable devolverte este cuerpo amasado contigo? ¿Por qué no he de poder difundir toda mi vida en agua de mis ojos agotados, y restituir estas lágrimas al manantial de donde las he absorbido, como el arroyuelo, que cansado de recorrer su curso, se agota y se entierra á dos pasos de su fuente?

.....
 ¡Madre! Cuando fijabas en mí tu tierna mirada que ahora me está vedado contemplar, no sabías, no, jamás te había dicho y quizás no me lo dije á mí mismo nunca (nadie sabe cuánto ama hasta que ha perdido el sér amado), no, jamás te había dicho ni diré nunca, hasta dónde llegaba, oh madre, mi filial amor!

.....
 ¡Amarla! Mas para amarla ¿no era yo su propio

sér? ¿No me nutrió con el dulce jugo de su pecho? ¿No broté de su amor, no me dió calor y abrigo en su seno? ¿No soy la médula de sus huesos, lo más puro de su sangre? El aire que respiró en su casto pecho, ¿no estuvo alimentando nueve meses mis pulmones? El más leve latido de su corazón que palpitaba junto al mío, ¿no me inspiró el mismo sentimiento? ¿No era mi cuerpo todo su cuerpo, y mi alma una antorcha prestada que se enciende en otra alma? Al comunicarme su propio impulso cada vibración de esa alma celestial, ¿no imprimía en mi mente juvenil la misma impresión ya iniciada en mí, como un sonido imprime un mismo acorde en los sonidos, ó como una ola recibe el mismo repliegue de la oleada? ¿Este pensamiento, reflejado del suyo, es acaso un alma que nace, ó más bien la continuación de otra?

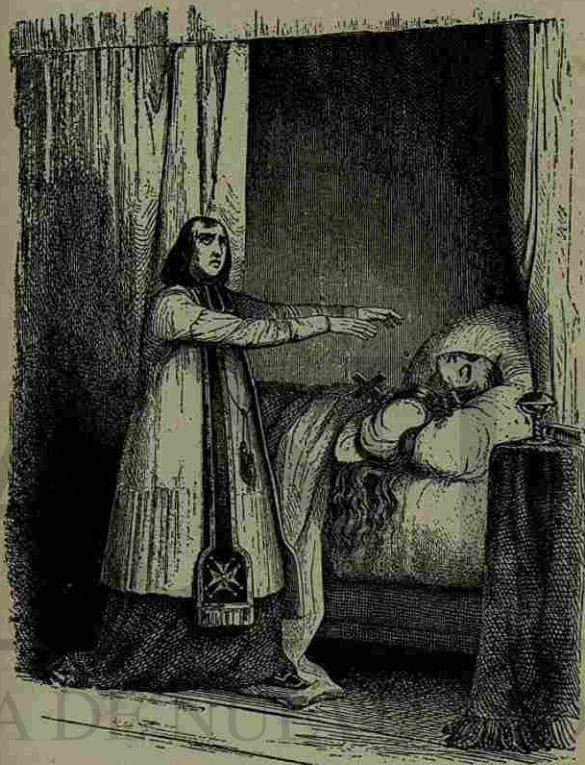
Y más adelante, cuando mecido, crecido en tu regazo, percibía mi oído tus suavísimos acentos, cuando mi infancia empezaba á descifrar á través de tu sonrisa las oscuras nociones del mundo y del cielo, cuando tus santas advertencias moldeaban mi mente y mi razón, cuando la orla de tu vestido era todo mi horizonte, y cuando mi alma entera, fija en la tuya, era más bien el destello de otra alma en la mía, ¡oh, madre! ¿quién hubiera sido capaz de discernir de una mirada esta doble existencia, de conocer la parte de ella que correspondía á cada cual, de distinguirme á

tí de mí en esta alma comun, de separar en dos lo que sentía en una, de ver cual de nuestras dos claridades era la que había brillado, y de decir, sin mentir al cielo: «Es ella ó es él?»

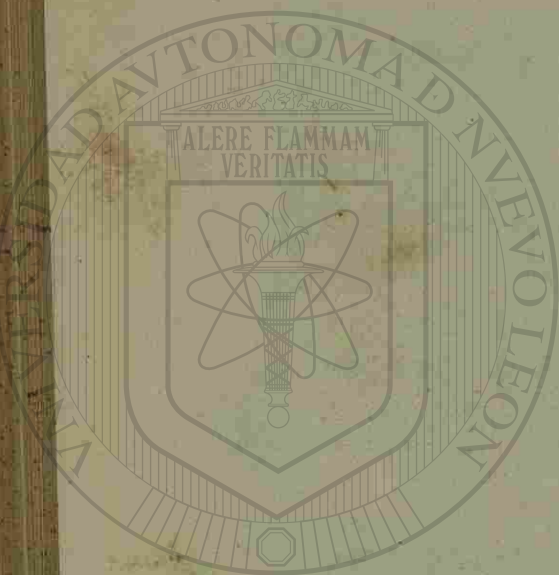
¿Por ventura no era yo en la tierra tu fiel trasunto? Tu mirada parecía haber formado mi rostro; cuando joven, nadie distinguía en la casa el sonido de nuestras voces ni el rumor de nuestros pasos; la repercusión de una misma idea producía á un tiempo idéntica sensación en nuestra alma; el mismo sentimiento palpitaba en nuestros dos corazones; si tú debías llorar, mis ojos derramaban lágrimas; si cruzaba por mi mente alguna idea halagüeña, asomaba á tus labios una sonrisa antes que á los míos. Uno en dos, tú el tronco, yo el retoño, tú la voz, yo el sonido, tú la fuente, yo el agua! ¡Union de dos almas tan pura, tan fuerte, que sólo la mirada de Dios puede percibir su trama, que sólo Él puede saber, al sondear nuestros corazones, si eres tú la que sobrevives, ó si soy yo el que muero!

¿Muero? ¡Oh, no, porque creo! ¿Muero? ¡Oh, no, porque vives! ¡Madre mía, aún después de tu muerte sigo siendo tu hijo! En la eterna ventura á donde tu virtud te llama, ¿será el cielo bastante á llenar el alma de una madre? ¡No! Si Dios le concediera el cielo sin su hijo, su corazón reclamaria su hijo ó la

nada. ¡Oh! ¡Antes creo en la nada que en tu ausencia! ¡Bajo la fé de mi corazon, prosigo mi marcha en tu presencia! Siento que tu mano calma el ardor de este corazon; mi frente inclinada se estremece como si á ella aplicaras tus amorosos labios. ¡Ah! ¡La presencia de todo lo que se ama y de todo lo que ruega está en Dios, porque Dios es su patria!

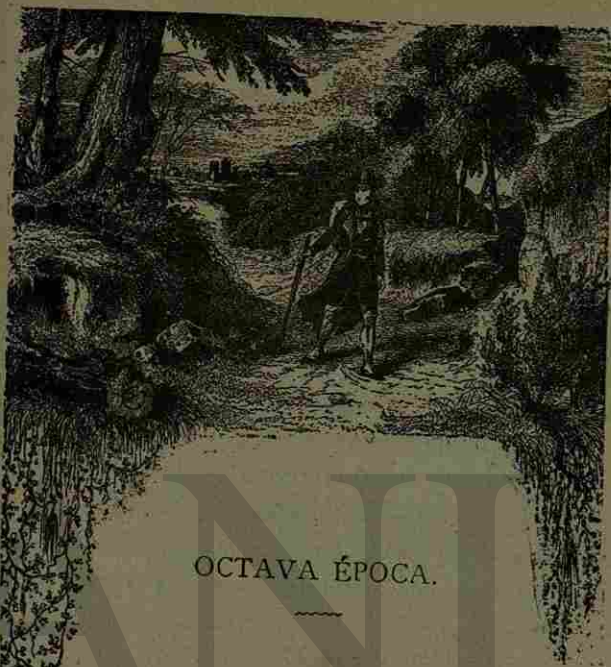
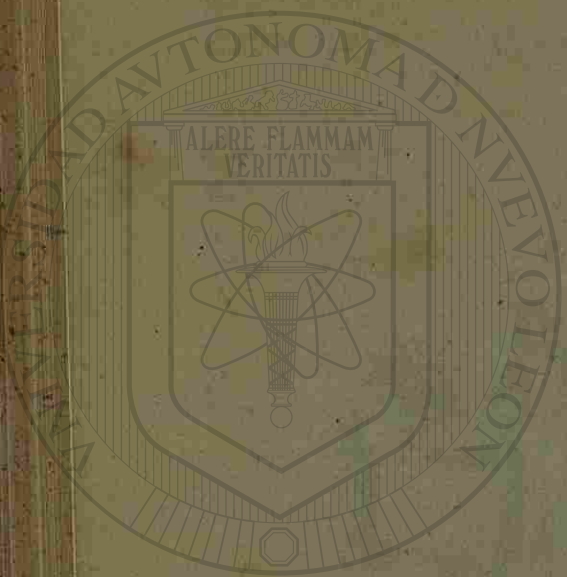


—¡LAURENCIA, ESTA MANO TE ABSUELVE EN NOMBRE DEL PADRE!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OCTAVA ÉPOCA.

París 16 de Setiembre de 1800.

He acompañado á mi hermana hasta dejarla en brazos de su esposo. ¡Cuán triste fué este regreso, y sin embargo cuán grato! Esos hermosos niños, subidos en sus maternales rodillas, ¡cómo hacian flotar esa alma en lágrimas de contento! Bajo el tético color de su traje de luto, ¡cuánta ventura encerraba su pecho, cuánto amor brillaba en su mirada! ¡Ah! La vida se duplica en el corazón de la madre; cuando su pasado se cierra y se anubla su

ocaso, ella ve el porvenir, lleno de luz y esperanza, irradiando sobre su vejez de la frente de sus hijos; su alma se multiplica sobre ellos para amarlos. ¡Oh casto amor! ¿no habrá también hiel en tu copa?

París 20 de Setiembre de 1800.

Antes de volver á mi nido para siempre, desean que pase algunos días con ellos, á fin de que mi pobre hermana se acostumbre por grados á las separaciones, y además, según presumo, para que antes de retirarme á mi oscuro recinto, perciba mi oído los ruidos mundanales, del propio modo que desde el pié del médano se sube á la cresta para escuchar el estruendo de las olas y ver la tempestad.

¡Oh! ¡Cómo han conturbado mis sentidos los rumores del mundo! ¡Qué huracan del alma sopla en París! ¡Cómo resuena á lo lejos su pujante voz que rebrama, llena de las mil voces del pueblo que lo inunda, semejante al Océano que hincha sus olas, las cuales suben y bajan prorumpiendo en lúgubres sollozos! ¡Oh! ¡Cuántos gritos dolorosos, cuántos clamores fatales, angustias, terrores y convulsiones hay en las grandes voces de las grandes capitales! Créese distinguir en ellas el acento de las pasiones que, soplando desde el infierno sobre ese millon de almas,

hace que choquen entre sí esos hombres y esas mujeres, remontando sus clamores al cielo como un flujo, y no formando sino un solo grito de mil gritos confusos; ó parece también que se percibe el ruido de las sienas de la tierra que la fiebre hace latir con espantosa fuerza en las arterias. ¡Qué peso abruma el alma al penetrar en esos muros, al ver circular por esos impuros canales esos torrentes animados y esa oleada humana, arrastrada en sentido contrario por una corriente invisible, que flota eternamente en su propio lecho y cuyo agitado movimiento se ve sin discernir su objeto!

¡Qué tempestuosa nada, qué mar de tristeza me oprime y me hiela siempre que entro allí! No parece sino que ese pueblo en el que yo también voy á ondular, ha de ahogarme en el piélago de ese abismo sin fondo; que la mirada de Dios me pierde entre esa muchedumbre; que gravita sobre mí solo todo el peso de esa marejada; que su inmenso tedio y su agitación me arrastran, débil y aislado, con su poderosa atracción; que la simpática fiebre de esas pasiones se me inocular también al ponerme en contacto con ese pueblo; que su alma trabaja y sufre en mi seno, que tengo sed de su sed, hambre de su hambre, que sus crímenes mancillan mi sagrado traje, que, girando en sus movedizos abismos, yo no soy para él más que una gota de agua que no hace bajar ni subir su nivel, una salpicadura de su espuma, un

poco de su cieno, un alga de sus orillas que él encucia y aplasta, y que si llegara á caer á su paso, esa muchedumbre no se detendría al oír mis gritos, sino que, cual máquina lanzada á toda marcha, pasaría sobre mi cuerpo sin pensar siquiera en ello!...

Además ¿deberé confesarlo? Aquí existe un motivo perpétuo de tristeza y de espanto para mí; sin notarlo, me pongo temblando á pensar, á decirme: «¡Aquí respira Laurencia! Ese ruido lo oye ella, ese cielo es el que ve, este el empedrado que pisa, esta el agua que bebe; en este océano, en este inmundo desierto está sepultada esa pura perla en el mundo!» Cuando levanto los ojos hácia esas brillantes moradas en que los millares de luces de la noche resucitan el día; pienso al divisar una sombra en la ventana: «Esa sombra que veo, tal vez será la suya.» Cada coche que pasa junto á mí me parece que se la lleva, ese coito con el que acaba de tropezar el mío de noche, la huella de ese pié, el vestido con que rozo, ¿quién sabe si será?... De todo lo que veo brota para mí una punzante angustia que me asalta con rigor: percibo acentos que me estremecen; oigo nombres que hasta ruborizan mi alma; tiemblo al fijar la mirada en una mujer; me estremezco al pensar que si encuentro por casualidad su rostro, llegue á morir mi corazón, fulminado por una mirada. Luego regreso á mi vivienda con el ánimo postrado de cansancio, pero siempre perseguido por los gritos de esa multitud, encontran-

do el aislamiento, pero nunca el reposo, con el corazón amargo y vacío y lleno de mil ecos. El ruido atronador de la tempestad humana, sube, brama sin cesar y me aturde; y solo, sin que caiga sobre mí una gota de fe, apenas oigo ¡ay! á mi corazón que reza dentro de mí.

¡Oh noches de mi montaña! Hora en que todo vuelve al silencio bajo el cielo y en mí; luna que se balancea bajo las plateadas capas del blanco álamo que la brisa del lago apenas inclina; cándidos fulgores del cielo difundidos por la yerba como lienzos extendidos del lino recién lavado; susurro furtivo de las brisas ó del agua; lejanos ladridos del perro que á intervalos resuenan; armoniosos trinos del ruiseñor posado en las copas de los árboles, silencio en mi alma, ó cuando más algunos murmullos íntimos que una calma universal acallará en breve, y que se convertirán en piadosos suspiros al volver á Dios mi mente! ¡Cuán despacio trascurre el tiempo! ¡Oh! ¿Cuándo os volveré á ver?

Paris, 21 de Setiembre de 1800.

¡Qué espectáculo haceis presenciarse, oh Señor, á vuestros ángeles, en esos grandes choques de ideas y en esas luchas extrañas! ¿Quién puede conocer

vuestro designio sobre este pueblo? Vos, oh gran Dios, habeis dotado su seno de dos almas; la una, guiada por un instinto vago hácia lo desconocido, sondea el mar de la duda y descubre la idea; amasando el verbo en su mano, le da la forma que más palpable la hace á la mente humana; la extrae como oro de su mina profunda, y la acuña cual moneda para uso del mundo: la otra, alma de soldado, siempre firme y alerta, hierve en su pecho cual divino volcan, aspira á los cuatro vientos el hálito de la guerra, y toma toda la tierra por campo de batalla; y obrando á la vez por medio de esta alma doble, sirve á Dios con su corazon y al hombre con su sangre, asemejándose en nuestros dias al pueblo de Moisés, dividido en dos partes por el profeta para trabar el combate, una en el valle muriendo por Israel, otra en las alturas elevando sus manos al cielo!...

Para lanzar á todos sus hijos á lucha desigual, Paris parece la gran capital de los campos; véense entrar por cada puerta sus batallones, cual mieses renacientes de sus sangrientos surcos, que se encaminan cantando hácia sus catorce cuerpos de ejército para completar en los campamentos las filas diezmadadas; por do quiera circulan estandartes desgarrados por el plomo enemigo, en torno de cuyos sagrados jirones se agrupan los soldados; continuamente se oye retumbar el cañon sonoro, con la boca llena todavía de las balas vomitadas; y la ciudad al despertar tan

solo ve brillar á los rayos del sol espesos bosques de fusiles.

¡Y cuán pródiga de su vida es esta muchedumbre! ¡Qué de pronto se ha sometido al grande hombre! Ella, que no podia soportar un yugo más suave, abraza las rodillas del tirano de su gloria, inclínase sumisa ante su nervioso continente, acepta sin trabajo su ruda disciplina, y al plegarse á su férreo puño, parece el cuello de su caballo ó el guante de su mano! ¡Ah! Es que tambien tiene el pueblo ese rápido instinto que le induce á lanzarse tras los pasos de su guia; es que al verse la débil humanidad en peligro ha recibido del mismo Dios el instinto de la unidad, y es que, para que un grande hombre haga de ella un gran pueblo, es preciso que el bronce extravasado corra bien en el molde.

Sin embargo, ¿á dónde los arrastra ese vago impulso? ¿Por qué van á pelear y á morir tan alegremente? ¿Su espíritu lo ignora, pero su instinto lo sabe de antemano: van como una bala, á donde la fuerza de impulso los lanza, á conmover el presente, á derribar el pasado, á borrar bajo tu dedo algun imperio ya borrado, á hacer sitio en la tierra á algun destino invisible para nosotros, mas ya nacido para tí, y que tú contemplas en todo su esplendor allí donde nosotros no divisamos todavía sino polvo y ruinas!

¡Así, Señor, tú haces de todo un pueblo el arma misteriosa de algun gran misterio, mientras las na-

ciones, sin conocer jamás tus planes sobre el universo, trabajando desordenadamente en la trama de los tiempos, guiadas por tu mirada sin saberlo, son en la mano de Dios instrumentos de ideas! Y el hombre, que no ve sino polvo y sangre, y que cree á Dios muy léjos, se engaña maldiciendo; aprisionado en los estrechos límites de su pensamiento, no sabe que una obra terminada sirve de comienzo á otra obra, y que para que la espiga divina pueda germinar en ella, se labra la tierra antes de sembrarla.

¡Oh! ¡Cuán mezquinos son nuestros juicios y cómo excitarían la risa del que supiera leer en el libro de Dios! ¡Cuán poco comprendemos los desenlaces de la suerte!

La caravana humana estaba acampada un día en ciertas selvas que orlaban una ribera escarpada; y no pudiendo proseguir su marcha, buscó en los robles un abrigo contra el sol y el viento; las tiendas, con sus cuerdas enlazadas á las ramas, formaban alrededor de los troncos ciudades y pueblos, y los hombres, diseminados por espesas praderas, comían su pan á la sombra y conversaban en paz. De pronto, como si los acometiera un furor insensato, levántanse impulsados por la misma idea; asestan hachazos á los troncos, derriban á sus piés esas copas en que se habían multiplicado los nidos; y las fieras de los bosques, saliendo de sus guaridas, y las aves, ahuyentadas de los árboles seculares, contemplaban tanta ruina con

miradas de horror, sin comprender el objeto de aquella tarea, y maldecían de todo corazón á aquella raza estúpida encarnizada en su propio daño que destruía hasta la sombra que la había protegido! Pues bien, mientras las bestias feroces se compadecían del hombre y se llenaban de pesadumbre en sus madrigueras, el hombre, prosiguiendo afanoso en su sublime obra destructora, había derribado los troncos á modo de arcada sobre el abismo, y los árboles tendidos de una á otra orilla, cubrían y atravesaban el río; entonces la caravana, continuando en paz su interrumpido viaje, lograba pasar á la orilla opuesta.

Del propio modo, el tiempo, conducido por el mismo Dios, pasa sobre lo que ha destruido para continuar su marcha. ¡Espíritu Santo! ¡Guíalos, cual otro Moisés, por caminos de paz á la tierra prometida!

.....

París, 21 de Setiembre de 1800 por la noche.

¡Qué fiebre! ¡oh, disipad la imágen que me mata!
 ¿Es un sueño, una sombra? ¿Es ella la que he visto?
 ¡Sí, ella era; mi corazón no puede engañarse! ¡Nadie sino ella podría descargar en él tan rudo golpe!
 ¡La he vuelto á ver!.... ¡pero señalada con el dedo, envilecida! ¡Oh! ¡Todavía faltaban estas heces en mi cáliz!

Anoche fui á un templo para oír predicar la palabra de Dios por un anciano que ha logrado escapar del martirio, y cuya voz ha recobrado su imperio sobre este pueblo. La iglesia estaba llena de gente. Oculto yo en la sombra, al pié de una oscura columna, á la cual llegaban oblicuamente los inciertos resplandores de los cirios que ardian á centenares en el coro, esperaba que el pueblo lo hubiese inundado todo, desde las tribunas al presbiterio; y con la frente apoyada en las manos y el cuerpo en la columna, oía sin ver los pasos de las personas que entraban, y en torno mío los grupos de curiosos que hablaban en voz baja recorriendo con la vista todos los ámbitos del templo.

De pronto se levantó un murmullo inmenso como el que producen las espigas en los surcos cuando empieza á soplar una fuerte brisa; percibí el roce del aire, y mi frente sintió el viento que unas plumas oscilantes enviaban á mi ardorosa piel. La muchedumbre compacta se apartaba por sí misma dejando el paso franco, y luego volvía á juntarse de pronto tras la persona que habia pasado. Todo eran rumores, exclamaciones de sorpresa y de admiracion. Un instinto maquinal me hizo volver la cabeza para ver el encantador objeto que así distraía á los fieles; pero ya no estuve á tiempo, la mujer habia pasado; el surco que habia abierto en la iglesia estaba casi borrado; y solo ví su talle y sus hombros desnudos, donde entre

flores ondulaban unas trenzas sueltas, anunciadas, precedidas y seguidas por do quiera de sonrisas amorosas.

—¡Es ella, decia un jóven, sí, ella es! ¡Hay otra tan bella en ese cielo que se nos promete? No, jamás han resonado en este sagrado lugar los pasos de ángeles tan divinos como ese ángel.

—¿Ella? le respondia otro; más bien será su sombra, porque ella teme hasta acercarse al templo, y sus hermosos piés, siempre seguidos de una multitud de adoradores, no han pisado nunca las losas de estos lugares para venir á rezar en ellos. Este es su único defecto: ¡ah! dicese que esa tierna mujer ha entregado su alma á la desesperacion: jamás se la ha visto en estos sitios; ella, que hace creer en el cielo, no cree sin embargo en Dios!

—Pues es ella: ¿quieres una prueba? Mira su cinturón y su collar de viuda. Mira el que le acompaña.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que es el mártir de ayer y el escogido de hoy. Hará bien en apresurarse á disfrutar de su ventura, porque mañana..... ¡Qué lástima que una belleza tan pura sea tan voluble! Mejor dicho: ¡qué fortuna que haga circular la copa en que cada cual desea embriagarse y morir!

—Pero ¿qué vendrá á hacer al sermón?

—Viene á distraerse como nosotros, á oír palabras de candenciosa entonacion ó piezas musicales toca-

das en el órgano y que ella no ha danzado en los salones, pues se dice que desde su primera aventura le gusta mucho oír de noche el murmullo del órgano, sin duda como recuerdo del grato rumor que oía en las montañas con su primer amante. ¿Ya sabes, eh?...

En esto el sacerdote se presentó en el púlpito, y recitando en voz baja el texto de su plática, les hizo guardar silencio: habló de la dicha que se experimenta muriendo por la fé, de los mártires inmolados en defensa de la Iglesia y del rey, y evocando un recuerdo sobre los huérfanos por ellos dejados, arrancó sollozos y suspiros de su inmenso auditorio. A los ojos de todos los circunstantes asomaban compasivas lágrimas; todos entregaban su piadoso óbolo; una mujer, que según decían era huérfana también, emblema de los desastres de aquellos tiempos, precedida del sacerdote y llevando una bolsa en la mano, iba abriéndose paso entre los conmovidos circunstantes, y haciendo resonar las monedas, solicitaba la piadosa caridad de los fieles. Solo se oía el acento de su tímida voz, los golpes que el sacerdote daba con la cruz en las baldosas, ó el monótono ruido que el dinero sagrado producía al caer en la urna de las limosnas; en breve se acercó á las filas próximas á la mia; mi mano buscaba ya en el seno el óbolo del altar, cuando, al levantar la cabeza, mis ojos se encuentran con los suyos quedando fijos en ellos, y, como fascinados por la mirada que en vano quieren

esquivar, cada una de las nuestras sigue á la otra que la sigue á su vez. Parecía cual si ella procurase distinguir desde lejos al través de una nube mis facciones, y yo veía las suyas presentarse ante mi vista como sombra que se remonta desde el fondo de un recuerdo. Aquella fatal imágen penetraba más radiante en mi corazón á cada paso que daba; pero á medida que mis ojos deslumbrados y sumergidos en los suyos, contemplaban con fijeza su intensa mirada que no se apartaba de la mia, la veía palidecer y convertirse en estatua, como si toda su sangre se escapase por su vista; con la pupila inmóvil, el pié levantado, inclinado el cuello y el brazo extendido hacía donde yo estaba, dió un paso, retrocedió, buscó en su pasmado seno un grito que espiró al nacer, y luego, perdida la color, la voz y la vista, cayó inanimada en los brazos del santo anciano. Yo mismo, sin exhalar un grito, sin hacer un movimiento, quedé muerto de su muerte; é ignoro lo demás.

.....

Quando volví en mí como si saliese de una tumba, la iglesia estaba silenciosa y vacía; una sola luz brillaba como una estrella en la bóveda; la brisa nocturna hacía resonar los ventanales; el reloj dió las ocho, y fui avanzando de pilar en pilar con callado paso: á fuerza de dolor tenía aniquilada el alma.

Verla, ¡jera ya demasiado! pero ¡verla infamada, caída, ángel de ilusion, befa y escándalo del mundo,

por culpa mia, por mi amor, por mi virtud quizás!
¡Oh! ¡Qué duda mortal renace en mí! ¡Angel á quien
la dicha habria santificado, oh Dios, seré yo.... sí, yo
soy quien te ha sacrificado!

ESTANCIAS Á LAURENCIA.

22 de Setiembre de 1800.

¡Oh ángel de otro tiempo, ahora infeliz mujer! ¡Oh
Laurencia, no te equivocabas; sí, yo era, yo, que
buscaba la mitad de mi alma, y que la lloro en tí!

Vives ¡pero con qué vida, oh cielo! ¡Qué extrañas
frases! Tú, diamante engarzado en cobre y plomo,
que Dios dejó caer en el camino de los ángeles, y que
el impío ha recogido!

Acuérdate de ese cielo que vimos juntos tan cer-
cano..... del dia de nuestro encuentro y del de nues-
tra separacion; ¡sí, fui un asesino! sí, esta mano te
inmoló, pero en holocausto de Dios!

Sacrificio insensato que tu falta condena, estéril
inmolacion de mi corazon agitado, porque lo que yo
respeté, otro lo profana, y el infierno se rie de mi
virtud.

¡Oh Laurencia! ¡Vuelve á acogerte al Dios de tus

años juveniles! ¡Vuelve al amigo!.... ¡Gran Dios! En
mi dolor, no habia conservado en la tierra más que
una imágen: no la mancilles en mi corazon.

Vuelve, vuelve al cielo que te llora y te ama: vuel-
ve, ya que no por tu alma, oh Laurencia, por la mia!
¡Y si necesitas purificarte con el agua de un nuevo
bautismo, mis ojos la vierten para tí!

Aquí dos, uno allá arriba. No se ha roto, no, el
invisible vínculo de nuestra doble existencia: tu cora-
zon sube y se purifica en mi corazon, ó el mio mana
sangre con el tuyo!

¡Oh! Cuando al entregar tu alma á impuras volup-
tuosidades, mancillas esa cándida azucena que yo
guardaba para tí, ¿piensas alguna vez en que llenas
de asquerosa inmundicia ese corazon en que Dios se
habia contemplado?

¿Piensas alguna vez en que enturbias esa cristalina
onda, que muy léjos de deber empañarla el humano
aliento, no debia reflejar al sol de este mundo sino
un recuerdo y una esperanza?

¡Y yo que te veia, oh Laurencia, en mis sueños y
á través de tantas lágrimas, viviendo castamente con
un esposo, con una sombra en la frente, una esperan-
za en el corazon y unos hermosos hijos en tu re-
gazo!.....

París, 26 de Setiembre de 1800.

¡Noche funesta! Desde que he vuelto á ver á Laurencia y conozco las señas de su morada, siempre que salgo encamina mis pasos el instinto hácia ese hogar de mi cielo, cuyo umbral no traspongo, pero ante el cual permanezco, oculto por las nocturnas tinieblas, escuchando si sale de él alguna voz del cielo ó de la tierra, como Adán, expulsado de los jardines del Señor, escuchaba cómo se alejaban las voces de su perdida ventura,

Hoy, como ayer, salí al amparo de las sombras de la noche; el encapotado firmamento rodeaba la morada de Laurencia de mayor oscuridad, y la lluvia, lavando el empedrado con sus torrentes de agua, ahogaba el rumor de mis pasos en la calle. Con los piés en el arroyo, la cabeza bajo las canales, sentéme junto á la esquina en el borde del banco de piedra, apoyando el codo en un guardacanton, más humilde y más escondido que un pobre mendigo

Era la hora en que París, convirtiendo la noche en día, cruza las calles en sus innumerables carruajes que resuenan cual incesante trueno, y en que sus hijos, arrastrados por las vertiginosas ruedas, van al azar en busca de sus lascivos pasatiempos. Las colosales puertas de aquella casa abríanse á intervalos á los gritos de los criados y al estrépito de los carruajes, y al través de las vidrieras veía yo brillar numerosos rostros resplandecientes de la embriaguez

del baile; oía en su interior esas voces de hombres y de mujeres, esos sonidos de los instrumentos, esos zumbidos de las almas en los que el oído se esfuerza inútilmente por discernir una frase y que no son sino la brisa errante del placer: ¡cada vez que esa alegría se desbordaba fuera de las frias paredes, hundía un agudo puñal en mis entrañas, y seguramente habria sufrido mucho menos (perdona, oh Señor, mi remordimiento) si hubiera visto salir de ellas la agonía y la muerte!

Agolpábase á mi imaginacion un confuso tropel de ideas: ¿si me presentara de improviso en medio de las fiestas, si hiriendo de una mirada sus ojos petrificados, cual reminiscencia de una época olvidada por su corazon, y derribando con el pié esos vasos de delicias, aterrara todos esos vicios con el nombre tonante de Dios; si sacando á ese ángel del corrompido ambiente que le rodea, le devolviese la inocencia y la vida?... Mas ¡ay! ¿con qué derecho? ¿Soy todavía su padre? ¿No he renunciado hasta al dulce título de hermano? Desde el momento de nuestra separacion, ¿no somos extraños el uno para el otro en todas partes, excepto en Dios? ¡Oh! ¡Tan solo en el seno de Dios y en el del silencio me es dado bendecir, orar, llamar, llorar y buscar á Laurencia! ¡Y cuando hubiera deseado morir cien veces por ella, no puedo, oh Dios mio, volar solo en su auxilio! Al considerarlo así, abrazaba la helada piedra del guardacanton y

mis ojos se deshacían en llanto y mis labios en plerías.

.....

¡Perdónala, Dios mío, si busca en la tierra ese amor que, siendo tan niña, pusiste ante sus pasos; perdónala si después de haber vivido dos años de esas delicias, le absorba aún en profanas copas! ¡Ah! Yo solo, Señor, yo he hecho en su corazón ese vacío que no puede llenar una dicha glacial: ¡caiga sobre mí la pena con el crimen! ¡Hierre, Dios mío, al tentador, pero no á la víctima! ¡Oh tierno, oh buen pastor! Ampara en tus amorosos brazos á esa oveja prendida en los lazos terrenales; ampara á esa alma que aspiró el amor con la vida, y que todavía le sigue absorbiendo en su manantial agotado! Si tú no hubieses roto su copa entre sus dientes, ¿quién sabe lo que el cielo habría vertido en ella? ¿Quién sabe cuántos tesoros encierra aún esa alma? ¿Quién sabe cuántos perfumes se derramarían de ella á tus pies, cual de los cabellos de otra Magdalena, para lavar con su llanto sus pecados olvidados? ¡Oh! ¡Que mis lágrimas, Señor, sean acogidas por vos como si brotaran de sus párpados! ¡Que mis noches sin fin, mis ayunos, mis oraciones, y el agua que mis ojos vierten sirvan para redimir su culpa!

E iba ya á hincarme de rodillas, cuando los bulliciosos grupos que salían del baile me despertaron de mi celeste éxtasis con sus alegres carcajadas.

.....

El ruido había cesado y retirábase todos los concurrentes: rechinaron los goznes y cerrojos de las cerradas puertas, y de pronto oí que se abría un balcón sobre mi cabeza: la luna acababa de aparecer en el cielo; la sombra de los balcones, cubriéndome con su manto, me sumía en la oscuridad, desde la cual podía verlo todo. Asomóse una mujer al balcón: ¡era ella! ¡Oh Dios mío, aunque pálida y hastiada, cuán bella estaba! El contacto del mundo, ¡cómo había madurado en su precoz estío, pero sin ajarla, su hermosura angelical! Y á pesar de aquel traje y de su diferente aspecto, ¡cómo encontraban mis miradas en todos sus rasgos característicos al primitivo Laurencio! Él había crecido en ella, pero ella seguía siendo él! Su cabeza inclinada parecía soportar un intenso tedio; apoyaba un codo en la dorada baranda, y su mejilla, alumbrada por la luna, carecía de color y de brillo: sus blondos cabellos, desprendidos ya de su frente, flotaban sueltos sobre el barandaje, y hasta mí llegaba el olor de la brisa que los acariciaba y que se escapaba en perfumes del oro de cada trenza. ¡Oh! ¿Cómo no hubiera embriagado mi corazón el balsámico aroma de las flores que caían de sus cabellos?.....

Levantó la cabeza, y estuvo largo tiempo contemplando la luna, como aquel á quien molesta una imagen; exhaló un lento suspiro, extendió los brazos,

y llevándolos luego á su corazon prorumpió en ¡ay! Despues con acento y mirada distraidos, murmuró entre dientes nuestra cancion de la montaña, cantó algunas frases con voz trémula y baja..... pero faltó el aliento y las notas se convirtieron en sollozos, hasta que interrumpiéndose como con violencia, cerró el balcon, y todo volvió á quedar en silencio!

.....

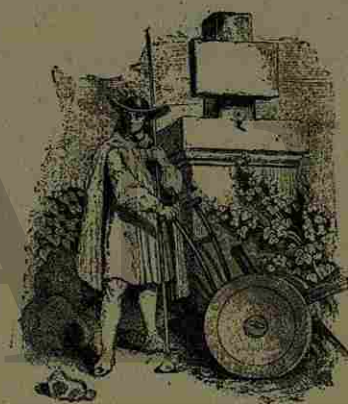
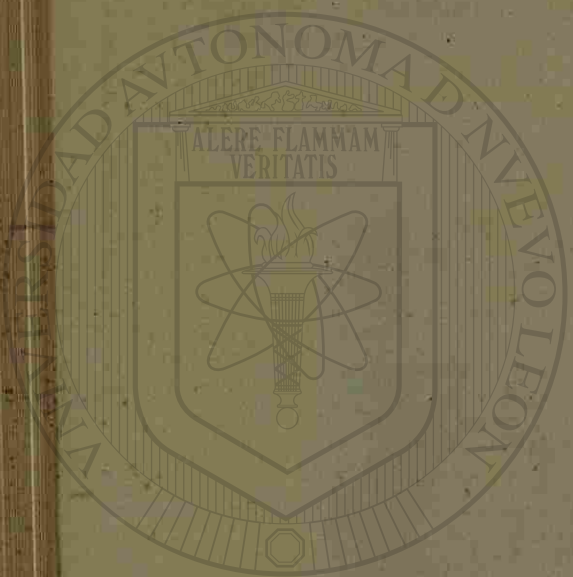
¡Oh! ¡Mi imagen, Laurencia, estaba entonces en tí! Sólo mediaban dos pasos entre mi cielo y yo! ¡Tan sólo una oleada de aire que atravesar para remontarme á él! ¡Un solo aliento que exhalar, un nombre que pronunciar! ¡Y mi amor perdido volvia á mis brazos, y ni el cielo ni el infierno le arrancarian ya de ellos! ¡En mis oidos resonaba el dulce eco de su voz; el aire que ella respiraba le llevaba mi aliento; bastaba un grito emanado del corazon, un ademan, un movimiento, para que nuestros dos corazones se confundieran en un solo latido, y para que nuestras almas saciadas atravesaran de un solo impulso para reunirse el abismo de nuestras vidas! ¡Tú triunfaste, Dios mio, de mi fragilidad; mi silencio volvió á poner entre nosotros la inmensidad del vacío! Alejéme de allí temblando, seguido de su sombra, y volví á entregar mi alma y la suya en tus manos.

.....

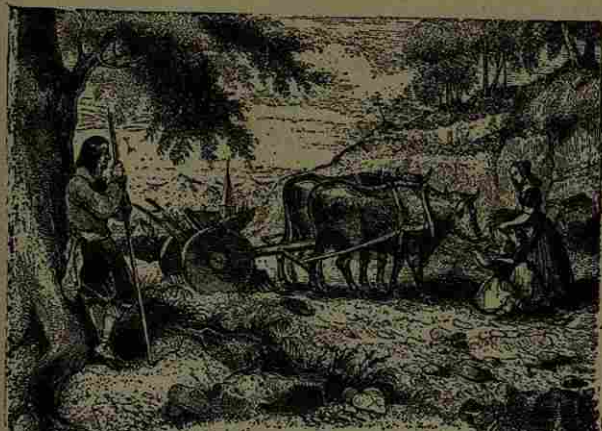
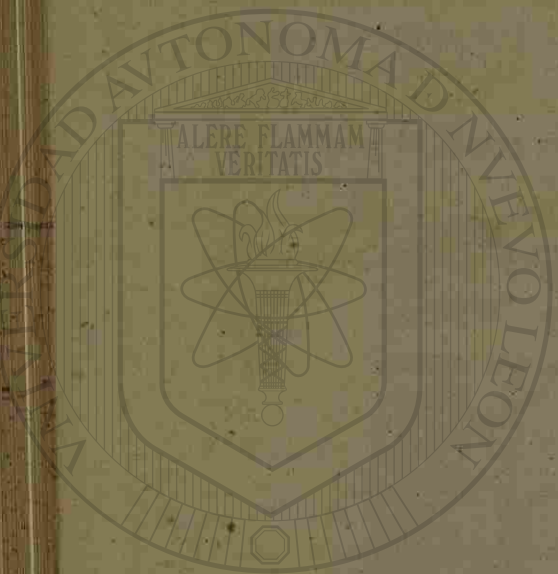
En camino, 26 de Setiembre de 1800.

La nueva aurora no me alumbró ya en París, y mi corazon se encuentra en las montañas á donde encamino mis pasos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOVENA ÉPOCA.

Valneige, 12 de Octubre de 1800.

¡Oh nido en el que se recoge mi alma en la montaña! Héme ya por siempre regresado á mi albergue, como el pajarillo que, ceciendo de alas, se refugia en un agujero de la pared para morir. Mi alma, anhelante de un poco de reposo, precedía desde gran distancia á mis pasos con el pensamiento. ¡Cuán grata fué á mis ojos la sombra de las montañas que se perdian en las nubes, tan luego como llegué á sus faldas! ¡Con qué fruicion respiraba, al trepar por sus colinas, los vientos armoniosos exha-

lados por las barrancas, esas brisas que salen cual suspiro medio consolado, de las dentelladas ramas del alerce! ¡Cuán agradable me fué contemplar la corteza del primer abeto! ¡Qué triste y fatigado me tendí sobre el musgo! ¡Cuán largo tiempo pasé con mis silenciosos lábios aplicados á él, escuchando solamente los fuertes latidos de mis sienes, y el proceloso embate de mis mil encontrados pensamientos, derramados en lágrimas más bien que en palabras sobre la yerbal! ¡Cuántas veces bebí en el hueco de mi mano un poco de agua del torrente que corre á lo largo del camino! ¡Con cuánta frecuencia creyó percibir mi oído, atento á sus oleadas, un grito producido por sus aguas al despeñarse por su álveo, grito que obligándome á encoger todo el cuerpo recorrido por glacial escalofrío, me detenía anhelante á la orilla del sendero!

Por fin, al llegar la noche, divisé entre las copas de los árboles los contornos de las cenicientas paredes de mi casa situada junto á la vertiente de los abismos; los aldeanos, diseminados entre sus gavillas de heno, me saludaban desde léjos con el ademan y la mirada, en tanto que yo me iba acercando, con el corazón henchido de tristeza y la vista fija en mi hogar silencioso y frío, á su cerrada puerta: cuando mi pié polvoriento pisó mi pobre umbral, un amistoso ladrido fué mi única acogida: ¡ah! era mi perro, tendido al pié de mi ventana, y al que los tres meses de ausencia de su amo habian enflaquecido en extremo.

Marta estaba hilando, sentada en la meseta de la escalera, y al verme se le escapó de las manos el huso que fué rodando por los escalones; miróme sin despegar los lábios, y como si su vista hubiese leído lo que pasaba en mi interior, abrió la puerta de mi aposento y continuó silenciosa. El perro solamente corrió á mi encuentro dando alegres aullidos, saltó en torno mio lleno de júbilo y ternura, se revolcó á mis piés prodigándome mil caricias, lamió mis manos, mordió mis ropas, mi calzado, brincó del suelo al lecho, de la silla á la chimenea, festejando toda la estancia, y pareciendo anunciar con sus saltos y sus gritos hasta á las mismas paredes la llegada del sér á quien amaba; y tendiéndose luego en mi polvoriento morral, clavó en mis ojos una cariñosa é insistente mirada. ¡Oh vosotros los que ni siquiera teneis en la tierra este amigo del pobre solitario; perdonadme si os confieso que aquella mirada tan dulce, tan triste de mi perro hizo que las lágrimas subieran de mi corazón hasta mis ojos. Rodeé con mis brazos su cuello henchido de gozo y humedecí su sedoso pelo con las gotas de mi llanto. «Ven, le dije, mi pobre y único amigo, ven, amémonos! ¡do quiera que Dios hapuesto en contacto dos corazones, ¡es tan grato amarse!»

¡Ay! Volver solo al desierto hogar, sin ver al acercarnos á él una ventana abierta, sin que al divisar en lontananza su techumbre podamos decir: «Mi regreso va á difundir en esa casa la alegría; una

mujer amada, una hermana, una madre, los amigos, están contando los pasos que me faltan para llegar, y dentro de breves instantes, conmovidos por mi vuelta, esos muros se animarán para rodearme de amor! ¡Llegar solo, penetrar silencioso en el patio, sin que nos salga al encuentro un rostro conocido, sin que de tantos ecos como hablaban en otro tiempo, uno, uno tan sólo se estremezca al oír nuestra voz! ¡Sin que el amarguísimo sentimiento que nos inunda, encuentre en el mundo un solo ser en quien desbordarse, excepto en el corazón del viejo perro del hogar, que ha ladrado al percibir el rumor de nuestros pasos errantes! No tener más que ese corazón que palpita á la par del nuestro, sin que lo que en él sentimos se refleje en otro; no tener más que esos ojos sobre la tierra en que los nuestros se fijan, que nos miran partir ó regresar, que sin conocer la causa de nuestro llanto nos ven llorar, y á los cuales faltaría algo, si llegásemos á faltar, ¡ah! ¡todo esto es horroroso sin duda! y sin embargo ¡todavía es grato!

¡Oh perro mío! Dios solo sabe la distancia que media entre nosotros; solo Él conoce el grado de la escala de los seres que separa tu instinto del alma de tu amo; pero también Él solo sabe en virtud de qué secreta relación vives tú de su mirada y mueres de su muerte, y en virtud de qué compasión hácia nuestros corazones, hace que ames á aquellos á quienes ya nadie ama. Por esto, pobre animal, aun cuando

te arrastras por el suelo, jamás te ha tocado mi pié con necio desden; jamás he contristado tu corazón con una palabra brutal, ni mi corazón ha rechazado tus conmovedoras caricias; antes al contrario, siempre, ¡oh! siempre he respetado en tí la inefable bondad de tu Señor y el mío, como se debe respetar su más insignificante criatura, porque todas son hermanas nuestras, sea cualquiera el grado en que las haya colocado la naturaleza.

¡Ah mi pobre Fido! Cuando, fijos tus ojos en los míos, el silencio comprende nuestros mudos coloquios; cuando, puesto junto á mi cama, espiondo si duermo ó velo, un solo soplo desigual de mi seno basta para despertarte; cuando, leyendo la tristeza que me agobia en mis anublados ojos, procuras adivinar mis pesares en las arrugas de mi frente, y para distraerme de mis penosas cavilaciones, muerdes suavemente la mano que en tí apoyo; cuando mi alegría ó mi disgusto, reflejándose en tus ojos fraternales como en un claro espejo, hacen que tu mirada sea intranquila ó serena; cuando el alma se revela en tí tan ostensiblemente, y tu amor excede á tu inteligencia: no, no eres vana ilusión del corazón, no eres bafa del sentimiento humano, ó cuerpo organizado al que una caricia anima, ó autómatas engañoso de vida ó de ternura. ¡No! Cuando ese sentimiento se extinga en tus ojos, se reanimará indudablemente en algún cielo. La tierna simpatía de lo que tanto se

amó, sea hombre ó planta, jamás puede morir aniquilada: Dios la rompe un momento, mas para reunir la de nuevo: ¡su seno es bastante grande para que todos tengamos cabida en él! Sí, nos amaremos como nos hemos amado. ¿No deben ser para Él lo mismo los instintos que las almas? Donde quiera que la amistad consagre un corazón amante, donde quiere que la naturaleza inflame sus sentimientos, Dios mantendrá vivo su divino destello, así en la estrella de las noches cuyo esplendor centellea, como en la humilde mirada del pobre faldero que servía al ciego de guía y murió sobre su tumba!

¡Oh! ven, último amigo á quien alegra mi presencia, no temas que me avergüence de tí ante Dios; ¡llame mis ojos empapados en llanto! ¡pon tu corazón junto al mio, y puesto que hemos quedado solos para amarnos, amémonos, pobre perro!

Valneige, 9 de Noviembre de 1800,
en una noche de invierno.

¡Oh! ¡Cuán lento es el año y qué triste el día durante estos meses de invierno en que la sonora lluvia azotada por el huracán y chocando contra las vidrieras, oscurece los cristales con sus compactos chorros: en que el horizonte velado por heladas brumas, limita mis pensamientos como limita mis miradas, y en que

tan sólo escucho el impetuoso ábrego que introduciéndose por todas las rendijas produce quejumbrosos silbidos, la caída monótona de las cascadas de invierno, el alud que se despeña retumbante en mil fragmentos, el cacareo de las gallinas en el corral, y á Marta que pasa todo el día dando vueltas á su torno!

Entonces ¡ah! entonces es cuando mi alma aislada, relegada por todos los elementos á mi seno, y devorándose en mi interior como hoguera sin aire, anhela huir de sí misma, busca algo en torno suyo, siente que el tedio penetra por cada poro, y mira á lo lejos si hay álguien que la ame todavía, si existe un solo sér que, unido á ella por algun vínculo, me dedique un recuerdo y piense en mí; pero no viendo en derredor mas que indiferencia y silencio, vuelve á desplomarse con todo su peso en su vacío sin límites.

Así tambien, el hombre olvidado por la caravana en el desierto, busca la huella de un solo pié, y examina, hasta donde puede alcanzar su vista, si hay en el horizonte algun punto que se mueva, alguna tienda que despida humo, ó alguna verde palmera que interrumpa la interminable línea del desierto; pero no divisando más que abrasados arenales cuya superficie ha llenado de arrugas el viento del simun, pérdida toda esperanza de ajeno socorro, cierra los ojos á la luz y se sienta resignado para morir.

Luego, como un corazón destrozado al que reani-

ma una palabra conmovedora y envia sus lamentos al cielo desde el fondo del abismo, envio á Dios mi alma y digo para mí: «En Él tengo el agua que aplaque mi sed, el término de mis pesares; el amigo cuyo corazon rebosa amor, la familia inmortal y el invisible mundo!» Y rezo, y lloro, y espero, y siento que circula la benéfica agua por mi seco corazon, y bajo á mi huerto empapado por los frios aguaceros á visitar mis plantas inundadas; examino si los retoños de las campanillas han echado ya flores, levanto los tallos caidos sobre el agua, sacudo al sol los cogollos de mis lechugas, llamo de paso por su nombre á todos mis árboles, toco cariñosamente sus ramas con la mano, y me acerco á ellos como si fuesen antiguos amigos: porque, dado el aislamiento de mi alma, en la que rebosa esa necesidad de amar, que es su vida y su tormento, se uné al mundo vegetal por sentimiento, y si Dios redujese las plantas á polvo, yo abrazaria el suelo y amaria hasta á las piedras!....

Al volver á casa, acaricio á mis palomas que tiemblan de cariño, ó paso y repaso la mano por el lomo de mi perro, cuyo pelo se eriza de alegría; ó si asoma un rayo de blanco sol, me entretengo en escuchar los gorjeos de mis pájaros, que anhelan la vuelta de la primavera, y repartiendo de esta suerte mi alma entre todo cuanto me ama, procuro enganarme á mí mismo en mi aislamiento, mientras que el oculto abismo de mi profundo hastío va cegándose

en la superficie, pero quedando siempre el vacío en el fondo!

.....

8 de Diciembre de 1800.

El pobre buhonero murió anoche. Nadie queria dar tablas para su ataud, y hasta el herrero se negó á proporcionar clavos. «Es un judío, decia, que no sé de dónde ha salido, un enemigo de nuestro Dios, á quien seguiria ultrajando si resucitara; su cuerpo inficionaria el cadáver de un cristiano. Arrastrémosle á las hendiduras de la roca como á un perro. La cruz no debe cobijar con su sombra al que la niega, y la tierra solo se ha bendecido para dar sepultura á nuestros restos.»

Y en vano imploraban la compasion de los transeúntes la mujer y los hijos del judío, defendiendo el cadáver de la animadversion popular, y reteniéndole por los piés en su sudario. Avisado yo por casualidad de tan inhumano escándalo, acudí y con una mirada hice que se apartase la muchedumbre; tendí mis manos á la viuda y á los huérfanos, eché en cara á los cristianos la dureza de su alma, y avergonzándome por ellos, dispuse que se diera sepultura al cadáver diciendo: «Si no hay tablas para el ataud, id y tomad las de mi cama.»

Luego para enseñarles un poco de tolerancia, pri-

mera virtud de la ignorancia humana, y demostrarles que Dios y el sol lucen para todos y que sus beneficios alcanzan á pesar nuestro á todas las criaturas, les referí la sencilla y breve historia que acudió en aquel momento de mi memoria á mi corazón:

«En el tiempo en que los humanos andaban en busca de un país que habitar, algunos hombres se establecieron cierto día á orillas del Nilo, y aquellas gentes ignorantes, enamoradas y celosas de la corriente que las alimentaba, elevaron el río á la categoría de Dios. «Dará la vida á los que de él beban, dijeron: esos seremos nosotros, y los demás morirán!» Y cuando alguna errante caravana acertaba á pasar por allí y quería llenar sus odres profanos de agua del río, la rechazaban envidiosos, y se decían unos á otros: «El agua del cielo es exclusivamente nuestra! ¡Solo se vive en nuestros campos, y no se bebe sino donde estamos! ¡Los demás no beben y por consiguiente no son hombres!» El ángel del Señor, que oyó estas palabras, exclamaba: «¡Qué mezquinos son los pensamientos de esa gentel!» Y para demostrarles á su costa que el agua que cae del cielo corre para todo el mundo, hizo venir de lejos un pueblo con sus camellos que al cruzar el Nilo quisieron beber de sus aguas, y mientras los estúpidos defensores del dios-río prohibían sacar agua á sus sedientos rivales, el ángel, abriendo el cerrado depósito del cielo, hizo caer torrentes de lluvia sobre uno y otro ejército; el

pueblo extranjero bebió en el lago de las tempestades y el ángel dijo al otro: «¡Oh insensatos! Las nubes suministran agua á aquellos á quienes se la negais, y su manantial está más alto que el vuestro. Id, recorred el universo: vereis cómo cada raza tiene su río que descende de sus bosques, la fecundiza y mitiga su sed; pues todos esos torrentes proceden del mismo sitio, toda onda brota de la gracia de Dios! Él la vierte en la ocasión y en la medida necesarias, más cenagosa ó más pura, formando con ella riachuelos ó ríos caudalosos. Si los vuestros, oh mortales, son más claros y más dulces, guardaos de enorgulleceros, y mucho más de mostraros envidiosos ó egoístas; sabed que tenéis hermanos en la tierra; que los que carecen de un río como el vuestro, tienen lluvias en invierno, rocíos en verano, que Dios hace manar del lago de su bondad, dando á todas las criaturas la gota de agua que necesitan; porque todo pueblo es su pueblo y toda onda su onda!»

»Esta religion que nos enorgullece, es ese río hecho dios cuyo cauce se defiende. Vosotros creéis ser los únicos poseedores de los esplendores divinos, os figuráis que reina la oscuridad mas allá de vuestras colinas, que aquel á quien no alumbrá vuestra luz camina á ciegas y sin cielo en las tinieblas de la muerte; pero habeis de saber que Dios solo, fuente de toda luz, la difunde en todas las almas y en todas las pupilas; que cada hombre tiene su luz, cada edad

su fulgor, cada rayo celeste su parte de verdad, y que solamente El sabe cuánta luz ó sombra contiene para sus hijos ese rayo siempre oscuro! El vuestro es más impido y más templado; seguid vuestro camino alumbrados por su esplendor, dando gracias al cielo! Pero no interpongais entre el astro y vuestros hermanos la sombra de vuestras vanidades, la mano de vuestra saña; para hacer que la verdad brille á sus miradas, reflejad su luz en vuestra caridad, porque el ángel que vendrá á hacer la prueba de vuestra religiosidad, juzga el culto del corazón, como se juzga del río por sus ondas. El arco-iris que Dios pinta es de varios colores, pero el brillo del rayo se juzga por su calor!»

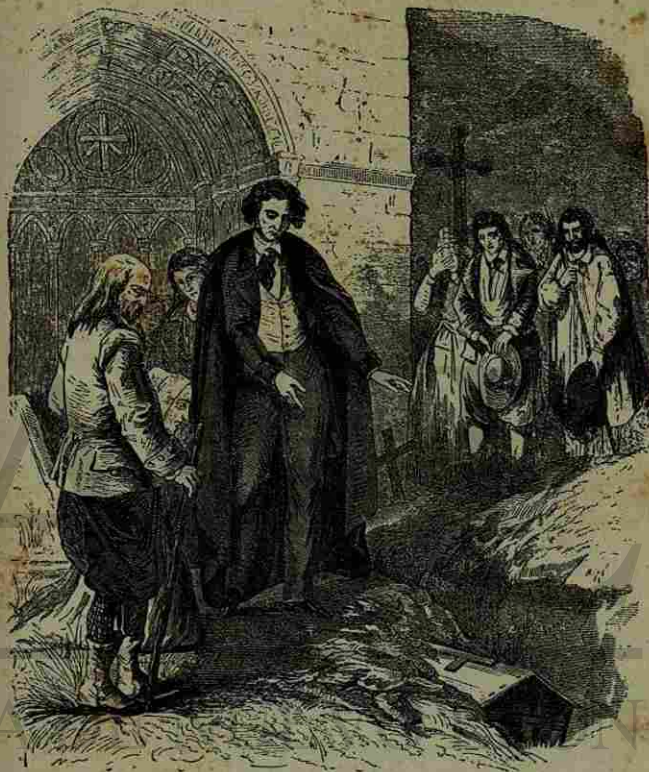
Esta moral en acción modificó de tal suerte su alma, que al fin todos querían á porfía amparar á la viuda y á los huérfanos.

(Aquí faltaban muchos pliegos del manuscrito).

LOS LABRADORES.

Caserío de Valneige, 16 de Mayo de 1801.

A veces me alejo de mi iglesia y de mi casa desde la aurora, cuando el tiempo es bonancible y después de celebrar el sacrificio de la misa, y con mi Biblia debajo del brazo, paso el día por los campos, sin



—¡OH SANTO AMIGO! LE DIJE. ¡DUERME EN PAZ!

guía, sin rumbo fijo, andando á la ventura, hojeando al azar la naturaleza como si fuese un libro, pero por do quiera con profundo recogimiento, porque en todas partes hallo escrito algun fragmento del inmenso nombre de Dios. ¡Oh! Quién así puede leer en las páginas del gran libro, no debe cansarse ni lamentarse de vivir!

La tibia atracción de los rayos de un cielo más cálido me hizo subir esta mañana por los montes á mayor altura de la acostumbrada; llegué á la cresta de una enhiesta colina, bañada en su base por un lago y terminada en un glaciar, y cuyas arboladas laderas de suave declive están salpicadas de abetos con algunos prados entre ellos. En su cúspide solo hay grupos circulares de caídos castaños, de robles seculares, cuyas copas dentelladas se destacan sobre el azul del firmamento, y semejantes á los vetustos muros de almenados torreones, hacen que el cielo parezca más azul por su contraste oscuro y cubren con su anchurosa sombra algunos campos. Al través del ramaje se ve relucir el lago, cuyas aguas despiden brillantes destellos al herirlas los rayos del sol y por las que se desliza la barca de blanca vela como el ala de un ave que pasa de rama en rama; pero más cerca, sus largos brazos asomados sobre el abismo y empapados de la humedad que durante la noche cae gota á gota sobre ellos, dejan pendiente su follaje y sueltan su rocío sobre un angosto espacio que mira

á levante, circundado por otros troncos negros como un lago de verdura en su reducida cuenca: desde allí, con el codo apoyado en sus raíces, podía yo verlo todo, hasta el fondo de los barrancos, sin ser de nadie visto.

Ya empezaba á oír cerca de mí por momentos el rumor de pasos, voces y mugidos que iban subiendo por la cuesta: eran los aldeanos que vivían en las chozas de aquellas alturas, los cuales se encaminaban á labrar su pedazo de colina con su rechinante arado arrastrado por una blanca yunta y su mula en la que cabalgaban su mujer y sus hijos: yo, en tanto, leyendo mi Biblia ó la naturaleza, pude contemplar todo el día aquella escena y trazar con distraído lápiz en el papel lo que iba viendo. ¡Oh naturaleza, todavía se te adora en tu espejo!

Dejando que sus bueyes cobren aliento, el campesino se apoya de pié en el tronco de un árbol, y enjuga con su callosa mano el sudor que de su varonil y simpática frente ha hecho brotar la subida del sendero; en tanto su mujer y sus hijuelos, arrodillados delante de los mansos bueyes que inclinan al suelo sus astas, les parten retoños de fresno y de helecho, y echan ante ellos en verdes montones las hojas que van mondando de las ramas; los animales rumían tranquilos, mientras que las sombras se re-

pliegan gradualmente á medida que sube el sol, y dejando que se entibie la frialdad de la gleba, van á morir á los piés del labrador. Este unce el yugo con la fuerte correa á la cerviz que su mano robusta hace inclinar á los bueyes; los niños van á coger ramas desgajadas, empapadas aún de gotas de rocío; las atan con sus hojas á modo de festones que los cuadrúpedos sacuden sobre su velado testuz para que sus jadeantes flancos y su polvoriento pecho lleven consigo un poco de sombra que oponer á los rayos del sol. Engánchase la lanza al yugo de alisada madera, la reja del arado se endereza y vibra bajo el gimiente eje, el hombre coge la esteva, y guiando el penetrante hierro que ha de abrir los surcos, conduce la yunta al extremo del campo.

¡Oh! ¡Trabajo, santa ley del mundo, tu misterio va á efectuarse; para que la gleba sea fecunda, es forzoso ablandarla con sudor! El hombre, hijo y fruto de la tierra, abre el seno de esta madre, que hace germinar los frutos y las flores, á la manera que el niño muerde el pecho materno para que la leche brote y chorree cual lágrimas del seno de su nodriza!

La tierra, hendida por la reja á la que ella misma aguza, se amontona, se rompe en terrones palpitan-

tes, y mientras se va abriendo humea como carne que se hiende y palpita y despidе humo al contacto de un hierro hecho ascua. Las alas del arado la dividen en dos polvorientos montones; sus yerbas, cuyas raíces quedan en descubierto, se dispersan; sus reptiles, sus gusanos, desenterrados por el hierro, se retuercen en su seno divididos en fragmentos; el hombre los pisotea, y sacudiendo la esteva del arado, hunde más y más la reja que los despedaza; la lanza profundiza y tiembla y le lastima los dedos; la mujer anima á los bueyes con la voz y con el ademán; los animales, afianzándose en sus jarretes que se doblegan, pesan con toda su frente sobre el yugo que los tiene ligados; sus ijares palpitan con ardor como un corazón generoso; hacen saltar el suelo hasta lo más profundo. El hombre acelera el paso, la mujer apenas puede seguirle: todos llegan sin aliento al extremo del surco, y se detienen: el buey rumia, y los niños espantan con la mano las moscas que le molestan.

¡Ya está abierto, todavía humea en el suelo ese profundo trazol! ¡Oh tierral! ¡Tú viste cómo brotó todo del primer surco abierto en tu seno! ¡Hubo un Eden sin cultivo; mas la naturaleza, buscando algo que estimulase al hombre, sepultó para él bajo tierra su destino y su misterio, ocultos en su primer surco!

¡Oh! ¡El primer día en que entreabriéndose la llanura bajo la robusta mano del hombre, bebió el santo sudor humano y recibió la semilla en depósito; para ver á tan noble criatura ayudando á Dios y sirviendo á la naturaleza, el cielo abierto retiró sus pliegues, palpitaron las fibras del suelo, y los ángeles asombrados celebraron la realización del segundo prodigio!

Y los hombres, enajenados de gozo, uncieron al yugo sus parejas de bueyes; y en los oteros se multiplicaron los grandes pueblos á la par de las mieses; y del seno de las llanuras brotaron las ciudades, esas colmenas de exuberante población, y los buques, descomunales alciones, llevaron en sus anchurosas alas su alimento á las naciones, cual las golondrinas lo llevan á sus nidos!

¡Y para consagrar la herencia del campo labrado por sus manos, los hombres se repartieron la tierra, fijando límites en sus posesiones; y propicio cada cual á todos los derechos, halló en su corazón la justicia, grabó su código por do quiera, y para consagrar sus propias leyes, elevándose hasta la ley suprema, buscó un juez y encontró á Dios!

¡Y la familia, arraigada á la loma que plantara, floreció de año en año, cual colectiva inmortalidad; y bajo su amorosa tutela nació el amor de la patria, simiente de pueblo germinada al calor del sol! ¡Simiente de fuerza y de gloria, que no es otra cosa

sino la santa memoria del campo sembrado por sus padres!

¡Y los templos del Invisible salieron de los flancos de la roca, y el hombre pudo acercarse á Dios por una escala insensible; y las plegarias que suspiran y las virtudes que estas inspiran brotaron del corazón de los mortales; y Dios admiró en el hombre su propia gloria y para conservar memoria de ella recibió la espiga como ofrenda en sus altares!

Después de reposar un momento, empiezan á trazar un surco paralelo al primero, y así van y vienen de un extremo del campo al otro, como el tejedor que, teniendo todo el día su telar en movimiento, empuja y atrae el lino que se va desenrollando, y junta el hilo al hilo en su rápida trama. En el sonoro valle resuenan sus voces; el mirlo azul huye silbando por los bosques; y las hojas del roble, agitadas por el ruido, dejan caer sobre ellos las gotas que destilan.

Entre tanto, el sol lanza sus rayos con más fuerza, el grillo parece tocar á fuego en el lomo del surco. Yo veo flotar, correr sobre los abrasados terrones la atmósfera palpable en la cual nada el rocío que vuelve á brotar del suelo y hierva á la luz como el hálito ardiente de la boca de un horno. El yugo de los bueyes va hundiéndose con menos rapidez en el surco; el hombre se pasa la mano por la frente, su voz se

debilita; la esteva vacila entre sus nerviosos dedos; el sudor de la mujer empapa sus cabellos; detienen el arado á la mitad de su carrera; acuden á refrescar sus sedientos labios en la fuente que mana de la peña, y con la boca aplicada al húmedo granito, saborean su frescura y su humedad.

¡Oh! ¡Que beban en esa gota el olvido de los pasos que les es forzoso dar: Señor, haced que cada cual encuentre en su camino una peña que le depare el agua que necesita! ¡Que vuestra gracia aplaque su sed! ¡Y puesto que cuantos encaminan sus pasos por la tierra están sedientos á todas las horas del día, haz que brote de tu oculto manantial la gota de paz y de amor que ha de refrescar sus ardorosos labios!

¡Ah! Todos tienen esta agua que satisface su alma; unos la fortuna que ansian; otros el corazón de una mujer; estos las caricias de sus hijos, aquellos la amistad secreta ó los éxtasis del poeta; cada colmena humana tiene su miel. ¡Ah! ¡Depara á su sed aplacada esa agua de las fuentes de la vida! Pero mi fuente ¡ay! mi fuente está en el cielo.

El agua de la tierra solo contiene amargura para los labios que bebieron amor, y las linfas que han de apagar la sed que me consume no se hallan en la terrestre mansion; no están más que en mi pensamiento dirigido siempre á mi Dios, en algunos sollozos de

mi pecho, en mi resignacion para sufrir, y la gota de mi única esperanza la bebo en mis lágrimas!

.....

Entre tanto, llegado el medio día se disponen á comer; dejan tendido el arado en el suelo; el hombre desunce á sus bueyes del caliente y humeante yugo, y ellos van pausadamente á tenderse lejos de la reja á la sombra de un espeso follaje; la mujer y los hijos reunidos al pié de un árbol y sentados sobre la yerba al rededor del padre, se pasan de mano en mano las frutas, los huevos duros, el queso y el pan; y el perro, mirando de hito en hito el rostro del labrador, atisba con ojos de confianza las migajas que espera. Acabada la comida, la madre se acerca á la cuna que descansa reclinada en un nuevo surco y saca de ella un hermoso niño desnudo que le alarga los bracitos; lo levanta, lo suspende en el aire, y le da el pecho; le duerme luego meciéndole en su regazo y se duerme ella á su vez descansando un brazo sobre su esposo; y durante el rigor del día la familia dormita en su lecho de tierra, mientras el perro los guarda; y los ángeles del Señor pueden contemplarlos desde las alturas y los celestes ensueños descender sobre sus cabezas!

.....

¡Oh! ¡Dormid bajo la verde nube de las hojas que cobijan ese nido, hombre, mujer, hijos que sois su

imágen, reunidos todos por la ley del amor! ¡Oh familia, compendio del mundo, instinto que halaga y fecundiza á los hijos del hombre en esta baja tierra! ¡Acaso no eres tú la que nos recuerda ese fraternal parentesco de los hijos cuyo padre es Dios?

Foco de amor, en el que esa llama que circula por el universo une entre sí los corazones y las almas y encadena los diferentes sexos; tú estrechas y enlazas las generaciones y las vidas con tu misterioso vínculo, y el amor que del cielo emana, culto profano de las voluptuosidades, se convierte en virtud, si es el tuyo!

Dios te guarde y te santifique; el hombre te confía á la ley, y la naturaleza purifica lo que sin tí sería impuro. ¡Bajo el santo techo en que te reunes, las miradas, los sueños no mancillan tu pureza, y el manantial humano renueva los torrentes de la humanidad, sin que enturbie cieno alguno sus aguas!

.....

Han vuelto á levantarse y á emprender el suspendido trabajo. La sombra, que ha dado la vuelta de oriente á occidente, se prolonga al pié del árbol y va á envolverlos en breve; la superficie del lago, ménos brillante, se arruga al soplo de la brisa vespertina: el surco se va acercando al otro extremo del campo. Mas ¿qué sonido ha vibrado en el follaje? La campana difunde por el aire conmovido sus apagados ecos,

cual suspiro emanado del seno de las aguas, y puesta en movimiento en el caserío por infantiles manos, viene á repercutir desde tan léjos en la mente; resuena el toque de la oración, que recuerda en todo lugar que el alba y el crepúsculo de todos los días pertenecen á Dios. Al oír el religioso toque el labrador se detiene, vuélvese al campanario, se descubre, y uniendo sus robustas manos de las que se desprende el aguijón, eleva un tanto su alma sobre la tierra que labra, mientras sus hijos, arrodillados en el suelo, cruzan sus tiernos dedos entre las manos de su madre.

.....

¡Oración! ¡Oh voz sobrenatural que nos hace caer de rodillas, instinto del cielo que nos recuerda que la patria está lejos de nosotros; viento que sopla en el alma humana, haciendo que se desborde de los henchidos párpados el agua de las lágrimas, cual brisa que hace llover á intervalos las aguas virginales del cáliz inclinado de las flores!

Sin tí, ¿qué sería de este fango? Un monton de cieno impuro, en que el hombre se apacienta despues que el bruto de las yerbas que siega en el surco! Pero merced á tí, eleva todavía su pensamiento sobre sus quebradas alas para respirar en la verdadera mansion, mitigar su sed en su terrestre carrera, y hacerle be-

ber en su mismo manantial el agua de la vida y del amor.

Te exhalas á modo de suspiro del corazon de las madres, el aire sonoro conduce tu voz en su seno, el labio del niño te respira, el avecilla te escucha en el lindero de los bosques; emanas de toda la naturaleza, cual misterioso murmullo cuyo sentido comprenden los ángeles, y lo que sufre, y lo que gime, y lo que canta, y lo que ora, no es más que un cántico de mil distintos acentos.

¡Oh santo murmullo de las plegarias, haz tambien que mi corazon sobrado lleno, cante mis penas en mi propio seno, como las ondas murmuran sobre las guijas! ¡Que el leve rumor de mi vida, arrobada en íntimo éxtasis; se eleve en aspiraciones, y que este corazon roto por tí, oh instrumento de brisas celestiales, estalle en bendiciones!

.....

Terminado un trabajo, al punto empieza otro; y está la tierra abierta por todas partes y en disposicion de recibir la semilla, y la mujer, sacando el grano á manos llenas de los canastos de junco, lo desparrama cual polvorienta nube; mientras los niños, siguiendo sus huellas entregados á sus juegos, recogen con sus manecitas aquel polvo que dejan caer de nuevo y que los pajarillos acuden á arrebatárlas. Esparcido ya el trigo, el hombre engancha el ras-

trillo pasándolo sobre los terrones del surco que mecen y traquetean, y los chicuelos agrupados sobre él van aplanando los surcos con el peso de sus cuerpos. Declina el día y el relente humedece ya las yerbas; los tibios vientos de otoño traerán consigo la lluvia; las nieves del invierno, extendiéndose sobre la tierra cual abrigada alfombra, cubrirán las espigas con un manto de plumon; los dorados rayos del sol de estío vendrán á poner amarillas las mieses; las jóvenes campesinas atarán las gavillas, y trenzando sus cabellos con violetas y amapolas, irán á bailar en corro sobre los nuevos montones; y el molino triturará el trigo entre sus piedras, y la mujer de las cabañas, dejando el lecho antes de rayar el alba, escogerá la flor de la harina para hacer la levadura y amasar el pan de sus hijuelos; y las aves del cielo, y el perro, y el indigente, recogerán en paz las migajas de la mesa, y todos bendecirán á Dios, cuyas fecundas manos llaman á todos los hombres al festín que les proporciona la tierra!

Así es, Señor, como tu providencia siembra y coge la humanidad, noble semilla que germina para la eternidad. ¡Ah! ¡Que fructifique ese trigo purísimo en los surcos de la vida! Derrama, oh Dios, tu rocío en los valles de sus quebrantos, y que en la arcilla fertilizada germinen hombres y flores!

(Aquí faltan muchas fechas.)

Valneige, Julio de 1801.

Dos hermanos disputaban hoy con motivo de los límites de un campo cuyos mojones habian caído mientras ellos estaban cavando; designáronme como árbitro de su contienda, y yo juzgué el caso valiéndome de esta parábola:

«Allá en las primitivas épocas en que todo era común, dos hermanos, como vosotros, tenían dos campos reunidos en uno. Como el uno tomaba ménos y el otro más, llegó un día en que quisieron acotar su heredad: un solo árbol, plantado en lo más alto del campo, dominaba los surcos por la parte de poniente, y un hermano dijo al otro: «La extremidad de la sombra divide exactamente por igual el número de nuestros surcos: sea pues la sombra nuestra línea divisoria.» Quedó así convenido, pero al caer la tarde alargóse la sombra, y bajando poco á poco hasta lo último del campo, hizo que uno de los hermanos resultase dueño exclusivo de toda su extensión. Este se apresuró á ir en busca de los representantes de la ley y les dijo: «Mirad, toda la sombra es mia.» Y los jueces humanos sentenciaron como hombres que eran, y adjudicaron á un solo hermano toda la heredad, mientras el otro, despojado por el cielo de su hacienda, acusó de ello al sol y se quedó sin nada.

» Llegó el invierno, y el huracan que esta estacion suele desencadenar, engolfándose una noche entre el ramaje del roble, y encontrándole aislado y sin apoyo, le arrancó de raiz y se llevó con él su sombra. El hermano despojado, viendo al otro sin títulos de posesion, bajó á su vez, fué á buscar al árbitro, y le dijo: «Ved, ya no hay sombra, por consiguiente todo es mío!» Y el juez, interpretando literalmente la ley, juzgó como el viento y el sol y la sombra, y sin meterse á igualar el número de los surcos del campo, le adjudicó la heredad con todo su contorno, de suerte que los dos hermanos se vieron sucesivamente en la abundancia y en la miseria, y bajando del campo cuyos límites eran tan movedizos, decian para sí: «¿Dónde está la justicia?»

» Un hombre dotado de cordura, que acertó á pasar por allí, supo el caso, escuchó sus razones sonriendo, y les dijo: «Han juzgado mal vuestra querrela; por consiguiente, sed vosotros mismos vuestros propios jueces. Vuestro límite oscilante es el emblema de vuestras leyes: el límite de los mortales jamás está en un justo medio: medid la colina con el patron de Dios. Este no está, amigos míos, en el árbol ni en la cerca, ni en la sombra que el día prolonga ó disipa, ni en la columna de piedra, que derriba el arado ó el choque de los torrentes, ni en la presencia de testigos, ni en el rótulo estampado en una tabla, ni en el dedo levantado del juez que fija los lí-

mites: la justicia está en vosotros, ¿para qué buscarla en otra parte? ¡El límite de vuestros campos! Plantadlo en vuestros corazones, y nada desviará el del uno ni el del otro: cada uno de vosotros tendrá su parte en su mútua mirada.»

» Los dos hermanos, siguiendo el consejo del sabio, no cuestionaron más por la sombra ó por el sol, sino que, poniendo su confianza en su equidad, dividieron su campo con su conciencia, y ante este invisible y fiel testigo, ninguno de ellos trazó su surco ni sobrado cerca ni demasiado léjos.»

Valneige, Agosto de 1801.

De cuando en cuando algun transeunte insulta todavía al sacerdote: yo acepto estos insultos bendiciendo, como mi divino Maestro, y esta noche, perdonando la sarcástica befa, traté de desahogar mi corazon en estos versos:

Quando Roma, reina y madre, evocando la quimera del imperio del mundo, humillaba con su férreo pié la cerviz de los reyes, lanzaba desde el Capitolio un rayo bendito, y procuraba extender su doble tiranía hasta donde llega la sombra de la cruz;

Quando sus pontífices-reyes, distribuidores del mundo, marcaban con el dedo las divisiones de los Estados en un mapa-mundi, daban ó quitaban los reinos dados, citaban á los descendentes de Haps-

burgo por edicto publicado en el Janículo, y pretendían hacer besar el polvo levantado por su mula á sus esclavos coronados;

Cuando estos pescadores, desamparando la barca evangélica, tendían sobre el universo entero la red de su política, pescando en lugar de almas régios dominios, y para llenar de ociosa opulencia las arcas del fisco, echaban el oro ó el hierro en la santa balanza en que Jesucristo había puesto sus pesas;

Cuando circulaba todo el oro de las naciones juntamente con sus vicios en los palacios pontificios, plebóticos de delicias, y el Tiber, encenagado de profanaciones, se asombraba al ver de nuevo que las manos sobre las sacerdotales dirigían el triunfo ú otras saturnales tumbas de las Escipiones;

Quizás fuera justo inflamarse, con el Petrarca y Dante, en motivado enojo como una lámpara ardiente, despedir sobre el altar el siniestro fulgor de la cólera, y desgarrando los santos velos del envilecido templo, ostentar su podredumbre al cielo, á las estrellas, y exclamar sobre él: «¡Anatema!»

Cuando la mano ruda y feroz del jinete tira sin piedad del acerado bocado de su corcel ensangrentándole la boca, el noble animal puede á veces encabritarse; cuando se sopla largo tiempo el carbon bajo una vasija, el agua, sosegada en un principio, puede levantarse y hervir como un corazón que se abrasa.

Pero entonces se corría algun peligro, que daba

mérito á la audacia; á la sazón, el hierro sagrado más pronto que la amenaza, cimentaba en sangre el dogma universal; ó el entredicho vengador, ese dios tonante de Roma, bramaba sobre el blasfemo, rompía los lazos que unían al hombre con sus semejantes y le privaba del agua y de la sal maldiciéndolas!...

Mas hoy, ¡gran Dios! hoy que la ciudad eterna ve cómo se extiende el tétrico vacío en torno suyo, que se reclina, viuda y llorosa, entre dos tumbas, que tan solo el viento levanta el polvo de sus calles, y que el Tiber desierto ve cómo se derrumba en sus aguas piedra á piedra la abandonada ciudad;

Cuando los mártires de Jesucristo, alzándose de sus tumbas, han conducido dos veces á su pueblo á las catacumbas, y empapado de nuevo sus manos en su propia sangre; cuando la ira del Señor, dura pero saludable, ha encorvado su cabeza hasta el suelo para besar el arco flojo;

Cuando los galos han arrastrado por el polvo dos veces en diez años á esos dioses sin rayos mancillando sus canas, y despojado el templo y vendido los altares al mejor postor, y uno de esos ancianos, ultrajados todavía por el odio, ha muerto sin tener sepultura, y el otro apenas posee la limitada sombra del Vaticano;

Cuando el mundo emancipado fluctúa tranquilo en el mar de sus dudas, y la cruz del campanario yace

bajo las bóvedas; cuando, si nos acercamos al santo lugar para elevar á Dios nuestras oraciones, se nos cierran de golpe las puertas de la iglesia por temor de que el eco de nuestros suspiros escandalice á los que tienen miedo de la sombra de un Dios;

Lanzar á nuestras frentes la espuma amarga del insulto ¡ahl! ¡es ahogar al corderillo en la leche de su madre, es azotar al inocente con su crimen ya expiado; entonces la maldición se vuelve contra el profeta, y el dardo que la injuria ha disparado sobre mi cabeza vuelve á caer y le traspasa el pié!

¡Ven, jóven forastero, ven á ver en mi cabaña si mi lujo sagrado brilla con oro profano; en su triste abandono, no encontrarás más que mi báculo, un pan negro que reparto con el pobre, un libro en el que enseñé á leer á los niños de la aldea, y un Cristo que me enseña á perdonar!

Si el espíritu del Evangelio es para vuestra sed sin agua un bálsamo contenido en un vaso de arcilla, ¡oh hombres! transvasad el líquido sin romper el recipiente, aplicad piadosamente el labio al orificio, y recoged gota á gota en vuestro corazón las aguas de ese cáliz divino.

Cierto mendigo encontró en el suelo unas medallas en las cuales estaba grabada en lengua desconocida la palabra «¡Misterio!» Despreciando la efigie,

arrojó su tesoro.—«¡Insensato! le dijeron, ¡qué error ha sido el tuyo! ¿Qué importa que la efigie sea profana ó cristiana, si el metal era oro?»

Valneige, 8 de Agosto de 1801.

Yo instruyo á los niños de la aldea, siendo para mí las mejores horas las que con ellos paso; y que inician el día y terminan la noche. ¡Oh! ¿Quién no se recrearía contemplando en un plácido día de estío esa escuela al aire libre y en plena campiña, en la cual se sientan los discípulos? A la puerta de la iglesia hay dos añosos nogales con sus raíces profundamente hundidas en tierra y cuyas ramas y follaje penden sobre una hondonada cubierta de verde musgo, por la cual circulan entre menudas guijas las murmuradoras aguas de la fuente del pueblo: algunos pedruscos de granito, bruñidos por las ondas y blanqueados por su espuma, interrumpen su lecho.

Desde aquel cerro, y deslizándose de colina en colina, la mirada abarca por la mañana un dilatado horizonte, y á través de las ramas del nogal, contempla los azulados matices de la superficie del lago y las ondulaciones de la llanura. Allí se reúnen todos, cuando hace buen tiempo, agrupándose desordenadamente según el sexo y la edad; los unos se apoyan de dos en dos ó de tres en tres contra el

tronco del árbol; los otros se sitúan en las gradas de la cruz; estos sobre las ramas, aquellos en las raíces del nogal que serpentean al nivel de las barrancas; algunos sobre las tumbas y las verdes eminencias que cubren á los que fallecieron en la primavera, como trigos nuevos que reverdecen en el terreno donde han germinado los granos perdidos de las espigas trilladas.

En medio de esos hijos de la aldea, mi voz grave se mezcla con el murmullo del agua en tanto que sus ovejas pastan la yerba naciente sobre el lecho de los muertos; que la ágil golondrina pasa rasando con los bordes del arroyo, y que los gorriones, aleccionados por la costumbre, y alentados por el sosiego y la actitud de los niños, los rodean y van á posarse y agruparse á sus piés para picotear el pan que les ofrecen.

Yo me penetro bien de la sublime influencia que mi palabra ejerce en esos corazones infantiles; comprendo que voy á proporcionar á su espíritu el alimento inmortal de que se nutren los ángeles, la verdad, incompleta herencia del hombre, que desciende á nosotros de nube en nube, antorcha de luz purísima, que las tradiciones hacen pasar de mano en mano á las generaciones; comprendo que para ellos soy un rayo de esa ala eterna que calienta y remueve la tierra, una chispa de Dios que, brillando á su vez, debe encender su luz en la oscuridad de esos co-

razones; y puesta la mano sobre sus inclinadas frentes, le suplico que prepare mi corazón para que descienda á él un Verbo; que eleve mi espíritu hasta equipararlo á la sencillez de esos espíritus infantiles, alborada de verdad; que imprima bastante claridad á mis palabras para que ellos las comprendan, y que me revele esas sencillas é inteligibles parábolas merced á las cuales el Maestro, dignándose descender hasta la penetración humana, hace que hasta las manos más pequeñas toquen el cielo. Luego expreso mis ideas en alta voz; ellos me escuchan, y mi corazón se trasvasa gota á gota á sus corazones.

Procuró ante todo no recargar demasiado sus sentidos y su imaginación con el estéril saber de que se alimenta el orgullo y me afano en instruir su conciencia mucho más que su razón; por lo cual, toda mi ciencia se basa en la naturaleza y en sus ojos. Abro ante ellos este libro, y les hago ver do quiera la esperanza del hombre y la bondad divina. Para enseñarles lo que es Dios, su culto y sus prodigios, no me valgo de esos cuentos vulgares y prodigiosos que, confundiendo el error con la verdad, convierten la fé celeste en fanática credulidad. No. La impostura no debe servir nunca para demostrar la existencia de un Dios tres veces santo. Para nosotros su testimonio eterno es su naturaleza! ¡Para nosotros, su profeta eterno es su razón! ¡Sus cielos son bastante claros para que podamos leer en ellos su nombre!

quirido de Dios su primitivo movimiento. ¿Os habeis parado alguna vez á calcular la fuerza de ese brazo que las ha balanceado? A menudo habeis cogido en la honda ó en la mano una nuez del nogal ó un guijarro del camino, é imprimiendo un esfuerzo á vuestra muñeca para despedirlos, medís la fuerza con arreglo á la distancia; la una cae á vuestros piés, la otra vuela á cien pasos, y decís: «Ese brazo es más vigoroso que el mio.» Pues bien, si comparais las hondas por sus disparos, ¿cuál no será la mano que lanzando esos mundos, cuyo enorme peso no puede concebir la imaginacion, como el jardinero que siembra sus guisantes en la huerta, los hace hender el vacío y dar vueltas sobre su eje de resultas del movimiento primitivo emanado del brazo supremo, yendo, viniendo, subiendo, bajando por siglos y siglos que él únicamente puede calcular, él, que se burla del espacio y del peso y del tiempo, y hace que esos carros sin rueda corran por el firmamento sin carril y den vueltas sin eje? ¡Inclinemos la frente, hijos míos! Esa fuerza, esa mano, son la fuerza y la mano de Dios!...

»¿Queréis averiguar ahora cuál es la inteligencia que entrelaza todos los hilos de esa inmensa trama, y les obliga á gravitar por siempre unos sobre otros sin que jamás choquen en su órbita?—Hijos míos, cuando vais á apacentar vuestras terneras léjos de aquí, á las vertientes de la montaña, al borde de los

precipicios, y sentados sobre una peña habeis contemplado á vuestros piés ese lago azul semejante á un cielo que se despliega aquí abajo, veis á veces el enjambre de blancas velas diseminadas por el agua como las estrellas por el cielo, destacándose por todas partes de las orillas del lago, saliendo de los verdes golfos ó regresando á las ensenadas, ó agrupadas en círculo, describiendo evoluciones que admiran vuestros ojos, á pesar de lo cual no temeis, queridos míos, que, chocando esos frágiles esquifes, se sepulden bajo las aguas, ó que sus blancas alas, rozándose en su vuelo, se desgaren mutuamente, pues, aunque dada la distancia no se distingue nada bajo esas velas, demasiado sabeis que un pescador empuña el timon de cada barquilla, que todas estas tienen su ojo y su alma que gobierna á su albedrío su rumbo y les hace discernir y elegir su camino.

»Pues bien, si se requiere un pensamiento, una inteligencia para dirigir por el agua tan frágiles cáscaras, esos mundos, á los que únicamente el esfuerzo de Dios puede enfrenar, ¿no tendrán también un pensamiento para guiarse? Lo tienen, hijos míos. El mismo Dios es su piloto. El es quien encamina su flota por el cielo; cada uno de sus soles, alumbrados por sus ojos, conoce su puerto ó su escollo en esos océanos; todos han recibido de él la señal ó el derrotero para aparecer á la hora oportuna en el punto designado de su bóveda. La obra de cada globo que as-

ciende á su llamamiento consiste en glorificar su santa voluntad, en recorrer con amor la ruta que Él le traza, y en reflejar á Dios en el tiempo y el espacio! Y todos ellos, obedientes, se transmiten de rayo en rayo sus órdenes y hacen brillar su nombre, y su gloria brota de sistema en sistema, y todo cuanto ha creado le ensalza y glorifica del mismo modo, y sus miradas suben y bajan desde la órbita de los soles á la frente del niño, y hasta al latido de la insensible arteria del insecto que se arrastra á nuestros piés!....

» Pero no os confundais ante tamaña grandeza; no temais que en la profundidad de los seres cuya muchedumbre oscurece sus párpados, la sombra de esos grandes cuerpos llegue á ocultaros su luz! No digais, hijos míos, como otros dicen: «Dios no me ve, porque soy demasiado pequeño; mi insignificancia me hace pasar desapercibido en su creacion; Él ve demasiado universo para que su mirada pueda llegar hasta mí.»

» El águila de la montaña dijo un dia al sol: «¿Por qué has de lucir más abajo de esa encendida cumbre? ¿De qué sirve alumbrar esos prados, esas gargantas sombrías, empañando tus rayos en la yerba de esos lugares tenebrosos? El imperceptible musgo es indigno de tí!—Ave, le contestó el sol, ven y sube conmigo!....» El águila, remontándose con el rayo á la nube, vió cual se deshacia la montaña y parecia hundirse á su vista, y cuando hubo llegado á su nuevo

horizonte, advirtió con sorpresa que todo parecia nivelado.—«Ya ves; replicó el sol, ave soberbia, si para mí es más alta la montaña que la yerba. No hay nada grande ni pequeño para mis gigantescos ojos; la gota de agua me refleja lo mismo que los océanos; yo soy el astro y la vida de todo cuanto me ve, y la mata mas humilde me glorifica lo propio que el altivo cedro; yo doy calor á la hormiga, bebo las lágrimas que la noche derrama sobre la tierra, y mi rayo se impregna en ella de perfumes paseando por la corola de las flores.»

» Así tambien, Dios, que es su propia medida, contempla su naturaleza con mirada igual para todos.... Hijos míos, si vuestro corazon ha comprendido bien, bendecid esa mirada que ve el insecto y para la cual todo es grande!»

(Aquí faltan muchas fechas.)

.....
21 de Noviembre de 1802.

¡Yo soy el único pastor de este país agreste: pobre rebaño sin guía! Un hombre lleno de sudor ha subido hasta aquí desde una lejana aldea; ha estado andando desde el amanecer, y me dice que en un mísero caserío del camino de Italia ha tenido que refugiarse una mujer enferma: jóven, hermosa y moribunda,

reclama un sacerdote que la auxilie en sus últimos momentos: ¿llegaré á tiempo?

Maltaverne, en el camino de Italia,
22 Noviembre de 1802.

Una lámpara alumbraba débilmente el oscuro aposento y la sombra de las cortinas me ocultaba su rostro; en medio de aquella penumbra no distinguía más que su frente pálida y moribunda reclinada en la almohada y sus largos y blondos cabellos diseminados en desórden, que dos manos de alabastro parecían retorcer sobre el seno y que, cuando estas manos los soltaban, caían desde el borde del lecho hasta el suelo.

—¡Padre! murmuró en voz baja la mujer...

El acento de aquella voz penetró hasta el fondo de mi alma; no sé qué vago recuerdo de otra voz vibró en ella; tan solo me fué dado reprimir á medias un grito que el respeto contuvo en mi boca, y me senté temblando á la cabecera de la moribunda.

—Padre, perdonadme, repuso la misma voz; los caminos son malos, los días cortos, el tiempo frio. Os he hecho venir desde léjos, desde muy léjos quizás: pero sin duda tendreis presente que vuestro divino Maestro, poco cuidadoso de ensuciar sus piés y sus ropas, recogia y llevaba al cuello la más mísera

de sus ovejas! ¡Ay! ¡Ninguna ha sido ménos digna que yo de su bondad: sin embargo, en otro tiempo me marcó con su sello, y antes de dejar para siempre este valle de lágrimas, deseo volver y morir á los piés del buen Pastor! ¡Me he descarriado tanto de su vía, he perdido hasta tal punto su gracia, que há ya mucho tiempo que me ha abandonado su mano! ¡Pero antes de juzgar las faltas que he cometido contra la fe, escuchadme, padre mio, como hombre, como amigo! ¡En breve conoceréis aquellas de que me acuso; cuanto más grandes son mis pecados, más necesidad tengo de perdon!

» Mi madre, que murió al darme á luz, me privó harto pronto de su amoroso calor; mi padre, que me queria con sobrada ternura, me nutrió con sus caricias y halagos incesantes; yo vivia libre como el pájaro de los campos, y todas mis virtudes no eran más que instintos. El alma, como la onda, va por donde la pendiente se inclina, y yo tan sólo sabia amar. A los quince años quedé huérfana, y, no sé si mi suerte ó mi desgracia hizo que descendiese del cielo, atravesándose en mi camino, un amigo, un jóven de rostro de ángel, tal como puede representárselo en su alma el naciente corazon de una mujer; tal como más adelante su corazon lo sueña en vano. Arrogante, tierno, de ardorosa mirada, de divina sonrisa, meteoro que comunica al alma un brillo celestial y que decolora despues todo el resto de la vida. El hado nos tuvo re-

cluidos dos años en un desierto: yo le amé sin saber que amaba; él me amó sin distinguir el amor de la amistad más pura, porque yo ocultaba mis formas bajo mentido traje: y nuestra gruta presencié los inocentes amores de ese cielo en que el amor no necesita sentidos. ¡Él me amó! ¡Dispensad, padre mio, mis lágrimas! Sí, esa palabra encierra todavía dulzura para mis labios espirantes. ¡Me amó! ¡éll! ¡yo!.... ¡Él!.... esta palabra me enorgullece! ¡Aún resuena con suavidad al borde de mi tumba! ¡Cualesquiera que sean los remordimientos de que está sembrada mi vida, Dios me atenderá, puesto que fui amada!...»

Su acento cobraba fuego, pero yo no lo oía ya. ¡Laurencia!... ¡era ella! Un rumor sordo y confuso zumbaba en mis oídos y me atronaba el cerebro: mi frente, mi corazón, mi sangre, eran una deshecha tormenta; mi mirada errante no discernía los objetos; las ideas se agolpaban á mi mente en revuelta confusión, y mi espíritu, flotando sobre todas y sobre ninguna, en vano quería apoderarse de una como un relámpago; todas ellas huían sucesivamente y me arrastraban en pos suyo; en el caos de mi mente todo se derrumbaba, todo daba vertiginosas vueltas; si me decidía á hablar, mi voz podía darme á conocer y quizás la mataría antes de otorgarle el santo perdón! Si continuaba callado, ella revelaría sus secretos á un indiscreto confidente: y culpable hablando ó culpable guardando silencio, haría traición á su vida

ó á mi santo ministerio! ¿Me era dado recusarme á mí mismo, siendo ministro del Señor? ¡Oh, no! ¿Quién mejor que yo podía concederle el divino perdón? ¿Qué corazón más amigo elevaría su fervorosa plegaria al cielo para que descendiera sobre ella la paz de Dios? ¿Qué lágrimas se confundirían más con las suyas? ¿Qué mano le ofrecería mejor el pan sagrado del festín de la muerte? Y en tan suprema partida ¿qué adiós más tierno podría acompañarla que el de esta voz tan amada de ella? ¡Oh, sí! Dios era sin duda el que me enviaba, pagando así en una sola hora el prolongado sacrificio de un amor comprimido. ¡En su inmensa justicia me había reservado este día y esta hora! Llevándome junto á Laurencia en sus últimos momentos, su gracia me convertía en instrumento del perdón; merced al augusto ministerio, iba yo á dar el cielo á aquella á quien hubiera deseado dar la tierra, iba á enviar á los cielos, para que en ellos me esperase, al aliento de mi pecho, al rayo de mis ojos!

En la confusión de tan terrible duda, permanecía inmóvil cual insensible mármol. Por fin mitigóse la turbación de mis sentidos; mientras su voz resonaba de nuevo, diciendo:

—¡Ah, padre! Apenas separada de él, el mundo sabe hasta qué punto me he extraviado; el esposo á quien entregué mi mano pero no mi corazón, fué castigado por este mismo corazón por el crimen de haberme amado; mi disgusto hacía que su ternura me

fuese enojosa y que recibiese con repugnancia sus menores caricias: el pobre ¡ay! murió adorándome, y yo no le perdoné que me hubiese amado tanto sino cuando murió!...

» Viuda y dueña de mí misma á los veinte años, celebrada ya por mi belleza cuya fama se extendía con mi nombre por todas partes, víme rodeada de multitud de adoradores, á quienes dejé que me amaran, pero sin corresponder á ninguno: la sombra de mi amigo, envolviéndome en una nube, interponía entre ellos y yo su idolatrada imagen; y cuando yo les sonreía con melancólica mirada ¡era á él á quien veía! Mi alma juvenil, deslumbrada hasta tal punto por un fulgor demasiado puro, empañó en seguida todo lo demás en la vida. ¡Ah! ¡Triste, mil veces triste del que ve pasar ante sus ojos una aparición que no puede desvanecerse ya! Una sombra perpétua oscurece el resto de sus días: tras un día divino, padre, todo queda sumido en las tinieblas!...

» Sin embargo, hastiada del vacío en que mi corazón se perdía, embriagada con el recuerdo abrasador que de mí se desbordaba, traté algunas veces de engañarme á mí misma, de mirar un rostro y decirme: «¡Le amo!» Y me hacía la ilusión de que en realidad amaba; pero, fría en medio del fuego que yo había encendido, sentía de pronto que mi mente desfallecía, que una mano helada dejaba transido mi ardiente corazón, y rechazaba el objeto indigno de mí. De-

cíale iracunda: «¡Vete! ¡No, no eres tú!...» Y buscando al azar otra ilusión entre los que me adoraban, la rechazaba también. En el momento de caer, llegaba á mi corazón el perfumado aroma de un amor angelical, y la gota del cielo que había quedado en mis labios, hacía que cualquier otra copa me pareciese amarga y repugnante. Pero, aunque tanta sombra haya empañado mi belleza, aunque un mundo testigo de mis liviandades, midiendo mi debilidad por mis efímeros gustos, me haya colocado en la vergonzosa categoría de las grandes pecadoras, aun cuando he pretendido convertir en bien propio el daño ajeno, vengándome en otros corazones de las torturas del mío, ó pagar con mi vida y con mi fama la facultad de amar como era amada; aun cuando consideraba con enemigo corazón al Dios que me había privado de mi hermano y de mi amigo, puedo decir muy alto ante vos, ante ese mismo Dios, ante la verdad que resplandece en la hora postrera, ante el idolatrado fantasma y el grato recuerdo de aquel á quien creería mancillar si mis labios mintieran, que, no por mi voluntad, sino por impotencia, por desprecio, por hastío, más bien que por inocencia, mi corazón ha permanecido vírgen y puro hasta este día! ¡Sí, mi alma es aún vírgen á fuerza de amor, y se lleva á la tumba, sin haberla alterado, la imagen de aquel que la había consagrado!

.....

» ¡Entre tanto, mis días, abrasados por el dolor, trascurrían secos y agostados en flor; y yo iba sintiendo que mi vida, herida en su mismo manantial, moría, moría siempre á los golpes de una idea constantel Mi frente juvenil ocultaba la languidez que me consumía como árbol primaveral cuyo corazón roe un gusano; y al ver la muerte, próxima, ante mi paso, sentía en el alma un júbilo feroz! Era el único remedio para mi mal sin esperanza. Y sin embargo, antes de morir habría deseado ver el lugar de nuestro destierro, esos montes, ese rincón de la tierra, que fué por espacio de dos años el santuario de mi dicha, y volver á encontrar en esa mansión, aunque en sueños tan sólo, mi primitiva inocencia y mi celeste amor. Volví á ver el desierto y la roca escarpada; pero también recibió entonces mi alma su última herida. Presentóse ante mis ojos toda mi felicidad pasada; estreché mil veces su sombra entre mis brazos; las peñas, el lago, los precipicios me depusieron otras tantas horas de delicias; pero mi corazón, que tanto las deseaba, no ha podido resistirlas, pues así como se muere de dolor, él muere de recuerdos! ¡Y me trajeron aquí desde la gruta, postrada, y muriendo de una muerte que he esperado en demasía!...»

Guardó silencio; sus dientes rechinaban; luego repuso:

— ¡Ya sabéis quién fuí; juzgadme ahora!

Inclinado sobre su lecho, con la mirada fija en el cielo, las manos levantadas, la bendije de todo corazón y escuché el relato de sus faltas. Cuando hubo terminado, le dije algunas palabras ahogadas por el llanto y entrecortadas por los sollozos, en que el acento alterado de mi voz conmovida la hacia aún desconocida para su oído. Busqué en mi corazón esos tesoros de perdón de que Dios nos ha dotado para la hora postrera, y antes de derramar la inocencia en su alma, le pregunté:

— ¿Os arrepentís de esos pecados, señora? ¡Tengo la indulgencia suspendida sobre vuestra frente; Dios no espera más que esa palabra!

— ¡Oh, sí, me arrepiento de todo cuanto mi corazón vitupera á mi mente, de mis días prodigados sin utilidad, de mi vida insensata, de haberme afanado tanto por encender en otra parte lo que Dios no encendió más que una vez en dos corazones! ¡De ese olvido del cielo de que me había prevenido esa misma gracia ¡ay! que me ha perdido; de ese tiempo malgastado en infructuosos suspiros; me arrepiento de todo, ménos de haberle amado! ¡Y si mi amor es punible á los ojos de ese Dios, que me abrume su venganza en la eternidad! Ni siquiera hoy puedo arrancar de mi corazón la imagen del único sér que me ha hecho creer en Él sobre la tierra. ¡Y se presenta todavía tan bella su imagen á mi moribunda vista

que no comprendo el cielo sin ella! ¡Oh! Si estuviese aquí, si Dios me le devolviera! ¡Si me mirase aunque fuese al través de la muerte! Si estuviese reservada esta hora á mi vida, si escuchase su acento, me creeria salvada! Su voz endulzaria hasta mi mismo lecho mortuario!

—¡Pues bien, Laurencia, óyela! exclamé.

La lámpara despidió un fulgor como celeste relámpago en la oscura penumbra: ella se incorporó para examinar mi rostro.

—¡Dios mío! ¡Es éll gritó.

—¡Sí, Laurencia, yo soy, tu amigo, tu hermano, vivo, en tu presencia! Soy yo, á quien el Señor envía en su día de perdon para tenderte la mano y allanarte el camino, para lavar más que tú tus pecados con mi llanto! ¡Tus faltas, hija mía, son tus propias desgracias! Yo solo soy el que perturbó tu vida; tus pecados son los míos, y yo te justifico de los que has cometido. ¡Penas, crímenes, remordimientos, son comunes á entrambos; yo los asumo todos para expiarlos todos: tengo tiempo, tengo lágrimas, y Dios te redimirá allá arriba tomando en consideracion mi dura penitencia! ¡Ah! ¡Recibe de este corazon predestinado al tuyo el perdon más tierno que jamás se haya dado en la tierra! ¡Recibe de esta mano, de la que Dios tan sólo te ha privado, tú precoz corona y la vida eterna! Reunidos al principio y al fin del camino, todos los dones del Señor te aguardaban en mi ma-

no. ¡Amala por esos dones de Dios! ¡Cree, ama, espera! ¡Laurencia, esta mano te absuelve en nombre del Padre!

Y al acabar de hacer sobre ella la señal de la cruz y cuando las palabras sagradas espiraban en mis lábios, sentí que sus dedos helados se apoderaban á la fuerza de mi mano y que la atraian á su boca estrechándola con ardor; quise oponerme á este arranque, pero su alma había volado al cielo al dar aquel beso postrero! Mi mano, que sus rígidos dedos seguian estrechando, permaneció toda la noche en su mano helada, hasta que empezó á clarear el alba, y las mujeres del caserío vinieron á darle sepultura!

Caserío de Maltaverne, 24 de Noviembre 1802.

Háse abierto el testamento. Me lega todos sus bienes: ¿qué haré de ellos? Ruega, ordena que se lleve su cadáver esta noche á la tumba de su padre, acompañado por un solo sacerdote, para que su corazon mortal se duerma y resucite en el único punto de la tierra en que mora su pensamiento!

¡Ah, Laurencia! ¡Soy yo, yo quien te conducirá

allí! ¡Yo, hermana mía, te depositaré en la tumba!
¡Ay, ojalá sea yo también quien te despierte con mi voz, en otro tiempo tan grata á tu oído! Recibo de buen grado ese cuerpo; pero no acepto esos bienes: únicamente en el cielo seremos parientes. Devore el fuego mi nombre estampado en ese escrito: Dios lo sabe, esto basta; pero que lo ignore el mundo!

.....
26 de Noviembre de 1802,
en la Gruta de las Aguilas,

¡Oh Dios mío! Dispon ya de tu servidor, que desfallece una vez terminada su dolorosa misión!

.....

.....

27 de Noviembre.

Cuatro montañeses habían venido á buscar el cadáver para llevarlo en unas parihuelas de ramas de sauce: partimos de noche, ellos, un guía y yo. Yo iba detrás, un tanto lejos del fúnebre convoy, por miedo de que mis sollozos, que con dificultad podía reprimir, revelasen un dolor humano en el sacerdote, y para que no se advirtiera en mi rostro inundado de llanto la lucha que sostenía la fé divina con la desesperación.

Era una de esas crudas noches del mes de Noviembre, cuyo rigor hace mella en cada miembro del hombre, y en que todo se estremece ó gime convulso en el suelo, que muere de ásperas sensaciones. Los senderos encajonados, resbaladizos por efecto de una finísima lluvia, bebían las heladas brumas de la montaña; las nubes pasaban rasando en su vuelo con los árboles; la hojarasca se arremolinaba en el suelo; los pesados vientos del invierno que soplaban á ráfagas mugían á intervalos escapándose de los barrancos, sacudían el féretro en los brazos de sus conductores, y desprendiendo del paño que le cubría la corona de flores que las mujeres de la aldea habían puesto sobre él, me lanzaban silbando las hojas al rostro; símbolo espantoso del destino, que arroja con desprecio á la frente del hombre venturoso los pedazos de su felicidad! La luna, que corría entre las pálidas nubes, tan pronto alumbraba las calles de pinos, como, ocultando en el seno del cielo su fulgor, nos sumía en tal oscuridad que nos obligaba á andar á tientas; y yo, para cumplir con mi cruel ministerio, encerrando mi secreto en mi mente fría y muerta, procuraba entonar, haciendo un esfuerzo sangriento, algunas notas de los cánticos consagrados á la muerte; pero mi voz, rechazada á mi seno, se paralizaba truncando la antifona comenzada, y mis lágrimas devoradas á raudales en mis cánticos, saliendo al fin con mis gritos, los convertían en sollozos.

¡Oh canto de paz de los muertos desmentido por mi alma! ¡Coro fúnebre entonado durante el horror del drama! ¡Ah! ¡Jamás habéis salido de las voces de un coro haciendo estallar más fibras del corazón! Y sin embargo, Dios mío, ¿habré de confesarlo? A veces acudía á mi imaginación una idea que me sonreía; una amarga dulzura venía á aliviarme como al hombre que siente su peso ménos oneroso. Decía para mí, excitándome y animándome: «Solo me resta seguir á lo que amo. En ese borde de la tumba ya no queda nada detrás de mí, ni nada bello que lamentar en este destierro. ¡Todo cuanto amé ha abandonado la tierra! Yo continúo en ella, Señor, pero aislado, solitario: y ya no tengo nada que hacer aquí sino sentarme un instante, y tender las manos hácia esas manos que se me tienden!»

De vez en cuando los conductores, cansados de llevar su fúnebre carga, hacían alto, y dejando el féretro en el verde márgen del sendero, iban en busca de un poco de agua que refrescara sus secos labios. Yo me quedaba solo rezando de rodillas, con la frente apoyada en la cabecera del ataúd, aplicando mis labios sobre la madera, casto y secreto beso del eterno amor! Luego me levantaba y proseguía mi camino, como si también hubiera mitigado mi sed en algún manantial!

En tanto el crepúsculo y su pálida claridad me iban permitiendo ver por grados el horizonte. Como

hombre que vislumbra entre sueños un fantasma adorado que se alza de la sombra, así también cada uno de los sitios por donde yo pasaba me hablaba de Laurencia; ya era la roca hendida en donde el compasivo pastor escondía el pan de nuestras delicias, ya la espumosa onda en el fondo de los precipicios, ó el puente natural en que la ví por vez primera, ó la orilla en que mis brazos la recibieron estrechándola contra mi corazón, ó la nieve en que todavía me figuraba ver caer gota á gota la sangre de un padre que nos marcaba el camino; luego el valle en que habíamos pasado tantos días de inocente amistad; el lago que rizaba sus aguas como un tejido de seda, y cuyas ondas parecían saltar de júbilo siempre que nos velan; los cinco robles que extendían sus negros brazos sobre la yerba, todos los sitios en fin de nuestras dichas y de nuestras desesperaciones, en cada uno de los cuales había dejado impresa su adorada imagen el drama divino de nuestra edad juvenil; y á veces los conductores y yo descansábamos en el sitio, en la misma yerba, donde mi mirada recordaba de pronto haberla visto sentada á mi lado sobre las flores que en aquel momento tronchaba su ataúd! Y su sonrisa, y sus ojos, y su rostro y su voz penetraban en mi corazón como cuña en la madera! Y entonces me volvía un poco hácia la orilla del lago para que el viento que de él venía secara mis lágrimas!

.....

Por último, depositamos el cadáver junto á la tumba de su padre; sentéme á la orilla del agua con la frente apoyada en las manos, mientras los hombres que me acompañaban abrian en el suelo el lecho de su sueño eterno en que yo iba á acostarla. Cada azadonazo que resonaba disipaba una de esas imágenes que subian á mi corazon al aspecto de aquellas riberas, las deshacia una trás otra como se deshacen las olas contra el escollo, y las conducía á abismarse en el ataúd. Cuando quedó abierta la huesa, quise yo mismo depositarla en ella, para que aquel hermoso cuerpo, dormido entre mis brazos, se apoyase, aún allí, sobre mi corazon amigo. Estrechándola contra mi seno como una pobre madre que pone en la cuna á su hijuelo dormido en tierra, la extendí silencioso sobre el suelo aplanado; y al punto oí que el terreno resonaba á mis piés á causa de la arena que el pastor iba echando á paletadas, hasta que la tumba, elevando su nivel, me encontró ya muy entrado el día de pié sobre ella!

Deseoso de pasar á solas todo aquel misterioso día, fingí que debía cumplir aún algun deber de mi sagrado ministerio, y dije negligentemente á los conductores que bajaran poco á poco de la montaña sin mí, con lo cual me quedé solo para llorar en silencio la hora sin fin de la ausencia eterna!

¡Oh! No intentaré describir, aunque pudiera, lo que pasó en aquellos momentos de duelo entre esa alma

y yo reclinado sobre aquel sepulcro, el amor y la esperanza que emanaron de aquella huesa á donde me llamaba Laurencia! ¡Hay coloquios de la vida con la muerte, hay frases sagradas que el alma puede oír, pero que ninguna lengua humana es capaz de reproducir en acentos, que abrasarian la mano del que las escribiera, y que ni aún á la hora de la muerte se deben pronunciar, aunque se las dirija uno á sí mismo!

.....

Cuando solo ante Dios heube agotado todas mis lágrimas, deseé recorrer antes de morir aquellos sitios tan llenos de tristes atractivos, y pasé la tarde visitándolos todos. ¡Oh! ¡Cómo habian borrado en poco tiempo nuestras huellas los estíos y los hielos! ¡En cuán pocos dias nos habia olvidado la tierra de aquellos senderos tan recorridos por mis piés! La vegetacion, como un mar de plantas, lo habia cubierto todo con sus oleadas trepadoras; las zarzas y los espinos interceptaban el paso; la yerba que hollaba con mis piés no me conocia; el lago, lleno de hojas caidas, las despedía por todas partes con sus olas plumizas; en su empañado espejo no se reflejaba nada, y su espuma muerta estaba amarillenta en las orillas; dos de aquellos robles que cubrian el antro con sus raíces, habíanse convertido en melancólicas ruinas; sus troncos tendidos en el suelo estaban negros y podridos, y los lagartos habian devorado sus corazones; uno solo que continuaba en pié, si bien tron-

chado por la tempestad, alargaba hacia la gruta un desmesurado brazo sin follaje, como esos negros postes que se plantan en un camino para que sobresalgan de la nieve y sirvan de guías. ¡Ah! Sobrado conocía yo aquel fatal camino; mis vacilantes piés me arrastraban hacia la gruta; acercábame á ella paso á paso andando sobre movedizos montones de hojas otoñales aglomeradas por el viento. Al pisar aquellos restos que el tiempo descompone, oí resonar y crujir algo bajo mi pié, inclinéme hacia el suelo amarillento, ví que eran huesos y los recogí, reconociendo en ellos los piés de nuestra pobre compañera, de nuestra cierva á la que dejamos olvidada al alejarnos de la montaña, y que, muerta sin duda de hambre ó de pena, habia dejado sus huesos blanqueados en el umbral de nuestra gruta!

Penetré sin atreverme á respirar en la cueva desierta, como un muerto, cuya pérdida hubieran olvidado sus deudos, entraria sin que nadie lo conociera en su propia casa, cuyas paredes ya no saben el nombre del que las construyó. De una sola ojeada recorrí todo el recinto, y mi mirada cayó sin vida como lámpara apagada. ¡Oh templo de una felicidad desconocida en la tierra! ¿qué habia sido de tí en tan poco tiempo? La arena y el lodo que cubrian la puerta tan sólo daban paso á una claridad tenue y macilenta; la hiedra, espesando sus tenebrosas ramas, interceptaba la brisa y el reflejo de las aguas;

el cieno, amontonado en el canal de la fuente, habia cambiado su curso en el hueco de la roca, y el estanque de piedra, de eterno murmullo, sólo tenia musgo árido en sus orillas. Ningun ave bebia allí ó lavaba sus alas. Los nidos de nuestras palomas y de nuestras golondrinas desprendidos y roídos por los dientes de las zorras, flotaban contra la bóveda colgando de sus hilos, con sus blancos plumones, sus plumas, sus escamas, que llenaban el suelo ó ensuciaban las paredes.

En aquella morada de paz, de cariño, de amor, todo era ruina y profanacion. En el sitio en que Laurencia habia dormido en otro tiempo con el sueño de la pureza infantil sobre su cama de helechos, las fieras habian amontonado en la sombra su cubil de espinas mezcladas con malezas; y aquel recinto sagrado de inocencia y de amor estaba lleno de huesos descarnados, de lívidos esqueletos, de restos medio roídos por sus ávidos hijuelos, y de pelos ensangrentados esparcidos alrededor. Retrocedí horrorizado. ¡Oh vil monton de cieno! ¡Oh tierra que produces tus flores y quien te adorna con ellas! ¡Oh! ¡Es eso lo que haces de nosotros! ¡Tú borras todos nuestros pasos por tus valles! No nos permites imprimir en tu faz ni siquiera la fugitiva huella de nuestras penas; encontramos la alegría allí donde hemos llorado; la fiera ensucia el antro donde el ángel ha dormido! La sombra de nuestros amores, di-

sipada en el espacio, no se cierne dos días seguidos en nuestro punto de vida, y nuestros ataúdes ni siquiera guardan en tu seno ese puñado de ceniza amada á donde nos guían nuestros pasos. Nuestras lágrimas, esa agua del cielo que derraman nuestros párpados, se llenan de polvo al lavar las tumbas: el suelo bebe al azar la médula de nuestros ojos. ¡Ah tierra, no eres nada! No pensemos más que en los cielos!

Me levanté, fortalecido por este grito de cólera: cuando salí del antro y volví á encontrarme en la montaña, el alud se habia precipitado al lago; una blanca alfombra de nieve lo habia nivelado todo; la tumba no era ya más que una ligera eminencia, semejante al montoncillo de nieve que un niño acumula; el huracan barria sus ondulantes surcos, y dos pobres tortolillas (ah! las conocí) luchando con los torbellinos cuyo polvo glacial entorpecía sus alas, se esforzaban por huir de aquella tumba movediza, giraban y abatían juntas su vuelo. Llamé por sus nombres á aquellas aves, que eran nuestros símbolos; pero el huracan de nieve se llevó mis palabras, y luego, sin pensar ni oír, empecé á descender de la montaña, como si llevara plomo en los piés.

.....

Escrito sobre una página de la *Imitación de Jesucristo*.

Valneige, noviembre de 1802.

Cuando el que quiso sufrirlo todo por sus hermanos hubo apurado nuestras miserias en su sangriento cáliz, dejó en él una áspera voluptuosidad; y esta muerte del corazón, que en sí misma se recrea, este sabor prematuro del cielo en el dolor supremo, oh Dios mio, es tu voluntad!

Como él, he encontrado en mi completo sacrificio esa perla oculta en el fondo de mi cáliz, esa voz que bendice á todo trance, en todo lugar; cuando el hombre ya no tiene en sí nada que se pertenezca, cuando tu gracia ha hecho de tu voluntad la suya, el cuerpo es hombre todavía, pero el alma es Dios!

.....

Valneige 19 de mayo de 1803.

Hace seis meses que no he escrito nada; mi alma muere cada día de mil muertes. Desde que la miseria y la epidemia suben hasta estas altas regiones para diezmarlas, ¿qué importa á mis ojos este diario, este espejo de mi vida? Mis ojos están constantemente llenos de lágrimas: no tengo un momento de descanso de día ni de noche, y ni siquiera deseos de descansar: siempre fijo á la cabecera del lecho de los moribundos, dulcifico en lo posible su pro-

longada agonía, presento ante sus ojos el santo crucifijo, les estrecho la mano, les designo el cielo, y tributo á sus pobres restos las honras fúnebres, único bien que me es dado proporcionarles. Gracias á mí, no mueren abandonados en sus cabañas; uno tras otro han tenido mis sábanas por mortaja, y la fosa, que mis manos han abierto, depara á cada cual un lecho de arcilla en el cementerio.

Sin embargo, hace dos ó tres días que la epidemia va disminuyendo en mi pobre aldea. ¡Ay, ya era tiempo! ¡Cuántos hogares apagados! ¡Qué de campos sin labrar! ¡Qué de puertas cerradas! En cambio va en diario aumento en la ciudad. Allí los pobres atacados mueren sin socorro; los hospitales están llenos de enfermos, y los muertos no dejan bastantes sitios desocupados para los moribundos; los templos, demasiado reducidos, rebosan de ellos; la aglomeración de cadáveres en su pórtico no permite que se reciban otros nuevos; los enterradores están rendidos á fuerza de trabajo; un puesto en el sepulcro es un don que se solicita con empeño; los convoyes de muertos son numerosos y una cruz acompaña á cada mil ataúdes; no hay bastantes sacerdotes para auxiliar á los moribundos, por haberlos diezmando la epidemia: su pié abre á los apestados el camino de la tumba, y así como el pastor va detrás de su rebaño, el sacerdote conduce el suyo al sepulcro para reunirse con él en la misma fosa al día siguiente.

Apenas sobreviven tres ó cuatro, y para ayudarlos en su piadoso deber, bajo á la ciudad todas las mañanas y regreso por la noche. ¡Oh! ¡Con qué presteza me dirijo al camino de la tumba! ¡Cuánta será vuestra gracia para conmigo, oh Señor, si sucumbo en esta sagrada tarea! ¡Si yo, que perdería gustoso mi vida marchita, viese que la aceptábais á cambio de la de mis hermanos salvados! ¡Ah, Señor, con tal de conservar el esposo á la mujer, la madre al hijo, tomad alma por alma!

Valneige, 16 de diciembre de 1803.

Regresaba yo esta noche de la ciudad para volver á bajar mañana con el corazón manando sangre, los piés lacerados, y el ánimo abrumado por el peso de las miserias ajenas, como Jesucristo subía á su calvario inclinado bajo el peso de la cruz, é iba recitando en voz baja las preces de los difuntos en obsequio del alma de los que acababa de enterrar. Las tinieblas nocturnas envolvían las silenciosas campiñas; y mientras continuaba mi subida, iba apareciendo una tenue claridad por las crestas de las montañas por las que en breve debía asomar la tardía luna. Apareció esta por fin como un carbon hecho ascua que se saca antes del amanecer de la boca de un horno, y

deslizándose su resplandor como un arroyo, alumbró la senda por donde yo iba, desviada de toda otra; ágrío y escabroso sendero suspendido al borde de los abismos, que se hundía en las gargantas para subir de nuevo á las cumbres, y que dando luego la vuelta al declive de la roca, iba á parar á mi iglesia.

Hacia ya mucho tiempo que iba subiendo trabajosamente por él; de mi frente caían anchas gotas de sudor que lavaban mi camino, y cuando llegué á la mitad de él, en el punto en que el sendero cortado por un barranco encuentra un puentecillo que reúne las dos orillas de la negra garganta y por debajo del cual corre despeñado el torrente, me senté un instante para cobrar aliento al pié de la cruz alzada en medio de él. Un profundo silencio adormecía á la naturaleza; el torrente, casi seco, se deslizaba sin ruido; yo veía las rocas de su lecho poco profundo bañadas por la luz de la luna y que blanqueaban hasta el fondo; la calma de la nocturna atmósfera, tranquila y despejada, era tal que casi se percibían las palpitaciones de las estrellas.

Un rumor extraño, como el de una respiración agitada, sacóme de mi ensimismamiento; apliqué con más atención el oído, y conocí que era en efecto el resuello penoso de un pecho humano, entrecortado de vez en cuando por un sordo y ténue gemido, que salía de debajo del puente y del fondo del barranco. Contuve un breve rato el aliento, é inclinándome

sobre el pretil, miré al fondo y llamé, pero no ví nada ni nadie me respondió. Entónces bajé por el cauce del torrente hasta llegar debajo del puentecillo: la luna iluminaba su arco bajo y ancho; sus rayos temblaban en las arenas que la escasez de agua dejaba en descubierto, y difundiendo bastante claridad para alumbrarlo todo, permitían que la vista y los piés penetraran allí sin tropiezo. Separé algunas matas de espinos y juncos, y entré con tembloroso paso bajo el arco. Allí tropecé con un hombre jóven, tendido en la arena, con la lividez de la muerte estampada en su rostro, sin vista, sin voz, apoyando los brazos en un objeto largo, estrecho y blanco, que parecía estrechar instintivamente contra su corazón como si fuese un tesoro. Retrocedí al verlo, pero la compasión volvió á acercarme á él; recogiendo un poco de agua en el hueco de una roca, humedecí con ella su rostro desmayado; abrió los ojos, deslumbrados por la luz de la luna, echó una vaga mirada sobre mi traje, y en seguida la fijó en el objeto que estrechaba para cerciorarse de que nadie lo había tocado. Luego buscó en vano en sus labios alguna palabra para bendecirme; quiso incorporarse, mas como no pudiera sostenerse, le hice tragar, aunque con trabajo, una gota de vino añejo que yo llevaba en un frasco para el camino; y cuando hubo recobrado algunas fuerzas, le dije:

—¿Qué haceis, amigo, bajo este arco y á esta

hora? ¿Sois algun criminal perseguido por su crimen, ó algun indigente que no teniendo casa ni hogar, pasa las noches de invierno debajo del puente? Ya seais lo uno ó lo otro, no debeis ocultarme nada; mi ministerio consiste en aliviar, en perdonar; soy el ojo, la mano y el oido de Dios; soy su providencia para todos; soy, en una palabra, el cura de este país!

Al oír este nombre brilló en su rostro un destello de alegría, juntó sus manos y exclamó:

—¡El cura de este aldea! ¡Vos, vos! ¿No me engañais? ¡Ah! ¡Dios es quien os ha enviado: Oh buen samaritano: séame dado llegar hasta vos, y espirar luego con placer!

—¿Qué esperais de mí? le pregunté.

—¡Ah! ¡Mirad, mirad lo que al caer deposito á vuestros piés!

Y retirando su cuerpo, que proyectaba una sombra más oscura hácia la parte del arco y del objeto misterioso, ví sobre la arena una gran caja de madera, cubierta con una tela blanca, á cuyo lado mas ancho estaba cosida una cruz de paño negro tan pequeña que casi pasaba desapercibida; en la parte inferior, tenía la imágen de una santa, entre azucenas, como las que el pueblo suele colgar á la cabecera de su lecho, una rama de boj seco, y algo más arriba una corona de esas flores de papel que figuran en los esponsales, y que se entretajan por medio de un alambre de cobre con plateados oropeles, mísero lujo

marchito del amor indigente! En aquellas señales, tan presentes á mi alma, reconocí al punto que aquella caja era el ataud de una mujer.

—¡Desgraciado! exclamé llevado de mi primera impresion: hablad: ¿qué hacíais aquí? ¡Profanábais la muerte! ¿Pretendíais arrebatár á la tumba su misterio? ¿Osábais disputar sus restos á la tierra?

Esta sospecha mía le hizo levantar la frente horrorizado, y juntando ambas manos sobre el ataud, exclamó:

—¡Yo! ¡Yo, profanar la muerte y despojar la tumba! ¡Ah! ¡Si hace dos dias que sucumbo bajo ese peso, es por no haber podido obtener de los vivos que una mano consagrada quisiera bendecirla, que se dijera una oracion aparte por su pobre alma. Ese ataud es mio; esa difunta, mi mujer!

—Explicaos, le dije, y si decís verdad, no orareis solo junto á ese querido féretro; mis lágrimas brotarán del corazon juntamente con las vuestras, pues aunque ya no me quedan para mí, todavía tengo para los demás.

Al decir esto, sentéme junto al cadáver en el lecho del torrente.

—Señor, dijo, soy un pobre tejedor: casado jóven aun con la que amaba, vivíamos de trabajo y esperanza en nuestro humilde hogar, y Dios bendijo nuestra union concediéndonos una hija que por San Dionisio cumplirá tres años. ¡Cuán felices éramos los

tres, siempre juntos, en derredor del telar en que nos reunía nuestra cotidiana tarea! ¡Cuántas canciones, miradas y sonrisas de amor nos dirigíamos mutuamente al través de la trama! Mi mujer hacía labores de aguja á mi lado ó me pasaba la lanzadera, y la niña, que conocía ya las piezas del telar, llenaba los husos ó devanaba los hilos, y al anochecer, cuando el lino descansaba en la trama, ¡qué gusto daba vernos á mi mujer y á mí sentados á la ventana, en la que nos perfumaban con sus gratos olores algunas macetas de flores, contemplando la puesta del sol y sus largos rayos de oro que reflejaban en nuestro lecho, comiendo sobre las rodillas un poco de pan y fruta, haciéndonos mútuas caricias, miéntas uno de los dos mecia con el pié la cuna de la niña que sonreía entre sueños! ¡Ah, señor! Aún me parece estar viéndolas, y esa imágen me mata y me corta la voz! El trabajo marchaba bien entonces; mi salario semanal bastaba para cubrir mis atenciones; jamás faltaba tela en el telar, y podíamos alimentarnos bien: de suerte que solo teníamos gracias que tributar al Dios de bondad. Y ¡cuán tierna es la oracion que inspira un amor dichoso! ¡Cuántas lágrimas de ventura brotaban de nuestros ojos todas las tardes al manifestar al Señor nuestra gratitud por sus dones! Mas ¡ay! ¡cuán breve fué este tiempo! Dios hizo soplar en los aires desde el fondo del abismo el mal que nos está diezmando; nuestros vecinos iban sucumbiendo uno

tras otro á sus golpes, y subiendo de piso en piso llegó á nosotros. Nuestra hija fué la primera en respirar una fiebre abrasadora, y cual tierno retoño que se hiela antes que la planta, espiró casi de repente en nuestros brazos. Vendí una cruz de oro para comprarle el ataud; su misma madre la amortajó con su vestidito blanco, la adornó para la muerte como para un dia de fiesta, y llenándola cien veces de besos y lágrimas, y esparciendo sobre sus juntos piecitos las flores de nuestras macetas, sacrificó por ella su última alhaja, á fin de que se la tributasen honras fúnebres como á los difuntos pudientes: yo mismo desprendiéndome de mi único tesoro, arranqué de mi dedo ¡ay! mi anillo de oro, y compré al guardián del cementerio la fosa de tres piés abierta en terreno sagrado!

» La epidemia, introducida ya en nuestra morada, arrebató de mis brazos á mi esposa aquella misma noche; viéndome sin dinero, sin médico, sin sacerdote, sin remedio, hube de limitarme á llamar á todos los santos en su ayuda, á calentar sus piés helados contra mi cuerpo, entre mis brazos, y á disputarla largo tiempo, soplo á soplo, á la muerte. En esa noche de mortal angustia cuántas veces me dijo estrechándome la mano: «Prométeme que no dejarás que echen mi cuerpo sin ataud y sin tumba en la fosa comun, sino que mandarás celebrar honras fúnebres en la iglesia para que nuestro ángel nos conduzca

más pronto al cielo, y para que estando más cerca de Dios y orando por tí, podamos llamarte más pronto á reunirte con nosotros!» Así se lo prometí, padre, y fiada en esta promesa su alma voló al cielo contenta y cariñosa. ¡Ahl! ¡Se lo prometí, creyendo que podría obtener más de lo que en estos rudos tiempos es dable alcanzar! Entibiada la caridad á causa de la prolongada epidemia ó de la miseria, apelé en vano á nuestros frios amigos para que me facilitaran el cumplimiento de lo prometido, esto es, cuatro tablas, un sudario, clavos para el ataúd, una misa por su alma, y un rincón en el cementerio!....

» Volví triste y solo á sentarme junto al cadáver, contemplando con desesperacion cómo ardía el único cirio que lo alumbraba. Cuando se hubo consumido, hice á mi esposa, en un arranque feroz, una mortaja con su vestido de boda; arranqué y clavé las tablas de nuestro lecho, y en este féretro de amor la encerraron mis manos; aguardando luego esa hora matinal en que se dice una misa por el alma de los difuntos, y echándome á cuestras esa querida y sagrada carga, fui, solo, á ocupar un puesto á la cola de los convoyes fúnebres; pero hasta de los barrios más apartados de la ciudad acudían en tropel carros mortuorios, y así en muerte como en vida los más ricos pasaban delante. Relegado al último puesto, de féretro en féretro, y encorvado bajo el mio, me quedé á la zaga de todós; la iglesia estaba ya llena, y el ca-

dáver de mi esposa, sin séquito, sin que nadie llorara por ella, fué rechazado del umbrall

» Dos dias enteros anduve de iglesia en iglesia, procurando obtener las preces prometidas, ó, santamente importuno, sorprender al ménos la bendicion que se da en comun; y dos dias enteros, mendigando en vano la sepultura, volví á mi hogar sin lecho, sin fuego, sin alimento, cada vez más abrumado bajo el peso de mi dolorosa carga..... Por último, Dios me inspiró una idea. «Vamos, dije, á la montaña; quizás la admita allí algun sacerdote por caridad, y apiadándose de mi miseria y mi promesa, le bendicirá gratuitamente el lugar que ocupe en la tierra consagrada por el Señor.»

» Echéme de nuevo á cuestras el ataúd, reforzado; salí de noche de la ciudad dormida, cual ladron furtivo, temblando al menor ruido, conducido sin notarlo por el ángel de mi esposa; penetré al azar por desfiladeros desconocidos, guiándome por los ecos de las campanas, doblégandome á cada paso bajo el peso de mi alma y de tres dias mortales, sucumbiendo ante tan rudo esfuerzo, reanimándome un tanto, y arrastrándome con el ataúd á cuestras, con las manos y las rodillas desgarradas por las piedras. Sintiendo al llegar aquí que mi corazón desfallecía, y temeroso de encontrar algun transeunte antes que rayara el alba, puse mi carga al abrigo de este arco. Mis ojos, casi muertos, han vuelto á abrirse merced

á vuestros cuidados; ¡la gracia del Señor os ha conducido sin duda á encontrarme!»

—¡Oh hermano! le dije; ¡oh modelo del hombre! quien quiera que seáis, ¿qué persona caritativa no se ruborizará en vuestra presencia? ¡Ah! Cuando se encarnizan en nosotros tantas calamidades, cuando el hombre á quien se arroja y se arrastra al cadalso no es mas que vil estiércol barrido por el enterrador, y hasta la tierra se niega á ofrecerle una tumba, ¡cuán dulce, cuán bello es para el corazón contristado ver á la humanidad, en una clase oscura, revelando con semejantes rasgos su naturaleza, guardando tanta fidelidad á la muerte, y viendo en un ataúd la inmortalidad tan sólo! ¡Cuánto orgullo inspira, en este mundo de miserias, ser hombre con ese hombre y darle el dulce título de hermano! ¡Ah! Venid conmigo; ¡valor! Levantaos. El ángel de vuestros amores nos guiará: yo mismo llevaré á tierra sagrada este cuerpo cuya alma os contempla y os ama en el cielo; yo abriré su huesa al amparo del Señor, y haré por sus restos lo que pudiera hacer por una hermana. Pero consolaos, hijo mio; su alma no necesita en el cielo que mi voz la reclame; á los ojos de Aquel á quien un suspiro satisface, ¿qué plegaria valdrá más que lo que habeis hecho? ¿Qué honras fúnebres podrán tener más eficacia que esa noche mortal, ese camino, esa sangre, ese sudor que habeis derramado por ella? ¡Ah! Dios no habrá tenido jamás en su santo tesoro un tributo

que con mayor suavidad haya subido hasta él. Venid: no debemos hacer otra cosa sino devolverla á la tierra; la noche va á terminar, y el día.... Ocultemos á su luz este misterio!

Cogí por un lado el ataúd, el tejedor lo cogió por el otro, y con acompasados pasos, subimos poco á poco por aquellos escarpados senderos; nuestros miembros vacilantes se apoyaban en nuestras almas; el sudor que de nuestras frentes brotaba inundaba el féretro, y la aurora despidió su primera claridad cuando llegué con el moribundo y su querido cadáver á la puerta cerrada de la desierta iglesia. Preparé en silencio el altar sin despertar á Marta, ni al acólito, ni al anciano sacristan; celebré el oficio solemne del día; canté solo las preces de los que mueren en el Señor, mientras el esposo respondía con sus sollozos, desde el umbral del sagrado recinto, á los salmos de la muerte; en seguida, abriendo yo mismo la huesa en el cementerio, bajé el ataúd regado con mis lágrimas; eché sobre él la primera tierra, luego imitéme el esposo: mi pala cerró la fosa en pocos golpes, y la cruz sirvió de remate al lecho del sueño postrero.

Quando todo quedó terminado, el desdichado joven, vertiendo lágrimas de contento, se sentó sobre la tumba, como el hombre cargado se sienta sobre su fardo al llegar al punto de su destino.

.....

Valneige, 27 de diciembre de 1803.

¡Ha fallecido esta mañana! ¡Descanse en paz su pobre alma! Para darle sepultura abriré la tumba en que duerme su esposa.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

28 de diciembre, en el lecho.

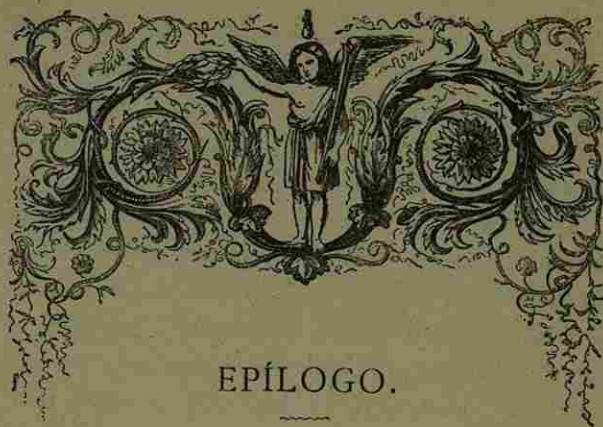
¡Bienaventurados los ojos que se cierran en el lecho misterioso que cubre la muerte, y la frente que se duerme reclinada en la almohada divina de una santa esperanza! ¡Oh sueño! ¡oh despertamiento! ¡Madre! Laurencia! ¡Habrá llegado el momento tan deseado!

Siento una necesidad de reposo desconocida; noto un velo sobre mis ojos, sombras en mi aposento, alas en el corazón, plomo en cada miembro; el perro me lame la mano como si estuviese enternecido: ¿preverá acaso mi muerte?... ¡Ah, si fuese mañana!.....

(El diario, interrumpido por una enfermedad larga y dolorosa, terminaba aquí.)



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EPÍLOGO.

Hubiérase creído que la muerte había puesto fin al diario; pero su robusta naturaleza le permitió sobrevivir á aquel golpe, porque, según presumo, por entonces fué cuando trabé conocimiento con él á fines de la primavera, y cuando desde nuestra primera conversacion se confundieron nuestras almas, haciendo que desde el primer día nos amáramos. A partir de aquel momento hasta que comenzaron á encanecer sus cabellos, subía yo todos los años á su pacífica morada, que era para mí como un manantial de salutífera agua cuyo origen entre las peñas se conoce, pero que no se revela á nadie, y del cual se guarda cuidadoso recuerdo para aplacar en él la sed en caso necesario. Siempre que sentía algún tedio de la vida ó que durante el año experimentaba un disgusto, mi instinto me llevaba al punto á su lado, y depositando mis sinsabores en un rincón del corazon

iba á derramarlos en su seno, y á regresar á mi morada con la paz que rebosaba la suya. Ahora ¿dónde encontraré mi gota de agua, y ese poyo en el camino donde aliviarme del peso de mi carga?

Aparte de esto, ¿cómo me ayudaba en mis gratos estudios! ¿Qué perfectamente conocia todas las costumbres de las plantas, de las aves y de los insectos de Dios! ¿Con qué precision me decia á qué hora, en qué sitio, en qué momento del crepúsculo y en qué pendiente podria encontrar tal insecto ó cuál plantal! ¿Cómo me enseñaba las costumbres de todo cuanto vegeta, desde el humilde hisopo hasta la flor más soberbia! Y sin embargo, él no tenía ni herbario ni libros; yo lo recogia todo muerto, pero él lo veia todo vivo; yo sabia mejor que él los nombres, los géneros, la estructura; él los sabores, los gustos, los instintos y los amores. Para él cada yerba era un rayo de evidencia, un signo de la gran palabra en que brilla la Providencia. Yo contemplaba la letra de ese signo escrito por la suprema sabiduría; él leia el espíritu, y atribuyendo á cada yerba un fúlgido destello de alma clara y distinta en el seno del alma universal, la veia sentir, pensar, obrar y amar; y de esta manera la naturaleza, que tan bien sabia animar, con sus sentimientos, su gracia infinita y sus transiciones abundantes en armonías, convertíase en sus labios en un poema sin fin, pero siempre conmovedor y divino; porque brillando el nombre del autor en cada página,

inundaba de luz y calor la obra entera, obra que jamás se leía con él sin prorumpir en bendiciones y sin que asomara una lágrima á los ojos!

Ahora que he leido en esa alma tan tierna, repaso toda su vida; y no acierto á comprender cómo ha podido vivir como otro cualquiera, despues de haber anegado tanta alma en la corriente de sus días. Mas bien hubiera creido que una muerte prematura y voluntaria hubiera desarraigado de la tierra á ese hombre, ó que su frente, grávida de misterio y de tedio, hubiera difundido constantemente una sombra en torno suyo.

Pero no fué así, y bendigo á Dios por ello. Su vida, aunque perturbada en el fondo, no pareció seca y agotada; continuó manando poco á poco, sin precipitar ni un momento su curso, y sin que su agua pareciese más turbia ó más amarga para el que la contempla ó apaga su sed en ella. El dolor que arrastraba en su caudal habia ido á parar al fondo: ni siquiera sospechaba yo que tuviese un cauce tan profundo, pues ningun indicio de fatiga, ninguna señal de que tuviese el alma lacerada, nada en fin daba á conocer que su pensamiento hubiese muerto; y si acaso podia sospecharse en él la huella de un disgusto, adivinábase quizás en el pliegue que el dolor deja en la sonrisa, en la compasion más tierna que respiraba, en el timbre de su voz, firme y entera á pesar de su languidez, y que tan bien sabia respon-

der á las heridas del corazon. Él se formó una idea más varonil de la vida; su dolor no la había aniquilado de un golpe; antes al contrario, adorando el severo designio de Dios, supo llevarla en toda su plenitud y pureza en su seno, y sin apresurarse á derramarla de una vez, su resignacion la fué vertiendo gota á gota, segun las circunstancias y las necesidades ajenas, para vivificarlo todo en la tierra en su derredor.

Si prosiguió de tal suerte su camino hasta llegar al término, consistió en que sus santas manos empuñaron el báculo con firmeza; en que su tierna fé, que ya no era más que esperanza, doraba el objeto de antemano y se lo permitía ver; cuando se tiene tanta confianza en la hora postrera, se aguarda sin amargura y sin impaciencia: el camino conocido se anda con mesurado paso, y cuando no se ignora el término, tarda uno más en cansarse.

Además, los hombres de poco corazon y de débil naturaleza perecen al primer golpe y á la más insignificante herida; pero las almas bien templadas por Dios viven del ardor del combate hasta la muerte. En vano es que mane la sangre de su desgarrado seno; cuánta más brota, más se renueva, y su herida es á menudo manantial de lágrimas del cual destilan el bálsamo y el incienso mejor que de otra parte cualquiera!

A veces he encontrado, entre los árboles más

hermosos de esos montes en que la madera es tan dura como el mármol, añosos robles heridos, en cuyos troncos habían dejado los leñadores el hierro de su hacha; el roble, reteniéndolo con fuerza entre sus nudos y cubriéndolo con un rehenchimiento de corteza, crecía, elevando hácia el cielo en su corazon el instrumento de su muerte del cual vivia vencedor! Pues del propio modo elevaba aquel justo en su alma, como un hacha clavada en el corazon, el recuerdo de una mujer!

Quando, despues de su fallecimiento que no me fué dado presenciar, hube cumplido los fúnebres deberes, quise formarme una familia de cuanto él dejaba, y llevarme á mi lado á Marta, la pobre sirvienta; pero esta me respondió, señalando con el dedo el arbusto arraigado en las hendiduras de la techumbre:

—Como él ha echado mi vida raíces en estas paredes: séame dado envejecer entre estas ruinas. ¿Quién cuidaría del perro abandonado? ¡No faltará quien me traiga pan, ya que tanto he repartido!

En vano tambien silbé al perro del pobre sacerdote: conmovióse á la voz del amigo de su amo; pero olfateando el sendero que iba á parar á su tumba, me siguió con la vista sin dar un solo paso; los pájaros puestos en libertad, volvieron á su jaula; de suerte que de su querida herencia no pude llevarme más que su santo crucifijo de madera y de laton, estos pliegos medio rotos, su baston y su Biblia.

Desde aquel día, subo todos los años á la montaña de las Aguilas en el mes en que se siegan los centenos, y recorro el camino de la gruta leyendo el relato de mi pobre amigo; exploro el teatro del drama de su edad juvenil, y suelo encontrar allí á su viejo amigo el pastor que, dejando á su rebaño que rumie á la sombra, piensa en los dos amantes sentado sobre su tumba, porque á pesar del misterio y á pesar de la distancia, Jocelyn duerme tambien junto al cuerpo de Laurencia. Cuando en la montaña se tuvo conocimiento por lo que yo dije del secreto de aquellos santos amores, sus pobres feligreses, compadecidos de su alma, llevaron sus cenizas á la tumba de la señora; y hace ya siete primaveras que los tres reposan en los sitios que tanto amaron y á la sombra de la misma cruz.

Con frecuencia paso allí días enteros abstraído ó meditando; porque no se puede ménos de amar ese suelo habitado por mortales despojos, del propio modo que nos gusta sentarnos sobre el banco de musgo en que, despues de trasponer el sol el horizonte, nos rodea de sombra y de melancolía la bruma de poniente desplegada por aquella hora tranquila, pero en el cual el apagado rayo del astro del día, cuyo esplendor se ha velado ya, deja largo tiempo sobre la yerba un resto de tibio calor!

FIN.

ÍNDICE.

	Pág.
ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICION.	V
CUATRO PALABRAS AGREGADAS Á LAS NUEVAS EDICIONES.	XIII
Á MARÍA ANA ELISA.	3
PRÓLOGO.	7
PRIMERA ÉPOCA.	17
SEGUNDA ÉPOCA.	43
TERCERA ÉPOCA.	77
CUARTA ÉPOCA.	117
QUINTA ÉPOCA.	169
SEXTA ÉPOCA.	207
Carta á su hermana.	218
<i>Continuacion.</i>	226
<i>Continuacion.</i>	229
<i>Continuacion.</i>	230
SÉPTIMA ÉPOCA.	237
OCTAVA ÉPOCA.	255
Estancias á Laurencia.	268
NOVENA ÉPOCA.	279
Los labradores.	290
EPILOGO.	353

